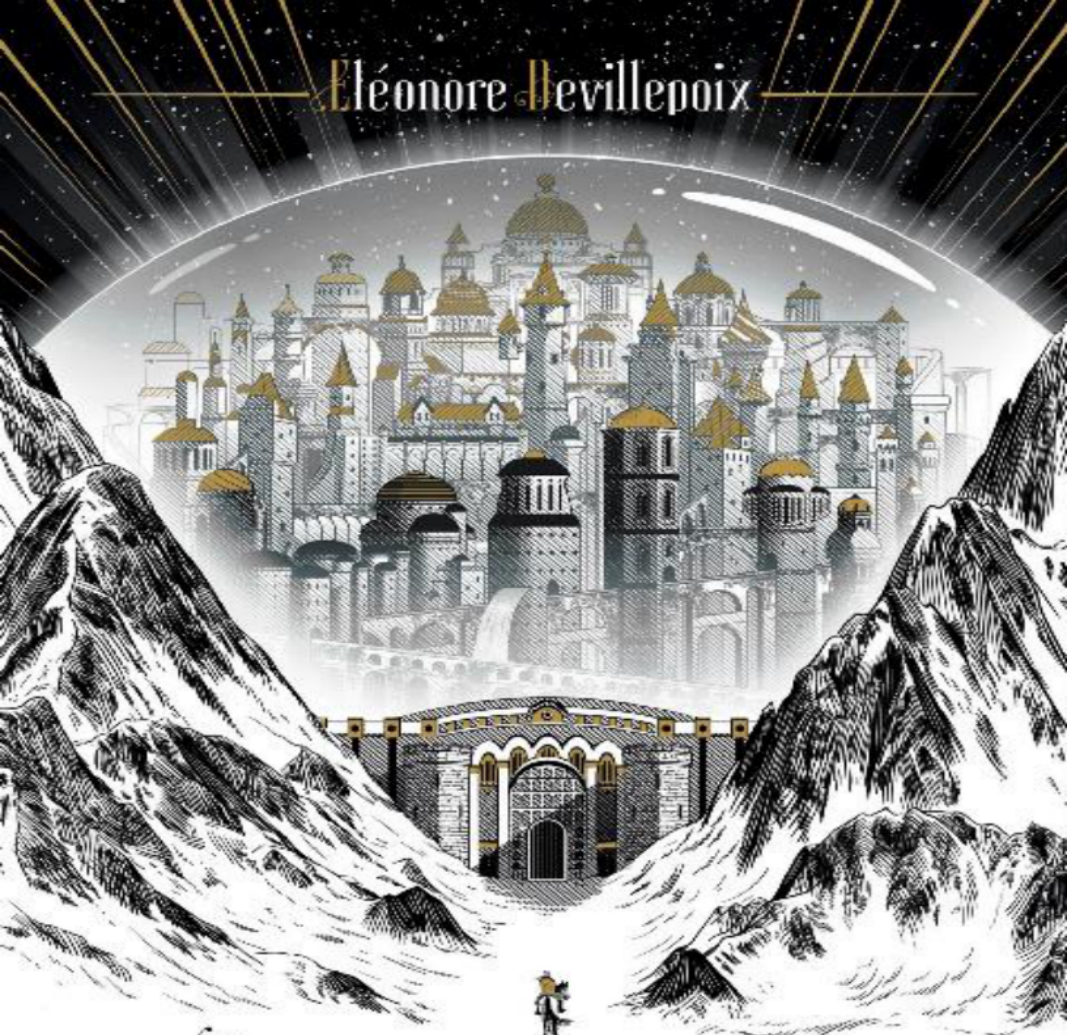
Éléonore Devillepoix



LA CIUDAD SIN VIENTO

Rocaeditorial

LA CIUDAD SIN VIENTO

ENTRA EN EL UNIVERSO DE LA CIUDAD SIN VIENTO.

LLEGA LA NUEVA VOZ DE LA FANTASÍA JUVENIL.

UNA BILOGÍA QUE HA CONQUISTADO A TODA FRANCIA.

A los diecinueve años, Lastyanax completa su formación como mago y, creyendo tener que escalar socialmente, el misterioso asesinato de su mentor lo impulsa al más alto nivel de Hiperbórea. Su camino, sembrado de escollos políticos, se cruzará con el de Arka, una joven guerrera que acaba de llegar a la ciudad y que tiene cierto talento para salir airosa de situaciones peligrosas…, si bien a veces ella misma tiende a desencadenar dichas situaciones.

Lastyanax está buscando al asesino de su mentor, y Arka al padre que nunca conoció. Él tiene un futuro, ella un pasado. Y para combatir los complots que amenazan a la ciudad sin viento deberán ayudarse mutuamente.

ACERCA DE LA AUTORA

Éléonore Devillepoix nació en 1991 y pasó su infancia en el campo de Normandía, pescando ranas y devorando historias. Estas lecturas le abrieron el gusto por los libros de aventuras y la convicción de que una buena novela juvenil debe ser capaz de atraer también a los adultos. Completó La ciudad sin viento cuando dejó la universidad, y gracias a los dos títulos de esta serie ha quedado finalista tanto del *Prix Littéraire de l'Imaginaire BooktubersApp2021* como del *Prix de Bouquineurs en Seine* del mismo año. En la actualidad, vive tres vidas paralelas: como agregada parlamentaria europea en Bruselas durante la semana, como jugadora de *quidditch* los fines de semana y como escritora por la noche.

ACERCA DE LA OBRA

«Nos encontramos atrapados desde la primera página en el corazón de Hiperbórea, una ciudad regida por las clases sociales. Nos apasiona la investigación llevada a cabo por Lastyanax y Arka. Una novela brillante y llena de inventiva.»

Le Journal du Geek

Glosario

Adamante: material transparente muy resistente con el que está hecha la cúpula de Hiperbórea.

Ánima: fluido intangible e invisible que alimenta un cuerpo con energía mágica.

Banco Internivel: banco de Hiperbórea.

Cota: coraza de piel recubierta con escamas metálicas.

(El) Castillo de Agua: apelativo que recibe el palacio del Basileus.

Chitón: túnica de lino.

Clamidia: abrigo que se lleva prendido alrededor del cuello mediante un broche.

Columbarium: necrópolis de Hiperbórea.

(La) Extractora: apelativo que recibe la prisión de Hiperbórea.

Goma de loto azul: droga analgésica elaborada a partir de una planta acuática (el loto azul).

Gorytos: estuche para el arco, que se lleva en la cintura.

Hidrotelégrafo: sistema de comunicación hidráulica típico de Hiperbórea.

Invento: objeto mágico inventado por cada discípulo al final de su formación.

Jubileo: día del aniversario del Basileus, en el que Hiperbórea celebra un gran carnaval.

Lanza-relámpago: arma reglamentaria para que los agentes de policía hiperbóreos paralicen a sus adversarios mediante descargas eléctricas. Las lanzas-relámpago se pueden plegar en una porra telescópica.

Magisterium: torre de Hiperbórea en la que se encuentran las

autoridades políticas de la ciudad.

Órgano hidráulico: instrumento musical hiperbóreo.

Oricalco: metal anaranjado muy sensible a la magia y que posee su propia reserva de ánima. El oricalco clásico se diferencia del oricalco macizo en que este último es mucho más potente que el primero.

Polvo de efedra: droga estimulante elaborada a partir de una planta, la efedra.

Silfión: hierba aromática.

Torre de la Justicia: tribunal de justicia de Hiperbórea. En lo alto de la Torre de la Justicia se encuentra el anfiteatro en el que tiene lugar la Asignación de discípulos.

Torre de los Inventos: torre hiperbórea donde se almacenan los inventos de los discípulos.

Azur vivo: metal azul que repele la magia.

Zona azul: zona en la que la magia no funciona.

El Magisterium

El Basileus: monarca de Hiperbórea.

Los magos: dignatarios hiperbóreos con un conocimiento profundo de la magia. La mayoría ocupan cargos institucionales: el Arquitecto Jefe, el Sumo Bibliotecario, el conde de las Aguas, el Ingeniero de Cúpula, el administrador de la Torre de los Inventos, los archiveros, los curanderos, etcétera.

Los discípulos: aprendices de mago, que resultaban seleccionados al final de un torneo denominado la Asignación.

Los profesores: magos encargados de la formación de discípulos. Los discípulos de primero tienen dos profesores: un profesor de mistografía (o escritura mágica) y un profesor de mecamancia (o mecánica mágica).

Los mentores: magos a quienes se les ha asignado un discípulo. Juntos, forman el Colegio de Mentores. Este Colegio designa a cada nuevo ministro del Consejo por mayoría de votos.

Los funcionarios: personal encargado de aplicar las decisiones del Consejo. Los funcionarios de más alto rango son magos.

Los ministros: magos encargados de asesorar al Basileus en sus decisiones políticas. Juntos forman el Consejo de Ministros, comúnmente llamado el Consejo, que se reúne cada década (cada diez días). El Consejo está compuesto por seis ministros:

–El Eparca: título otorgado al jefe de los ministros, responsable de la administración general de la ciudad;

–El Estratega: ministro de la Guerra;

–El Gran Tesorero: ministro de Economía;

–El ministro de Nivelación : responsable de la igualdad entre niveles;

–El ministro de Comercio;

–El ministro para las Colonias.

El Escribano: persona encargada de transcribir los debates del Consejo.

1

Serpiente y cadáver

Lastyanax

La vida es tan caprichosa que en ocasiones resulta sorprendente que, a pesar de los azares y las incertidumbres, se cumpla un plan que quedó establecido años antes. Ese día, cuando Lastyanax llegó a la conclusión de su defensa, un rincón de su mente rastreó el camino que había recorrido hasta llegar a esa sala silenciosa, donde solo resonaba su voz. Se dio cuenta con sorpresa de que su proyecto de toda una vida finalmente estaba llegando a buen término.

—Así, gracias a este detector, es posible observar la fuerza, la forma y el movimiento de las ánimas —concluyó.

Puso sobre la mesa el prototipo de su invento, que había manoseado nerviosamente durante la demostración.

—Gracias por su atención.

En el estrado, los jurados asintieron con la cabeza en gesto de aprobación. Lastyanax sabía que no debía esperar más de ellos, pero no pudo evitar sentirse frustrado con su reacción después de un año de duro trabajo. Mientras recogía sus papeles, el mistógrafo le pidió que saliera de la sala y esperara a que terminara la deliberación. Lastyanax asintió con la cabeza y entregó a los miembros del jurado el detector de ánimas para que pudieran examinar su invento tanto como quisieran. Los cuatro profesores lo vieron salir y cerrar la puerta tras él.

Una vez fuera, Lastyanax suspiró y se apoyó en la pared. Por fin había terminado. La tensión desapareció de sus hombros y lo dejó con una extraña sensación de vacío. Miró hacia abajo, a su túnica de discípulo, y se dio cuenta de que ya no la usaría más. Se convertiría en un mago hiperbóreo con una función e ingresos, y sobre todo sin un mentor.

Por cierto, ¿dónde se había metido su mentor? La galería estaba

desierta. Lastyanax metió la cabeza entre las columnas cubiertas de hiedra azul y escudriñó la terraza contigua. No había nadie. Tal vez Palatès estaba ocupado, o simplemente había olvidado la defensa de su discípulo. Lastyanax, molesto, se frotó sus cabellos castaños. En cinco años había entendido que no se podía esperar mucho de Palatès. Coleccionista compulsivo, su mentor había pasado la mayor parte de sus días recorriendo la ciudad en busca de objetos insólitos, en lugar de cumplir sus obligaciones como ministro de Nivelación. Su última obsesión eran los pollos: en un mes, Palatès había acumulado un número considerable de huevos de gallina pintados, figurillas de gallinas, plumas de gallina; por fortuna, nada de pájaros vivos. En esos momentos seguramente estaría regateando la enésima efigie avícola en algún oscuro anticuario del tercer nivel.

Lastyanax era el único que sufría esta manía de su maestro. Los otros ministros se frotaban las manos: el diletantismo de Palatès les despejaba el terreno. Lastyanax también sospechaba que habían alentado la elección de su mentor para este propósito. Mientras tanto, a él le tocaba encargarse de los expedientes, además del trabajo necesario para preparar su defensa, mientras Palatès se recorría Hiperbórea con la despreocupación de un estudiante.

Decidió salir a la terraza y esperarlo sentado. El jurado tardaría algún tiempo en deliberar. Metiéndose los apuntes debajo de un brazo, recorrió la galería decorada con mosaicos y pasó bajo un arco para acceder a la terraza. El sol ardiente lo deslumbró al instante. Con la vista perturbada por grandes manchas negras, avanzó entre las macetas y las fuentes, hacia la barandilla más allá de la cual se elevaban las torres de Hiperbórea. Su mirada se detuvo en una forma oscura, extendida al pie de un banco. En su preocupación, tardó varios segundos en notar la extrañeza de esta forma.

Era Palatès. Muerto.

Arka

Arka se echó hacia atrás la capucha con la punta de la manopla, dejando ver el rostro fino de una niña entre la infancia y la adolescencia. El frío le cubría la cara de manchas rojas como si fuera

un extraño mármol y la nariz le moqueaba, dejándole sobre los labios un hilillo brillante, congelado nada más formarse.

—Bueno, pues me parece que estamos perdidos.

Arka debería haberse dado cuenta de eso tres días antes. Estaba hablando con Tapón a sabiendas de que tenía pocas posibilidades de obtener respuesta. Llamado así por su pequeño tamaño, su compañero de viaje era un caballo blanco, peludo y asustado, cuyo mal carácter solo era igualado por su pereza. Cuando no estaba comiendo, se pasaba el tiempo doblando las orejas hacia atrás y mostrando los dientes. Por el momento, la falta de alimento había eliminado cualquier traza de agresividad de su actitud. Con la cabeza gacha y el costillar marcado, miró a Arka, que se retorcía el pelo rubio endurecido por las heladas.

—¡Maldita niebla!

Habían estado dando vueltas desde su llegada al glaciar de los montes Ripeos, incapaces de orientarse en la extraña niebla que los rodeaba. Una niebla uniforme e insondable que el sol no lograba penetrar durante el día y que parecía poseer su propia luz por la noche. Tres veces ya, las grietas se habían abierto bajo sus pisadas.

Los caravaneros habían tratado de disuadir a Arka de embarcarse en el cruce del glaciar, el camino más rápido a Hiperbórea, pero ella había hecho lo que había querido, convencida de ser más hábil de lo que podía pensarse de una chica de trece años. Ahora se arrepentía amargamente. Su última comida había sido hacía dos días. Arka se sorprendió al soñar con asados de caballos viendo la grupa de Tapón.

Se quitó las manoplas con los dientes y se acercó a su montura. Atadas a una albarda rudimentaria, un par de raquetas rotas y varias alforjas vacías colgaban a lo largo de sus flancos. Sus dedos adormecidos tardaron varios minutos en desatar las tiras congeladas de la carga, que se deslizó al suelo con un chirrido de madera seca. Liberado de su carga, Tapón se agitó y resopló.

Arka extendió el grueso cuero de las alforjas en la nieve. Recogió las raquetas de nieve, las rompió e hizo una pequeña pila encima del

cuero. La madera prendió con un chasquido de sus dedos. Luego soltó los palos de la albarda, los echó al fuego, rompió pedazos de hielo en un tazón y encajó el recipiente en lo alto de la fogata. El humo se elevó dibujando volutas alrededor de las fosas nasales de Tapón, que se había acercado a las llamas. Agazapada, Arka esperó con las manos extendidas hacia el fuego. Cuando el tazón humeó, cogió una bolsa que llevaba colgada del cuello y arrojó las últimas migajas de hojas secas al agua hirviendo. Dejó que el líquido infusionase y lo vertió en un cuenco.

Con la nariz pegada al brebaje, atesorando el calor que desprendía el líquido, Arka miró a su alrededor. Los glaciares eran empinados, por regla general. Para llegar hasta el extremo de uno, había que seguir el declive. Pero la niebla borraba todas sus referencias e incluso Tapón se perdía contra el fondo blanco.

Arka tomó unos sorbos y sintió que su cuerpo revivía. Tenía que recomponerse. Había una forma de salir de allí. Su pulsera de alas podría haberle permitido volar rápidamente sobre el glaciar, pero el frío se había apoderado del mecanismo, y, de todos modos, no podía abandonar al Nabot en la niebla.

Su hoguera improvisada estaba menguando; las llamas mordisquearon las alforjas de cuero. Pronto no quedó otra cosa que nieve derretida y cenizas negras. Arka se metió el tazón y el cuenco vacío en el bolsillo, tratando de ignorar las protestas de su estómago, indignado por no haber recibido comida sólida. A su alrededor, la niebla reptaba con una densidad casi palpable.

Presa de una inspiración repentina, levantó la vista. En algún lugar por encima de su cabeza debía de haber un cielo despejado, un horizonte que le diría hacia dónde caminar. Todo lo que tenía que hacer era sobrepasar la capa de nubes.

Cerca, los contornos de un montículo de hielo se dibujaron en la niebla. Arka se levantó y comenzó a correr, bordeando a una distancia segura la grieta cuyo filo no lograba distinguir. Un gran surco sinuoso rayó el suelo bajo sus pies, como si una corriente de agua caliente surgida de la nada hubiera licuado la nieve. Llegó al montículo y,

después de una corta subida, se encontró en la parte superior, de pie en un gran bloque congelado. Todo lo que quedaba era levitar.

Arka se concentró y proyectó su ánima hacia arriba. Hacía tiempo que no levitaba y la sensación de su energía moviéndose en su cuerpo le pareció muy extraña. Sus pies dejaron el hielo a medida que su cuerpo iba zafándose de la gravedad. Poco a poco, el suelo se alejó y desapareció en la niebla. A continuación, las narinas oscuras de Tapón, estiradas hacia ella, parecían flotar en la niebla. Empezó a sentir frío en el pecho. Sus extremidades comenzaron a temblar, su cabeza zumbaba. De repente perdió el control de su ánima.

Inmediatamente, su cuerpo cayó al suelo. Arka hizo un esfuerzo colosal para frenar su caída. Rebotó en el bloque de hielo y se deslizó bocarriba por la pendiente del montículo.

Se quedó inmóvil unos instantes, tumbada en el suelo y con la capucha llena de trocitos de hielo. Tapón resopló y se acercó al trote.

—¡Ay! —murmuró, apartando la cabeza del caballo, que le olisqueaba las orejas.

Se puso en pie, desalentada. Si hasta la magia le fallaba, ¿cómo saldría de aquella? Los caravaneros la encontrarían en el deshielo, aplastada en un torrente, como todas esas personas de las que le habían hablado, tragadas por el glaciar a lo largo de los años. ¿Por qué no les había hecho caso?

Estaba riñéndose a sí misma, consciente de su soledad y del vacío en su estómago, cuando Tapón retrocedió con las orejas apuntando hacia delante. Arka miró en la dirección que señalaban, con todos los sentidos alerta. Al poco rato, le llegó un ruido extraño y regular: *frisssss, frisssss, frisssss*. Parecía un trineo deslizándose sobre la nieve.

Aturdida, Arka se levantó despacio. Desde que dejó a los caravaneros, no había detectado ningún rastro de actividad humana en su camino. Por una casualidad increíble, acababa de encontrarse con otra persona tan chiflada como para intentar cruzar el glaciar.

—¡Eh, hola! ¿Hay alguien ahí? —gritó—. ¡Por aquí!

El trineo se acercaba, raspando la nieve cada vez más rápido, como si el conductor hubiera oído su llamada. Arka lo saludó con más fuerza, poniéndose de puntillas. En su alegría por conocer finalmente a alguien, no se preocupó de con quién se iba a topar. Nada era peor que terminar congelada en un glaciar.

—Veo tu pasado…

Arka se quedó de piedra. La voz que acababa de oír sonaba extraña: atravesaba la niebla sin perder su nitidez. No era ni grave, ni aguda, ni… humana.

Frisssss, frisssss, frisssss. Aquella cosa se acercaba cada vez más rápido. El sonido ya no era el de un trineo. Un sudor helado cubrió a Arka. Agarró la pelambre áspera de Tapón para infundirse valor.

—¿Quién eres? —exclamó.

Enfrente, una forma ondulante estaba emergiendo en la niebla, avanzando en su dirección.

—Veo tu pasado… El fruto de una unión bastante insólita… Niña solitaria, recogida por una anciana… Innumerables árboles, el destello azul de los cinturones… Y de repente… ¡EL FUEGO!

Una enorme serpiente blanca emergió de la niebla. Medía veinte pasos de largo y le disparó una lengua negra y bífida. Una pupila vertical le cruzaba unos ojos carentes de párpados. Miles de escamas puntiagudas, translúcidas y similares al hielo cubrían sus anillos. Reflejaron los ojos de Arka, agrandados por el asombro.

Arka reculó al instante y su caballo hizo lo mismo. Detrás de ellos, la grieta les bloqueaba el camino. Frente a ellos, la serpiente se irguió todo lo que pudo, tanto que su altísima cabeza desapareció en la niebla. Con la mano apoyada en el lomo de Tapón, bien plantada ella en la tierra, Arka se enfrentó a la criatura.

De repente, el caballo lanzó un relincho asustado y huyó agazapado. Arka se puso como una furia y olvidó al monstruo por un momento.

—¡Eres un cobarde! —vociferó.

Por el rabillo del ojo, vio a la serpiente lanzarse hacia delante.

Inmediatamente se echó a un lado para evitarla y sintió que los colmillos del reptil rozaban su pierna. Con el corazón a mil, Arka retrocedió a cuatro patas y lanzó un aullido de miedo al notar que su mano quedaba en el vacío. Estaba acorralada en el borde de la grieta. Zigzagueando en el suelo, la serpiente de hielo continuó hablando, aunque ningún sonido salió de su boca cerrada.

—La anciana cubierta de cenizas… La huida del pirómano, y la tuya, a través de tres países… Una vez más, la vida en Napoca; de nuevo, la muerte en Napoca… ¡Y ahora, Hiperbórea!

El reptil se relajó. Arka vio acercarse los colmillos de sus fauces y rodó hacia un lado. La cabeza del monstruo golpeó el suelo congelado donde ella estaba un momento antes. Se oyó el sonido de las escamas al partirse. La serpiente se enderezó, desplegando los anillos de su cuerpo en un movimiento largo y fluido.

—Veo tu presente… ¡Maldita, gira, esquívame, deslízate por el hielo para evitar mis ataques!

Y de nuevo se abalanzó sobre ella. Arka se echó a un lado y lanzó una gavilla de fuego sobre la criatura. La serpiente silbó y agitó su enorme cabeza en todas direcciones. El agua rezumaba de sus escamas golpeadas por las llamas. Arka aprovechó su debilidad para buscar la manera de deshacerse de ella. Su mirada se detuvo en el bloque de hielo colocado en equilibrio en el montículo. En lo alto. Escaló la pendiente a toda velocidad. Abajo, la serpiente había reanudado la caza y estaba siguiendo su olor. El *frissss* acompañaba su zigzagueo.

—Veo tu futuro… La risa por la que serás amada… Un grifo enroscado en tu dedo… El decimotercer heredero te está esperando en el panteón…

En la parte superior del montículo, Arka empujó con todas sus fuerzas el bloque de hielo, pero no pudo moverlo. Jadeando, se echó atrás dos pasos y le propinó una patada. El bloque se movió una pulgada, crujiendo. La serpiente la divisó y giró hacia ella.

Arka concentró su ánima en sus piernas y soltó otra patada. La fuerza de su ataque hizo que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas en el

suelo. Frente a ella, el bloque finalmente se había desprendido del montículo y descendía pendiente abajo, llevando consigo una pequeña avalancha. Arka oyó un crujido impresionante, seguido de un silbido de ira.

Se puso de pie y miró hacia abajo, donde la enorme serpiente estaba meneando, impotente, su cuerpo aplastado por el derrumbe de hielo. Su larga cola se retorcía en el aire, golpeando el suelo, pero no lograba liberase de aquel peso.

—¡Ya te tengo!

Arka se deslizó por la pendiente y saltó sobre el montón de hielo desprendido, aplanando un poco más al reptil. La serpiente levantó la cabeza y silbó de ira. Arka notaba que el hielo vibraba bajo las plantas de sus pies. Su oponente no se iba a quedar atascada allí debajo mucho más tiempo. En otras circunstancias habría huido sin más, pero la serpiente era el primer ser vivo que se cruzaba en su camino en tres días recorriendo el glaciar sin rumbo. Un ser vivo dotado del don del habla, además.

—Ahora vamos a hablar tú y yo —dijo, denotando más seguridad de la que realmente sentía—. ¿Qué eres exactamente?

—La que dice el pasado, el presente y el futuro… La gente como tú me llama Pitón.

—No lo sabía —dijo Arka, sentándose encima del montón de bloques de hielo con las piernas cruzadas.

La cola del monstruo golpeó el aire violentamente, haciendo temblar el desprendimiento de hielo.

—Soy una leyenda… —Su voz etérea de repente parecía ofendida—. La serpiente que mata a los humanos y les dice su futuro a los que la vencen… ¿Quieres saber el tuyo?

Con la punta de sus manoplas, Arka tamborileó en la pila de hielo.

—No estoy segura de querer oírlo —respondió, haciendo una mueca —. ¿Por qué no me dices el camino a Hiperbórea? ¿Cómo salimos de esta maldita niebla?

La serpiente disparó con rabia su lengua. Su cola azotó el aire y Arka se preguntó si sería capaz de liberarse. Bajo ella, la pila de hielo se desmoronaba cada vez que el monstruo se retorcía.

—Soy Pitón, la serpiente que cuenta el pasado, el presente y el futuro… ¡No soy un mapa!

Contrariada, Arka masticó nerviosamente un mechón de pelo mientras miraba alrededor. La situación no era nada halagüeña. Estaba perdida, su caballo se había escapado, no tenía nada que comer, una serpiente como una casa estaba esperando la primera oportunidad para zampársela y la niebla todavía era muy espesa.

De repente, se oyó un sonido de cascos. Tapón reapareció y se detuvo a una distancia prudencial. El regreso de su compañero animó a Arka.

—Digamos que termino encontrando mi camino —dijo, presa de una inspiración repentina—. En ese caso, mi ruta se inscribirá en mi futuro, ¿verdad? Y podrás decírmelo.

—Sin duda…

—Muy bien, dime cómo saldré de este glaciar.

La serpiente silbó de ira.

—Así no se predice el futuro…

—Así es como quiero oírlo. Contesta.

La cola del reptil hendió el aire.

—Durante dos días, tendrás que seguir esta larga grieta… Así podrás salir del glaciar e Hiperbórea te abrirá sus puertas… Allí conocerás a un…

—¡Está bien, está bien! —exclamó Arka para no escuchar más predicciones—. No hay necesidad de decirme más. Entonces, ¿tengo que ir por esa grieta?

La serpiente volvió a disparar su lengua negra y Arka interpretó esto como un sí. La chica saltó al pie del montón de hielo y fue alejándose con cautela para tantear sus posibilidades de escapar. Pero la serpiente había dejado de retorcerse y sus ojos de pupilas verticales la

contemplaban con expresión astuta. Arka se preguntó qué estaba haciendo. Ella había ganado y, sin embargo, algo le dijo que el monstruo aún lideraba el juego.

Una presión cariñosa calentó su espalda. Tapón se había acercado y frotaba su cabeza contra ella.

—Borrico —dijo.

Pero aun así le rascó el cuello. La voz etérea bramó:

—Te he desvelado tu futuro… Ahora tienes que liberarme…

Arka se dirigió al reptil con una exclamación burlona.

—¿Para que puedas atacarme otra vez? Buena idea. El deshielo se acerca, esta pila de hielo se deshará tarde o temprano… Si es que no te haces un bloque antes tú.

Los ojos verticales de la serpiente parecieron estrecharse. Arka partió, seguida por su caballo. Frente a ellos, la grieta se perdía en la niebla abriendo un siniestro precipicio a su lado. Cuando la serpiente estaba a punto de desaparecer también de su vista, Arka se detuvo, dubitativa. Se dio la vuelta.

—Si conoces mi pasado, mi presente y mi futuro, ¿por qué me atacaste? Sabías que te iba a ganar y que te obligaría a ayudarme.

La cabeza de la serpiente osciló, enigmática. Arka habría jurado que estaba sonriendo.

—¿Quién dice que te estoy ayudando indicándote cómo llegar a Hiperbórea?

Lastyanax

A fin de cuentas, Palatès sí que acudió a esperarle a la salida de su defensa. Con los brazos abiertos en cruz en un parterre de orquídeas napocianas, su mentor clavó en él unos ojos cegados por la muerte. Su pelo gris, por lo general peinado con esmero, formaba remolinos de cabello revuelto alrededor de sus sienes. Su cara roja e hinchada estaba apoyada contra el pie de un banco de piedra, como si se hubiera resbalado de su asiento cuando murió. Todavía tenía en su

mano derecha su última adquisición, una estatuilla de cerámica con forma de gallina.

Lastyanax observó con aturdimiento cómo los sirvientes colocaban al difunto en una camilla y lo cubrían con un sudario. Llevaron los restos mortales a una cámara mortuoria. Una hora después de que el cuerpo fuera descubierto, Lastyanax seguía sin asimilar la muerte de su mentor, un hecho incomprensible para él. Cuando lo había visto el día anterior, Palatès estaba en perfecto estado de salud, vivo y despreocupado como de costumbre.

Alrededor de la terraza, una turba de funcionarios se asomó a la galería para observar la escena. Un muerto en el Magisterium, un ministro, para más inri, era todo un acontecimiento. Lastyanax podía oír a la multitud perdiéndose en conjeturas.

—Ha tenido que ser del corazón, seguro, siempre es lo primero que falla entre los magos.

—Oí a un sirviente decir que se había equivocado de camino estando borracho.

—Apuesto a que ha sido un acceso de cólera; mi primo murió así el año pasado, se te lleva por delante sin previo aviso.

—Puede haber sido asesinado…

—¿Cómo lo van a haber asesinado? No tiene señales de lesiones y nadie lo oyó gritar.

Lastyanax bajó la mirada al anillo grabado con su nombre y decorado con un grifo, que ahora llevaba en el dedo índice. Poco antes, el profesor de mecamancia había ido a entregárselo, como un vendedor furtivo, con prisa por salir de la terraza donde todavía estaba el cuerpo de su colega. En circunstancias normales, era costumbre que el mentor del discípulo le hiciera entrega del anillo durante una ceremonia. Símbolo de su título de mago, ese anillo sigilar permitiría a Lastyanax moverse libremente entre los niveles de Hiperbórea y estampar su sello en documentos oficiales. Entre frases de condolencia, el profesor le había anunciado los resultados de su defensa: un once sobre doce, una nota nunca alcanzada en los últimos

diez años.

Lastyanax había recibido la buena noticia como en estado de trance, sin poder alegrarse por su logro ni tampoco entristecerse por el destino de su mentor. Después de cinco años despotricando contra Palatès, su mente simplemente no estaba lista para sentir hacia él nada más que impaciencia e irritación.

Una pena tormentosa, sin embargo, estaba empezando a abrumarlo. Lastyanax se puso a andar de un lado para otro de la terraza. Sentía rencor hacia Palatès por su repentina desaparición, y al mismo tiempo se enojaba consigo mismo por esta reacción egoísta. Él, que siempre había considerado a su mentor como una carga, era ahora consciente del importante lugar que el viejo excéntrico había ocupado en su vida.

Se detuvo en medio de la terraza, cerró los ojos, los abrió y miró al cielo azul que se veía por detrás de la cúpula. Su mente necesitaba aferrarse a algo tangible. Necesitaba una explicación.

Lastyanax miró los macizos de flores, buscando una pista que le permitiera entender cómo habían transcurrido los últimos momentos de su mentor. Palatès nunca había mostrado signos de enfermedad. ¿Su muerte se debió a causas naturales o, como había sugerido un funcionario, lo habían asesinado? En comparación con lo absurdo de una muerte súbita, esta última tesis parecía casi reconfortante, incluso si Lastyanax no podía entender quién habría querido eliminar a su mentor. Palatès había sido un personaje incompetente, pero a la vez conciliador, reuniendo en sí mismo las dos cualidades necesarias para la longevidad de un político hiperbóreo. Al final de la terraza, al pie de una monumental estatua llamada El Magisterium iluminando al pueblo, que representaba un mago hierático y ceñudo blandiendo un orbe brillante sobre una multitud de rostros asombrados, un destello llamó su atención. Lastyanax se acercó y descubrió la gallina de cerámica. Tuvo que rodar de la mano de Palatès cuando los sirvientes se habían ocupado del cuerpo. Contempló el objeto durante un buen rato, incapaz de conciliar lo ridículo de aquella figurita con la trágica muerte del hombre que la había comprado.

—¡Lastyanax!

Levantó la cabeza y vio a Sileno, el chispeante profesor de mistografía, correteando hacia él con los pliegues de la toga moviéndose sinuosos alrededor de sus piernas. Su vientre prominente lo desequilibraba a cada paso que daba y llegó hasta Lastyanax sin resuello.

—Querido Lastyanax, mis… —comenzó el mistógrafo.

Se interrumpió, jadeó, hizo un gesto de disculpa y se apoyó en la barandilla de la terraza que daba al vacío. El Magisterium ocupaba la parte superior del segundo edificio más alto de Hiperbórea. Frente a ellos yacía un bosque de inmensas torres cilíndricas, circunscrito por una cúpula translúcida cuyo tamaño no tenía nada que envidiar a la bóveda celestial. Lastyanax deslizó la figurilla en un pliegue de su túnica.

—… mis condolencias —terminó de decir Sileno—. El Consejo acaba de perder… pfff… a un gran hombre… Espera, tengo que sentarme, no puedo más.

El mistógrafo se desplomó sobre un pequeño banco de piedra similar al banco en el que el propio Palatès había fallecido. Sus protuberancias comprimidas amenazaban con hacer estallar las costuras de su toga.

—¡Qué tragedia, y justo en el día de su defensa! Tuvimos que darle su anillo, sí, cómo no… Pero, por supuesto, hoy no es un día para alegrarse. De todos modos, siempre ofrezco una pequeña recepción en honor de la nueva promoción de magos una vez que todos los discípulos han presentado sus inventos, será una oportunidad para celebrar su éxito —dijo el mistógrafo, dándole unos toquecitos en el codo con una mano que pretendía resultar reconfortante—. Todavía recuerdo a su mentor cuando presentó su defensa —explicó alegremente—. Yo era un profesor muy joven en aquel entonces. Estaba tan nervioso que tardó dos minutos en articular palabra. Pero luego desarrolló la presentación a la perfección. De hecho, ese año también tuve que lidiar con…

Interrumpió su anécdota cuando vio la expresión cansada de Lastyanax, que habría dado lo que fuera por escabullirse de las

rimbombantes condolencias de su antiguo maestro. En clase, Sileno tendía a irse por las ramas. La mayoría de las veces fingía ignorar los carraspeos y los suspiros de impaciencia de sus estudiantes. Esta vez, afortunadamente, limitó su perorata.

—Ah, discúlpeme, incluso en los momentos más difíciles no puedo evitar contar mis viejos recuerdos. Un ataque al corazón, ¿no?

—Eso parece —respondió Lastyanax en un tono serio—. Palatès era un amante del buen comer.

—Así que eso es probablemente lo que me espera a mí también —dijo el mistógrafo, señalando su panza—. Lo siento, no debería estar bromeando sobre esto… No vine aquí para hacer aún más doloroso el mal trago por el que está pasando. Querido Lastyanax, hablemos un poco de política —dijo, dando unas palmaditas en el banco, a su lado.

Hundido, el joven dudó un instante antes de ocupar el pequeño espacio que dejaban libre las posaderas de su maestro, sentándose con una pierna fuera. Sileno estaba a cargo de la mistografía o escritura mágica. Por lo tanto, sus relaciones se habían limitado hasta entonces a la mera relación de maestro y alumno. Pero la cercanía de Sileno al Basileus lo convertía en una figura influyente. El soberano de Hiperbórea incluso lo había nombrado juez supremo, aunque este título honorífico no iba acompañado de ninguna responsabilidad. Al dirigir la conversación al terreno de la política, estaba saliéndose del marco habitual de sus discusiones.

—Después de cinco años como discípulo de un ministro —empezó— sabrá que las cosas van rápido. Los miembros del Consejo ya están al tanto de la muerte de Palatès y todos buscan colocar a sus peones en la sede vacante de la Nivelación. Por una vez, tengo la intención de participar en la escabechina; disculpe la expresión. Verá, nunca he conocido a un joven de diecinueve años tan inteligente como usted, y lo digo sin considerar sus orígenes humildes. Además, usted ha sido instruido por el mismísimo Palatès, lo que le otorga una ventaja significativa sobre los competidores potenciales. Por eso quiero ayudarle a convertirse en…

Sileno hizo una pausa, parpadeó y terminó con un aire triunfal:

—¡Ministro de Nivelación!

Lastyanax había entendido adónde quería ir a parar su interlocutor, pero eso no disminuyó su incredulidad. Palatès acababa de morir. Él mismo todavía llevaba la túnica de discípulo suyo. Sí, se veía ocupando una plaza ministerial algún día, pero no tan joven, y ciertamente no ese día.

—No pensé que tendría que intervenir tan pronto a favor de usted —continuó Sileno, sin darle tiempo a pensar—. Hubiera sido mejor que tuviera un poco más de experiencia… Pero no veo a nadie mejor situado para aceptar el trabajo. La función del ministro de Nivelación requiere un conocimiento de la vida en los niveles inferiores… Desafortunadamente, casi todos nuestros magos carecen de dicho conocimiento. Usted podría revitalizar esta función, Lastyanax.

El mistógrafo terminó su frase inclinando la cabeza hacia delante con expresión amable. Lastyanax guardó silencio durante unos instantes, reflexionando sobre una respuesta, mientras las pupilas escrutadoras de Sileno iban de su ojo derecho a su ojo izquierdo. No deseaba hablar de la sucesión de su mentor menos de dos horas después del hallazgo de su cadáver. Pero era muy consciente de que tal oportunidad profesional no se presentaba dos veces en la vida de una persona como él, que provenía del primer nivel. Convertirse en ministro, estar en el corazón del funcionamiento de la ciudad, era algo con lo que había soñado durante años.

—Me siento muy halagado —dijo por fin—. Sería un honor… —vio entonces la estatua del mago con su orbe brillante— tomar en mis manos la antorcha de mi mentor. Pero tengo la sensación de que asume un gran riesgo al apoyar mi candidatura, profesor.

Era un modo educado de preguntar qué esperaba este a cambio de su apoyo. La propuesta del mistógrafo podía ser desinteresada, pero Lastyanax no se llamaba a engaño. Sileno entendió inmediatamente la indirecta.

—Me gusta ayudar a los jóvenes prometedores que no tienen la suerte

de haber nacido en el seno de una familia de magos. Pero sería hipócrita si dijera que esa es toda mi motivación —agregó en tono tranquilo—. No, a decir verdad, me preocupa la falta de discernimiento del Eparca y su influencia en el Basileus. Me sentiría más tranquilo si alguien fiable y racional, con una nueva mirada, participara en los debates del Consejo. Desde luego, me interesaría conocer el contenido general de esas discusiones… Pero esto no es injerencia, por supuesto: el Consejo debe mantener su plena independencia.

Lastyanax asintió con la cabeza, aliviado. La tensa relación de Sileno con el Eparca no era un misterio para nadie. Sileno estaba buscando proyectiles con los que disparar a su viejo oponente. Bueno, Lastyanax no se privaría de proveérselos, especialmente porque el Eparca tampoco era santo de su devoción. Sería un pequeño precio que pagar por ocupar un asiento en el Consejo de Ministros.

—Mis posibilidades de entrar en el Consejo son muy escasas —objetó —. Acabo de graduarme, conozco a pocos magos influyentes, pero necesitaré la mayoría de los votos del Colegio de Mentores, más el acuerdo del Basileus.

—El apoyo, si se sabe dónde buscarlo, se acaba encontrando —respondió el mistógrafo con calma—. Puede contar con los votos del Ingeniero de Cúpula y del Arquitecto Jefe, son buenos amigos míos, les enviaré un hidrotelégrafo…

Mientras enumeraba sus contactos, una persona entró a toda prisa en la galería que daba al patio. Lastyanax vio que era el Eparca, un hombrecillo que compensaba su corta estatura con una perenne mueca de frustración. Nunca había tenido la oportunidad de hablar con él, pues el Eparca estaba demasiado ocupado con sus obligaciones como jefe del Consejo y administrador de la ciudad para prestar atención a un simple discípulo. Mientras Sileno proseguía con su perorata, Lastyanax lo escuchó gruñir:

—Ese tonto de Palatès… Morir así, sin previo aviso… Como si no tuviera bastantes cosas en que pensar ya…

Sileno se dio cuenta de que Lastyanax había dejado de prestar atención y se volvió, sorprendido, hacia el Eparca.

—¡Buenos días, Mézence! —exclamó—. ¿Qué tal la familia? ¿Tu hijo está listo para la asignación?

—No tengo tiempo para tus tonterías, Sileno. Los clanes andan revueltos, se ha hundido un canal en el quinto nivel, el gremio de caravaneros no me deja respirar… ¡Y ahora encima hay que encontrar sustituto para un ministro!

Lastyanax notó el estremecimiento de júbilo de Sileno, a su lado.

—Ahí quería yo llegar, Mézence —dijo el mistógrafo con entusiasmo —. Deseo proponerte un sustituto.

Se puso de pie con una agilidad sorprendente para su corpulencia y se acercó al Eparca. Lastyanax siguió su ejemplo. El jefe del Consejo los miró impaciente, dando golpecitos en el suelo con la punta del pie.

—¿Y quién sería ese candidato por el que me estás haciendo perder el tiempo?

—Este —respondió Sileno, empujando a Lastyanax hacia delante. El Eparca soltó una carcajada.

—¡Un discípulo! ¡Qué chistoso eres, Sileno!

—Hablo muy en serio. Lastyanax es más que competente con respecto a la igualdad de niveles, tras cinco años trabajando en los expedientes de su mentor. Y dejó de ser discípulo hace una hora, desde que los profesores y yo le dimos a su defensa una puntuación de once sobre doce.

—¡Ja! —exclamó Mézence—. Un once sobre doce. Parece que el nivel no es el que era. En mis tiempos casi nunca otorgábamos un nueve. Cuanto más rato pasa, más credibilidad pierdes, Sileno.

El mistógrafo se encogió de hombros con una sonrisa.

—Te reto a encontrar un reemplazo que tenga un mejor conocimiento de los expedientes. Adelante, pregúntale.

El Eparca resopló con gesto de desprecio y se volvió hacia Lastyanax.

Al igual que había hecho al mirar a Sileno, dudó entre su ojo derecho y su ojo izquierdo. Lastyanax estaba acostumbrado a esta reacción: sus iris no tenían el mismo tono de marrón.

—¿Cuántas caravanas tienen acceso al caravasar? —preguntó el Eparca, que finalmente optó por el ojo derecho.

—¡Eso es injusto, Mézence, esta pregunta no tiene nada que ver con la cartera de Nivelación!

—Cuatrocientas sesenta —respondió Lastyanax.

El Eparca sonrió y dio unos pasos, lanzando una mirada desdeñosa a su alrededor como para llamar la atención sobre su superioridad.

—Falso, cuatrocientas sesenta y dos. Deberías revisar tus apuntes, jovencito.

—Había cuatrocientas sesenta y dos hace una década —respondió Lastyanax, imperturbable—, pero dos caravanas fueron atacadas cerca de Temiscira. Esta mañana llegó la noticia. ¿No estaba enterado? —preguntó, parpadeando inocentemente.

El Eparca arrugó los labios para disimular el disgusto, mientras Sileno le dirigía una mirada divertida. A su alrededor, la multitud de curiosos se había dispersado. Nada recordaba la muerte de Palatès, excepto las flores aplastadas por los sirvientes que habían ido a recoger el cuerpo. Lastyanax se sintió avergonzado por tener que hacerse el listillo para ocupar la plaza de su mentor en el Consejo.

—Bueno, parece que lograste encontrar un candidato con potencial para el cargo de ministro de Nivelación —dijo el Eparca, dirigiéndose a Sileno—. Pero, vaya —agregó, fingiendo que de pronto se le venía una idea a la cabeza—, qué pena, su candidatura será rechazada, incluso si logra convencer al Colegio de que le vote.

Sileno frunció el ceño.

—¿Por qué harías eso?

—Porque no tiene discípulo —le espetó el Eparca con una sonrisa triunfal—. Y sabes tan bien como yo que los candidatos ministeriales tienen que ser mentores.

El mistógrafo resopló y el enojo hizo que se le agitara la panza con temblores.

—Mézence, estás tan ocupado con tus historias de clanes y canales que has olvidado que la Asignación de Discípulos tendrá lugar dentro de nueve días. Y participará tu hijo, por cierto.

Con un movimiento del hombro, el Eparca zanjó la discusión.

—No voy a esperar nueve días para designar un candidato válido al Basileus. Tengo un consejo que dirigir.

—Precisamente, el próximo consejo tiene lugar al día siguiente de la Asignación, dentro de una década —contraatacó Sileno con una sonrisa—. Lastyanax tiene mucho tiempo para encontrar un discípulo. Y el Basileus aceptará esperar unos días para considerar mi propuesta.

Exasperado, el Eparca fingió irse, luego volvió hacia Lastyanax y le clavó un dedo en el pecho.

—¡Te equivocarías al quedar atrapado en las intrigas políticas de tu antiguo maestro, jovencito! Vas a quemarte las alas. Te culparán por el más mínimo problema. En el Consejo, ningún ministro dará crédito a tus intervenciones. Permíteme que te lo deje claro: seré el primero en entrometerme en tu camino. Esta ambición grotesca te costará cara.

Dicho esto, se fue con paso rápido a pesar de sus cortas piernas. Preocupado, Lastyanax lo vio marcharse, preguntándose si no estaba cometiendo un gran error. Se dijo a sí mismo que lo hablaría con Palatès, antes de darse cuenta de que eso ya no era posible. A su lado, Sileno enderezó su enorme panza con un suspiro satisfecho.

—Ah, nada me divierte más que fastidiarlo. No prestes demasiada atención a lo que dice, está celoso. ¡Tardó cuarenta años en ingresar en el Consejo, y tú tienes diecinueve! Por otro lado, él tiene razón en un punto: necesitarás hombros fuertes para asumir la responsabilidad de tu nueva posición. El Consejo es una fuente inagotable de inconvenientes. Por eso siempre he tenido mucho cuidado de no hacerme ministro… Por cierto, pronto serás mentor, querido Lastyanax. ¿Cómo te imaginas a tu discípulo ideal?

Lastyanax pasó un dedo pensativo por el puente un tanto aplastado de su nariz, un recuerdo de su propia Asignación, el día que conoció a Palatès. Cada vez que había pensado en su futuro como mago, se había visto a sí mismo subiendo él solo la escalera de la política. Nunca imaginó que tendría que contar con un discípulo.

—Fantástico —respondió.

Arka

—Si no cruzamos esta maldita puerta pronto, mi estómago se va a ir él solito hasta Hiperbórea.

Tapón respondió a Arka con un profundo suspiro de insatisfacción. Frente a ellos, una interminable fila de recién llegados serpenteaba a través del páramo nevado y azotado por los vientos. A lo lejos se encontraba Hiperbórea, cuya cúpula se elevaba en la nieve como una gigantesca burbuja dorada. Si Arka no hubiera estado tan muerta de hambre, podría haber pasado horas contemplando la ciudad. Al otro lado de la superficie transparente en la que se reflejaban las nubes, una miríada de torres redondas, cada cual más alta que la otra, llegaba incluso a rozar en algunos puntos la pared interior de la cúpula. Verde, azul, ocre, rosa: el frenesí de colores parecía irreal en medio de los tonos grises del páramo, el cielo y la montaña.

Desde que salió del glaciar siguiendo las indicaciones de la serpiente, Arka había caminado todo un día cruzando la llanura sin apartar la vista de la ciudad, como una polilla atraída por una luz. Hiperbórea. La ciudad de los magos, cálida como un verano eterno, y tan rica que se decía que estaba pavimentada con oro. Arka sobre los adoquines no sabía nada, pero ya podía ver a los hiperbóreos ocupándose de sus quehaceres, yendo de un lado para otro con aire indiferente, mientras a ella se le estaban congelando las orejas de la larga espera en el frío. Los habitantes de la ciudad circulaban por una especie de acueductos de piedra que conectaban las torres, diminutos como hormigas andando por una rama, con sus siluetas alargadas por la curva de la cúpula.

En un hueco entre las murallas, una monumental puerta de bronce

filtraba las llegadas. Flanqueada por fortificaciones azules de ladrillo esmaltado, constituía uno de los cuatro puntos de acceso. En el dintel, un entramado de círculos y cuadrados rodeaba un escudo rematado con un grifo.

«Un sello», pensó Arka.

Colocada como un delicado globo de cristal sobre las murallas, la cúpula mostraba una fragilidad engañosa: Arka ahora podía ver los diez pies de espesor del adamante, la roca transparente de la que estaba hecha. Gracias a la robustez de esta estructura, Hiperbórea no había sufrido una invasión desde su fundación. Demasiado bien protegida, demasiado al norte, demasiado llena de magia, la ciudad simplemente no conocía enemigos lo suficientemente poderosos como para vérselas con ella.

A ella le parecía perfecto. Desde hacía más de un año, Arka se había visto obligada a abandonar un país tras otro por culpa de conflictos que se habían cobrado su hogar y dos seres queridos. Había perdido a su tutora en un incendio en Arcadia, y después a una compañera en las revueltas populares de Napoca. Entrar en una ciudad que se había librado de la guerra era un sueño.

Arka se puso de puntillas para ver por qué los guardias tardaban tanto en los controles a los recién llegados. Pero la hilera de personas que esperaban delante de ella, en su mayor parte habitantes de las montañas, no la dejaba ver nada. Un poco más adelante había una larga fila de caravanas frente a un puesto de expedición de permisos de entrada. Tumbados en la nieve, los bueyes almizcleros rumiaban con el lomo cargado de mercancías. Inaccesible por el mar, Hiperbórea se abastecía gracias a los caravaneros de las innumerables colonias que poseía la ciudad. Además de alimentos, la ciudad engullía cada día cantidades colosales de madera, metales y rocas, que luego escupía en forma de armas, utensilios y artículos que se vendían después en todo el mundo. Representaba un auténtico imperio comercial y cultural que hacía sombra desde hacía siglos a las ciudades de su entorno.

Al cabo de una hora que se le hizo interminable, Arka llegó por fin al

puesto de aduanas, un pequeño edificio de piedra adosado a una de las torres. En el interior, una oficial de aduanas hacía preguntas a una montañesa acompañada de dos niños famélicos. Unos minutos más tarde, la madre salió llorando con sus hijos aferrados a su abrigo. Arka escuchó que la oficial de aduanas le decía a un guardia:

—Se creen que me pueden ablandar presentándose con sus mocosos. Estoy segura de que lo primero que habría hecho al entrar en la ciudad sería incubar otra cría a la que no podría alimentar. Sin hipers, no se entra. ¡Siguiente!

Arka se estremeció y entró en el puesto de aduanas. Tapón se quedó en la puerta. ¿Qué era un «hiper»? ¿La moneda hiperbórea? No tenía dinero para pagar.

Sentada ante una mesa de despacho, la oficial de aduanas terminó de rellenar un formulario. Por entre los ralos cabellos grises se le veía un cuero cabelludo rosa y una enorme papada le asomaba por el cuello del abrigo de pieles. Con sus dedos rollizos, aplicó cuidadosamente un sello en forma de grifo, el emblema de la ciudad, dobló el papel con la uña y lo depositó en la parte superior de una gran pila de hojas a su derecha. Un poco retirados, había dos guardias en pie apoyados en sus armas, unas porras enormes de metal con un aspecto siniestro. Observaron con aire de profundo aburrimiento a su compañera mientras esta verificaba que la pila de impresos estuviese perfectamente colocada y le ponía encima una caja llena de monedas a modo de pisapapeles. Finalmente, la oficial de aduanas miró a Arka. Su mirada fue recorriendo de abajo arriba su abrigo de piel raído hasta detenerse en su maraña de cabellos rubios. Frunció el ceño al deducir que seguramente no habían sido lavados en meses.

—¿Qué te trae por Hiperbórea? —le soltó de sopetón mientras extendía un impreso sobre el escritorio.

Arka había tenido mucho tiempo para prepararse para la pregunta. Segura de la validez de su respuesta, dijo del tirón:

—Vengo a Hiperbórea porque es la única ciudad en la que aún está permitida la magia y me gustaría vivir con la libertad de usar mis

poderes, no como en Napoca, donde tengo…

—¿Conque eres de Napoca? —interrumpió la aduanera.

—Sí —mintió Arka.

—Sin embargo, no tienes ni el menor rastro de acento napociano.

El comentario pilló a Arka por sorpresa y no supo qué decir. Hablaba hiperbóreo porque las amazonas hablaban hiperbóreo. Pero el pueblo del que ella procedía estaba a miles de kilómetros de distancia y no tenía ningún tipo de relación con la ciudad mágica, que ella supiera. Como los guerreros no tenían buena fama, Arka evitó mencionar que había crecido entre ellos. Atrapada en su propia mentira, se inventó apresuradamente una explicación.

—Mi padre es hiperbóreo y él me enseñó el idioma. También he venido porque quiero encontrarle.

Solo era mentira a medias. Su padre era hiperbóreo pero nunca lo había conocido, pues había abandonado a su madre antes de que ella naciera. Tenía toda la intención de hallarlo.

La oficial de aduanas asintió con cautela y anotó algo en su ficha.

—Has mencionado la magia —dijo—. ¿Cómo calificarías tu nivel?

—Bueno, sé hacer cosas bastante simples —dijo Arka con cautela —. Encender fuegos, hacer levitar objetos, ese tipo de trucos, vaya…

La aduanera volvió a tomar nota.

—¿Cómo piensas ganarte la vida en Hiperbórea?

Una vez más, Arka había preparado una respuesta.

—En Napoca vendía pasteles en la calle y aquí pensaba hacer lo mismo.

En realidad, no había hecho un pastel en su vida y no tenía idea de cómo iba a ganar oro, pero resultó ser una mentira efectiva. La oficial de aduanas asintió con la cabeza y añadió una línea a su historial.

—Ahora te haré preguntas que responderás con sí o no. ¿Piensas unirte al crimen organizado una vez que vivas en Hiperbórea?

Perpleja, Arka se preguntó cuál era la utilidad de la pregunta.

—No.

—¿Tienes la intención de atentar contra la propiedad ajena o de entrar ilegalmente en casas particulares? —preguntó la oficial de aduanas después de marcar una casilla en su ficha.

—No.

—¿Tienes la intención de envenenar el agua de la ciudad o sabotear una torre?

—No.

—¿Planeas atentar contra la vida de los altos dignatarios, empezando por el Basileus?

—No.

—¿Eres amazona?

Desconcertada, Arka no respondió de inmediato. Entendió con preocupación que ese tema entraba en el mismo saco que los anteriores, como si ser amazona fuese razón suficiente para que le impidieran entrar. La oficial de aduanas levantó la vista de su impreso.

—Es un mero formalismo. Responde.

—No, no soy amazona —dijo Arka, y era verdad.

—Tu nombre y tu edad —preguntó la oficial de aduanas después de marcar la última casilla de la ficha.

—Arka, trece años —dijo ella inmediatamente.

—Arka, trece años, rubia, ojos de color marrón grisáceo —resumió la aduanera, y lo anotó todo—. Eres muy joven para viajar sola —dijo, sin levantar la nariz del documento.

Arka no supo qué decir. Le habría encantado tener compañía, pero las circunstancias no le habían dejado otra opción. La mirada recelosa de la oficial de aduanas se dirigió a ella de nuevo y la observó unos instantes.

—En fin, sea —dijo, dejando el papel en la mesa—. Tu formulario está completo. Entrar en la ciudad te costará un hiper, como habrás leído en el letrero de la puerta. Tienes cómo pagar, supongo.

Arka sintió que se le descomponía el rostro. La aduanera debió de sospechar desde el primer momento que no tenía oro. Se había divertido haciéndole las preguntas reglamentarias para hacerle acariciar la esperanza de entrar en la ciudad. Se rascó la cabeza con vergüenza y tartamudeó:

—Pues mire, precisamente quería saber si… Digamos que tengo un problemilla…

De repente, se oyó un estrépito a su espalda. Era Tapón, que se había puesto a trotar de un lado a otro para sacudirse de encima un bloque de nieve que había resbalado del techo de la aduana. La gente se lo estaba pasando en grande contemplando la escena. La oficial de aduanas chasqueó la lengua con aire de disgusto.

—¿Cuál es ese problemilla? —dijo con impaciencia.

Arka sacó de un bolsillo tres monedas triangulares de oro, plata y cobre y las mostró a la aduanera.

—Pues que aún no conozco la moneda del lugar y no estoy segura de cuál es la de un hiper. ¿Esta? —preguntó con inocencia, sosteniendo una gran moneda de oro, estampada con la efigie del Basileus.

La oficial de aduanas tomó la moneda con gesto de desconfianza y la colocó en una pequeña escala para verificar su autenticidad.

—Sí —admitió, depositando el hiper en la caja—. La moneda de plata es un borio y la moneda de cobre un chalque. El hiper vale treinta y seis borios y el borio vale doce chalques.

Estampó el sello de la ciudad en la ficha, la dobló con el filo de la uña y la depositó en la parte superior de la pila, debajo de la caja.

—Estás oficialmente admitida en la ciudad. A partir de hoy, durante un año, si incumples la ley, te arriesgarás a que te deportemos sin que valga ningún otro proceso. Solo puedes ser sometida a juicio por un crimen castigado con la muerte. ¿Lo has entendido?

—Sí —dijo Arka.

Solo quería una cosa: entrar en Hiperbórea lo antes posible y poder al fin hacer realidad su sueño de comer buenos platos calientes. Se guardó las dos monedas y salió del puesto de aduanas. Afuera, la gente seguía riendo de lo lindo. Arka llamó a Tapón. Inmediatamente, el caballo regresó al trote con aire digno, con la cola levantada formando un penacho.

—Perdóname, chico —susurró Arka, dándole unas palmaditas en el costado.

Había sido ella la que había derrumbado el montón de nieve sobre su grupa. Aprovechando que la aduanera y los guardias se distraían con el animal, las tres monedas habían ido de la caja a su bolsillo, sin que nadie lo viera.

Tenía su gracia entrar en la ciudad a expensas de la propia ciudad, pensó mientras franqueaba con paso triunfal la enorme puerta de bronce, bajo la atenta mirada de los guardias.

Y, para colmo, ahora tenía suficiente oro para comer.

2

Bienvenida a Hiperbórea

Arka

Mientras cruzaba la vasta extensión de hierba que separaba las murallas de las primeras torres, un calor húmedo recibió a Arka provocándole una sensación aplastante. El aire hiperbóreo, carente de viento, parecía petrificado. Embutida en sus pieles, Arka sentía que desentonaba en aquel lugar como los bueyes almizcleros liberados por los caravaneros en aquella pradera. Se quitó las manoplas y el abrigo con capucha y se quedó en camiseta interior, con los pantalones de piel de reno y sus botas forradas de borrego.

Con el abrigo bajo el brazo, llegó al lindero de la ciudad y comenzó a pasear por las calles sin rumbo fijo, olisqueando el aire. Si de lejos las torres hiperbóreas parecían altas y frágiles como tallos de caña, estando al pie de ellas parecían otra cosa. Perforadas aquí y allá por ventanas con forma de trapecio, se elevaban como gigantes macizos tallados en piedra, conectados entre sí por acueductos y cuerdas de tender la ropa de las amas de casa. Cubriendo sus muros de figuras geométricas había jardines verticales de hierbas aromáticas. Dos pisos más arriba, Arka oyó las protestas de una mujer asomada a una ventana:

—Ah, malditos pájaros, ya han vuelto a arrancar el silfión, otra vez voy a tener que plantar.

En ese momento, un escuadrón de palomas pasó entre las torres, por debajo de una cortina de enredadera que goteaba desde un tramo de acueducto. La mujer las miró pasar con cara de malas pulgas y arrojó por la ventana el contenido de un orinal, que cayó con un gran «¡chof!» en el canal de abajo. La escena trajo a Arka de vuelta a la realidad: arrugando la nariz, olisqueó el aire de las calles a su alrededor, angostas, oscuras y llenas de moscas. El mito de Hiperbórea y sus adoquines dorados se derrumbaba. El fondo de la ciudad,

sumergido en la sombra de las torres, era una porquería, con montones de basura apilada en las esquinas y regueros de agua parduzca vertiéndose en los canales. Los niños recogían unos champiñones rosas enormes que crecían entre las heces. En algunos lugares, los hiperbóreos tenían que cavar en la basura para abrir sus puertas.

Arka compró pan de cebada y verduras al primer vendedor ambulante que encontró en su camino. Solo le quedaban diez chalques. Se sentó en el borde de un canal y devoró la comida, mientras Tapón engullía su ración de cebada. Cuando tragó el último bocado, se lamió los dedos y se acostó en el suelo con un suspiro de felicidad. Después de cuatro días de ayuno, nunca había disfrutado tanto al notar lleno el estómago.

Los mosquitos comenzaron a zumbar a su alrededor. Tumbada bocarriba con la cabeza apoyada en el suelo, pudo contemplar por fin la parte superior de las torres, bañada en luz y, detrás, los reflejos brillantes de la cúpula. Unas enredaderas gruesas como troncos de árboles brotaban del pavimento y ascendían hasta la cima de las torres. ¿Cuántos pisos tenían? ¿Treinta, cuarenta tal vez? En lo alto, los muros redondeados desaparecían bajo las pinturas policromáticas. Cada cornisa, cada bajorrelieve, cada pórtico estaba adornado con coloridos patrones geométricos. En los pisos inferiores, por el contrario, la piedra desnuda estaba renegrida por el humo que escapaba de los puestos de comida, cuando no estaba cubierta de moho. Claramente, los niveles más altos albergaban a la población acomodada. El agua de la ciudad, bombeada por un ingenioso proceso, llegaba clara y pura a la cima de las torres y discurría a través de los acueductos suspendidos hasta el fondo de Hiperbórea, adonde llegaba hedionda, verdosa y plagada de larvas de mosquitos. Arka se apoyó en los codos. Un pollo muerto, inflado, pasó por el canal. Las alcantarillas de toda una ciudad corrían delante de ella.

De repente, una enorme tortuga, de tres pasos de ancho y cargada de toneles, cruzó su campo de visión. Llevaba musgo adherido a su viejo caparazón abollado, cubierto de escamas verdes y marrones. Sentado

en la parte delantera, un hombre conducía al animal con ayuda de unas riendas atadas a su cabeza. Aturdida, Arka se quedó mirando aquella extraña embarcación mientras se alejaba lentamente.

La siguieron otras tortugas de diferentes tamaños, con caparazones de belleza variable pero siempre plácidas. Remontaban los canales cargadas de comida y también de pasajeros.

—Esto es un no parar de sorpresas —dijo Arka a Tapón, que observaba con gran interés las fluviales monturas de los hiperbóreos.

Arka se prometió a sí misma que probaría la conducción de tortuga tan pronto como tuviera suficiente oro para alquilar una. Mientras tanto, iba a tener que ponerse manos a la obra. Y encontrar a su padre, si es que aún estaba vivo. Y tratar de mejorar en su manejo de la magia, por último.

Adormecida por el calor y la digestión, Arka se levantó y bostezó. Cuando reanudó el deambular, con Tapón detrás muy cerca de ella, se dio cuenta de que tenía en su mano la posibilidad de conciliar esos tres objetivos. No sabía mucho de su padre, aparte de que había vivido en Napoca y que era un mago hiperbóreo. Cuando lo encontrase, él podía enseñarle magia y pagarle una tortuga. Un plan perfecto.

Arka estaba demasiado orgullosa de su gran idea para admitir que tenía ciertos defectos, empezando por el incierto recibimiento de su padre, si daba con él.

Sus pasos la llevaron a una encrucijada de canales llenos de tortugas, en cuyo centro había una cascada amarillenta. La cascada nacía veinte pasos más arriba, de un acueducto volado que terminaba abruptamente entre dos torres como si estuviese sin acabar de construir. En el borde había una especie de gran aparejo. Una red, atada a las poleas mediante sogas engrasadas, se sumergía en el agua.

Guiada por su conductor, una tortuga se colocó dentro de la pesada red. Unos mecánicos accionaron las poleas, las sogas se tensaron y el animal se elevó agitando las aguas. El aparejo enrollaba las sogas sin ayuda de nadie, como por arte de magia, y seguramente así era. Fascinada, Arka vio la enorme tortuga elevarse por los aires a lo largo

de la cascada, con las aletas al descubierto. Cuando el animal llegó a lo alto, el aparejo giró y se colocó hacia el canal del acueducto, fuera de su campo de visión. Poco después, la red reapareció con otra tortuga dentro.

Sentada en la orilla, Arka se quedó mirando la maniobra de la máquina subiendo y bajando reptiles panzudos mientras Tapón pastaba las hierbas que crecían entre las piedras al pie de las torres. Se sorprendió cuando un conductor detuvo su montura frente a ella. El caparazón de su tortuga estaba pintado de azul.

—¿Quieres subir al segundo nivel?

Arka comprendió que se trataba de un barquero.

—¿Cuál es el segundo nivel?

El barquero señaló el canal volado.

—Está ahí arriba. Y luego está el tercer nivel, el cuarto…

—Estoy buscando a un mago —dijo Arka—. ¿Dónde viven los magos?

—¿Los magos? Pues viven todos encaramados al séptimo piso.

Arka levantó la nariz hasta la cima de las torres, doscientos pasos por encima de ella. Así que su padre estaba ahí arriba. Con la levitación solo podía subir tres o cuatro pasos y no estaba lo suficiente entrenada para lograr semejante vuelo de ascenso con su pulsera de alas, ni siquiera haciendo escala en algunos niveles. Sus dedos jugueteaban con las monedas, en el fondo del bolsillo. Tal vez podría permitirse subir en tortuga si vendía sus pieles.

—¿Cuánto me cobraría por llevarme al séptimo nivel?

—Cada peaje de ascensor cuesta tantos hiper como el número del nivel al que se desea llegar, por lo que tendrás que contar dos, más tres, más cuatro, más cinco, más seis, más siete… Veintisiete hipers, vaya.

Arka se atragantó.

—Pero ¡qué dice! ¿Qué es esta ciudad? ¿Un hato de ladrones?

—Más dos borios por el transporte.

—¡Menuda estafa!

El barquero sonrió.

—Esto es Hiperbórea, no un pueblo de las montañas. Aquí cada vez que se cambia de nivel, se paga un peaje, así es la cosa.

Arka frunció el ceño con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y dirigió su mirada al canal, por el que bajaba un nauseabundo detritus. La cochambre reinante en aquel lugar no la sorprendió: solo los más ricos podían permitirse vivir en lo alto de las torres.

—¿Y aquí cómo se hace para ganar hipers?

Lastyanax

Lastyanax se dejó caer en una silla autoportante. Acababa de buscar por décima vez en el estudio de su antiguo mentor. Aquello era un auténtico bazar. En vida, Palatès no había sido un maníaco del orden y tenía prohibido a sus sirvientes el acceso a su estudio. De hecho, aparte de Lastyanax, a nadie se le había permitido entrar.

Contempló distraídamente el luminoso estudio decorado con murales y amueblado con viejos baúles llenos de documentos. El día anterior, en el Columbarium, se había sorprendido por la modestia de la comitiva presente en el funeral de Palatès: algunos parientes lejanos, sus criados y los ministros, que habían acudido de mala gana a rendir homenaje a su colega. Después de escuchar las banalidades habituales sobre la grandeza del difunto, Lastyanax se había escabullido de la necrópolis. Algunos ministros, en particular el Eparca, lo habían mirado con inquina durante toda la ceremonia, como si su candidatura para el escaño de Nivelación fuese una ofensa para ellos.

Lastyanax miró las montañas de documentos que iba a tener que ordenar. En algún lugar entre estos papeles estaba tal vez la explicación de la muerte de Palatès. Delante del mistógrafo, había afirmado creer en la hipótesis del ataque al corazón, y tal vez era la verdadera causa de su muerte, pero no podía evitar pensar en un asesinato. Recordó el comentario de uno de los mirones, hablando de la muerte de Palatès, en el Magisterium: «Escuché a un sirviente decir

que se equivocó de camino mientras bebía…». ¿Veneno?

Frente a él, puesta encima de un montón de pergaminos, la gallina de cerámica lo miraba con gesto burlón. De ordinario, Lastyanax habría tirado a la basura un objeto así de feo, pero la nostalgia hizo que se contuviera; era la última pieza de la última colección de Palatès. Tomó la estatuilla y la giró en sus manos sin prestarle demasiada atención.

De repente, un estrépito lo sacó de sus cavilaciones. La gallina escapó de sus manos y se rompió. Furioso, Lastyanax saltó de su silla y abrió la puerta del estudio. Sus dos viejos sirvientes, Aous y Métanire, estaban tratando de despejar del pasillo una colección particularmente engorrosa: una docena de enormes estufas de barro, importadas de Napoca e inútiles en Hiperbórea, ya que la cúpula hacía innecesaria la calefacción. Una de las estufas se había estampado contra el suelo. Ocupados en culparse el uno al otro con toda suerte de improperios, los criados no se dieron cuenta de la presencia de Lastyanax. Él suspiró y cerró la puerta.

Unos días antes, un notario había venido a informarle de las últimas voluntades de Palatès. Lastyanax se había sorprendido al descubrir que su mentor le legaba toda su fortuna y todos sus bienes… con la condición de tener a su servicio a la pareja de criados, cosa que le habría convenido. La idea de que Palatès se preocupara por él como para que quisiera convertirlo en su heredero lo había emocionado más de lo que se habría atrevido a reconocer. Al pensar en ello, se sintió culpable por todas las veces que maldijo las manías del viejo.

Sin embargo, le había llamado la atención un detalle del testamento: la fecha de la firma. El documento había sido redactado el día antes de la muerte de Palatès, como si hubiera sabido que sus días estaban contados.

Lastyanax se agachó y recogió del suelo los trozos de la gallina rota. Entre los fragmentos de barro cocido apareció un pequeño rollo de papel. Palatès debía de haberlo metido por el agujero de la figurilla hueca. Lastyanax lo cogió y lo desenrolló en la mesa de marquetería. Era una etiqueta, que indicaba el asombroso precio que Palatès había

pagado por la figurita y su origen: cincuenta hipers, primer nivel. Pero el mago había garabateado en la parte posterior unas palabras:

… Contrabando… Temiscira… ¿Para qué quemar el bosque de las amazonas?

… Paranoia alimentada a propósito, pero ¿por quién?…

Con el corazón palpitando a toda velocidad, Lastyanax volvió a leer la nota varias veces. ¿Contrabando de qué? No tenía ni idea. Sin embargo, había oído hablar del incendio del bosque, que había tenido lugar dos años antes. Una acción militar de Temiscira, bastante inútil, como señalaba Palatès, ya que las amazonas habían recuperado inmediatamente el control de la región. Y la paranoia, ¿era una referencia al miedo constante del Basileus a ver aparecer a las guerreras ante las puertas de la ciudad?

Lastyanax cogió un cálamo de la mesa y sumergió la punta en un tintero. Después de meditar unos instantes, dibujó un triángulo junto a las notas de su mentor y escribió en los vértices «amazonas», «Hiperbórea» y «Temiscira».

En ese momento, alguien llamó a la puerta del estudio. Lastyanax escondió la hoja debajo de un libro y fue a abrir. Era Aous, el viejo mayordomo medio sordo que robaba sus reservas de aguamiel y para quien la higiene personal era un pasatiempo que no resultaba de su agrado.

—Maestro Lastyanax, le pido disculpas por las molestias —dijo Aous, escupiendo saliva (tendía a babear, también)—. ¿Desea comer algo?

Estiró la cabeza hacia delante para escuchar la respuesta.

—No, gracias, no tengo hambre —voceó Lastyanax.

Dejó la puerta abierta y esperó. En cinco años, Aous nunca había venido a ofrecerle un bocadillo. Obviamente, era solo una excusa para acercarse a hablar con él. El mayordomo mascó su dentadura postiza durante unos momentos antes de añadir:

—Es tan triste lo que le pasó al maestro Palatès. ¿Es verdad que fue usted quien lo encontró?

—¡Sí! —respondió Lastyanax a voz en cuello.

—Nunca pensé que nos dejaría tan pronto —dijo Aous, sacudiendo la cabeza—. Sin duda, lo del intruso lo alteró.

—¿Un intruso? —repitió Lastyanax.

—Sí, sucedió hace casi una década… Nueve días, concretamente. Métanire oyó a alguien entrar en el estudio del maestro por la noche, pero cuando abrió la puerta, se había ido. Según su mentor, no le robó prácticamente nada, a excepción de unos documentos suyos, pero aquello lo perturbó de todos modos.

—¿Documentos? ¿Qué documentos?

—Oh, no lo sé, su mentor no lo dijo. Métanire tampoco lo sabe.

Lastyanax se volvió para observar los baúles repletos de papelotes. Sin más información, era poco probable que estuviera seguro de identificar qué archivos habían sido robados.

—¿Y los sellos de detección? —preguntó, dirigiendo de nuevo la atención a Aous.

—¿Los pelos de selección? No sabía que el maestro tuviera también una selección de cabellos. Pero no me sorprende, debe ver todo lo que acumuló…

—¡Los sellos de detección! —repitió Lastyanax—. ¿No se encendieron?

—Aaah, los sellos de detección… No, no se dispararon.

Lastyanax frunció el ceño. Aquello era cada vez más raro. Nadie podía pasar a través de un sello de detección sin activarlo. Por eso, los magos los ponían en cada puerta y en cada ventana de sus casas. Un ladrón no podría haber entrado en el estudio sin ser visto.

—¿Por qué Palatès no me lo contó?

—¿Cómo dice? —croó Aous, haciendo bocina con una mano junto a su oído.

—¿Por qué Palatès no me lo contó? —gritó Lastyanax.

—Aaah, por qué Palatès no se lo contó… Tal vez no quería molestarlo,

estando como estaba concentrado en su defensa.

—Gracias —dijo Lastyanax después de un momento de reflexión —. Puede retirarse.

Casi oyó crujir los viejos huesos del siervo mientras este se inclinaba y cerraba la puerta. Lastyanax se acercó a la ventana y examinó el sello de detección grabado en la cornisa. El dibujo estaba intacto. Meditabundo, levantó la cabeza para mirar el paisaje, atravesado por pájaros vela. Como todos los altos dignatarios de Hiperbórea, Palatès tenía un piso entero de una torre en el séptimo nivel. Lastyanax podía ver las cúpulas doradas del Magisterium. La forma difusa de una puesta de sol naranja se reflejó en ella. En menos de una década podría estar sentado allí, junto a los otros ministros. ¿Cuántos magos de diecinueve años habían tenido esta oportunidad? Su carrera empezaba por todo lo alto.

Pero si Palatès hubiera sido asesinado, se estaba arriesgando mucho sucediéndole. Lastyanax sintió que el interés de su mentor por las amazonas y Temiscira había molestado a alguien. Alguien que no había dudado en eliminarlo, y que no dudaría en atacarlo a él si mostraba el mismo interés.

Era hora de llegar al meollo de todo aquello. Lastyanax metió el pedazo de papel en su bolsillo y salió del estudio con paso decidido.

Embron y Tétos

Como cada día, Embron y Tétos estaban muertos de aburrimiento. De pie detrás de la mesa de despacho de Hermie, llevaban horas viendo cómo la aduanera aterrorizaba a los recién llegados a Hiperbórea. A veces había un poco de acción, cuando un inmigrante se ponía a suplicarle a Hermie o por el contrario intentaba estrangularla. En esas situaciones, debían intervenir, aunque a menudo soñaban con hacer lo mismo.

Hermie nunca se había interesado por cómo se llamaban, simplemente los llamaba «los árboles» o, cuando estaba de buen humor, «los abetos» porque parecía, en su opinión, que echaban raíces. A Embron, el más grande, lo apodaba «el arbolote» y a Tétos, el más fuerte, «el

arbolazo».

Ese día Hermie estaba de muy buen humor. No solo había negado la entrada a quince inmigrantes en cinco horas, sino que también era el primer día de la década, y ese día Alcandre venía a verla. Había apilado sus cartas con una meticulosidad aún más aterradora de lo habitual y había llevado su coquetería hasta el punto de difuminar el contorno de sus ojos con una sombra verde chillón. Una colección de anillos enormes adornaba sus dedos regordetes, completando su artillería de seducción.

Pero Alcandre aún no había llegado. Por cómo Hermie estampaba febrilmente su sello en las fichas, Embron y Tétos sabían que algo la preocupaba.

Incluso había dejado que un inmigrante le pagara el hiper en treinta y seis monedas de borio, algo que normalmente nunca toleraría. Estaban callados cuando de repente se dio la vuelta, con la papada temblando de agitación.

—Pinazo, dime la hora.

Mientras Tétos buscaba la clepsidra, agregó en un tono frágil:

—Y poneos rectos, pedazo de zoquetes, que parece que os fuerais a quedar dormidos con las armas encima.

Embron y Tétos se irguieron inmediatamente, alejando sus lanzas-relámpago para adoptar una verdadera postura de guardias. Al mismo tiempo, una figura atlética se recortó en el vano de la puerta.

—Perdóname por llegar tan tarde, Hermie, es que me retuvieron.

La aduanera se volvió hacia él con una explosión de alegría.

—¡Alcandre!

Entró en el despacho con una sonrisa en la cara, metiéndose una mano entre los cabellos, negros y cortos, para deshacerse de los copos de nieve que se le habían quedado encima. A sus treinta años, Alcandre parecía un marinero retornando de una expedición marítima, con la tez bronceada por el ancho mar y una barba corta sombreando sus mejillas. Embron y Tétos no sabían si realmente era marinero, y no

sabían por qué Hermie se desvivía para hacerle favores, aunque obviamente su físico ventajoso tenía algo que ver.

La oficial de aduanas se atusó los cabellos grasientos y fingió mirar entonces la clepsidra.

—Pero ¡me sorprende que ya estés aquí, no había visto pasar el tiempo!

Le dedicó a Alcandre un guiño con picardía.

—Tengo buenas noticias para ti.

Sin renunciar a su sonrisa, Alcandre se quitó el abrigo de pieles y lo colgó en la lanza de Tétos. Se sentó en el filo de la mesa de Hermie, escogió una golosina de una caja que la aduanera tenía siempre a mano (y que ni Embron ni Tétos se habían atrevido a tocar jamás) y declaró, pasándose el dulce de un lado a otro moviendo sus perfiladas mandíbulas:

—Soy todo oídos, Hermie. Cuenta.

Se había sentado tan cerca de la aduanera que esta pareció olvidar la noticia. Con la boca entreabierta, Hermie miró lánguidamente los ojos azul cielo de su interlocutor. Embron y Tétos cambiaron de posición, carraspeando. La situación empezaba a resultar embarazosa.

La aduanera finalmente pareció salir de sus ensoñaciones. Sus párpados maquillados pestañearon. Con un delicado gesto victorioso, sacó una hoja de un cajón y leyó en voz alta:

—Arka, trece años, cabello rubio, originaria de Napoca.

Un frío resplandor cruzó la cara de Alcandre. Desde hacía dos meses, Embron y Tétos lo habían visto presentarse en el puesto de control cada década y preguntarle a Hermie si había dejado entrar a una chica rubia de Napoca. Según él, era su sobrina y nadie la había vuelto a ver desde que había huido de esa ciudad.

—Así que logró cruzar los montes Ripeos —comentó Alcandre—. ¿Se la veía en buen estado de salud?

—Un poco flaca y cansada, pero en buenas condiciones en general. No

estaba segura de que fuera tu sobrina, por eso no le dije nada de ti. Espero que no te enfades.

—No, no, mujer, ¿cómo iba a enfadarme? —dijo Alcandre, acariciando la mano de la aduanera—. De todos modos, como ha llegado a Hiperbórea, pronto la encontraré.

—Sois tan interesantes en vuestra familia —dijo Hermie con coquetería.

Alcandre sonrió.

—No te imaginas cuánto.

En ese momento se oyeron retazos de voces en el exterior de la oficina de aduanas. Hermie suspiró y se volvió a los dos guardias, haciendo crujir la silla bajo su peso.

—Mirad por la ventana y decidme qué está pasando, árboles. —Embron y Tétos obedecieron.

—Es esa madre, la de los dos mocosos escuchimizados —respondió Tétos—. Pretendía cruzar la puerta sin pagar.

—¡Ella otra vez!

—Puedo resolver el problema, Hermie —intervino Alcandre.

Se levantó, cogió su abrigo de la lanza de Tétos y le dio a este unas palmaditas en el hombro. De un bolsillo, sacó tres piezas triangulares de oro y las arrojó hacia la caja de la aduanera donde aterrizaron con un agradable tintineo.

—Tres hipers por la madre y los dos hijos —dijo mientras su generosidad encendía un brillo de codicia en los ojos enamorados de la robusta oficial de aduanas—. Ya no te molestarán más, Hermie. Tómalo como un regalo por la ayuda prestada —agregó, poniéndose el abrigo.

—¿Ya te vas? —dijo Hermie sin poder ocultar su decepción—. Ahora que sabes que tu sobrina está aquí, seguirás viniendo a visitarme, ¿verdad?

Alcandre se rio y plantó un beso cariñoso en la frente de la aduanera.

—Pues claro que sí, ¿qué te pensabas? Volveré la próxima vez solo por ti.

Embron y Tétos vieron cómo una amplia sonrisa iluminaba la cara de su colega mientras Alcandre salía silbando.

Por supuesto, nunca más volvió.

Lastyanax

Lastyanax mostró su anillo con sello al operario del peaje y sintió por sexta vez una gran satisfacción al ver al agente asentir con la cabeza y poner en funcionamiento el ascensor.

Al bajar al canal del primer nivel, Lastyanax se preguntó si había llegado el momento de reconciliarse con su padre. Después de todo, finalmente había completado el disciplinado, dando así razón a la ambición que había llevado a sus relaciones a deteriorarse. Luego recordó el gesto de su padre la última vez que lo vio, y la idea desapareció de su mente tan rápido como había surgido.

Como siempre que bajaba al primer nivel, a Lastyanax le impactó el olor a rancio de las calles concurridas. ¿Cómo había podido vivir allí un día? El entorno era tan diferente del que ahora estaba acostumbrado a ver que sentía que estaba entrando en una ciudad totalmente distinta. Con su toga morada y su anillo de sello, ya no se confundía con la masa, como antes. Y no le disgustaba.

—El embalsamador del barrio oeste, ¿verdad? —preguntó su barquero, dando la vuelta.

Lastyanax asintió con la cabeza. Desde la orilla de los canales, la gente los miró pasar. Cuando la tortuga cruzó por debajo de un puente, oyó murmurar a un vagabundo:

—Otro de esos malditos magos. Nos tiran sus inmundicias y encima les pagamos el peaje.

Lastyanax notó que se ruborizaba e hizo todo lo posible para mantenerse impasible. Los privilegios que hacía un instante le producían satisfacción parecían de repente menos legítimos. Recordó el resentimiento que sintió cuando de pequeño vio pasar una tortuga

como la que montaba ese día. El deseo, también, de algún día tener derecho a hacer lo mismo. En esencia, no era diferente de los habitantes del primer nivel. Lo único que los separaba era la ambición. Las gentes del primer nivel se contentaban con levantar los puños al cielo, culpando a la vida de haberles parido en un ambiente tan sórdido. Lastyanax había tomado su destino en sus propias manos.

No obstante, decidió que llevaría al Consejo ese trato de favor, si es que lograba convertirse en ministro de Nivelación. En eso consistía precisamente ese cargo, creado para calmar las exigencias de igualdad de los niveles inferiores.

Una tortuga dorada y llamativa se precipitó en sentido contrario y lo sacó de sus pensamientos. El barquero la esquivó dando un bandazo. El animal pasó y Lastyanax tuvo tiempo de ver un mechón de pelo rubio. Un momento después, otra tortuga, mucho menos brillante que la anterior, los adelantó. Una mujer y tres hombres peleaban por manejar las riendas para guiar a la bestia.

—¡Así, madre! ¡Que se da la vuelta! —exclamó uno de los hombres.

Tiraron por otro canal y Lastyanax cruzó una mirada de desconcierto con su barquero.

—Cosas de clanes, sin duda —comentó este último, encogiéndose de hombros—. Aquí es, hemos llegado.

Se había detenido frente a una abertura tallada en la pared de una torre siniestra que daba al canal. A modo de letrero, un cráneo colgaba del extremo de una cadena. Como todos los cráneos, lucía una sonrisa de loco. Un tramo de escaleras permitía el acceso a la puerta pintada de negro del embalsamador. Lastyanax se levantó, se recogió las faldas de la toga y saltó al muelle resbaladizo.

—Vaya a dar un paseo y espéreme —dijo al barquero—. No estaré mucho tiempo.

Incómodo, empujó la puerta, en la que habían colgado un fémur humano como aldaba. En el oscuro pasillo que apareció ante su vista, un olor aún más horrible que el del primer nivel lo saludó: una mezcla de carne en descomposición, bálsamos fragantes y salmuera.

Lastyanax recorrió el pasillo hacia una habitación iluminada por una simple lámpara de aceite. En la habitación, un hombre esquelético se afanaba entre cuatro mesas en las que yacían sendos cadáveres. El moho del canal cubría las paredes y los estantes se desmoronaban bajo el peso de frascos llenos de cosas repugnantes. El embalsamador se dio la vuelta. Estaba aún más demacrado que los cuerpos de los que se ocupaba. Sus ojos parecieron a punto de saltar de sus órbitas.

—¡Aaah, un cliente vivo! —exclamó con una sonrisa que no tenía nada que envidiar a la de su letrero exterior—. Y mago, además —agregó, señalando la toga morada—. ¿Ha venido a tomar medidas para su ataúd? ¿Qué tipo de madera le gustaría?

Entrecerró los ojos y estiró al frente los brazos enflaquecidos, mirando a Lastyanax entre sus pulgares como si tratara de calcular cuánto medía.

—¿Pino, roble, olmo, haya? El sicomoro está muy de moda últimamente, pero no lo recomiendo, tiende a dejar que los fluidos corpor…

—No he venido a darle las medidas de mi ataúd —lo interrumpió Lastyanax, haciendo grandes esfuerzos para no vomitar ni mirar a los cadáveres—. Mi nombre es Lastyanax y quiero hacerle unas preguntas sobre una de sus recientes… mmm… clientes.

Decepcionado, el embalsamador volvió a cuidar de sus cadáveres.

—Lástima, con su perfil tirando a flaco podría hacerle un ataúd cónico, causaría un efecto muy agradable durante su entierro —comentó, metiendo los dedos en las entrañas de uno de sus clientes.

«¿Perfil flaco, yo?», pensó Lastyanax con preocupación. Por supuesto, se había estirado mucho en los últimos meses y no era tan musculoso como Rhodope, pero tampoco había que exagerar. Tal vez debería plantearse en serio practicar ejercicio, ahora que había finalizado su defensa…

Lastyanax se reprendió a sí mismo. No había venido a hablar de su estado físico.

—El cliente en cuestión era un mago de unos cincuenta años, bastante corpulento.

—¡Aaah! —exclamó el embalsamador mientras se enderezaba, con un trozo de intestino en la mano—. Sí, ya sé. Un ataúd admirable, de tres codos de ancho, en arce negro, ¿no?

—Así es —confirmó Lastyanax—. Un gran trabajo. Cuando se encargó de ese… cliente, ¿pudo determinar la causa de la muerte?

—Mmm —reflexionó el embalsamador rascándose la barbilla, sin soltar en ningún momento el trozo de tripa—. Recuerdo haber visto que… Espere, lo comprobaré.

Cruzó la habitación, arrastrando tras de sí una larga ristra de vísceras azules. Lastyanax sintió que se tambaleaba y plantó los talones en el suelo tratando de pensar en algo agradable. El aroma de Pirra, por ejemplo. Al llegar al otro extremo de la morgue, el embalsamador finalmente dejó caer el intestino y rebuscó en un baúl de gran tamaño.

—Está de suerte, siempre guardo en este baúl las vísceras unos días más, excepto la cabeza —explicó—. A veces los parientes del difunto me las piden para tener un bonito recuerdo. Ayer mismo, una familia vino a recoger la urna del abuelo. Querían decorar su estancia con…

Finalmente sacó del baúl una gran urna negra con una etiqueta.

—¡Aquí tiene! —exclamó triunfal—. Cerebro, hígado, riñones y corazón de Palatès, el ministro de Nivelación.

Abrió la tapa y metió una mano. Lastyanax inmediatamente miró hacia otro lado, lamentando no poder hacer lo mismo con sus oídos. Oyó unos ruidos. Enfrente tenía ahora una hilera de frascos transparentes etiquetados en un estante. «Feto malformado, excrecencia del bazo, prueba n.º 3 de lémur…»[1] Lastyanax cerró los ojos e invocó el olor de Pirra con más fuerza. El elemento principal era moly, obviamente. Una fragancia picante, persistente y decidida. Pero había una nota secundaria, más suave. Jazmín, tal vez…

La voz del atareado embalsamador se impuso:

—No soy un sanador, pero mi trabajo me ha hecho lo suficientemente

inteligente como para adivinar lo que lleva a mis clientes a necesitar de mis servicios. En el caso de este, creo que la muerte se debió a… mmm, sí, de hecho, todo esto está de lo más blanquecino… insuficiencia renal repentina. Y probablemente algunas pequeñas complicaciones añadidas.

Lastyanax abrió un ojo. El embalsamador había almacenado las vísceras de su antiguo mentor en la urna.

—¿Tal vez desea conservar algún recuerdo de su colega mago? —preguntó, agitando el objeto con una sonrisa de mercader.

Lastyanax se imaginó por un momento explicando a sus invitados lo que había en el jarrón que ocupaba un lugar destacado en su estancia.

—Gracias, no hará falta —respondió evasivamente—. Así que, ¿insuficiencia renal, dice? ¿Y a qué cree que pudo deberse?

—Pueden haber sido muchas cosas —respondió el embalsamador, guardando la urna en el baúl.

Recuperó el intestino que estaba tirado en el suelo y fue a ponerlo de nuevo en el vientre de su dueño mientras enumeraba:

—Un impacto violento, una infección, un problema cardíaco, un envenenamiento…

—¿Un envenenamiento? —dijo Lastyanax—. ¿Podría haber sido envenenado?

El embalsamador pareció sentir interés de pronto y agarró un cuchillo y una cubeta.

—Vaya, vaya —dijo en tono alegre—, conque hay una buena alma tratando de ampliar mi clientela del séptimo nivel… Eso está muy bien. Muy bien, sí, los magos siempre pagan buenos embalsamamientos.

Sajó con entusiasmo el intestino de su cadáver y un olor terrible se extendió por todo el cuartucho, ya de por sí cargado de un aire irrespirable. Lastyanax se tapó la nariz con una mano y luchó por mantenerse de pie.

—Sí, bien podría tratarse de un envenenamiento —dijo el embalsamador en un tono reflexivo, arrojando una sustancia grumosa en la bacina—. Sin duda con la ayuda de una mezcla de cicuta, belladona y jugo de loto azul, una combinación muy popular estos días. La víctima se queda dormida y muere unos minutos más tarde, un final absolutamente tranquilo.

Describió los efectos del veneno como quien ensalzaba las virtudes de una infusión.

—Gracias por toda la información —logró decir Lastyanax, con lágrimas en los ojos—. Bueno, su ayuda ha sido muy… valiosa. Que pase un buen día.

Titubeó al llegar a la puerta y la abrió. Un soplo de aire fresco lo saludó. Nunca antes Lastyanax había apreciado tanto el olor del primer nivel.

—¡Espero verle de nuevo muy pronto! —exclamó el embalsamador desde el interior de la casa.

«Tan tarde como sea posible, sí», pensó Lastyanax, cerrando la puerta al salir. Bajó los tres escalones que lo separaban del agua y respiró a bocanadas, tratando de olvidar lo que acababa de ver y oír. En comparación, el cráneo que colgaba al final de la cadena de repente le pareció mucho menos siniestro.

Al menos su visita al embalsamador había servido para un propósito: ahora era casi seguro que Palatès había sido envenenado y que el asunto había sido ocultado. También le habían robado documentos incriminatorios. Pero ¿quién?

Su tortuga regresó momentos después para llevarlo de vuelta al séptimo nivel. Mientras veía pasar canales, Lastyanax volvió a preguntarse por qué su mentor había sido asesinado. La idea de que alguien en Hiperbórea fuera lo suficientemente poderoso como para atacar a un mago del Consejo le alarmó. ¿Qué cosa tan terrible podría haber descubierto Palatès?

Entonces se le ocurrió que su mentor podría no haber sido tan indolente como había pensado. Tal vez lo había mantenido en la

ignorancia para protegerlo.

Arka

A veces Arka se preguntaba a qué lugar misterioso se escabullía su mente crítica desde el momento en que una idea estúpida se le metía en la cabeza y el instante en que se daba cuenta de que lo era.

No había pasado mucho tiempo antes de que se diera cuenta de que encontrar a su padre no iba a ser tan simple como esperaba. Su pobreza la dejaba circunscrita al primer nivel, que los magos nunca frecuentaron. Para remediar la situación, tenía que ganar hipers y, para eso, debía encontrar trabajo.

Pero en la parte más profunda de la ciudad, los empleos eran escasos y mal pagados. Arka pasó su primer día vagando de una torre a la siguiente, ofreciéndose en talleres, comercios y tiendas, aturdida por el periplo y por esta ciudad tumultuosa que no entendía. Su aspecto raro no la ayudó a convencer a los comerciantes para que la contrataran: o la ignoraban o la mandaban a paseo. Cuando anocheció, Arka no tenía ni un empleo ni un sitio en el que dormir, ni más energía para buscar lo uno o lo otro.

La última persona a la que pidió trabajo, un carretero, vio que Tapón la seguía a todas partes y le aconsejó que fuera a los establos de carreras: se acercaba la fecha del Premio del Basileus y hacía falta mano de obra para organizar el evento, y como parecía saber de caballos, tal vez allí tendría alguna posibilidad.

—¿Qué es el Premio del Basileus?

—La carrera más importante del año. Cada nivel presenta un caballo. ¡Un espectáculo increíble! Un consejo: apuesta por el primer, segundo o séptimo nivel, pero no por los demás.

—¿Por qué?

—Porque en los niveles bajos lo financia la mafia y en el séptimo los magos, pero en los intermedios ¡no hay buenos caballos!

Arka dio las gracias al carretero y siguió sus indicaciones hacia los establos, unos edificios alargados de piedra dispuestos a lo largo de las

torres, mirando al prado que las separaba de las murallas. En los cercados, los potros paseaban alrededor de sus madres, que se espantaban unas a otras las moscas con la cola. Una amplia pista de arena se extendía a lo largo los muros, bajo la bóveda de la cúpula. Los jinetes aprovechaban el frescor relativo de la noche para entrenar sus caballos.

Arka dejó a Tapón pastando al lado de un cercado y entró en uno de los edificios. Lo primero que percibió fue el olor a estiércol y a sudor de los mozos de cuadra: los mozos de los establos, ansiosos por terminar el día, corrían por los pasillos, echaban raciones de cebada, volcaban heno en los estantes y se apresuraban a dar un último pase con la escoba. Nadie se fijó en ella. Sin nada que hacer en medio de tanta efervescencia, Arka estaba demasiado cansada para llamar su atención. Anochecía y ya nadie la contrataría a esas horas. Cuando los últimos empleados salieron de los establos, se subió a un altillo lleno de forraje y se dejó caer a plomo en una pila de heno como si fuera una maza.

A la mañana siguiente se despertó con el cuerpo devorado por las pulgas, pero con la mente clara. Con los escasos salarios del primer nivel, se necesitarían meses para ahorrar veintisiete hipers. Por lo tanto, era necesario elaborar un plan de acción para llegar a lo alto de la ciudad sin pagar. Se escabulló al exterior de los establos, vio que Tapón, con mirada somnolienta, se había puesto a pastar hierbas, y se fue a la sombra de las torres con varias ideas en mente.

La primera no fue brillante: aprovechó un momento de falta de atención de un pescadero para esconderse en uno de los barriles llenos de bacalao que estaba a punto de entregar al segundo nivel. Hecha un ovillo entre todos aquellos pescados pegajosos, Arka tuvo la sensación de que la transportaban sobre una tortuga, y luego alcanzó a oír el agitar de las aletas del animal. Cuando el vendedor de pescado llegó al ascensor, escuchó al operario anunciar que iba a revisar su mercancía. Se le detuvo el corazón. Salió del barril dando un brinco, saltó al muelle y huyó a gatas, dejando olores de marea a su paso.

Su segundo intento no fue más inspirado: se embarcó en el ascenso de

una torre, con el objetivo de alcanzar el segundo nivel con la fuerza de sus brazos. Un ama de casa, alertada por el olor a pescado fresco, asomó la cabeza por la ventana y la descubrió trepando por su pared como un ladrón. Arka tuvo que descender a toda velocidad para evitar la azotaina, los insultos y el contenido de un orinal arrojado a toda velocidad.

Ahora estaba en su tercera idea. Un día en Hiperbórea había bastado para que entendiera el poder de la mafia: los matones chantajeaban a los mercaderes a plena luz del día, se dedicaban a todo tipo de trapicheos y se pavoneaban sobre grandes tortugas con conchas brillantes. Como los operarios nunca se aventuraban a pedir el peaje a los conductores de estos animales, Arka se dio cuenta de que bastaba con robar uno para navegar gratis hasta el séptimo nivel. Así, se fijó en una tortuga dorada, manejada por tres criminales que parecían sacados del mismo molde basto. Los siguió de lejos, vio que los trillizos atracaban para bajar a tomar una copa en una taberna, e inmediatamente saltó sobre la concha de la bestia.

Así, montada a horcajadas en la tortuga dorada, a pocos pasos de sus dueños, a quienes vio bromeando detrás de la ventana, de repente se dio cuenta de la precariedad de su situación.

—Bueno, no tiene que ser mucho más difícil de conducir que un jamelgo —murmuró, agarrando las riendas.

Inmediatamente, la tortuga dorada gimió y golpeó el borde del canal con un sonido de cacerola. De la taberna salía ruido de sillas arañando el suelo, mientras Arka trataba de dominar su nuevo modo de locomoción. Había logrado alejar al animal del muelle cuando se abrió la puerta de la taberna y aparecieron sus tres legítimos conductores.

—Pero… —dijo uno.

—¿Qué…? —comenzó el segundo.

—¡Mami! ¡Una mocosa nos roba la tortuga! —exclamó el tercero, volviéndose al interior de la taberna.

Arka finalmente había encontrado la primera marcha: dio un meneo a las riendas y el objeto de su robo enfiló dócilmente el canal. Chocó

con un puente y una lluvia de mortero cayó sobre la concha. Detrás de ella, los mafiosos seguían protestando:

—Tenemos que detenerla, la va a matar…

—¡Pues tomad otra tortuga, idiotas!

Sus gritos fueron perdiendo intensidad a medida que Arka se alejaba de la taberna. La conducción de tortugas era un arte más delicado de lo que pensaba: el animal parecía responder al azar a las órdenes de las riendas. Después de golpear otros barcos, abollando la concha a su paso, Arka sintió que estaba empezando a cogerle el tranquillo. Desde los muelles, la gente la señalaba al pasar, asombradas al ver a una niña conduciendo una tortuga de lujo. Chasqueó la lengua, aceleró y adelantó tres barcas que se zarandearon en su estela. Cuando pensó que estaba fuera de peligro, se oyó a alguien exclamar:

—¡Ahí está!¡Apúrate, mamá, o la perderemos!

Arka se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás. A cincuenta pasos de distancia, los matones la señalaban mientras saltaban sobre una vieja tortuga abollada, liderada por una matrona oronda que parecía ser su madre. Encorvada con las riendas en las manos, parecía un viejo búho a punto de alzar el vuelo. Arka aceleró de nuevo hasta alcanzar la velocidad de un caballo al trote. A su paso, hizo zozobrar una tortuga azul en la que iban el barquero y su pasajero vestido de morado. Una sucesión de «pim», «pam» y «¡Mi barca, pedazo de brutos!» le indicó que sus perseguidores se acercaban. Cuando se encontraban a pocos pasos de ella, Arka viró rápidamente hacia un canal adyacente y a punto estuvo de volcar. Los criminales la siguieron.

—¡Por ahí, mamá! ¡Ha virado!

Arka oyó que los trillizos desviaban el rumbo también. Frente a ella, un puente muy bajo se le venía encima a gran velocidad. Se abrazó al caparazón de su tortuga y sintió que su espalda rozaba la cara interna del puente. Momentos más tarde, sus perseguidores pasaron por debajo a su vez. Y se oyó un estrépito, seguido de un «¡chof!».

—Mamá, Ari se ha caído al agua, no sabe nadar…

—Tengo tres hijos, pero solo una tortuga con una concha de oro macizo, ¡lástima!

«¿Oro macizo?», se dijo Arka. Por eso el animal no avanzaba. Evitó por poco un poste que salía del agua. Detrás, la familia de mafiosos proseguía con su discusión:

—Alci, haz algo útil y ocupa mi sitio.

—¿Para qué, mami?

—¡Ja, ja, tengo una idea! Mantén el rumbo, Alci.

Aquello no auguraba nada bueno. Arka giró el cuello todo lo que pudo. Plantada de pie, la madre había metido una mano en su corpiño. Con una risa diabólica, sacó una esfera del tamaño de un melón. Arka tragó saliva cuando la vio hacer grandes molinetes con los brazos, con el globo lanzando destellos en la palma de su mano. Entonces el proyectil se disparó y explotó a su espalda.

Salió un humo morado que sumió a Arka en una extraña somnolencia. Soltó las riendas y sintió que se resbalaba…

Un momento después, un gran «¡CRAC!» la sacó de su sopor. Arka se puso de pie. La tortuga dorada seguía avanzando. Cogió las riendas y miró hacia atrás. El vapor violeta finalmente se estaba disipando y pudo vislumbrar a sus perseguidores. Su tortuga se alejaba del poste medio partido, zigzagueando con cara de desorientación.

—¡ALCI! ¿Cómo se te ocurre chocar con el poste? —vociferó la matriarca abofeteando a su hijo.

—Dijiste que mantuviera el rumbo… —gimió Alci, protegiéndose la cabeza con las manos.

Arka rompió a reír a carcajadas. Con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta y se encontró frente a un muro.

El canal terminaba en un callejón sin salida.

Con sus oponentes interponiéndose en su camino de retirada, Arka se dio cuenta de que su plan había fallado. Tomó impulso y saltó a la orilla, dejando atrás la tortuga y su ambición de navegar al séptimo

nivel con ella. Mientras se escabullía por la calle, escuchó a la madre de los trillizos gritar:

—¡MI TORTUGA, MALDITA ZORRA! ¡Será mejor que ganes las carreras, porque te prometo que me pagarás caro!

Mientras huía, Arka reflexionó sobre aquellas palabras. Hasta ahora, había tratado de llegar al séptimo nivel sin un hiper. A lo mejor solo tenía que encontrar un montón de hipers para pagarse el trayecto.

De vuelta en los establos, se detuvo frente a la pista de carreras para ver galopar a los caballos. De pronto se le ocurrió una nueva idea. Tenía la solución delante de las narices desde el primer momento y no la había visto.

Azno

Un hermoso sol se estaba poniendo detrás de la cúpula, los pájaros vela cantaban, un olor dulce de estiércol flotaba en el aire: todo se aliaba para poner a Azno de buen humor. Pero no lo estaba. Lejos de eso, de pie en la pista, a la sombra de las murallas de la ciudad, intentaba explicar por décima vez a su jinete por qué no debía ir demasiado rápido durante la carrera.

Desde que se convirtió en instructor de cuarto nivel veinte años atrás, Azno había acumulado fracasos. Sus caballos llegaban o los últimos o los penúltimos cuando lograban terminar la carrera. Solo su talento como criador le había permitido mantener su trabajo durante dos décadas. Azno conseguía unos potros magníficos, que siempre vendía para recuperar pérdidas. Cuando decidía quedarse con un caballo para entrenarlo, el animal esperaba al día antes de la carrera para tener cojera o venirse abajo. A lo largo de los años, los resultados de Azno se habían convertido en una broma recurrente en el mundo del caballo. Algunas de estas expresiones incluso habían pasado al lenguaje coloquial: «Es tan rápido como un Azno», «A ese paso, Azno va a llegar antes que tú».

Como si sus resultados no fueran objeto de burlas suficientes, Azno también tenía que soportar bromas sobre su calvicie, su cojera y, lo peor de todo, sobre su ceceo. Sufría de una cruel falta de autoridad en

sus propios establos debido a su dificultad para articular con claridad. En la pista, los jinetes se tronchaban cuando les gritaba: «¡Ezpolea máz a tu jamelgo, perezozo!». Su apodo, Azno, provenía de este defecto de pronunciación, incapaz de articular correctamente la palabra «caballo», entre otras muchas. Desde entonces, evitaba decir esa palabra y en su lugar recurría a toda la paleta del argot ecuestre —penco, jamelgo, rocín, trotón—, para referirse a los animales a los que había dedicado su vida.

Así pues, a la edad de cincuenta años, después de haber alcanzado el estatus poco envidiable de hazmerreír del mundo ecuestre, el entrenador había decidido retirarse. El Premio del Basileus, que se celebraría tres días después, representaría el final de su carrera. Y para dejar el oficio con los bolsillos bien llenos —cosa rara en aquel mundillo— Azno planeaba apostar todos sus ahorros para que su caballo llegara en último lugar.

Por supuesto, se arriesgó mucho al amañar así la competición y, debido a su reputación de perdedor, el informe de apuestas no era muy halagüeño. Pero la pequeña fortuna que planeaba recibir era lo único positivo que le quedaba tras sus años de entrenamiento de caballos del cuarto nivel, siempre y cuando su piloto lograse entender antes de la carrera por qué no debería ir demasiado rápido.

Se limpió el cráneo sudoroso con la manga y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera escuchando. En la pista que discurría a lo largo de las murallas de Hiperbórea, algunos mozos de establos estaban terminando de relajar a los caballos haciéndolos correr a un ligero galope, demasiado lejos para escuchar su conversación. Azno vio a Adamante, la gran yegua gris del primer nivel, montada por Kalios, el jinete más competitivo de la ciudad, que coleccionaba triunfos. La pareja era una de las favoritas.

—Bueno, Philippidèz, oye, ezcúchame con atención. Ya te lo he ezplicado todo, ¿verdad? Tienez que fingir que pierdez ezta carrera zin que nadie ze dé cuenta de que lo haz hecho apozta. ¿Haz entendido bien? Zi todo zale como planeo, te daré una décima parte de mi ganancia, te lo prometo.

El tal Philippidès era un cabeza hueca. Como todos los jinetes jóvenes, soñaba con ganar el Premio del Basileus. Azno también había atesorado esta esperanza: los vítores de toda una ciudad, la gloria inmortal de figurar entre los campeones de Hiperbórea. Pero desde la caída que lo había dejado cojo había abandonado la idea de montar él mismo.

Con gesto obstinado, Philippidès tomó las riendas de Rescate, el joven caballo de tres años que el tonto de Azno había seleccionado de su establo en lugar de mantener a Adamante. El entrenador empezaba a pensar que también había cometido un error al elegir a un jinete inexperto. Uno más veterano habría sido más conciliador.

—¡Pues yo pienso ganar esta carrera! —exclamó Philippidès, agitando las riendas de Rescate—. He estado entrenando durante meses, e incluso Kalios dijo que estaba impresionado con mi estilo de montar… ¿No es eso una prueba de que tengo posibilidades?

Ante la estupidez de su jinete, Azno suspiró. Kalios se había divertido insuflándole sueños de grandeza. Tal vez era mejor animar a Philippidès y dejarlo que saliera como una flecha, para que al menos Rescate se agotara. Pero al ponerse en cabeza, el joven corría el riesgo de que otros lo derribaran y que perdiese el control de su montura. Sin embargo, en el Premio del Basileus, los caballos sin jinetes seguían dentro de la carrera. Con su mala suerte, finalmente iba a lograr clasificarse bien y perder todos sus ahorros.

Por la noche, la sombra de las murallas se proyectaba en el suelo ocre de la pista ahora vacía. Azno pensó por un momento en la multitud y los gritos que pronto animarían el lugar. Mientras el jinete continuaba discutiendo, suspiró.

—Bueno, Phil, mete a Rezcate en el eztablo, mañana volveremoz a hablar del tema.

Mientras Philippidès obedecía de mala gana, Azno arrastró su pesada pierna para apoyarse contra las barreras de la pista. Vio las primeras estrellas salpicando el cielo distorsionado por la cúpula. Como muchos hiperbóreos, creía en la influencia de las estrellas. A veces se

preguntaba qué constelación se divertía haciendo su vida insoportable. Todo un nivel de la ciudad confiaba en él para ganar una carrera imposible, pero no tenía ningún campeón que presentar. Solo deseaba tener un poco más de suerte.

—¿Es usted Azno? ¿El entrenador del cuarto nivel?

El hombre se sobresaltó y abandonó la contemplación del cielo. Frente a él, una chica de unos doce años lo miraba con los ojos agrandados por la luz mortecina de la noche. Inmerso en sus ensoñaciones, no la había oído llegar, ni a ella ni al caballo que la acompañaba. Era una cría flacucha, con unas grandes botas de borrego y una túnica sin mangas de color dudoso. Su cabello rubio oscuro formaba un amasijo de nudos encima de su cabeza, enmarcando una cara estrecha y salpicada de pecas. No olía muy bien. Azno se preguntó por qué aún le molestaban a esas horas.

—Zí, zoy yo —gruñó.

Por deformación profesional, como entrenador, evaluó al caballo del recién llegado. Corto de piernas, con malos aplomos, el lomo curvo y la cabeza grande: un poni mejorado, que probablemente se emplease para tirar de carros.

—¿Qué ez lo que quierez?

—Ganar el Premio del Basileus —respondió ella con determinación.

—Y yo quiero vivir en el zegundo nivel —dijo Azno en tono irónico—. Vete a buzcar a otra parte, chica.

—Me han dicho que usted no ha ganado nunca —insistió ella—. ¿No quiere cambiar eso?

Azno sintió que le empezaba a salir humo por las orejas. Se apartó de la valla y clavó la mirada en la de la niña con la esperanza de que fuese suficiente para impresionarla.

—¿Creez que te van a contratar, ez ezo? Olvídate, nadie contrata chicaz para el Premio del Bazileuz, y menoz aún trez díaz antez de la carrera.

Ella se cruzó de brazos y continuó mirándolo fijamente,

imperturbable.

—Si me rechaza, iré al entrenador del tercer nivel y usted se morirá de rabia.

Azno nunca había visto a una mocosa con tanto valor. Cruzó los brazos a su vez y volvió a apoyarse contra la barrera.

—Estáz perdiendo el tiempo, chica, yo no confío miz jamelgoz a nadie.

Con cara pensativa, Arka enrolló un mechón alrededor de su dedo índice y respondió:

—Pero yo no quiero su caballo, ya tengo uno.

—¿Cuál? ¿No será eze bicho, zupongo? —se burló Azno señalando al gran poni blanco que estaba parado detrás de ella.

—Pues sí, ese es —respondió ella, superirritada.

Las mejillas de Azno se pusieron del color de la grana. Sus competidores le estaban gastando una broma pesada: habían encontrado el caballo más feo de la ciudad y habían pagado a una niña para que lo trajera. Miró a su alrededor, seguro de ver a sus colegas retorciéndose de risa en un rincón oscuro de los establos.

Pero no había nada más que puestos ocupados por caballos masticando su heno. Los últimos jinetes habían salido de la pista, dejándolo solo con aquella mocosa. Y la chica no se daba por vencida:

—Solo véalo galopar. Luego, si considera que no es lo bastante rápido, no le molestaré más, se lo prometo.

El entrenador la miró de nuevo con curiosidad: ¿una chica de esa edad podía ser tan buena fingiendo? Había apoyado una mano en el cuello de su caballo y vio que tamborileaba, nerviosa, con los dedos en el pelo del animal. A fin de cuenta, tal vez solo fuera una pobre chiflada que creía que su poni era un corcel. El entrenador suspiró y se dio por vencido.

—Zi luego me dejaz en paz, vale. Veré cómo galopa tu caballo. Tienez treinta segundos para imprezionarme.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de su interlocutora, lo que confirmó la sospecha de Azno de que era una pirada. Por lo menos la hacía feliz. La chica levantó un dedo y señaló dos postes en el borde de la pista, a cuatrocientos pasos de distancia uno del otro.

—¿Cuál es el récord de velocidad entre esos dos postes?

—¿Cómo dicez? Ah, veintiún zegundoz. Lo conziguió Adamante.

—Así que solo necesito veintiún segundos.

Tomó las riendas y dirigió su gran poni hacia la entrada de la pista. Azno, con más curiosidad de lo que le hubiera gustado admitir, se fijó en que la chica era buena amazona, a decir verdad: se había montado en el animal sin tomar impulso e iba sentada bien recta detrás de la cruz.

La chica se alejó un poco del primer poste, dio media vuelta y azuzó a su montura. Aceleró y alcanzó en pocos momentos un ritmo que Azno no habría pensado posible en un caballo tan mal proporcionado. No había empezado a contar y ya habían recorrido cuarenta pasos. Pasmado, Azno se levantó. El animal volaba sobre la pista, encadenando zancadas más largas que los corceles más veloces. Tumbada sobre su cuello, la chica se mantenía en una posición estable, a pesar del galope infernal de su montura. En unos segundos llegaron al segundo poste y lo pasaron en medio de una nube de polvo ocre. Azno había perdido la cuenta de los segundos. Una cosa era cierta: el poni de montaña había dinamitado el récord.

A trescientos pasos de donde se encontraba, la chica había logrado ralentizar su caballo y regresaba ya al trote, muy ufana.

—¿Qué me dice? —preguntó cuando llegó hasta él, jadeando ligeramente.

—Nunca vi coza igual —respondió Azno, todavía en estado de shock.

Se acercó al caballo y acarició sus flancos enjutos, asombrado al ver que era muy real. El animal resopló y se dio la vuelta para presentarle una grupa amenazante.

—¿Cómo?… ¿Dónde?… ¿Qué claze de bicho ez ezte?

—Lo encontré cerca de Napoca —respondió ella evasivamente mientras desmontaba.

Azno podía ser un entrenador mediocre, pero conocía a los caballos como nadie. Nunca había visto semejante exhibición y menos aún en un equino que de lejos habría podido confundirse con una cabra gigante.

—No ez un jamelgo como loz demáz —dijo, frunciendo el ceño para que la chica entendiera que no estaba dispuesto a escuchar milongas.

La amazona comprendió la indirecta.

—En el pueblo donde lo encontré me dijeron que era un semiunicornio —le confesó a su pesar, tratando de aparentar indiferencia, como preparándose para hacer frente al escepticismo que su afirmación seguramente despertaría.

—¿Un zemiunicornio?

—Eso, un semiunicornio.

Hasta el momento, Azno había dudado de la existencia de los unicornios y era la primera vez que oía hablar de un híbrido. Pero encontró esta explicación casi racional a la vista de la escena que acababa de presenciar.

—¿Y te lo dejaron? —preguntó, acercándose a palpar la testuz del caballo para ver si encontraba un cuerno atrofiado.

—Solo posee cualidades —respondió Arka, mientras Azno esquivaba un mordisco huraño.

El entrenador dio un paso atrás y miró al animal con gesto crítico. Desde luego, no parecía un unicornio. Como para confirmar sus pensamientos, el caballo de repente se tumbó en el suelo, rodó por la tierra como un gorrino en su bañil y se levantó con las crines revueltas y los flancos renegridos.

La pregunta era si alguien sospecharía. Las reglas del Premio eran claras al respecto: solo podían participar caballos. En sus veinte años de carrera, Azno había visto muchas estafas y engañifas, pero el truco del semiunicornio nadie lo había hecho nunca.

—Y tú, ¿dónde aprendizte a montar azí?

A pesar de la oscuridad, adivinó que ella se sonrojaba. Arka respondió encogiéndose de hombros:

—En Napoca. Bueno, entonces, ¿está de acuerdo? ¿Nos entrena para la carrera?

Azno frunció el ceño y sopesó. Ella ocultaba algo. Pero, a fin de cuentas, eso no era asunto suyo. Entonces dijo, percibiendo que la negociación iba a ser ardua:

—Entreno al zemiunicornio y, zi gana, te doy una décima parte del premio. Ez lo juzto, te quedaráz con mil hiperz. Le buzcaré un buen jinete, tranquila.

—Pero ¿qué dice? ¡Eso ni en broma! —repuso ella—. Yo soy su jinete y quiero la mitad del pre…

—¿Alguna vez haz vizto el Premio del Bazileuz, pequeña? —la interrumpió Azno—. ¿Conocez laz reglaz?

—Uh… No, no.

—Normal, no hay.

Azno dejó que la frase se cociera a fuego lento unos instantes en su cabeza y añadió:

—Ze permiten todoz loz trucoz. Ez una competición encarnizada. Todoz los añoss muere alguien. Equipamoz a loz jinetez con fuztaz de madera para azuzar máz fuerte. Ez máz que una carrera; ez pelea. ¿Estáz segura de querer meterte en ezo?

Ella restó importancia a sus objeciones encogiéndose de hombros.

—He pasado por cosas peores. De todos modos, no puede encontrar un jinete para él, no soporta a los chicos. Y si no me contrata, me iré con otro entrenador.

Muy molesto, Azno cruzó los brazos de nuevo. Evaluó a su interlocutora preguntándose si alguien tan pequeño como ella podría sobrevivir a semejante competición. Por fin los astros le habían respondido enviándole una montura rápida, así que no se pondría

picajoso con la amazona. En el peor de los casos, su caballo terminaría la carrera él solo.

—Eztá bien. Te contrataré y te daré una décima parte de la ganancia. —Al ver que ella se disponía a protestar de nuevo, agregó —: ¡Y no ez negociable! No voy a ir máz allá de ezo y no encontraráz otro entrenador dizpuezto a dar tanto. Ya eztoy arriesgando mucho.

La niña se enrolló con rabia un mechón de pelo alrededor del dedo índice, mientras mascullaba cálculos.

—Acepto si me das de comer y me alojas hasta la carrera.

—Mi mujer y yo noz ocuparemoz de ezo. ¿Algo máz?

—Sí, también quiero zapatos y ropa limpios. Y jabón.

Entonces ella le contó algo sobre un barril de peces podridos. El entrenador le tendió la mano para cortar en seco sus explicaciones.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho —dijo ella, chocando la palma de su mano con la de él. Con gesto satisfecho, miró los establos sumidos en la oscuridad—. Vale, entonces, ¿tiene un establo para Tapón?

—¿Tapón? ¿Azí ze llama ezo?

—Sí —respondió Arka, como si fuera lo más natural del mundo.

Con un ataque de desesperación, Azno imaginó la reacción de los espectadores cuando se anunciaran los nombres al inicio de la carrera. Estaba claro que a los astros les gustaba reírse de él.

—Porque es pequeño —aclaró ella.

—Graciaz, ya lo había entendido. Por cierto, ¿y tú cómo te llamaz?

—Arka —respondió ella con una gran sonrisa.

3

El Premio del Basileus

Lastyanax

Lastyanax subió las escaleras de la muralla. Sus pisadas quedaban amortiguadas por la alfombra que tapizaba los escalones de piedra. A su derecha, la pista se desplegaba ante su mirada de una manera casi impúdica. Nunca había tenido unas vistas tan despejadas en la carrera del Premio del Basileus. Por primera vez en su vida, iba a verla desde las gradas. El bosque de torres se elevaba delante de él, separado de las murallas por una zona amplia sin edificar que rodeaba la ciudad. La altura de las torres seguía ligeramente la curva de la cúpula, de modo que en el séptimo nivel sus picos con sus exuberantes diseños arquitectónicos se escalonaban, unos con cinco pisos, otros con uno. Bañadas por el sol, las plantas de los jardines verticales florecían en las paredes de las torres periféricas. En cada nivel los edificios estaban rodeados por unas plataformas formadas por una acera y un canal, para que sus moradores pudieran llegar a sus hogares a pie o en tortuga. En esos momentos, toda la población hiperbórea parecía haber decidido abandonar sus casas. Al otro lado de la pista, miles de personas se apiñaban al borde del terreno de competición, empujándose a codazos. Desde lo alto de las torres, la multitud parecía desbordarse de los canales. Cada nivel lucía con orgullo su color, convirtiendo la ciudad en una gigantesca tarta de pisos. Alegres explosiones mágicas resonaban por toda la ciudad. De vez en cuando, un espectador entonaba el himno de su nivel y al instante se sumaban cientos de voces.

Lastyanax llegó al adarve, donde ese día se habían instalado gradas. La llanura cubierta de nieve, con las montañas rodeándola como un friso almenado, se extendía delante de él. Entre el frío y él, se elevaba la cúpula, encajada dentro del recinto amurallado de veinte pasos de grosor que rodeaba la ciudad. Se acercó y apoyó una mano en la

superficie lisa del adamante. Aquel mundo helado, sometido a los caprichos de la intemperie, provocaba rechazo en el hiperbóreo que era. Había crecido aprendiendo a despreciar a los bárbaros que no tenían el privilegio de vivir bajo la cúpula. En el primer nivel, a la gente le gustaba mucho esa noción de privilegio; se consolaban pensando que podía haber alguien en peor situación que ellos.

Sin embargo, Lastyanax sentía que en la ciudad estaba cada vez más asfixiado. Muchas veces durante su último año de formación, mientras se deslomaba desarrollando su invento, lo asaltaba el deseo de descubrir aquel mundo que solo conocía a través de las crónicas de los exploradores y la cartografía. Pero la perspectiva de sustituir a Palatès y su promesa de encontrar a su asesino lo obligaban a quedarse en la ciudad. Estos dos objetivos parecían estar estrechamente vinculados. Lastyanax estaba seguro de que Palatès había percibido en el seno del Consejo los hilos tejidos por la araña que lo había asesinado. Para hacer salir a la bestia, él a su vez debía pisar la tela.

En cierto modo, se sintió aliviado de no poder salir de su ciudad. Se sentía más capaz de enfrentarse a un asesino que al mundo exterior.

El calor lo sacó de sus ensoñaciones. Bajo la cúpula, la emoción de miles de espectadores hizo que la temperatura fuera casi insoportable. Lastyanax agitó su toga morada, una prenda llena de pesados pliegues, símbolo de su posición de mago. En ese momento, con mucho gusto la habría cambiado por la túnica más fina de los discípulos.

—Entonces, es verdad, ¿ya eres mago? —dijo una voz burlona detrás de él—. Cualquiera diría que sigues con la misma prisa de siempre para probarte a ti mismo…

Lastyanax se volvió y se encontró frente a una mujer de dieciocho años con un vestido del mismo tono verde que sus ojos. Con ese vestido y el turbante con el que se recogía la melena negra, Pirra estaba a punto de lanzar una nueva moda.

—No soy el único —respondió—. ¿Dónde está tu túnica de discípula, por cierto?

—Lastyanax, sabes de sobra que mi defensa está prevista para dentro

de quince días —dijo Pirra con un mohín de aburrimiento—. Y una no viene al Premio del Basileus vestida de discípula cuando es la punta de lanza de la moda hiperbórea. Además, a nadie se le ocurriría presentarse aquí con el uniforme de trabajo —agregó, mirándole de hito en hito.

Lastyanax notó que se sonrojaba. Miró a los magos que iban tomando asiento en las gradas. En efecto, sus compañeros habían cambiado las togas moradas por trajes más festivos. Con la desagradable sensación de hacer el ridículo, dirigió de nuevo su atención a Pirra, que lo miraba con gesto burlón. Ella había optado hacía tiempo por su ojo derecho.

—Lastyanax —dijo, sacudiendo la cabeza—. Tan de primer nivel que enternece. Bueno, discúlpame, el Eparca me ha guardado sitio en el palco de honor. Es la primera vez en un siglo que permiten sentarse allí a una mujer, sería una pena desaprovechar la oportunidad.

Dicho esto, se marchó en dirección a las tribunas, contoneándose. «Cuánto ha cambiado», reflexionó Lastyanax con amargura, siguiéndola con la mirada. Mientras Pirra se sentaba bajo un dosel de brocado, en medio de las gradas, él se detuvo al pie de la primera fila, con los brazos a lo largo del cuerpo. Una multitud de magos se alzaba ante sus ojos como una ola a punto de engullirlo. De repente tuvo la sensación de ser el espectáculo que sus compañeros habían acudido a presenciar: un aspirante a ministro de diecinueve años, inexperto hasta el punto de no saber cuándo ponerse la toga, con la que además se tropezaba a cada paso. Lastyanax ahuyentó sus angustias y se forzó a dirigir una mirada segura a las gradas, buscando un lugar estratégico en el que sentarse. El Premio del Basileus representaba una oportunidad única para sumar puntos en política.

El palco de honor, reservado a los más altos dignatarios, le estaba vedado. Sileno se encontraba en él, conversando animadamente con el ministro de Comercio. Vio a su antiguo alumno al pie de las gradas y le guiñó un ojo. Desde que había tomado a Lastyanax bajo su ala, el mistógrafo había estado esforzándose para encontrarle apoyos dentro del Colegio de Mentores. El ministro de Comercio era el último al que

había persuadido. Pero aún le faltaba un voto y la siguiente reunión del Consejo se aproximaba a toda velocidad.

Continuando su búsqueda de posibles aliados, Lastyanax paseó la mirada por el Gran Tesorero, el Estratega y el Secretario. Todos juraban lealtad al Eparca; ninguno se habría aventurado a votar por él. Su mirada se detuvo en Triérios, el ministro para las Colonias, un hombre corpulento que utilizaba impertinentes. Su barba de chivo, negra como el azabache, daba forma de pera invertida a su cara redonda. A diferencia de los otros miembros del Consejo, Triérios no estaba en el palco de honor. Mujeriego empedernido pero hombre lúcido en su papel de ministro, había sufrido daños políticos desde que se había opuesto a la venta de colonias a Temiscira. Pero no por ello dejaba de ser miembro del Consejo y, por lo tanto, representaba un aliado idóneo… si es que conseguía obtener su apoyo.

Mientras Lastyanax buscaba la manera de abordarlo, el ministro pareció fijarse de pronto en una hermosa camarera rubia que pasaba con una bandeja de copas de alabastro, sostenida sobre la palma de una mano. La llamó. Ella, ocupada atendiendo a otros magos, no le oyó. Un criado acudió a ofrecerle un trago al ministro, pero este lo apartó con ademán adusto. Adivinando que las bebidas le interesaban menos que quien las servía, Lastyanax se acercó a la camarera y señaló al mago deprimido en su asiento. Ella se apresuró a atenderlo, seguida por Lastyanax. A Triérios se le iluminó la cara cuando los vio acercarse.

—Señor ministro, este joven maestro me ha hecho saber que desea tomar algo —dijo la camarera a Triérios, inclinándose para oírle mejor —. ¿Qué le gustaría?

—Un vaso de hipocrás joven de las islas Casitérides y otro de sus hermosas sonrisas, señorita —dijo Triérios, guiñándole un ojo—. Pídale de ese licor al copero, que me consta que le quedan unas ánforas, se las traje yo a mi regreso de mi último viaje a las colonias —dijo, levantando las lentes para lanzar una ojeada al escote de la joven—. Es un vino sensual y dorado, una auténtica delicia, igual que usted, señorita.

Avergonzado de su estratagema, Lastyanax admiró el dominio de sí de la camarera, que esbozó una sonrisa tensa para que Triérios creyera que apreciaba su cumplido antes de escabullirse. Carraspeó para llamar la atención del ministro, que la estaba mirando alejarse mientras murmuaba: «Pero qué bonita eres», y señaló al asiento vacío a su lado.

—¿Está libre?

Triérios pareció salir de sus ensoñaciones, levantó la cabeza para ver quién le hablaba y respondió:

—¡Sí, sí, incluso le puedo ceder mi sitio si me manda a otra camarera como esa!

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Lastyanax, tirando de la toga para sentarse.

Entonces se interrumpió, pues su risa sonaba de lo más falsa. Triérios se lo quedó mirando unos instantes, acariciándose la perilla engrasada y perfumada. Mientras tanto, un heraldo, preparado para anunciar la carrera, se colocó delante de las gradas.

—Deduzco por su atuendo que le acaban de ascender a mago, joven. Y también deduzco que no ha elegido este sitio por casualidad.

Lastyanax se arrellanó en el asiento. Triérios no se había andado con rodeos. Mejor, así podía ir directo al grano.

—No, así es. Como sabrá, la desaparición del ministro de Nivelación deja un escaño vacante en el Consejo…

—Ah, ahora caigo, le he visto en compañía de mi discípulo —lo interrumpió Triérios, enderezándose—. ¡El famoso Lastyanax! El que tiene la audacia de querer ocupar el lugar de Palatès a pesar de la oposición del Eparca. Sí, he oído hablar de usted, por supuesto. Recuerdo su actuación durante la Asignación hace cinco años. En aquel momento hasta me planteé elegirlo como discípulo. Pero no representaba, digamos… una apuesta segura. Siempre es arriesgado tomar bajo su ala a un estudiante de los niveles bajos, por brillante que sea. Sin embargo, no ha desmentido la fama que se ganó a pulso en aquel torneo.

Lastyanax se acarició maquinalmente la nariz, que le habían partido durante la Asignación.

—Eso mismo, maestro: a juzgar por mis antecedentes, ¿estaría dispuesto a invertir en un valor prometedor?

En ese momento, el heraldo interrumpió su conversación al anunciar con la voz amplificada por la magia:

—¡Hiperbóreos, hiperbóreas!

El alboroto fue menguando a medida que cada espectador guardaba silencio para escuchar al heraldo. En las torres, la gente se agolpaba en las ventanas y en los bordes de los canales, y los más avezados en dotes mágicas trataban incluso de levitar sobre la marea humana. Algunos se agarraban a las plantas trepadoras para no caer al vacío. Cada año, la competición se cobraba la vida de una docena de espectadores de entre los más fervorosos.

—¡Bienvenidos a la centésima primera edición del Premio del Basileus!

La multitud rugió, golpeando el suelo y agitando pancartas con los colores de los distintos niveles. Bandadas de pájaros vela alzaron el vuelo a regañadientes, asustados por el estruendo.

—En este bendito año centésimo octogésimo cuarto del reinado de Su Majestad el Basileus, Primer Hiperbóreo, Gran Constructor, Mago Supremo, Vencedor ante las amazonas…

—Vencedor ante las amazonas, así es —murmuró Triérios mientras el heraldo proseguía enumerando los títulos honoríficos del monarca—. Conque, resumiendo, está pidiendo mi voto para convertirse en ministro de Nivelación, aun sin ser ni siquiera discípulo mío.

Era una afirmación, no una pregunta.

Triérios volvió la cabeza para ver entrar en la pista a los jinetes y sus monturas, alentados por los vítores de la multitud. Parecía haber olvidado su petición. Lastyanax, seguro de que el ministro estaba cavilando, guardó silencio conteniendo la respiración. Tenía la garganta seca y le hubiera gustado ver aparecer de nuevo a la

camarera para pedirle él también algo de beber.

—Dígame, ¿quién gana el Premio del Basileus? ¿El caballo o el jinete? —preguntó Triérios de repente.

Sorprendido, Lastyanax tardó unos segundos en poder responder.

—El caballo.

—Correcto. El caballo iría aún más rápido si no cargase con el jinete. Tiene gracia que los que parecen sostenerle a uno son en realidad quienes ganan, ¿no cree?

El ministro para las Colonias lo miró con ojos penetrantes a través de sus lentes con manija.

—¿De verdad confía en su caballo para la carrera ministerial?

Incómodo, Lastyanax miró a Sileno, que se dedicaba a comentar alegremente la actuación de los competidores mientras zampaba bollitos en el palco de honor.

—Rara vez un caballo sin jinete gana la carrera —respondió, dándole la vuelta a la metáfora—. Siempre hay algo que ganar al apoyar a alguien hasta el final, especialmente si esa persona se propone ingresar en el Consejo. Por cierto, el Eparca quiere vender las islas Casitérides a Licurgo para reforzar nuestro poderío naval, ¿verdad? Es probable que las importaciones de vino disminuyan.

Triérios sonrió con disimulo, divertido, y volvió a apoyarse los impertinentes en el puente de la nariz.

—Ha tocado un tema sensible, Lastyanax. Pero no vaya a creer que por defender el destino de unas ánforas conseguirá ganarse mi voto… ¡Ah, por fin!

Lastyanax levantó la cabeza, seguro de que su vecino de asiento se refería al Basileus, cuyo enorme palanquín adornado con grifos dorados acababa de aparecer en lo alto de las murallas. Ocho porteadores sostenían el vehículo, avanzando con tal precisión que parecía moverse sobre ruedas. Al igual que el resto de los espectadores, Lastyanax se estiró para ver al monarca apearse del palanquín. A su lado, Triérios parecía el único que no se quedaba

fascinado ante la llegada del soberano: la camarera por fin le había llevado su copa de vino.

—¿No tiene antepasados originarios del sur? Tuve la oportunidad de visitar esas regiones y debo decir que allí se encuentran las criaturas más hermosas…

Incapaz de soportar la vergüenza ajena, Lastyanax trasladó su atención al Basileus. Al pie de las murallas, el monarca saludaba ahora a una multitud jubilosa. Lastyanax nunca había tenido la oportunidad de verlo tan de cerca. Desde atrás, ataviado con una larga toga azul bordada y con un cinturón real de lapislázuli y oricalco en la cintura, se parecía al majestuoso gobernante cuyos bustos esculpidos abundaban en Hiperbórea. Cuando la ovación decayó, el Basileus se volvió y caminó hacia el trono que le habían dispuesto en el palco de honor, seguido de un pelotón de guardias. Su tez era lisa, sin arrugas, y sus cabellos cortos y negros brillaban, pero la estructura de su rostro demacrado parecía envejecida, como si su nariz, pómulos y orejas se hubieran descolgado a lo largo de las décadas. A la edad de casi doscientos años, el Basileus engañaba al tiempo, rejuveneciendo constantemente su cuerpo gracias a una técnica mágica que nadie había logrado copiar. Pero la magia tenía sus límites y el monarca ahora parecía atascado en medio de dos edades, como si una maldición lo obligara a perder su juventud sin envejecer nunca.

Lastyanax se contaba entre los hiperbóreos que estaban convencidos de que el Basileus debería haberse retirado hacía mucho tiempo para dejar el título a otra dinastía. Era el último representante de su linaje y se aferraba al trono con políticas obsoletas como la colaboración con los clanes o la oposición sistemática a las amazonas. Por suerte, su poder se circunscribía en la ley hiperbórea, de tal manera que el Basileus se veía obligado a consultar con el Consejo de Ministros, cuyos miembros eran propuestos por el Colegio de Mentores. Pero esta institución, aun cuando atemperaba los excesos despóticos, no abordó nunca el problema de la desigualdad entre los niveles. Por esta razón se había creado el escaño de Nivelación, un puesto que a menudo recaía en figuras poco influyentes, porque ¿a qué mago importante le

preocuparía el sino de los niveles inferiores?

El Basileus se sentó en su trono y la multitud se calmó poco a poco. Todo el mundo aguardaba el instante de la salida, que el monarca debía decretar con un gesto de la mano. La camarera había logrado escapar de los intentos de Triérios por seducirla, y el ministro para las Colonias, sin otra cosa que hacer, parecía dispuesto a retomar la conversación con Lastyanax.

—Podría apoyarlo —anunció—. Pero a cambio tendrá que ayudarme a…

Lastyanax se enderezó, en guardia. ¿Qué le iba a pedir Triérios? ¿Falsificar archivos? ¿Autorizar el tráfico de licores en el cuarto nivel? ¿Sobornar a algún juez?

—Soy todo oídos.

—Bueno —empezó Triérios—, antes te vi hablando con esa joven al pie de las gradas… Pirra, ¿verdad? Quería saber si…

Se inclinó hacia Lastyanax y le detalló su petición. Luego volvió a enderezarse y preguntó con unos ojos brillantes de esperanza:

—¿Qué me dice, está de acuerdo? Si me lo promete, tiene mi voto.

Lastyanax miró a Pirra, sentada a pocos pasos del Basileus. Fingía indiferencia ante la envidia de los viejos magos misóginos que no tenían ese honor. Y él creyendo que se enfrentaba a una misión delicada, algo en lo que emplear su inteligencia y su talento político… Pese a todo, la tarea que se le encomendaba lo llenaba de temor.

—Yo me encargo.

Pensó que el escaño de Nivelación merecía la pena, incluso si sobornar a un juez de pronto le parecía preferible.

Al pie de las murallas, el heraldo volvió a dar un paso al frente para anunciar los nombres de los caballos competidores. Lastyanax ahuyentó de su cabeza las reticencias que le producía el pacto con Triérios y se concentró en la carrera.

—¡ADAMANTE!

La cúpula pareció resonar bajo el estruendo de aplausos provenientes del primer nivel.

—¡DIAGOS!

El jinete de Diagos, con casaca amarilla, levantó su fusta para saludar al segundo nivel.

—¡TOXARIS!

—¡Ja, ese es mi caballo! —dijo Triérios, uniéndose a los vítores—. ¿Por cuál ha apostado?

—Por el caballo del cuarto nivel —respondió Lastyanax—. Siempre apuesto por el caballo del cuarto nivel —agregó.

—¿Es su nivel de nacimiento? —preguntó Triérios.

—No, yo soy del primero. Pero conozco al entrenador… —empezó a explicar Lastyanax antes de darse cuenta de que realmente no quería hablar de ello—. Es una larga historia —zanjó.

—¡TAPÓN!

En lugar de los aplausos habituales, el anuncio desencadenó una carcajada entre los espectadores y hasta los magos se troncharon de risa desde las gradas. En la pista un jinete (¿o era una amazona?) montado en un caballito blanco escuchimizado saludó con timidez a la multitud, que no paraba de reír. Tan solo guardaban silencio los habitantes del cuarto nivel, humillados.

—Bueno, creo que es poco probable que su corcel llegue en cabeza, Lastyanax —dijo Triérios, enjugándose una lágrima bajo las lentes.

Presa de un ataque de ira hacia el entrenador, Lastyanax se acurrucó en su asiento mientras un «¡RIBELLE!» desataba los vítores del quinto nivel.

—A lo mejor su jinete es un fuera de serie —protestó.

Arka

Con la cola formando un penacho, Tapón piafaba, resoplaba, levantaba la grupa, listo para salir a pelear en la pista; una exhibición de energía ridícula frente a las magníficas bestias contra las que estaba

a punto de competir. Arka, que nunca lo había visto en semejante estado, lamentó no haber logrado cortarle las crines a estilo cepillo. Sus pelos de estopa caían, largos, mientras que los otros caballos parecían aún más impresionantes con sus crestas de pelo corto, que hacían destacar los músculos de sus cuellos.

Sujetando las riendas con una mano, Arka se colocó bien el dorsal rojo, demasiado grande para ella. Tenía los nudillos blancos de asir con fuerza la fusta de madera que le habían dado, la única arma que les estaba permitido llevar a los jinetes. Ante ella se extendía la pista de arena desierta, luminosa, flanqueada por un lado por la masa de espectadores y por el otro por las murallas, desde donde dominaban la escena el Basileus y los magos. Las gradas prorrumpieron en aplausos cuando el heraldo anunció el caballo del séptimo nivel, Oricalco, uno de los favoritos de la carrera.

Arka trató de olvidar las risas que había provocad su caballo y se centró en lo que le había dicho Azno. Mantener a Tapón en la parte trasera del grupo, hasta la última recta. Evitar los golpes. No ir en pos de Adamante, que a buen seguro tomaría la delantera desde el inicio de la carrera. Tapón era rápido, de eso no cabía duda, pero no tenía la misma resistencia que sus competidores ni estaba igual de preparado, en absoluto.

Azno había mantenido celosamente el secreto de su existencia a lo largo de los últimos tres días. Fingió ocuparse de Rescate cuando en realidad entrenaba a Arka y a Tapón al anochecer, una vez que la pista quedaba vacía. Él le había insistido en que no dijera nada a nadie sobre los orígenes del jamelgo, por temor a que los descalificasen. Por superstición, incluso evitaba pronunciar el nombre del caballo, prefiriendo llamarlo «el arma zecreta». Así pues, hasta la hora de la carrera nadie había sabido de la participación de Arka, de modo que un organizador por poco no le impidió acceder a la pista de calentamiento, convencido de que se trataba de una broma.

Dos niños desenrollaron una cinta de seda delante de los caballos, a la altura del pecho de los animales, y fueron a atar el extremo al otro lado de la pista.

—Tu poni casi podría pasar por debajo —se burló a su izquierda uno de los jinetes, un pelirrojo de nombre Ritas, a lomos de Toxaris —. ¿Y desde cuándo se permite competir a las chicas?

Arka se encogió de hombros.

—En ningún sitio se dice que esté prohibido —respondió ella con las riendas tensas para retener a Tapón, inquieto.

Miró a Azno, que la observaba apretando los puños a orillas de la pista. Los dos asintieron con la cabeza. En lo alto de las murallas, el Basileus se puso en pie. Los espectadores contuvieron la respiración. Arka se enderezó, refrenando a Tapón, que parecía dispuesto a arrancarle las riendas de las manos. De pronto sintió unas ganas irrefrenables de ir a las letrinas.

El Basileus extendió el brazo y lo bajó con un ademán seco.

Inmediatamente, veintiocho pezuñas bombardearon la pista, pisoteando la cinta de seda. Tapón aceleró para tomar la delantera, pero Arka lo retuvo con todas sus fuerzas y lo obligó a colocarse detrás de Ribelle, siguiendo el consejo de Azno. Ante ella, el pelotón empezaba a formarse. Los competidores azuzaban tanto a sus monturas como a sus adversarios para ponerse en cabeza. Un jinete que estaba adelantando a Arka trató de golpearla con la fusta al pasar junto a ella. Arka se agazapó bajo el cuello de Tapón y evitó por poco el azote. El caballo aprovechó su desestabilización para forzar las riendas y adelantar a Toxaris por el lado del palenque… Pero Ritas lo vio por el rabillo del ojo y desvió su yegua hacia la derecha para empujar a Tapón contra las barreras de la pista, donde se agolpaba una muchedumbre confusa de espectadores. Arka gritó de dolor cuando su rodilla impactó contra un poste.

Conmocionada, notó que se escurría hacia el suelo. Pero en el último instante se aferró a las crines de Tapón. Alegrándose de pronto al ver que no había logrado tirarla, se enderezó apretando los dientes. Seis corceles galopaban frente a ella, rociándole la cara de arena. Ya habían recorrido varios cientos de pasos y la primera curva se acercaba rápidamente.

Arka se frotó los ojos, tratando de ignorar los pinchazos de la rodilla. Los primeros caballos atacaron la curva, permitiéndole ver la clasificación provisional: Oricalco iba en cabeza, seguido de Adamante. Detrás iba el grueso del grupo; la brecha entre los competidores aún no se había roto. Cuando Tapón entró en la curva, escuchó golpes e insultos. El jinete de Adamante, aprovechando la salida de la curva para adelantar a Oricalco, derribó a su jinete. Se oyeron gritos de dolor mientras el resto del pelotón lo pasaba por encima. Tapón saltó sobre el cuerpo contorsionado. Arka entonces se preguntó si no habría cometido un error al empeñarse en participar en el Premio del Basileus.

Pero no tuvo tiempo de entrar en más honduras. Estaban acercándose a la parte más delicada de la carrera, donde la pista serpenteaba por el interior de la ciudad entre las torres y los canales del primer nivel. Arka tomó aire. Era su oportunidad. Al ser más menudo y ágil, Tapón podría avanzar más rápido allí donde sus competidores se las veían y se las deseaban para mantener el equilibrio.

En algún punto, entre las voces que animaban a Oricalco y a Adamante, alguien gritó: «¡Tapón!». Súbitamente envalentonada, Arka aflojó las riendas y lanzó a su caballo hacia delante. Y él, alargando la zancada, adelantó a un incrédulo Ritas, que agitó su fusta en vano. Un instante después, Tapón llegaba a la sombra de las torres. Mientras los caballos se ralentizaban, sorprendidos, en este nuevo entorno, Arka alcanzó a Diagos. En esos momentos galopaban a lo largo de un amplio canal lleno de embarcaciones atestadas de espectadores enardecidos.

Mientras Arka trataba de adelantar a Diagos, su jinete lo desvió para empujar a Tapón a un lado. Tapón se vio al borde del agua y a punto estuvo de caer al canal. Arka levantó los brazos para protegerse del aluvión de golpes que el jinete le propinaba con la fusta en la cabeza. El costado de Diagos chocaba también contra su rodilla. Había perdido la fusta al principio de la carrera y ya no controlaba nada. Con las orejas gachas, Tapón intentó en vano morder al otro caballo. En las barcas, los espectadores exclamaron asustados.

—¡Se van a caer! —dijo alguien.

Con la espalda magullada por los fustazos, Arka oyó las pezuñas de Tapón derrapando sobre el borde y se preparó para la caída. De repente, una ráfaga agitó su dorsal, se oyeron gritos y la tunda cesó.

Levantó la nariz mientras Tapón recuperaba el equilibrio. Asustado por aquella ráfaga, Diagos se había desviado a un lado e intentaba deshacerse de su jinete sacudiendo la cabeza con violencia.

Sin tratar de entender de dónde venía la ráfaga de viento, Arka agarró una banderola roja que un espectador agitaba desde una barca. Con la bandera sujeta bajo el brazo, cargó como una auténtica amazonas y atizó al jinete con su lanza improvisada. Este perdió el equilibrio y rodó por el suelo. Su montura frenó de inmediato y se perdió de vista, detrás de Tapón.

—Solo quedan cinco —susurró Arka, metiéndose a toda velocidad en una curva cerrada con la banderola bajo el brazo.

Delante de ella tres caballos galopaban a la par. La pista, encajada entre dos torres, se reducía a la anchura de una carreta, obligando a los corceles a arrimarse. Al punto, sus jinetes se pusieron a azotar la montura que iba en medio. Asustada, la bestia se encabritó, perdió el equilibrio y rodó por el suelo aplastando a su jinete bajo su peso. Estaba empezando a levantarse, cuando Tapón llegó a toda velocidad. Apuntó con las orejas hacia delante, tensó los músculos y se propulsó para saltar por encima del caballo. Aferrada a las crines, Arka voló con él y aterrizó pesadamente sobre su lomo. El impactó le provocó una punzada de dolor en la rodilla. Aun así, con el pendón todavía bajo el brazo, lanzó de nuevo a la carrera a Tapón, que empezaba a jadear, ronco. El sudor creaba reflejos de mármol en sus flancos. A unos cientos de pasos de distancia, las murallas aparecieron entre dos torres.

Arka concentró su ánima en la bandera y prendió la tela roja. Sin alterarse lo más mínimo, Tapón siguió al galope, acortando a toda velocidad la distancia entre él y sus últimos adversarios. Frente a él, Ribelle se asustó al ver la banderola en llamas y se hizo a un lado,

obligando a desplazarse al semental que corría a su lado. Ambos caballos dejaron paso libre a Tapón. Arka arrojó atrás la antorcha, que acabó de consumirse.

—Solo dos —murmuró Arka, jadeando, mientras volvía a asir las riendas.

Tapón pasó las torres y enfiló la curva que precedía a la última recta, a lo largo de las murallas. Bañada en luz, la pista de repente parecía inmensa. El clamor de miles de espectadores estalló en los oídos de Arka. Frente a ella, solo quedaban Oricalco, que había continuado en la carrera sin su jinete, y Adamante, montado por Kalios. Arka se inclinó hacia delante y bajó las riendas hasta las orejas de su caballo para pedirle un último esfuerzo. Tapón aceleró de nuevo y alcanzó a Adamante, a quien Kalios estaba propinando una somanta con la fusta. Arka se apoyó en la cruz del jamelgo y derribó de una patada a Kalios de su silla de montar. Adamante frenó de inmediato.

Ya solo quedaba Oricalco, desembarazado de su jinete. Iba como una flecha hacia la línea de meta. Galopando a una velocidad demencial, Tapón acortó la distancia que los separaba. Por el rabillo del ojo, Arka vio que Azno trepaba por la valla y echaba a correr renqueando por la pista para animarla, seguido de cientos de hiperbóreos.

Solo quedaban trescientos pasos y Oricalco seguía en cabeza, dos cuerpos por delante. Tapón no podía ir más rápido: a menos que se le ocurriera una idea milagrosa, perderían la carrera.

Arka entonces tuvo una idea.

Alcandre

Entusiasmado como un crío, Alcandre saltó la valla y corrió con los demás detrás de los dos caballos que galopaban hacia la línea de meta.

Irónicamente, había estado a punto de no asistir al Premio del Basileus. Era preferible buscar a Arka, en lugar de perder el tiempo viendo esa carrera, especialmente cuando el torneo se acercaba a toda velocidad. En tres días, la única pista seria que había encontrado había sido el testimonio de un matón, un individuo que dijo haber visto a una chica conduciendo de forma salvaje la tortuga del cabecilla

de un clan.

Pero Alcandre amaba a los caballos y no pudo resistir la tentación. Los hechos le habían demostrado que tenía razón: participar en la carrera del año con un poni y derrotar a todos sus contrincantes era un reto a la altura de Arka.

Continuó corriendo hacia la línea de meta, con los ojos fijos en la grupa del pequeño caballo blanco que galopaba detrás de Oricalco. Libre de su jinete desde el comienzo de la carrera, el semental parecía imposible de atrapar. Arka pareció dudar por un momento. De repente, mientras su montura seguía corriendo como alma que lleva el diablo, se puso de pie, pasó una pierna por encima de la grupa y saltó a un lado. La muchedumbre emitió una exclamación de asombro. Liberado del peso de su jinete, Tapón estiró el cuello y aceleró, logrando la velocidad que necesitaba para atrapar a Oricalco. Hombro con hombro, los dos caballos cruzaron la línea de meta juntos, ante el pasmo de todo el público. Entonces resonó un grito:

—¡TAPÓN!

La cúpula parecía a punto de resquebrajarse por la explosión de alegría, el suelo vibraba bajo el martilleo de los diez mil espectadores que saltaban las barreras y se desparramaban por la pista. Incluso los magos del séptimo nivel, que acababan de perder, vitorearon al vencedor desde lo alto de las murallas.

Sin dejar de correr, Alcandre se abalanzó sobre Arka, que se había levantado a duras penas tras su caída voluntaria. Decenas de personas la abrazaban ya, le chocaban los cinco, la felicitaban. La agarró por la cintura y la sentó sobre sus hombros, sin darle tiempo a ver su rostro. En cualquier caso, Arka no le habría prestado atención. Rodeada de cientos de personas que la jaleaban, levantó los brazos al cielo en señal de victoria. La paseó entre el gentío, recibiendo en su rostro los puñados de flores que la gente le arrojaba. Al poco rato le llevaron a Tapón, a quien los espectadores habían parado en el extremo de la pista. Alcandre ayudó a Arka a volver al lomo empapado de su caballo y dejó que la multitud los envolviera.

Con una sonrisa divertida, observó de lejos a Tapón dar mordiscos como loco a la corona de flores que acababan de ponerle al cuello. Todo aquello convenía a la perfección a sus planes. Regresó a la barrera, saltó por encima con agilidad y se alejó hacia la ciudad cruzando por los establos desiertos. Todos los espectadores se habían precipitado a la pista.

—Syrame —dijo en voz alta, sin dejar de andar.

A su lado, una ráfaga agitó su túnica. Se formó un remolino de polvo y adquirió la apariencia de un joven rubio de ojos grises, que siguió sus pasos.

—¿La ayudaste?

—Muy poco.

Esta respuesta le dio a Alcandre la extraña sensación de que su interlocutor también había disfrutado de la carrera. Pero rápidamente se quitó esa absurda idea de la cabeza. Syrame no disfrutaba, obedecía.

—Ahora que sabemos dónde está, solo tenemos que dirigirla hacia la Asignación. No la pierdas de vista.

La aparición asintió con la cabeza, luego se desvaneció en el aire como si nunca hubiera existido.

4

El séptimo nivel

Lastyanax

Al día siguiente de la carrera, Lastyanax se dirigió a la biblioteca central con un nudo en el estómago aún más prieto que el que había sentido la mañana de su defensa. No recordaba haber sido tan reacio a hacer algo, y eso que Sileno una vez le pidió que hiciera de cobaya para él, pues necesitaba comprobar los efectos de un sello con poderes para provocar locura. Había pasado veinte minutos convencido de ser un conejo eufórico, saltando entre las gradas del anfiteatro, antes de que el mistógrafo lograra desactivar el sello. Cuando llegó a la biblioteca central, todavía estaba tratando de convencerse a sí mismo de que estaba obedeciendo la petición de Triérios de localizar al asesino de Palatès en el Consejo, y no de satisfacer sus ambiciones ministeriales.

El edificio se encontraba en el séptimo nivel. Tenía unas altas ventanas trapezoidales con vistas a una cúpula de piedra pintada de azul y oro. Coloridos adornos cubrían sus paredes circulares. Una hermosa puerta de cedro, flanqueada por dos estatuas que representan la alegoría de la Erudición y la Transmisión del Saber, le permitió el acceso a la biblioteca.

A esa hora del final del día, el lugar estaba casi desierto, salvo por unos pocos discípulos repartidos por las diferentes plantas de la biblioteca, revestidas de paneles. La mayoría eran estudiantes de quinto, que se apresuraban a completar sus inventos. Lastyanax había defendido el suyo el primero, impaciente de librarse de su túnica.

En la zona de lectura, las ventanas proyectaban sus trapecios de luz sobre el suelo de mosaico, iluminando las diminutas partículas de polvo suspendidas en el aire. Estaban provistas de paños de vidrio, una rareza en Hiperbórea, donde la cúpula eliminaba la necesidad de refugiarse detrás de cristales. El Sumo Bibliotecario estaba llevando a

cabo una feroz campaña contra los pájaros (palomas, gorriones y pájaros vela), que habían llegado a depositar sus excrementos sobre sus venerables manuscritos. Algunos gorriones se le seguían resistiendo y anidaban en los estantes, de los que a veces escapaba algún trino provocador.

Lastyanax miró la enorme habitación que albergaba bajo su cúpula varios cientos de miles de obras. Esferas luminosas de un tamaño excepcional flotaban aquí y allá, imitando el movimiento elíptico de los planetas como un astrolabio gigante. Un conjunto hipnótico de sombras y luces alumbraba los estantes. La biblioteca central ocupaba los cuatro últimos niveles de una torre, pero solo podía accederse desde el séptimo. Otro absurdo hiperbóreo sobre el que Lastyanax había alertado repetidas veces a Palatès, sin que su mentor hubiera tenido el valor de mencionarlo al Consejo.

—Buenas noches, Lastyanax. ¿Estás buscando un libro en concreto?

Lastyanax se volvió y vio acercarse al Sumo Bibliotecario con un manuscrito en la mano. Con su cabeza enmarcada en una melena blanca y unas patillas largas, el mago se parecía a los bustos de los sabios que decoraban el Magisterium. Durante su etapa de estudiante, Lastyanax había sido el discípulo favorito del viejo; a finales de cuarto, incluso le había contado con gran emoción que había batido el récord de libros prestados. El Sumo Bibliotecario había albergado durante mucho tiempo la esperanza de que se uniese a su equipo de archiveros. Pero Lastyanax había elegido la política, para su decepción.

—Buenas noches, maestro —respondió.

Al instante, pensó que iba a tener que abandonar la incómoda costumbre de dirigirse a los magos como «maestro», ahora que él mismo ya lo era.

—No, no busco un libro, Zénodote —dijo—. Estoy buscando a Pirra. ¿La ha visto?

Había intentado interceptarla al final de la carrera, pero la joven se había esfumado. Dado que todos sus antiguos compañeros de clase

estaban trabajando duro en sus inventos —aparte de Pétrocle—, Lastyanax esperaba encontrarla allí.

El objeto de su visita pareció decepcionar al Sumo Bibliotecario.

—Está estudiando con Rhodope en el pasillo de «Mistografía B» —respondió con un mohín de desaprobación, antes de irse.

Lastyanax se dirigió a un levitador mientras la frase «Está estudiando con Rhodope» se le repetía en bucle en la cabeza. Odiaba a Rhodope, sobre todo porque este pasaba con Pirra demasiado tiempo, para su gusto.

Accionó el levitador como si le tuviese manía y se dejó transportar, indiferente al genio mecánico del aparato que lo llevaba con elegante sigilo al pasillo de Mistografía B. Si no hubiera estado tan molesto por la presencia constante de su antiguo compañero de clase al lado de ella, habría reconocido la lógica que entrañaba. Rhodope era todo lo que Lastyanax no era: rico, seductor, mundano, el heredero hiperbóreo por excelencia, nacido con la ciudad a sus pies literalmente. En comparación, Lastyanax no estaba a la altura y el saberse inferior le hacía más difícil soportar a Rhodope.

Cuando llegó al pasillo rotulado como «Mistografía B», se encontró a Rhodope encorvado hacia Pirra para enseñarle algo acerca del mecanismo que ella estaba montando, rozándole un hombro de paso. Lastyanax interpretó al instante aquel gesto como un intento de acercamiento desvergonzado. Haciendo esfuerzos para serenarse, se adentró por el pasillo al tiempo que carraspeaba ruidosamente. Rhodope y Pirra levantaron la cara. La joven llevaba puestas unas lupas binoculares para trabajar en el mecanismo de su invento. Se había cambiado el vestido del Premio del Basileus por el atuendo de los discípulos, más cómodo.

—¡Laaaast! —exclamó Rhodope, empujando hacia atrás su silla para levantarse—. ¿Cómo te va, muchachote?

Le estrechó la mano con un apretón varonil y le chocó los cinco con la otra.

—Perdona. Ahora tendré que llamarte maestro —añadió Rhodope con

un guiño. «Lo preferiría», pensó Lastyanax—. Bueno, ¿qué se siente vistiendo por fin de morado? Debes de sentirte un poco más importante, ¿no?

—Muy ocupado, más que nada —respondió Lastyanax con frialdad—. Pirra, ¿puedo hablar contigo un momento?

Había adoptado un tono desenvuelto, con la esperanza de que la joven se ahorrase su sarcasmo habitual. Con la cabeza inclinada sobre su invento, estaba concentrada en colocar una ruedecilla dentada en un piñón.

—Puedes decirme lo que sea aquí, si quieres —respondió, sin apartar la mirada del mecanismo como si Lastyanax le resultara completamente indiferente.

—Me gustaría hablar en privado —insistió.

Rhodope le dedicó una sonrisa llena de dientes y le pasó un brazo alrededor de los hombros como para recalcar que le sacaba media cabeza.

—Ja, ja, el pequeño Last se anda con secretitos —dijo, sacudiéndolo con familiaridad—. ¿Es que te vas a declarar a Pirra?

La aludida alzó al fin la vista de su mecanismo y se subió las gafas hasta la frente. Con la cara colorada, Lastyanax trató de ignorar a Rhodope, que en esos momentos estaba estrujándole con fuerza los hombros sin dejar de sonreír. Cualquiera que los hubiese visto sin conocerlos habría pensado que era un gesto de pura camaradería.

—Qué, Last, ¿quieres declararte? —se burló Pirra.

—Sabes muy bien que no se trata de eso —gruñó Lastyanax—. Es un asunto político. Confidencial —dijo, zafándose de Rhodope con un golpe de hombro.

Esta vez sí que despertó la curiosidad de Pirra. Dejó las gafas en la mesa con gesto felino y se volvió hacia su compañero de clase.

—Rhodope, ¿querrías ir a buscarme un ejemplar de El engranaje en mecamancia? Está en el pasillo «Mecamancia R», en el último estante.

Rhodope pareció dudar. Luego esbozó una reverencia profunda.

—Sus deseos son órdenes, querida.

Y se marchó, aprovechando para soltarle una palmada amistosa a Lastyanax; este la recibió sin chistar. Cuando se hubo ido, Pirra y Lastyanax se miraron unos segundos en silencio.

—¿Sus deseos son órdenes? —repitió Lastyanax, irónico.

—Búscate una novia, Lastyanax —respondió Pirra, y se recogió detrás de la oreja un mechón de pelo negro con ademán de fastidio —. Así dejarás de interesarte en las relaciones de los demás. Bueno, ¿qué es este asunto político del que tanto quieres hablarme?

A Lastyanax se le olvidó de pronto el propósito de su visita.

—Pues… —empezó—, se trata de… A ver, habría que… «¿Las relaciones de los demás?» ¿Estás con él?

—preguntó a bocajarro.

Esta vez no procuró adoptar un tono desenvuelto. Pirra cruzó los brazos.

—No. Pero, si así fuera, no sería de tu incumbencia. ¿Y bien? —agregó, dando golpecitos con el pie en el suelo.

Lastyanax de repente se sintió mucho más ligero. Comenzó a explicarle alegremente el objeto de su visita, pero entonces se arrepintió de su idea al ver que Pirra arrugaba los labios. Al final, ella le dedicó una mirada furiosa que habría asustado a la más feroz de las amazonas.

—¡No me lo puedo creer! —explotó—. ¿Eso era tu asunto político? ¿Una cita con ese viejo rufián del ministro para las Colonias? ¿Y por qué iba a querer hacer algo así? ¿Qué ganas tú? ¿Y qué ganaría yo, si es que lo hago?

Lastyanax pensó que era la primera vez en muchos meses que Pirra le decía tantas palabras seguidas. Pero no era para alegrarse, dadas las circunstancias. Agachó la cabeza y buscó inspiración en las teselas del suelo de mosaico.

—Si lo haces, yo consigo el apoyo de Triérios para el escaño de Nivelación —admitió—. Me falta un voto. Yo… No quiero que te fuerces a disfrutar de la cita, solo que comas en una taberna con él durante media horita. Créeme, hubiera preferido que me pidiera otra cosa.

Se quedó en silencio y siguió con la mirada fija en las teselas mientras aguardaba su reacción. El silencio helado de Pirra le respondió. Lastyanax se sintió aún más incómodo.

—Ahora que ya no puedo contar con la cooptación de Palatès, esta es probablemente mi única oportunidad para no terminar como archivero o algo por el estilo. Ya sabes lo que pasa cuando no vienes de una familia pudiente…

—Igualdad de derechos.

Sorprendido, Lastyanax dejó de escrutar el mosaico. Pirra estaba de brazos cruzados, mirando por la ventana con gesto duro.

—Si acepto hacerte este favor, y si te nombran ministro de Nivelación gracias a mi ayuda, prométeme que harás todo lo posible dentro del Consejo para poner al mismo nivel a los hombres y a las mujeres de esta ciudad.

Se quedó callada y miró fijamente a Lastyanax como si de repente encarnase la ley hiperbórea y ella estuviera tratando de reescribirla tan solo por la fuerza de su mirada. Él se quedó un buen rato sin saber qué decir. Pirra llevaba años protestando contra la infantilización legal y social de las hiperbóreas. Él compartía su punto de vista, pero nunca se había preocupado mucho por el tema. Y ahora ella lo ponía entre la espada y la pared. Negarse entrañaría perder la estima de Pirra. Aceptar suponía arriesgarse a que lo acusaran de perjuro. Lastyanax no tenía mucha fe en su capacidad para convencer a los vejestorios del Consejo de que permitiesen que sus esposas vivieran su vida como les pareciera.

—Te lo prometo.

No quería que Pirra lo menospreciara.

—Entonces puedes decirle a Triérios que accedo a almorzar con él —dijo en tono incisivo—. Media hora. En la taberna que yo elija.

Lastyanax rehuyó su mirada para que no viese las dudas que debían de notársele en la cara.

—Gracias por ayudarme. Informaré a Triérios de tu respuesta —agregó, dirigiéndose al levitador.

—Last…

Se volvió, más asombrado por su tono vacilante que por el uso del diminutivo, que Pirra siempre se aseguraba de utilizar con un dejo burlón. Sentada en su silla, esperó unos segundos mordisqueando suavemente la patilla de las lentes binoculares.

—Sería genial si pudieras cumplir esa promesa.

Lastyanax asintió con la cabeza, incómodo, y salió del pasillo.

Arka

Habían pasado tres días desde el Premio del Basileus cuando la esposa de Azno, Cariclo, le comunicó a primera hora de la mañana a Arka que su parte de la recompensa había sido transferida por fin a una caja fuerte del Banco Internivel. Con la rodilla magullada por la carrera, la chica había pasado la mayor parte del tiempo cojeando por el pequeño apartamento de sus anfitriones, que en muchos sentidos recordaba a la profesión de su dueño. La cama en la que había dormido era en realidad un montón de mantas de caballo. Decenas de sillas de montar acumulaban polvo en una esquina de la sala de estar. Encima de un perchero había cinchas gastadas y una colección de frenos. Un estante dedicado a la farmacia equina estaba rebosante de frascos llenos de sustancias extrañas (y no del todo permitidas por el reglamento de competición, por lo que había podido captar Arka). Todo aquel material añadía una cantidad inmensa de suciedad y daba a la vivienda el aspecto de un establo, para desesperación de Cariclo.

Era una mujer con una melena tan espesa como calvo era su marido, con la cara redonda y una nariz larga y puntiaguda que recordaba el pico de una gallina atareada. Antes de la carrera, había dado la

bienvenida fríamente a Arka, convencida de que la última ocurrencia de su marido los llevaría a la calle. Ahora que su ocurrencia les había traído lo suficiente como para vivir sin esfuerzo el resto de su vida, parecía dispuesta a adoptarla. Había utilizado las cataplasmas que Azno solía ponerles a sus caballos para curar su rodilla hinchada. Le había enseñado qué hierbas debía masticar cada mañana para repeler a los mosquitos, que abundaban en el primer nivel. Le había mostrado cómo usar las palanganas de decantación para hacer potable el agua marrón de los canales. Y, sobre todo, se había asegurado de que su marido cumpliera su promesa de darle una décima parte de las ganancias, lo que resultó más difícil de lo esperado. De hecho, los banqueros hiperbóreos se habían mostrado reacios a abrir una cuenta a nombre de Arka, pues era inusual que una chica, además menor de edad, tuviera mil hipers a su disposición, sin ningún tutor que los administrara en su nombre.

—Tienes suerte de ser independiente, así que ten cuidado con tu oro cuando encuentres a tu padre, Arka —la advirtió Cariclo con tono serio—. No vaya a querer poner la cuenta a su nombre.

Esas consideraciones no mellaron el optimismo de Arka, que estaba ansiosa por buscar a su padre en la cima de la ciudad. Engulló el desayuno, se puso la vieja túnica marrón que Cariclo le había arreglado, se liberó de la efusiva despedida de esta y salió de la vivienda.

En la puerta, su anfitriona había dejado un par de alpargatas viejas para ella. Arka se agachó para ponérselas. El gesto desencadenó un concierto de protestas entre sus músculos todavía doloridos tras la carrera y su rodilla apenas desinflamada. Se puso de pie con una mueca de dolor.

Como todos los entrenadores, Azno vivía con su esposa en un barrio inmundo del fondo de la ciudad, cerca de los establos. Un hedor putrefacto subía desde la calle, al pie de la torre, donde formaba espuma el agua estancada de un canal. Unas escaleras, enroscadas alrededor de la torre, daban acceso a las ocho plantas que constituían el primer nivel del edificio. En las barandillas de las pasarelas, sábanas

raídas arrastraban los bajos por el polvo y la suciedad. Las torres circundantes y un acueducto de gran altura sumían la fachada en una oscuridad perpetua. La densidad de población y el deterioro del lugar no ayudaban al estado de ánimo de los vecinos: en siete días, Arka había aprendido tanto sobre sus peleas familiares que tenía material suficiente para escribir una epopeya.

Los vendedores de goma de loto azul, acuclillados en los peldaños, la siguieron con la mirada al verla bajar a toda prisa las escaleras con andares tiesos de pato. No había tardado mucho en percibir los daños que causaba el tráfico de aquella sustancia pastosa, que sumía a sus consumidores en un sueño alelado y les ponía amarillos los dientes. Al masticar la pasta, sus adeptos más fervientes se olvidaban de comer y acababan muriendo de hambre. El único aspecto positivo de aquel comercio era el loto azul en sí: los mafiosos requisaban canales enteros para cultivar esa planta acuática con flores de color índigo, sobre las que volaban enjambres de libélulas. Era precioso.

Fue a los establos a saludar a Azno. Desde su triunfo en la carrera, entre cita y cita en el banco, el entrenador pasaba el tiempo con Tapón saboreando la gloria de haber ganado finalmente el Premio del Basileus. Arka no le iba a la zaga: las contadas veces que había salido cojeando por el barrio, muchos vecinos la habían reconocido. Estaba encantada con la fama. Mientras caminaba por la orilla de los canales, una carnicera se acercó a felicitarla. A pocas calles de distancia, se cruzó con un grupo de adolescentes. Uno de ellos les dio un codazo a sus amigos y la señaló. Se la quedaron viendo pasar con los ojos como platos. Al pie de una torre, un anciano sentado en un portal levantó el dedo pulgar al verla.

—Eh, bien hecho —dijo.

Arka hizo el resto del camino hinchando el pecho, lista para inclinar modestamente la cabeza hacia el siguiente espectador que alabase sus hazañas. Pero nadie más la reconoció. Decepcionada, llegó a los establos preguntándose si no habría sido mejor llevar puesto el dorsal rojo.

Sentado junto al puesto de Tapón, el doble de grande que los puestos

de los otros caballos, Azno se afanaba en pintar un letrero, sacando la punta de la lengua. Cuando terminó su obra, se levantó con el pincel en la mano y miró con gesto crítico la inscripción recién pintada:

TAPÓN, GRAN CAMPEÓN

DEL PREMIO DEL BASILEUS

Y debajo:

1 BORIO LA VISITA

Azno cogió un martillo y clavó el letrero en el suelo, delante del puesto de Tapón. Luego plantó discretamente un gran beso en las fosas nasales del caballo, que trató de morderlo de nuevo.

—¿De verdad hay gente dispuesta a pagar por verlo?

Azno pegó un brinco y dio media vuelta.

—¡Ah, erez tú! Te veo mejor, ze te ve menoz tullida. Puez zí, no te imaginaz la de hiztéricoz que han venido por aquí ya. ¡Y hoy vendrán máz! —anunció con entusiasmo.

Como para demostrar que tenía razón, un niño de la edad de Arka apareció en la puerta de los establos. Sus rizos marrones asomaban por debajo de un viejo gorro de montañés, cosa que desconcertó a Arka, ya que siempre hacía bueno bajo la cúpula.

—¿Eres Azno? —preguntó el recién llegado—. ¿Y él es Tapón? —agregó, señalando con entusiasmo al pequeño caballo blanco—. ¿Puedo verlo?

Hablaba marcando mucho las sílabas, arrastrando las letras como hablaban los aristócratas. Pero su túnica parecía haber pertenecido a un vagabundo. Retales de tela de colores rodeaban sus muñecas como si fueran pulseras.

—¡Un borio la vizita! —anunció Azno, indicando el letrero.

El niño rebuscó en sus bolsillos y arrojó un puñado de monedas en la palma extendida de Azno antes de acercarse a Tapón con cara de embeleso. Arka se quedó mirando con ojos bizcos la mano del

entrenador.

—Oye, pero eso es como mínimo un hiper… —le susurró mientras el niño trataba en vano de acariciar al caballo, que le mostraba la grupa.

—Y qué. Ez el hijo de un mago. Me apuezto algo a que no zabe ni contar monedaz —respondió Azno, dividiendo la suma entre dos—. Ezte ez tu oro. Bueno, ¿te parece bien, yo me ocupo de Tapón y noz repartimoz laz gananciaz?

Después de unas duras negociaciones, habían llegado a un acuerdo. Arka asintió en silencio, sin creerse ni por un segundo que Azno cumpliría su parte del trato. El entrenador era todo lo honesto que se podía ser en el mundo de las carreras, donde la moralidad seguía siendo un concepto muy fluctuante. Solo la atenta vigilancia de Cariclo había permitido a Arka recuperar toda su parte de la recompensa. Pero ahora tenía suficiente oro y Tapón no tenía un sitio en el séptimo nivel. El caballo acababa de hacer una gran bosta delante de las narices de su admirador para manifestarle su mal humor.

—Oiga, ¿podría comprarle unas cuantas cerdas de la crin? —dijo el niño, a quien la boñiga no había hecho perder el entusiasmo—. Me darían suerte esta tarde cuando haga las pruebas de la Asignación.

—¿Y cuánto eztaríaz dizpuezsto a pag…? —fue a preguntar Azno.

—No —lo interrumpió Arka, que de ninguna manera quería que Tapón acabase tan calvo como su entrenador.

—¿Y puedo montar un ratito? Una vueltecita a la pista nada más…

Esta vez, Azno y Arka respondieron al unísono:

—¡Ni hablar!

Rabioso, el niño hizo un último intento de acariciar al animal, pero apartó rápidamente la mano para no llevarse un mordisco y salió del establo con paso enérgico y las orejas coloradas.

—Ezo no eztá bien, no hay que ganarze enemiztades entre loz magoz —dijo Azno con gesto sombrío mientras lo veía marcharse.

—¿Qué son esas pruebas de las que hablaba? —preguntó Arka.

Se acercó a acariciar a Tapón, que esta vez se dejó tocar.

—¿Que qué zé yo de ezo? Puez ez un rollo de gente rica que ni me va ni me viene —rezongó—. Bueno, y ¿qué hacez tú por aquí?

—Venía a despedirme —respondió Arka—. Me marcho al séptimo nivel.

—A buzcar a tu padre el mago, supongo… ¿Qué zabez zobre él?

Arka se encogió de hombros mientras le rascaba la mancha blanca de la testuz a Tapón.

—Nada, aparte de que es mago y que vivió en Napoca.

—¿Y tu madre no te contó máz detallez?

—Murió cuando yo nací —respondió Arka, retorciendo el penacho de crin de su caballo—. La que me habló un poco de él fue mi tutora.

—¿Y dónde eztá tu tutora?

—Ella también está muerta. Bueno, tengo que irme ya —dijo Arka. No tenía la menor gana de hablar del tema—. Cuide de Tapón —agregó, frotando por última vez la gran cabeza de su caballo.

Azno la miró un instante con preocupación y se acercó a darle un abrazo. Pero en el último momento se lo pensó mejor y, cortado, le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Erez una chica valiente. No te dejez contaminar por el zéptimo nivel, ahí arriba no hay máz que idiotaz —agregó con aspereza.

Arka asintió con la cabeza y le golpeó con suavidad el hombro con el puño cerrado, antes de dirigirse a la salida. Azno le lanzó:

—Por cierto, teníaz razón. Me alegro de que no fuezez a ver al entrenador del tercer nivel. Me habría tirado de los peloz.

—Sí que fui a verlo, y al resto de entrenadores —replicó Arka alegremente—. Usted era el último en mi lista. Son los otros los que tienen que estar tirándose de los pelos.

Azno la siguió con una mirada atónita mientras salía de los establos.

Una hora más tarde, Arka había retirado el oro del Banco Internivel y había parado a un cochero que la llevó al ascensor más cercano, donde unas cuantas tortugas esperaban para subir al segundo nivel. Cuando llegó su turno, el cochero colocó a su bestia sobre una red con lastres que había en el canal. Arka le dio dos hipers al maquinista del peaje, que accionó el aparejo. Las poleas rodaron, la red se tensó y la tortuga comenzó a ascender, chorreando agua desde el caparazón. Montada a horcajadas en ella, Arka se agarró a la cuerda más cercana.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? Las primeras veces siempre impresiona —dijo entre risas el cochero.

Tan pronto como llegaron arriba, la tortuga comenzó a navegar por el segundo nivel. Arka iba escuchando sin prestar mucha atención las historias que le contaba su conductor. Estar en un canal suspendido le producía una sensación extraña. Conceptos como «tierra» o «calles» dejaban de tener sentido y había que reemplazarlos mentalmente por «pasarelas», «puentes» o «plataformas». Unas aceras estrechas bordeadas por un murete separaban las vías fluviales del vacío. Los transeúntes caminaban por ellas, indiferentes a la caída de treinta pasos que les esperaría si daban el más mínimo tropiezo. Arka vio a una madre reprender a sus hijos pequeños que estaban jugando demasiado cerca del borde. Unos regueros de colores teñían el agua sucia. Salían de unos angostos talleres en los que brillaban unos hornos encendidos. Dentro se veía a artesanos manejando con habilidad la pasta suave y translúcida del vidrio calentado a alta temperatura.

—Las fábricas de vidrio de la Napoca Chica —indicó el cochero, dedicado ahora a mostrarle la ciudad—. Aquí viven muchos inmigrantes napocianos. Son los que fabrican todos los globos luminosos y el adamante de Hiperbórea.

Otro peaje los llevó al tercer nivel. Más limpio que los dos anteriores, el tercer nivel disponía de murales decorativos, los primeros que a continuación adornaban por entero los pisos superiores. Por lo demás, el lugar semejaba un gran mercado. Había comercios a pie de canal; en los acueductos, los comerciantes trataban de arañar algo de sitio

instalando puestecitos entre las aceras y el vacío. En los canales, las barcas eran utilizadas como tiendas. Vendían comida, cerámica, piezas mecamánticas, predicciones y otros servicios insospechados. Mientras la tortuga trataba de abrirse paso a través de las congestionadas vías fluviales, Arka y su conductor fueron interpelados a voces por una docena de comerciantes.

Continuaron su ascenso a los niveles cuarto y quinto, cruzando otros barrios industriales llenos de fundiciones, hilanderías y alfarerías. Había artesanos por todas partes, golpeando, plegando, grabando, pintando, enjuagando… Los materiales levitaban, se prendían y cambiaban de forma obedeciendo órdenes mágicas. Los desechos se acumulaban en el agua agitada por el incesante trasiego de tortugas cargadas de bienes. Con los sentidos estimulados de manera incesante por lo que ocurría a su alrededor, Arka se olvidó de la cúpula de encima de su cabeza y del vacío bajo sus pies: se sentía como si estuviera en el corazón de una gran ciudad horizontal como Napoca.

Al llegar a la cabina de peaje del quinto nivel, el cochero le mostró una torre que no había visto aparecer entre los edificios. Seis veces más ancha que los demás, parecía aún más imponente porque carecía de ventanas. A lo largo de su pared redondeada, frisos en bajorrelieve iban subiendo en espiral hacia la parte superior como una hélice de esculturas. Un magnífico palacio coronaba la torre, todo lleno de galerías y terrazas arboladas.

—¿Qué es eso? —preguntó Arka mientras la tortuga se colocaba en la red del ascensor.

—El castillo de agua —respondió el cochero—. Donde vive el Basileus.

—¿Y por qué no hay ventanas en esta torre?

—Porque es un castillo de agua —repitió el cochero—. Por debajo de la torre pasa un río subterráneo. Una bomba mecamántica sube el agua hasta el palacio, que luego discurre por los canales. Por eso los magos tienen el agua más limpia —agregó, contrariado—. Mira allí —dijo, señalando una torre grande y siniestra con troneras por ventanas —. Es la prisión. La gente la llama la Extractadora.

—¿Por qué?

—Por algo relacionado con las ánimas, me parece —respondió el tortuguero.

El quinto nivel, tranquilo y limpio, albergaba las confortables viviendas de los jefes de taller y de los comerciantes acaudalados. Cada alféizar contaba con su propia polea y su maceta con plantas aromáticas. Cortinas de plantas trepadoras colgaban desde los puentes hasta el agua clara, donde nadaban brillantes pececillos. La sombra de las torres reculaba aquí, dejando ver los patrones geométricos que adornaban las paredes. En el sexto nivel, habitado por los funcionarios públicos, los pisos eran más opulentos. El fondo curvo de los canales, hecho de piedra blanca, aparecía bajo las algas. A lo largo de las aceras se elevaban parapetos de hierro forjado. Tal vez fuesen imaginaciones suyas, pero a Arka le pareció que hasta el aire era más limpio y transparente. Compartió su impresión con el tortuguero.

—Eso es por los sellos de purificación del aire —le explicó él, señalando las alturas de la cúpula, donde Arka discernió unos grandes círculos llenos de dibujos grabados en el adamante—. También lo hay para los niveles más bajos, pero siempre están estropeados. El Tesoro dice que no hay dinero para tenerlos en funcionamiento. ¡Ya ves, excusas de magos! Mientras tanto, no te cuento la de mosquitos y enfermedades que hay con el aire viciado. Por no hablar de la mafia. El Magisterium deja que los clanes impartan la ley; así no tienen que pagar policías. Les sale a cuenta.

Mientras el tortuguero se lanzaba a una diatriba contra los magos, llegaron al séptimo nivel y comenzaron la última parte del ascenso. Estaban tan cerca de la cúpula que Arka podía ver el reflejo de la tortuga en el adamante. En la parte superior de las torres aparecieron las villas de los magos, que competían en belleza con el palacio del Basileus. Peristilos, fuentes de jade y esculturas de mármol se entremezclaban con plantas exuberantes y pinturas murales. Arka se asomó por encima de la red para contemplar el precipicio vertiginoso que se abría ante ella. Por un efecto óptico, las torres parecían casi tocarse en la base. Una prieta malla de acueductos le impedía ver más

abajo, sumiendo los primeros niveles en una oscuridad perpetua. Se imaginó por un momento volando al fondo de la ciudad, girando entre los canales y las torres… Pero no se sentía capaz de semejante destreza y, de todos modos, había dedicado demasiados esfuerzos en alcanzar la cima de la ciudad como para abandonarla tan rápido.

Al llegar arriba, pagó al cochero y saltó al pavimento de mosaicos multicolores. Puede que Hiperbórea no estuviera pavimentada con oro, pero por lo que se veía en el séptimo nivel, podía defender su fama con la cara bien alta.

Arka se puso en marcha, mirando a su alrededor en busca de magos. Le habían dicho que había más de seiscientos, por lo que esperaba verlos en cuanto llegara. Pero, si bien los estratos inferiores de la ciudad eran un hervidero de actividad, el más alto destacaba por su tranquilidad: a razón de una vivienda por torre, el séptimo nivel estaba mucho menos poblado que el resto de Hiperbórea.

Al principio, mientras andaba por la orilla de los canales, solo vio criados dedicados a sus tareas: limpiar los mosaicos con fuelles mágicos, podar las plantas trepadoras y recoger con limpiafondos los escasos desechos que flotaban en el agua azul. Estaba preguntándose si no serían en realidad los famosos magos, que se habrían puesto con dedicación monástica al servicio de la comunidad, cuando por fin vio, en el porche de una villa, su primer mago.

Salía de su casa seguido por un joven criado un poco mayor que Arka, afanado en colocarle bien los pliegues de la toga morada. Impecablemente plisada, la pesada tela le envolvía el hombro derecho, caía sobre su antebrazo y descendía hasta el suelo, por lo que era fácil adivinar que se trataba de un atuendo muy incómodo en el clima tropical de Hiperbórea. Un cochero se acercó con una tortuga. El mago despidió al criado con un ademán despectivo y peleó con la prenda para poder subirse al animal. El chico, con semblante abatido, lo observó alejarse a lomos de la tortuga y entonces vio a Arka, que caminaba en su dirección. Vestía una túnica blanca, ceñida en la cintura por dos finos cinturones naranjas.

—¡Hola! —dijo Arka.

—Buenos días —respondió el criado con el ceño fruncido.

—Perdona, me gustaría preguntarte una cosa —dijo Arka sin andarse por las ramas—. ¿Tu amo ha vivido alguna vez en Napoca?

—Mi mentor nunca ha salido de Hiperbórea —replicó el chico, altivo.

—Ah —respondió Arka, decepcionada y perpleja a partes iguales. ¿Qué había querido decir con eso de «mentor»?—. ¿Y no conoces a algún mago que haya vivido en Napoca?

—No —dijo el criado en un tono seco—. Que tengas un buen día.

Luego entró en la villa y cerró la puerta. Desalentada tras aquella breve conversación, Arka se preguntó qué podría hacer para acercarse a los magos, si hasta sus subordinados eran así de antipáticos. Por lo menos, ya era uno menos a quien preguntar. Había muchos más.

Por fortuna, los criados que conoció en los siguientes canales se explayaron más. Sí, sus amos eran magos, pero no, nunca habían vivido en Napoca, que ellos supieran. ¿Por qué lo quería saber? Ah, que estaba buscando a un pariente lejano… La conversación terminaba con esa vaga explicación que dejaba recelosos a sus interlocutores. Llegó a explorar una cuarta parte del séptimo nivel, pateándose sus canales suspendidos y sus plataformas, repitiendo las mismas preguntas una y otra vez, en vano.

Alrededor del mediodía, Arka se detuvo, agotada, en un jardín suspendido en un acueducto cerrado a la circulación de tortugas. Una pérgola con los arcos rebosantes de plantas trepadoras en flor se extendía sobre el canal. Ramos de nenúfares gigantes cubrían el remanso. Arka se sentó entre dos arcos, se descalzó y sumergió en el agua fría su rodilla, que había vuelto a hincharse. Pececillos curiosos acudieron a inspeccionarle los dedos. A su derecha, un racimo de uvas colgaba de una vid enroscada en la pérgola. Lo cogió y se zampó las uvas de cuatro en cuatro. No había visto un solo lugar en el que comprar comida por el camino. Los magos debían de contar con cocineros propios.

Al fondo del acueducto cerrado, tres adolescentes de unos dieciséis años conversaban sentadas en los enormes nenúfares. Las hojas verdes

brillantes apenas se doblaban bajo su peso. Unas fíbulas doradas prendían sus largos vestidos. Una de las muchachas, rolliza, con una mata de cabellos castaños y unos ojos azules como de muñeca, que estaba pintándose los labios con un ungüento rojo y con ayuda de un pincelito, era la que llevaba el atuendo más refinado. Otra de ellas, rubia y más delgada, sentada con las piernas cruzadas en el mismo nenúfar, le sostenía un espejo de mano y miraba con envidia el tarro de ungüento y el pincel. En la hoja de al lado, una tercera, morena y con la barbilla prominente, se mojaba también los pies en el agua.

Arka dudó en interrumpir su conversación para preguntarles por su padre. Todavía no había entendido los códigos de conducta del séptimo nivel, pero entre una niña de trece años y unas adolescentes de dieciséis existía una jerarquía implícita y universal. Era necesario tener una muy buena razón para vencer la obligada indiferencia recíproca. De hecho, las tres adolescentes seguían charlando como si estuvieran solas en el jardín colgante, cuando Arka se encontraba a pocos pasos de ellas.

—Deberíamos irnos ya —dijo la morena—, la Asignación está a punto de empezar.

—Tranquila, todavía tenemos tiempo —respondió la chica de pelo castaño.

Terminó de aplicarse el ungüento con los labios en forma de corazón y se reajustó el escote drapeado de su vestido de color naranja.

—Tu quitón es una preciosidad, Aspasia —comentó la rubia, fascinada.

—¿Esto? —respondió la tal Aspasia, tirando de la tela—. No es nada del otro mundo, se lo encargué a mi costurero el mes pasado. Por cierto, tengo un montón de quitones viejos que quería darte, ya no me valen, pero a ti te cabrán sin problema —agregó, echando un vistazo compasivo a la silueta plana de su interlocutora.

Aspasia chasqueó sus labios pintados y admiró el resultado en el espejo, después de lo cual agitó la mano, como para despedir a su amiga. La rubia dejó el espejo en la hoja, recogió una pantorrilla para

acercarla al muslo y se apoyó con los codos haciendo un puchero.

—No puedo esperar a casarme para poder ponerme lo que quiera —se quejó—. Mamá nunca me deja elegir mi ropa.

—Sí, pero entonces tendrás encima a tus suegros —comentó la morena, agitando los dedos de los pies en el agua.

—No si encuentro un mago rico que tenga su propia villa —declaró la rubia con picardía, como si fuera la primera a la que se le ocurría la idea—. ¿Me prestarás tu bálsamo, Aspasia?

—Pues tienes todos los números para acabar con un carcamal, Aspasia —se rio mientras le tendía el tarro de ungüento y el pincel —. Los jóvenes magos están sin blanca, viven todos en el sexto nivel o con sus padres. Por cierto, hablando de carcamales, ¿sabes que Euryclée está a punto de casarse con el Arquitecto Jefe?

—¿No? —exclamó la rubia, impregnando el cepillo en el afeite.

—Estaba casado con su prima, pero la pobre murió con su bebé en el parto —explicó Aspasia, encantada de revelar un nuevo chisme—. Eso disgustó muchísimo al Arquitecto Jefe, que desea tener descendencia antes de morir, cosa que no tardará mucho en ocurrir. Así pues, exigió que sus suegros le proporcionaran una nueva novia en compensación, y le ha tocado la china a la pobre Euryclée.

—Pero ¡eso es horriiible! —exclamó la rubia entre pincelada y pincelada de ungüento en sus labios finos.

—¡Tiene que negarse a ese casamiento! —añadió la morena.

—Si se niega, corre el riesgo de hacer caer en desgracia a su familia y de no volver a tener pretendientes —replicó Aspasia—. ¿Te imaginas acabar de solterona? ¡Qué horror! ¿Quién le iba a regalar quitones después?

La morena arrugó su barbilla protuberante.

—Podría trabajar, así ganaría oro —sugirió.

La idea provocó espanto en las otras dos.

—Pero… ¿quién querría ser una plebeya, llegar a los treinta hecha

una pasa, con las manos todas arrugadas? —exclamó la rubia.

—No me refería a trabajar como las plebeyas —se corrigió apresuradamente la morena—. Pero podría meterse a discípula, como tu hermana, Aspasia.

—Pirra es un bicho raro —sentenció Aspasia en tono despectivo —. Es una egoísta de campeonato, ha trastocado a toda la familia con su capricho de estudiar. Habrías visto la cara de mi padre cuando se enteró de que se había inscrito en la Asignación. ¿Todo para qué? Para pasarse cinco años de chupatintas, menuda ocupación. Además, ¿de qué sirve trabajar? No puedes tener tiempo para ti misma, eso no es vida.

—Al menos tu hermana no tendrá que casarse para vivir —objetó la morena, decidida a tener la última palabra—. Y tal vez un día llegará al Consejo, o…

—Qué tonterías dices —replicó Aspasia, dando un manotazo para echarse atrás la melena—. Ni sacándose el título de maga podrá trabajar en el Magisterium, porque es mujer: así lo dice la ley. Y mamá tiene decidido casar a Pirra. No os podéis imaginar lo enfurecida que está de ver cómo mi hermana trata a Lastyanax, cuando él por fin empieza a ser alguien interesante… Menos mal que Rhodope se ha puesto a rondarla. Así mamá tiene algo en lo que entretenerse.

—Aaah, Rhodope —suspiró la rubia—. No me quejaría si me obligasen a casarme con él…

Esa fantasía pareció poner a las tres chicas de acuerdo y, así reconciliadas, se recogieron las faldas de los vestidos y salieron del canal, pasando de hoja en hoja hasta la orilla. Los coloridos quitones ondulaban con cada paso, mientras conversaban. Su marcha dejó a Arka melancólica. A veces sentía que había madurado demasiado rápido en algunos temas y estaba completamente atrasada en otros. Los chicos, los cosméticos, la ropa, todas estas cosas le parecían extrañas. Sacó los pies del agua y deambuló por la orilla con las alpargatas en la mano, mirando el paisaje del otro lado del parapeto.

A su alrededor, las lujosas villas coronaban las torres como cogollos de flores al final de largos tallos.

Cuando se le secaron los pies, se calzó de nuevo y abandonó el jardín suspendido en la dirección que habían tomado las tres adolescentes. A lo mejor su padre vivía en esa parte del séptimo nivel.

Había estado caminando durante un cuarto de hora cuando, al final de un acueducto, apareció de repente una tortuga dorada, clavada a la que la que había robado unos días antes. Montados encima, tres hombres con pinta siniestra estaban ocupados comparando el tamaño de sus tatuajes hinchando los músculos.

Arka reconoció a los criminales que la habían perseguido. Inmediatamente se dirigió al parapeto para fingir admirar el paisaje, pensando en su mala suerte al tropezarse con ellos en el séptimo nivel. Con un poco de fortuna, pasarían por detrás de ella sin reconocerla…

En los pisos de abajo, en la torre vecina, había una pintura que representaba a unos trabajadores musculados. El anuncio decía en enormes letras blancas: ¡CONTRATE SU MUDANZA CON DEMÁGIC, EL ESPECIALISTA EN LEVITACIÓN! Con la vista fija en la frase, Arka seguía con atención el chapoteo de la tortuga, que iba pasando por el canal. Cuando la tortuga casi la había pasado de largo, se oyeron exclamaciones a bordo. Se le tensaron los hombros. Se volvió para ver a los trillizos corriendo en su dirección.

Arka no era especialista en levitación, pero sabía mucho sobre mudarse de lugar.

Los trillizos

Alci, Ari y Axi no nacieron muy inteligentes, pero una educación apropiada podría haber corregido la situación. Solo que eran tres. Enderezar a un hijo era posible. A dos ya era más complicado. A tres, inviable. Si a esto añadíamos un padre difunto y una madre ocupada con su agenda de cabecilla del inframundo, el resultado era unos hermanos con un intelecto limitado que habían crecido a la sombra del poder materno, con el único modelo masculino de los duros del clan. Los trillizos agravaban su estupidez con una estupidez aún más

burda, y dedicaban sus días a convencer al prójimo de que su grado de idiotez no debía tomarse a la ligera.

El robo de su tortuga favorita por una niña de trece años representaba un caso de manual. Durante los últimos cinco días, los trillizos habían estado rastreando a la desvergonzada, decididos a inculcarle el terror que se merecía. El gremio de conductores de tortuga, controlado por su clan, había recibido orden de búsqueda y captura con recompensa en metálico. Después de varias pistas falsas (que habían terminado mal para los cocheros responsables), los trillizos finalmente habían obtenido información fiable. Se habían apresurado al séptimo nivel, añadiendo ese desplazamiento a la lista de reclamaciones que planeaban presentar a la ladrona. Los trillizos odiaban a los magos y, por extensión, al séptimo nivel.

Arrearon a su tortuga para dar alcance a la chica del muelle y frenaron a su lado, levantando unas olas que empaparon los adoquines. Aferrada al parapeto, se estremeció al verlos bajar. Acostumbrados a este tipo de reacción, que era la parte más gratificante de su trabajo, los trillizos escupieron su chicle de loto y se chascaron los nudillos. Alci, como el mayor que era (había salido del vientre de su madre treinta segundos antes que sus hermanos), habló:

—¿Sabes por qué estamos aquí, mocosa?

—Por la tortuga, evidentemente. No soy tonta.

Desconcertado, Alci inclinó la cabeza hacia un lado para mostrar el tatuaje de loto de su nuca.

—Vale, pero ¿sabes quiénes somos? ¿Sabes lo que significa esto? —agregó, dándose toques furibundos sobre el dibujo.

Ella se encogió de hombros como si no le importase lo más mínimo.

—Es la señal de que somos del clan del Loto Azul —respondió Alci, haciéndose el importante—. Somos los Trillizos Titánicos.

Habían elegido ese nombre de grupo después de largas deliberaciones y una visita a la biblioteca, donde un erudito les había ofrecido con notable celeridad una lista de posibles calificativos. Hay que aclarar

que lo habían colgado encima del vacío para ayudarlo a pensar. Con mucha ceremonia, Alci se presentó a sí mismo y a sus dos hermanos.

—Yo soy Alci, y ellos son Axi y Ari.

En realidad se llamaban Alcibíades, Anaxímenes y Aristóbulo, pero ¿qué matones podían aceptar esos nombres?

—Encantada, yo soy Arka. Bueno, ¿vamos? Es que no tengo todo el tiempo del mundo, vaya.

Patidifusos ante su seguridad, los trillizos se miraron entre sí y, sin mediar palabra, acordaron no hacer las cosas a medias. Sacaron de sus bolsillos sendas porras telescópicas y las desplegaron hasta convertirlas en tres lanzas fulminantes de aspecto peligroso. De la punta de las armas, robadas a agentes de la policía, salieron arcos eléctricos.

Alci se regodeó al ver cruzar una sombra de angustia por el semblante de su joven oponente. Arka separó los pies mientras su mirada atenta iba de una lanza a otra. Los trillizos dieron varios pasos al frente, a la vez, con las lanzas en ristre. Arka dio un paso atrás hasta topar con el parapeto, detrás de ella.

Cuando pensaban que la habían acorralado, se coló entre las armas de Axi y Ari, dio un pisotón en el pie de apoyo de Axi y aprovechó su desequilibrio para arrancarle la lanza torciéndole la muñeca. Luego saltó con la flexibilidad de un gato y aterrizó unos pasos más allá, detrás de los trillizos, para quienes su juego de manos había sido demasiado rápido.

Siguió un silencio.

—Es demasiado canija para usar la lanza —dijo Ari.

Por toda respuesta, Arka dibujó arabescos en el aire con el arma como si hubiera nacido con una en la mano y atacó. Veinte segundos más tarde, los trillizos estaban tirados uno detrás de otro en el suelo a lo largo del canal, con las dos lanzas a sus pies. Con una sonrisa exultante, Arka dobló la última lanza y la tiró al suelo frente a Alci.

—Bueno, aquí lo dejamos, ¿no? —dijo, encorajinada—. Habría

seguido repartiendo tortas, pero tengo cosas más importantes que hacer.

Se dio la vuelta y se alejó por la orilla del canal. Aturdidos, los trillizos miraron sus armas. Sus años de pertenencia al hampa les habían inculcado ciertos principios: uno, cualquier afrenta que quedara impune era un signo de debilidad; dos, no se debe dar nunca la espalda a un enemigo armado. Sin dudarlo, Axi agarró una lanza y la arrojó con todas sus fuerzas contra Arka.

De repente, una ráfaga de viento cargado de arena acarició el aire delante de él y se aglutinó en forma de joven rubio. La aparición dio un capirotazo a la lanza, que salió volando. Luego desapareció en medio de un torbellino gris. El arma, desviada, raspó el hombro de Arka y terminó su trayectoria por encima del parapeto.

La chica dio un grito de sorpresa y se volvió hacia los trillizos, que miraban boquiabiertos el espacio que había ocupado la fugaz aparición. Nada podía explicar la escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos. Con gestos apresurados, recogieron las dos lanzas a sus pies, saltaron sobre su tortuga y huyeron a través de los canales sin más tardanza.

Embron y Tétos

En el primer nivel, Embron estaba luciendo su nuevo uniforme blindado. Acababa de comprarlo a un armero y no se había aguantado las ganas de ponérselo a pesar del calor húmedo, que lo estaba asfixiando.

—Es un modelo de última generación —explicó dándose aires de experto a Tétos, que comentaba el chollo con unos gruñidos de envidia—. Aleación ultraligera de oricalco y acero. Aislamiento eléctrico para evitar el riesgo de llevarme una descarga con mi lanza. Ventilación cuádruple: en los pies y debajo de las axilas.

—Eso es bueno —convino Tétos.

—Forrado con piel de lince —continuó Embron, acariciando con amor el blindaje de su uniforme—. Guantes mágicos de autocalentamiento, con una duración de la batería de tres meses. Casco aerodinámico

mejorado. Con esto, no me puede suceder nada —concluyó, hinchando el pecho como un general pasando revista a una tropa excelentemente ordenada.

Tétos asintió con vehemencia y de repente tuvo la oportunidad de comprobar esta última afirmación. Un objeto metálico se precipitó en dirección a los guardias, con una trayectoria vertical y una velocidad pasmosa.

«¡CRAC!»

El objeto se estrelló contra el casco aerodinámico reforzado, que absorbió el impacto. Pero no así su dueño, que se había puesto bizco al otro lado de la visera. Tétos recogió el proyectil y descubrió que se trataba de una lanza de rayos. Fue con su compañero hasta el cuartel, lanza en mano, preguntándose qué policía se divertía lanzando su arma de servicio al vacío.

Arka

La tortuga de los trillizos desapareció al final del canal. Arka se preguntó cómo podía haber sido tan tonta de darles la oportunidad de atacarla por la espalda. Por suerte, apuntaban fatal. La lanza le había pasado cerca del cuello y le había dejado un corte en el hombro.

Un trozo de papel arrastrado por una ráfaga inesperada revoloteó con un movimiento lento de vaivén. Arka se quedó mirándolo caer, preguntándose qué habría causado el torbellino que de repente había sentido a su espalda, puesto que en Hiperbórea no había viento. El papel completó su descenso y se deslizó por el suelo hasta detenerse delante de sus pies. Las primeras líneas de su escrito decían:

FORMULARIO DE INSCRIPCIÓN PARA LA ASIGNACIÓN

TORNEO DE MAGIA PARA LA SELECCIÓN ANUAL DE DISCÍPULOS

5

La Asignación

Arka

Arka no podría haber imaginado nada mejor que un torneo mágico para avanzar en su investigación. Si se mezclaba entre los discípulos, seguro que conocería a magos. El formulario indicaba que la Asignación comenzaría a primera hora de la tarde en el anfiteatro y los relojes del séptimo nivel coincidieron en que se perdería el inicio del torneo.

Iba a toda prisa por los canales, buscando el famoso anfiteatro, cuando sonó un golpeteo de pasos detrás de ella. Un niño y su madre corrían por la acera.

—¡Rápido, rápido! —gritó la mujer, angustiada, a su hijo—. ¡La Asignación empezará sin ti! ¡Ay, maldito tortuguero! Podría habernos dejado al lado. Y todo porque nos faltaban unos chalques…

El crío asentía sin decir nada, con la cara colorada por el esfuerzo. Era un niño menudo, con la frente estrecha y las cejas negras muy pobladas que formaban una gruesa línea encima de sus ojos. Cuando pasaron por delante de ella, Arka adivinó por su aspecto que no venían del séptimo nivel. Corrió tras ellos, trotando a cierta distancia y poniendo caras de dolor por culpa de su rodilla.

Recorrieron tres canales antes de llegar frente a un gran anfiteatro de piedra blanca construido en la parte superior de una torre. Una corta fila de adolescentes se apelotonaba en la entrada delante de un alguacil que recogía fichas similares a la que se había encontrado ella. La madre y su hijo corrieron para ponerse en la cola. Arka frenó.

Los otros adolescentes desaparecieron dentro y ya solo quedaba el niño de las cejas pobladas cuando Arka llegó a la altura del alguacil. La madre, jadeando y con las manos apoyadas en los hombros de su hijo, se disculpó por el retraso y pidió con voz suplicante que lo dejara

entrar.

—Está bien, está bien —dijo el alguacil—. ¿Tiene el formulario de inscripción? Estupendo, démelo… Gracias, pasen.

Luego se volvió hacia Arka y se fijó en el papel de sus manos:

—¿También tiene su formulario? ¿Aún no lo ha rellenado? Bueno, vamos, dese prisa y escriba su nombre, edad, nivel de origen y profesión de sus padres.

Arka cogió la pluma que le tendía, insegura de repente. No tenía ni idea de en qué consistían las pruebas, qué era un discípulo o cuál sería la reacción de los organizadores cuando comprendieran que no tenía nada que hacer en el anfiteatro. Tardó un segundo en decidirse.

—Arka, trece años, primer nivel, hija de vendedores de pasteles —murmuró mientras escribía en el formulario con su mala letra.

—Bueno, así valdrá —dijo el alguacil después de revisar la ficha —. Tome, prendase esto en su túnica —agregó, entregándole una etiqueta con el número 43—. Primera puerta a la izquierda. Dese prisa, la primera prueba está a punto de comenzar.

Como parecía obvio para el alguacil que Arka sabía lo que hacía, se prendió la etiqueta para no parecer estúpida. Entró en el anfiteatro y se encontró en un pasillo oscuro que comunicaba con las gradas. El niño había desaparecido y su madre estaba sentándose entre el público. Con aprensión, Arka empujó una puerta a su izquierda.

Un largo pasillo con una hilera de pequeñas celdas apareció abajo, iluminado por unos candiles que desprendían un olor dulzón. Habían quitado las puertas a las celdas y las habían puesto en una esquina, para hacer sitio a unos cuarenta adolescentes. La mayoría eran chicos de la edad de Arka; solo vio a otras dos niñas, una niña de aspecto tímido y una niña alta y de constitución recia que miraba con aire condescendiente a su alrededor. Arka bajó unos escalones. Reinaba un ambiente febril: algunos aspirantes iban de un lado para otro, musitando; otros se miraban los pies, sentados con la espalda apoyada en la pared; otros se concentraban para hacer levitar pequeños objetos.

Por un momento, Arka pensó que acababa de entrar en un manicomio. Pero a su lado un chico parloteaba ante otros cuatro con una petulancia tranquilizadora. Sus largos cabellos castaños le caían sobre los ojos sin tapar completamente su frente llena de granos. Hablaba con una voz cansada y arrogante, subrayada por un labio inferior saliente y caído.

—Como no podía ser menos, me han preparado para las pruebas —dijo el muchacho—. Evidentemente, no sé en qué van a consistir, pero tengo mi propia idea al respecto. De todos modos, el disciplinato es una mera formalidad para mí. Casi todos los Eparcas han salido de mi familia. Mi padre no consentiría que rompiera la tradición.

Se despejó la vista con un movimiento de la cabeza y observó con satisfacción el efecto que sus palabras habían causado en sus compañeros. Los otros chicos parecían preguntarse si tenían las mismas probabilidades de resultar seleccionados.

—Pero, Fretón, tu padre no va a poder tomarte como discípulo ni aunque sea el mismísimo Eparca, está prohibido, ¿no? —preguntó un adolescente que llevaba una gorra de montañés.

Arka reconoció con sorpresa al chico que había pagado para ver a Tapón esa mañana.

—Stérix, Stérix, mira que eres tonto. Por supuesto que está prohibido. Además, ya tiene un discípulo, de todos modos —le corrigió en tono hastiado el tal Fretón.

—Pirra —comentó otro adolescente con un aire de ensueño.

—Sí, Pirra —respondió Fretón con superioridad—. Como discípulo de mi padre, se podría decir que yo también soy un poco su mentor. Además, está haciendo todo lo que le digo que haga. La última vez, le pedí que fuera a buscarme un vaso de hipocrás y…

—¿Y qué más, Fretón? —preguntó de repente una voz glacial.

Arka se sobresaltó y se dio la vuelta. Una joven acababa de aparecer en el marco de la puerta. Tenía el pelo oscuro y el talle esbelto, y llevaba una túnica blanca ajustada por cinco cinturones naranjas finos.

Fretón pareció amilanarse ante su deslumbrante mirada verde. Claramente, nunca se había atrevido a pedirle un vaso de hipocrás.

—¿Hipocrás? Pero si yo a ti te he visto emborracharte con un mosto. Lárgate, mocoso.

Fretón se marchó apresuradamente, con la cara tan incandescente que alguien habría podido freírse un huevo en sus mejillas. Pirra cruzó el pasillo con pasos acelerados y se detuvo junto a la pesada puerta de roble del final. Entonces, habló a los adolescentes, que interrumpieron sus ocupaciones para escucharla.

—Hola a todos —los saludó con voz fuerte—. Me han pedido que pierda el tiempo dándoos las instrucciones de la Asignación, en lugar de trabajar en mi defensa. Así que aquí van las instrucciones de la primera prueba: cada uno de vosotros deberá coger una llave, utilizando los bloques de oricalco.

Sin dar a los candidatos la oportunidad de digerir su entrada en materia, agregó:

—Cuidado, las llaves solo se podrán coger con la mano. Y deberéis guardarlas para usarlas en la última prueba. Sois cuarenta y tres y solo hay treinta y tres llaves. Los diez candidatos que no cojan una serán eliminados automáticamente.

Hizo un gesto y la puerta de roble, que no había tocado, se abrió con docilidad. La luz del día se derramó por el pasillo, al igual que el alboroto de una multitud emocionada.

—Ahora iréis a colocaros uno a uno delante de los cubos y esperaréis a que suene el gong para iniciar la prueba —dijo Pirra—. Quien intente empezar antes será eliminado de la competición. Por supuesto, no estará permitido utilizar sellos. Que ganen los menos negados —agregó, echando un vistazo despectivo a su público.

Un momento después, los aspirantes corrieron a la puerta abierta para tratar de salir los primeros a la arena. Arka fue con todos ellos, dando gracias por su buena fortuna. Primero la carrera, luego un torneo mágico: parecía que alguien estaba tratando de facilitar su búsqueda. La multitud la arrastró hasta la puerta, que dejó pasar a los candidatos

en cuentagotas, bajo la atenta mirada de Pirra. En medio del ajetreo y el bullicio, Arka de repente se sintió empujada hacia adelante. Tropezó y empujó a los tres chicos que corrían delante de ella. Farfullando una disculpa, se volvió y vio que la más alta de las dos chicas, una pelirroja cuya nariz respingona recordaba vagamente la de un cerdo, se divertía empujándola con el hombro.

—¡Para! —exclamó Arka, enfadadísima.

La chica sonrió y continuó aplastándola contra los demás.

—¡Para! —chilló ella, imitando la voz de Arka—. ¡Para!

—¡Déjame en paz! —exclamó Arka con un deseo furioso de patearla.

Junto a la chica, dos de los chicos que estaban escuchando a Fretón unos minutos antes se burlaron.

—¡Para! ¡Para! —repitieron, y se pusieron a empujarla a su vez.

Con las orejas rojas, Arka se dio la vuelta y trató de ignorar los empujones que recibía en su espalda, apoyando todo el peso en los talones para no caerse encima de los chicos que corrían delante de ella. En circunstancias normales habría resuelto el problema con tres bofetadas bien dadas, pero no quería llamar la atención.

Avasallada por aquellos tres imbéciles, llegó roja de ira a la arena.

La luz la deslumbró y olvidó los altercados. Parpadeando, descubrió, asombrada, unas gradas inmensas con varios miles de agitados espectadores. Los magos, con sus togas moradas, representaban una cuarta parte de la concurrencia. Arka sintió una gran emoción: había tantos que por fuerza su padre tenía que contarse entre ellos.

El resto de la multitud estaba compuesta por chiquillos, ancianas y madres que se mordían las uñas al ver a sus retoños avanzar hasta el centro del anfiteatro. Una cúpula hecha con piezas de malla metálica de color rojizo, una réplica en miniatura de la que cubría la ciudad, separaba a los espectadores de la arena. En el suelo cubierto de arena gris claro, unos cuarenta cubos del mismo color rojizo, colocados en un círculo, esperaban a los candidatos.

Arka reconoció el oricalco, el metal del que estaba hecha su pulsera de

alas, un material que ella sabía que era muy sensible a la magia. Imitando a sus adversarios, fue a detenerse frente al cubo libre más cercano. El objeto le llegaba por encima de la rodilla y brillaba como si estuviera animado por un fuego interno. A su izquierda estaba el niño que había visto correr con su madre. Con un tic nervioso en una pierna, el chaval miraba en todas direcciones en busca de las llaves de las que había hablado Pirra. Su mirada se detuvo de pronto en un punto en el aire. Mirando hacia arriba, Arka descubrió las llaves. No mucho más grandes que su dedo pulgar, flotaban en un círculo una docena de pasos por encima de ellos, como una fina corona brillante. Estaban situadas más cerca del centro de la arena que los cubos y, en efecto, eran menos en número que estos.

Mientras los últimos candidatos se colocaban a toda prisa frente a los cubos restantes, Arka intentó pensar en alguna estrategia, dolorosamente consciente de que los demás ya sabrían qué hacer. Podía usar su pulsera de alas, pero Pirra había especificado que debían usar los cubos para capturar las llaves con la mano. Entonces, ¿qué había que hacer? ¿Apilarlos? Arka miró a su alrededor y pensó que sería difícil convencer a los otros candidatos para que le prestaran sus cubos para construir un andamio. A lo mejor debía escalar las rejas de la pista y aupar el cubo hasta las llaves… Pero no, eso no tenía ningún sentido. Los cubos debían tener una utilidad.

Mientras cavilaba sobre el asunto, un susurro se extendió entre todo el grupo de candidatos. Arka miró a las gradas. En el palco de honor, un anciano con una gran panza carraspeó, preparándose para hablar.

—Sileno, el profesor de mistografía —susurró alguien a su derecha.

Arka se llevó una desagradable sorpresa al descubrir que la pelirroja se había sentado a su lado. Pero en esos momentos no pareció interesarse en su vecina y miraba al tal Sileno entrecerrando los ojos con su cara de cerdo.

—Sed bienvenidos, jóvenes, a la Asignación de discípulos —comenzó con regocijo el mago, recogiéndose una parte de la toga—. Si os encontráis hoy en la arena, es porque queréis dedicar vuestra vida a las más altas funciones de nuestra hermosa ciudad. Dentro de unos

momentos, os embarcaréis en vuestro primer reto, pero antes permitidme que recuerde las reglas del torneo.

Hizo una pausa y miró a los adolescentes, nerviosos y agitados, colocados cada uno detrás de su cubo.

—Este año sois cuarenta y tres aspirantes. Al final de esta competición, no quedaréis más que trece. Con cada desafío, diez de vosotros seréis eliminados. La primera prueba evaluará vuestra habilidad; la segunda, vuestra potencia; y la tercera, vuestros conocimientos. Sus resultados de las dos primeras pruebas serán decisivos para la tercera. Nosotros, espectadores y futuros mentores, observaremos vuestra actuación gracias a la arena de Abraxan.

Arka hizo una mueca. Sobre su habilidad quizá tenía dudas. En cambio, estaba segura de que no sabía nada, al menos nada académico. ¿Y qué era la arena de Abraxan?

—A lo largo de las pruebas —continuó el mistógrafo—, cada mago dispuesto a entrenar a un discípulo os observará, con el fin de elegir a un candidato de los seleccionados al final del torneo. Entonces deberán servir fielmente a su mentor durante los próximos cinco años, al final de los cuales podrán tomar el morado.

Arka adivinó que «tomar el morado» significaba convertirse en un mago. La idea de comprometerse con uno de ellos durante cinco años no era algo que la volviese loca, pero estaba planeando dejar a su futuro mentor tan pronto como encontrara a su padre. Miró con curiosidad a los magos reunidos en el anfiteatro, preguntándose quién se convertiría en su mentor, si por casualidad lograba acabar entre los seleccionados. ¿Y si la eligiera su padre? Esto le recordó con crudeza que todavía no había encontrado una estrategia para llegar a las llaves.

—Veo que la espera os pone a todos ansiosos y no voy a dejar que el miedo se apodere de vosotros por más tiempo —terminó el mistógrafo —. Así pues, en la primera prueba deberéis ser lo bastante habilidosos para atrapar una de las llaves que veis encima vuestro, con ayuda de los cubos de oricalco. ¡Buena suerte a todos!

Su discurso fue recibido con aplausos del público, que parecía sentir aprecio por el mistógrafo. Un momento después, antes de que Arka tuviera tiempo de mentalizarse, se oyó un sonoro «¡GONG!». De inmediato, los candidatos se inclinaron sobre sus respectivos bloques y comenzaron a hacer movimientos sobre el metal. Sorprendida, Arka vio la arena de la pista elevarse a su alrededor y envolver sus cuerpos como un halo de polvo brillante. Sus compañeros no parecían preocupados por aquella emanación.

Arka entendió que era la arena de Abraxan y que este extraño polvo tornaba visible el ánima, que por lo general no podía verse. Muy interesada en el fenómeno, se olvidó de que ella también participaba en la prueba. Se quedó mirando cómo la arena se movía alrededor de las manos de los candidatos. Bajo el efecto de sus ánimas, los bloques de oricalco se estiraron formando estructuras extrañas. Arka miró a su vecino de la izquierda y vio que ya había logrado formar varios escalones. Trabajaba el metal con gesto concentrado, como un alfarero delante de un jarrón, mientras una intensa nube de partículas revoloteaba alrededor de sus dedos.

De repente, Arka recordó que ella también debía hacerse con una de las llaves. Al menos ahora sí sabía lo que tenía que hacer: tan simple como modelar una escalera con el oricalco. Al igual que sus competidores, se inclinó sobre su bloque y recorrió con los dedos la superficie lisa del metal. El oricalco se estremeció y comenzó a calentarse, como su pulsera de alas cuando la activaba. Con la punta de la lengua asomando, Arka presionó con su ánima la materia brillante. La arena de Abraxan bailó alrededor de sus manos. Con un esfuerzo infinito, logró transformar el cubo en un rectángulo no del todo perfilado.

Levantó la cara y se enjugó la frente. A su alrededor, los candidatos se afanaban en la fabricación de sus escaleras, unos más avanzados que otros. A su izquierda, la creación del niño de las cejas pobladas se estiraba hasta medio camino, con una precisión tan perfecta que parecía obra de un herrero experimentado. Unos arcos reforzaban la estructura, que continuaba elevándose al son de los movimientos que

hacía con las manos. A su derecha, la pelirroja parecía estar teniendo más dificultades. Modelaba rápido, pero su escalera, mal equilibrada, se le venía abajo una y otra vez.

Arka volvió al trabajo con una sensación de pánico. Había acabado en la Asignación gracias a un golpe de suerte, sí; pero ahora que estaba allí, no quería quedar eliminada, sobre todo sabiendo que su padre podía estar presenciando la prueba. Sin embargo, su escalera, si es que se podía llamar escalera a los dos rectángulos superpuestos que había logrado formar, era un churro. Redoblando sus esfuerzos, hizo dos escalones más y estabilizó todo el conjunto levantando un grueso pilar.

Un grito le hizo levantar la cabeza de nuevo. Frente a ella en el círculo, un candidato había subido por su escalera con la intención de seguir modelándola arriba, antes de darse cuenta demasiado tarde de que la estructura no era tan resistente como para soportar su peso. Mientras el público contenía el aliento, la escalera se inclinó y el aspirante perdió el equilibrio y cayó desde una altura de varios pasos, hasta quedar tendido en el suelo, gimiendo de dolor y agarrándose un tobillo con las manos.

Con un ataque de angustia, Arka reanudó su trabajo. Pronto se dio cuenta de que tenía un problema grave: sus escalones, demasiado gruesos, habían necesitado todo el oricalco disponible y no le quedaba suficiente metal para levantar su escalera. Trató de estirar el material todo lo que pudo. Su ánima expandida rastrillaba la superficie de los peldaños. Un alegre campanilleo la desconcentró: miró hacia arriba y vio al niño de las cejas pobladas, en la cima de su obra de arte, agarrando la llave suspendida en el aire y volviendo a bajar en medio de los aplausos de la multitud. Luego abandonó la pista por la puerta que Pirra acababa de volver a abrir.

Unos minutos más tarde, otro competidor se apoderó de una llave, luego un tercero y a continuación un cuarto. Pronto el anfiteatro resonó con aquel tintineo de campanillas a medida que la mayoría de los candidatos, incluida la chica pelirroja, conseguía apoderarse de una llave. Cuando Arka se puso a dar forma laboriosamente a su

octavo peldaño, solo quedaban dos llaves flotando en el centro de la pista. El trigésimo segundo competidor se apresuraba ya a subir su escalera para hacerse con la penúltima. Abatida y con la cabeza retumbándole, Arka bajó los brazos y se quedó mirando a un crío escuchimizado que al otro lado del círculo terminaba de modelar los últimos peldaños de su estructura para llegar a la última llave restante, justo encima de ella. Sintió el sabor amargo del fracaso en la boca y un nudo en la garganta. Desde el día en que había descubierto sus poderes, nunca había dudado de que era un ser excepcional. Pero ahora, ante unos ejecutantes tan brillantes, se dio cuenta de su mediocridad. Su desilusión se vio agravada por la certeza de que su padre estaba siguiendo la prueba y contemplaba con desdén su ridícula escalera.

De repente, en un rincón de su mente bulló una idea. Rememoró las instrucciones de Pirra: «Cada uno de vosotros deberá coger una llave, utilizando los bloques de oricalco». Estupefacta, Arka miró las treinta y dos escaleras que habían quedado en la arena. ¿Y si…?

Jugándoselo todo, Arka corrió hacia la magnífica escalera de su vecino. Al otro lado del círculo, el flacucho estiraba a toda velocidad lo que le quedaba de oricalco. Arka saltó al primer escalón y subió de cuatro en cuatro, levantando nubes de polvo plateado con cada pisotón y haciendo temblar el metal bajo su peso. En las gradas sonaron gritos de asombro. Arka llegó al último peldaño y, dándose impulso, asió la última llave delante de las narices del chico. Por un breve instante, su mirada se cruzó con la mirada aturdida de su contrincante. Luego volvió a acordarse de la gravedad y notó que se precipitaba en el vacío. Flexionó las rodillas, apretó los dientes y limitó el impacto rodando hacia delante tan pronto como sus pies tocaron el suelo.

Afortunadamente, la arena había amortiguado su caída. Aturdida, Arka se puso de pie bizqueando un poco, con la llave en la mano y pinchazos renovados en la rodilla. A su alrededor, el anfiteatro parecía haber explotado. Exclamaciones de indignación enardecían las gradas.

—¡Es vergonzoso! —oyó que gritaba alguien.

—¡Menuda tramposa!

—¿A qué familia pertenece esa mocosa horrible?

Incómoda, Arka miró a su alrededor mientras se preparaba para recibir nabos podridos. Se volvió hacia el mistógrafo, que desde el palco de honor contemplaba la escena con una sonrisa divertida. Esperó a que el clamor se desvaneciera y luego se levantó de nuevo. Algunos espectadores siguieron comentando indignados lo que acababan de ver.

—Sorprendente final de la prueba, ¿no? —dijo el mistógrafo con voz potente—. ¡De este modo, acabamos de incorporar al trigésimo tercer candidato de este primer desafío!

Había hablado con un tono juguetón, sin duda esperando desatar otra ronda de aplausos. Pero esta vez un silencio glacial, conmocionado, recibió sus palabras.

—¡Es un escándalo, Sileno! ¡No puedesa aceptar a esa candidata, ha hecho trampa! —exclamó un mago. Era un hombre alto y con semblante severo que ocupaba también un asiento en el palco de honor—. Mi hijo estaba a punto de coger la última llave…

—Las instrucciones decían —lo interrumpió Sileno con su tono alegre — que había que coger una llave usando los bloques de oricalco. Los bloques de oricalco, no un bloque de oricalco. Esta candidata ha sido la única que ha tenido la agudeza de entender lo que implicaba la norma. De hecho, el jurado y yo esperábamos ver a más de un competidor adoptando su táctica.

El rostro del mago alto se crispó en una mueca terrible.

—Me niego a tolerar que mi hijo sea eliminado por una «sutileza sintáctica» —exclamó con la cara colorada.

Se acercó al mistógrafo y le hundió el dedo índice en la panza.

—Exijo que se vuelva a poner la llave donde estaba y que esa tramposilla salga de la arena.

—Querido —dijo el mistógrafo, avanzando hacia él, indiferente al dedo que se hundía un poco más entre los pliegues de su barriga—,

tus privilegios como Gran Tesorero no tienen lugar en esta arena y lo sabes de sobra. Esta chica ha aplicado las reglas a la perfección y sería una injusticia intolerable eliminarla en favor del hijo de un mago de alto rango.

—En favor del hijo de… —tartamudeó el Gran Tesorero, con la cara aún más roja—. No se trata de eso en absoluto… Se trata de respetar…

—Vamos —dijo el mistógrafo con tono alegre, estirando la panza —. Tu hijo tiene solo trece años, ¿no? Podrá presentarse a la Asignación de nuevo el año que viene, y estoy seguro de que a la segunda lo conseguirá. Y ahora —dijo más alto—, vamos a hacer un receso de una hora antes de pasar a la segunda ronda. Señorita —agregó, dirigiéndose a Arka—, por favor, vaya con los otros candidatos seleccionados, o se perderá las instrucciones.

Atónita, Arka asintió con la cabeza, se metió la llave en el bolsillo y se apresuró a salir de la pista mientras continuaban los comentarios mordaces hacia ella. Cruzó la puerta de roble y se encontró una vez más en el pasillo, rodeada de una multitud algo más exigua que la que había antes de la prueba.

Los candidatos intercambiaron impresiones, encantados de haber superado la primera selección. Varios de ellos echaron un vistazo intrigado a Arka, como preguntándose por qué la última candidata seleccionada había tardado tanto en unirse al grupo. Pero la mayoría de los ojos estaban puestos en el niño que había logrado atrapar su llave el primero. Sin darse cuenta de que era el centro de atención, se había quedado agazapado en un rincón, con sus ojos vivos mirando de un punto a otro de la sala mientras reflexionaba.

—¡Para! —exclamó la pelirroja con una sonrisa maliciosa cuando Arka pasó por delante de ella.

Arka volvió la cara hacia el otro lado y con paso decidido se mezcló con los demás, como si fuese hacia una amiga, lo que por desgracia no era así. La mayoría de los candidatos llevaba túnicas bien confeccionadas; adornaban sus brazos con grandes pulseras de oro, y

todos se expresaban con el mismo dejo aristocrático que Fretón y Stérix. Probablemente todos venían del séptimo nivel y se conocían.

Con la sensación de estar fuera de lugar, Arka buscó a alguien con quien hablar, pero el aire distinguido de sus competidores la intimidó. Para variar un poco, se marchó por el pasillo, pues al fondo acababa de divisar una imagen irresistible. Una mesa repleta de fruta, carne, pescado y dulces de todo tipo titilaba a la luz suave de los candiles. Imitando a un niño regordete que se servía comida a su lado, tomó una tortita y le puso encima queso, cordero marinado y unas verduras amarillas semidulces de nombre desconocido.

Mientras se preparaba una cuarta tortita, un grupo de cinco candidatos se acercó a la mesa conversando. La pelirroja estaba entre ellos, al igual que sus dos esbirros, los dos chicos que habían empujado a Arka antes de la prueba. Arka también reconoció a Stérix y al hijo del Eparca, Fretón, que una vez más parecía ser el centro del grupo. Como ninguna de esas personas le inspiraba simpatía, Arka se fue al otro extremo de la mesa para coger una pieza de fruta de una gran copa. Aun así, oyó lo que decían:

—… quedar segundo en la prueba está muy bien, tienes suerte de haber podido entrenarte —dijo uno de los jóvenes aristócratas a Fretón—. Ya supuse que nos tocaría transformar un objeto, pero no me esperaba tener que construir una escalera. Pero, bueno, me ha ido bien, peor habría sido acabar siendo el último seleccionado.

Arka se sonrojó y aplastó sin darse cuenta el hermoso racimo de uvas que había tomado del frutero. El jugo le salpicó la túnica. Ella no se dio cuenta, demasiado ocupada como estaba escuchando la conversación.

—No me han entrenado para construir escaleras, Zénon —respondió Fretón, como si de ninguna manera quisiera que los demás pensasen que debía su buen resultado solo a una larga preparación —. De lo contrario, habría terminado mucho antes que ese palurdo del segundo nivel. Él sí que conocía el contenido de la prueba, seguro… ¿Visteis su escalera? Apuesto a que su madre limpia en casa del mistógrafo, y que de ahí sacó la información.

La chica pelirroja se rio.

—En cualquier caso, no podemos dejar que gane la próxima prueba —dijo Fretón con rotundidad—. Uno del segundo nivel, ¿y qué más? Bastante tiene ya el Magisterium con ese advenedizo de Lastyanax como para que entre otro más.

—¿Y cómo pretendes evitar que gane? —preguntó Stérix—. Estaremos demasiado concentrados en la segunda prueba para ocuparnos de él.

—Tienes razón, Ster —dijo Fretón, apartándose el mechón de pelo que le tapaba la vista—. Pero mi padre me ha dicho una estrategia gracias a la cual seguro que acabamos seleccionados…

—Creía que no conocías el contenido de las pruebas —comentó Stérix.

Por debajo de sus granos de acné, la tez de Fretón se sonrosó.

—Y yo creía que las gorras eran una antigualla hace ya cinco años —dijo con una sonrisa malintencionada, mientras los demás soltaban una carcajada.

—Pues están de moda otra vez y yo voy por delante de las nuevas tendencias —explicó Stérix, encasquetándose su gorra un poco más como para demostrar que estaba muy ufano de sus elecciones estilísticas.

Pero Arka vio que se miraba preocupado en el reverso de una cuchara de plata en un momento en que sus compañeros estaban distraídos.

—En resumen —dijo Fretón, llamando de nuevo la atención hacia sí mismo—, tengo un plan, pero tiene que quedar entre nosotros. ¿Puedo contar con vosotros?

Los demás asintieron con la cabeza, entusiasmados. Pero la pelirroja dijo entonces:

—No sigas, Fretón. La Cuarenta y Tres nos está oyendo —le avisó, señalando con su prominente mentón a Arka que, de repente, parecía estar muy interesada en la forma de la pera que estaba a punto de comerse—. Debería parar de zampar y marcharse de la mesa. Pero supongo que debe de ser difícil para ella, imagino que nunca habrá visto tanta comida junta.

Stérix miró a Arka, pero al instante imitó el aire altivo de sus compañeros.

—Tienes razón, Ponèria, será mejor que nos vayamos nosotros —respondió Fretón con desprecio.

Arka se arrancó a la contemplación de su pera y les dedicó una mirada de odio, aún más molesta porque la tal Ponèria no se equivocaba en absoluto: nunca había visto tanta comida junta en su vida. Sus competidores se alejaron de la mesa y ya no pudo oír lo que decían.

Sin saber muy bien qué hacer, Arka se volvió hacia el niño del segundo nivel, que estaba practicando hechizos de magia, más desconectado que nunca del resto de sus compañeros. Los pocos granos de arena de Abraxan que los candidatos habían traído bajo sus zapatos iluminaban con una luminosidad tenue su ánima dúctil. ¿Debería avisarle de que un puñado de chicos se estaba compinchando contra él? Pero no sabía cómo decírselo y, además, la vocecilla de su cabeza le dictó: «Así habrá un contrincante menos».

Pirra volvió a presentarse, cortando en seco sus elucubraciones. Como un rato antes, parecía molesta por tener que cuidar de los jóvenes candidatos.

—Dentro de nada dará comienzo la segunda prueba —dijo, hablando muy rápido, como si tuviera prisa por terminar su cometido—. Las instrucciones son simples: os colocaréis en el círculo que veréis pintado alrededor del péndulo y, cuando suene el gong, podréis empezar a moverlo. El objetivo es permanecer en el círculo el mayor tiempo posible y está prohibido derribar a vuestros oponentes con otra cosa que no sea el péndulo. Los primeros diez competidores expulsados del círculo serán eliminados de la competición. ¿Me habéis entendido? Muy bien —añadió sin dar tiempo a los candidatos a asimilar las instrucciones—. Ah, un recordatorio: el orden en que pasaréis a la última prueba se establecerá según vuestros resultados de las dos primeras pruebas. Eso es todo.

Dicho esto, dio media vuelta con un movimiento enérgico, haciendo flotar su larga melena negra, y abrió de nuevo la puerta de roble con

un empujón. Los adolescentes echaron a correr, arrastrando a Arka, que trató en vano de entender a qué se refería Pirra al hablar del «péndulo». Al salir a la arena obtuvo la respuesta: las escaleras modeladas por los candidatos habían desaparecido, excepto la del niño del segundo nivel, que ahora estaba delante del palco de honor. En su lugar, los organizadores habían colgado un enorme péndulo en la parte superior de la jaula que separaba la arena de los espectadores. La punta del péndulo rozaba la arena gris. Una gruesa cadena sostenía el péndulo de oricalco en forma de pera invertida. Arka sospechaba que los magos habían transformado dos o tres escaleras para hacerlo. Imitando a sus compañeros, fue a colocarse en el amplio círculo que había sido dibujado en la arena, en cuyo centro estaba suspendido el péndulo.

Los candidatos observaron con aprensión el enorme dispositivo de aspecto amenazante, salvo Fretón y sus secuaces, que se cruzaron miradas con aire de entendidos. Estaban colocados unos al lado de otros. Arka seguían sin entender lo que tenían que hacer.

Pirra había dicho que estaba prohibido empujar a los contrincantes con otra cosa que no fuera el péndulo… Eso probablemente significaba que iba a tener que enviar el péndulo a sus oponentes para empujarlos fuera del círculo. Pero ¿cómo hacerlo, si estaba prohibido salirse del círculo?

Arka se dio una palmada en la frente. Con magia, por supuesto; esa era la razón de ser de la competición. El propósito del ejercicio era expulsar al mayor número posible de candidatos sin que te sacaran del juego.

Orgullosa de su sagacidad, plantó bien los pies en el suelo y miró el péndulo con fiero regocijo. Puede que el modelaje no fuera su fuerte, pero esa prueba parecía pensada para ella. Una demostración de su poderío a la antigua usanza, de eso se trataba. Su padre iba a quedar impresionado.

En ese preciso momento, el mistógrafo volvió a levantarse de su asiento del palco de honor, más eufórico que hasta entonces, y dijo:

—Creo que ya os han comunicado las instrucciones, así que solo os repetiré la más importante de todas: deberéis permanecer en la línea del círculo el mayor tiempo posible, ya que vuestra clasificación contará para el final de la competición. Y ahora… ¡que comience la segunda prueba!

Se oyó un sonoro «¡GONG!» que tapó durante unos segundos las exclamaciones de júbilo de la multitud. La arena de Abraxan adoptó la forma de un tentáculo de ánima, que se estiró y entró en contacto con el péndulo. Al poco, el péndulo de oricalco comenzó a balancearse y fue a chocar con un competidor. Al chico le pilló tan por sorpresa que olvidó detener el péndulo y retrocedió unos pasos, saliéndose así del círculo. Inmediatamente, el mistógrafo anunció:

—Por favor, sal de la pista.

Aturdido, el candidato se dio cuenta con unos segundos de retraso de que acababa de ser descalificado. Luego dio media vuelta y se marchó del círculo, con la barbilla temblando.

Mientras tanto, otros tres competidores ya habían sido eliminados. Distraída con sus salidas, Arka estuvo a punto de no ver el péndulo que se balanceaba en su dirección como una bola enloquecida. De manera instintiva, levantó un muro de ánima para hacerlo rebotar con un «¡GONG!». Al otro lado del círculo, Ponèria le hizo una seña con una mano y dijo, moviendo solo los labios: «Para». Arka se prometió a sí misma que la eliminaría en cuanto tuviera oportunidad.

Sin embargo, el péndulo se balanceó tan rápido entre los candidatos que no tuvo tiempo de hacerse con su control. En cuestión de minutos, cinco chicos quedaron fuera de juego. Entonces Ponèria intentó de nuevo atacar a Arka. Ella devolvió el paquete al remitente con todo el poder mágico del que fue capaz.

Para su decepción, su oponente logró frenar el péndulo. Arka entonces se dio cuenta de que otras cuatro ánimas se habían unido a la suya para defender a su oponente. Los cinco competidores que estaban conspirando junto a la mesa se habían aliado. Con una sonrisa sardónica en los labios, Ponèria hizo un gesto para contraatacar a

Arka. Pero Fretón la agarró del brazo:

—Solo queda un candidato por eliminar y no es a ella a quien hay que derribar.

Entonces, el péndulo se desvió hacia la derecha de Arka. Ella volvió la cabeza y descubrió, sorprendida, al niño de las cejas gruesas, hasta entonces oculto tras los candidatos eliminados. Parecía desconcertado por la violencia de la prueba y solo en el último momento se le ocurrió levantar un muro de ánima para parar al ataque.

En lugar de regresar hacia el otro lado, el péndulo se detuvo en el aire, a la altura de su cara. El chico abrió mucho los ojos. Los cinco tentáculos de ánima, extendidos de una punta a otra del círculo, empujaron el peso hacia él. A medida que el péndulo ganaba terreno pulgada a pulgada, Arka dudó. Nada la incitaba a ayudar a ese competidor aislado… aparte de su aversión hacia sus atacantes.

Se desplazó con mucho cuidado por el círculo, posó las manos en el oricalco y empujó con todas sus fuerzas. El chico le lanzó una mirada, sin poder creerlo.

Durante unos segundos eternos, se desarrolló un pulso entre el grupo de Fretón y ellos. Poco a poco, Arka y su vecino de lucha lograron mantener alejado el péndulo, ante el murmullo impresionado de la multitud. Mientras su coalición perdía terreno, Fretón, con la frente empapada en sudor, gritó a los otros cuatro:

—¡Segunda táctica! ¡A la de tres!

—¿Qué están haciendo? —gimió Arka mientras continuaba empujando.

—¡Uno!

—No lo sé —dijo el muchacho, angustiado.

—¡Dos!

Con su cara roja por el esfuerzo, Arka miró a Fretón por encima del péndulo. Le recordó a la princesa Pentesilea a punto de dar un golpe bajo. De pronto lo entendió todo.

—¡Tres!

En ese mismo instante, Arka dejó de empujar, mientras los tentáculos de sus cinco oponentes se retraían repentinamente. El péndulo regresó rápidamente al centro del círculo y el niño del segundo nivel, desequilibrado por la repentina falta de resistencia, se inclinó hacia delante. Arka lo asió por poco por el cuello de la túnica y tiró de él hacia atrás. Sus pies no habían salido del círculo.

El péndulo cruzó la arena y envió a un décimo candidato al suelo. El resto de competidores se relajó al instante, ahora ya no corrían peligro de quedar eliminados de la competición, a pesar de que la clasificación seguía importando.

—Muchas gracias —dijo el muchacho, mirando nervioso a Arka—. Me llamo Cacique. ¿Por qué me has ayudado? Si me hubieran expulsado, te habrías clasificado automáticamente para la tercera ronda.

—Yo me llamo Arka. De todas formas, ya estoy seleccionada.

Una vez más, el grupo de Fretón recuperó el control del péndulo. Su líder parecía molesto porque no había eliminado a Cacique de la competición. Miró a Arka con ira y ella comprendió que era su siguiente objetivo. El péndulo se le venía encima, arrastrado por la fuerza de las cinco ánimas. Furibunda, le dio una patada explosiva al oricalco, levantando una rociada de arena de Abraxan con el pie. Las ánimas parecieron perder fuelle por el impacto y el péndulo basculó a toda velocidad en la dirección opuesta, hacia Ponèria. Con gran satisfacción, Arka la vio salir del círculo, volando por los aires en línea recta.

—¡Toma! —exclamó, triunfal, levantando un puño con furia.

Se dio cuenta demasiado tarde de que el péndulo iba a toda velocidad en su dirección. Un momento después, el peso la golpeó de frente y se encontró, sin aliento, en la arena.

Al otro lado de la pista, todavía en el suelo, Ponèria la miró con saña, con los ojos enrojecidos. Arka olvidó al instante la frustración que sintió al haber sido descalificada de una manera tan tonta y le dijo, moviendo solo los labios: «Para». Luego soltó una carcajada.

El interludio entre la segunda y la tercera prueba fue menos doloroso para Arka, que por fin tuvo alguien con quien hablar. Eliminado poco después, Cacique había entrado en el pasillo y se había sentado en silencio en su rincón. La miró de reojo hasta que Arka rompió el hielo.

Era un chico muy extraño, incluso a los ojos de Arka que no conocía los criterios de normalidad en los chicos de su edad, porque rara vez había tenido la oportunidad de hablar con uno.

—¿Conque eres del segundo nivel? —le preguntó.

—Sí —respondió Cacique.

Luego el niño se quedó con la mirada fija en la pared opuesta, como si solo esa visión pudiera tranquilizarlo después del esfuerzo social que acababa de hacer.

—¿Por qué quieres ser mago? —insistió Arka masajeándose la rodilla, que había sufrido durante la segunda prueba.

—Porque me gusta estudiar magia —respondió Cacique con gesto concentrado.

Arka esperaba que el chico volviera la cabeza hacia la pared, pero agregó:

—Mi padre quiere que me haga carpintero como él, pero no creo que ese oficio sea para mí.

Frunció el ceño, como si su opinión aún no se hubiera resuelto del todo sobre el tema. Arka estaba a punto de hacerle otra pregunta, cuando Pirra apareció de nuevo, igual de enojada y esta vez con un papel en la mano. Solo quedaban veintitrés candidatos. Todos se miraban y se preguntaban quién lograría estar entre los trece seleccionados al final del torneo. Arka de repente recordó que se disponía a hacer la prueba de conocimiento y la sola idea le provocó un nudo en el estómago. Hasta entonces, la Asignación había sido estimulante, pero la perspectiva de su inevitable fracaso, después de llegar tan lejos, la deprimió.

Se dio cuenta de que la búsqueda de su padre no era la única razón que la impulsaba a relacionarse con magos: quería aprender, que la

orientaran… para no tener que valerse por sí misma como llevaba meses haciendo.

—Bueno, última prueba —dijo Pirra con su habitual mirada desdeñosa a los candidatos que la escuchaban atentos—. Esta vez, nada de magia: solo deberéis responder a las preguntas que os harán. Dentro de unos segundos, saldréis uno por uno a la arena, de acuerdo con la clasificación resultante de las dos pruebas anteriores. Encontraréis veintitrés cajas, cada una con un cuestionario. El tema del ejercicio estará escrito encima.

Usando la llave que cogisteis al comienzo de la competición, escogeréis por turno una de las cajas y la abriréis para extraer el cuestionario.

Arka acercó la mano a su bolsillo y se tranquilizó al palpar la llave. No había vuelto a pensar en ella desde la primera prueba.

—Por supuesto, dado que cada caja contiene un solo tema, la elección irá reduciéndose a medida que vuestros adversarios vayan saliendo a la arena —continuó Pirra—. Iréis a sentaros a una mesa y rellenaréis el cuestionario, y a continuación lo entregaréis al mistógrafo al subir las escaleras. Luego regresaréis aquí para esperar la corrección. Desde que salga el primer candidato a la arena hasta que termine la prueba, transcurrirá una hora. Los que obtengáis los mejores resultados en el cuestionario quedaréis seleccionados. ¿Está claro? —agregó en un tono que no admitía una respuesta negativa—. Muy bien, ahora saldréis de uno en uno cuando oigáis que digo vuestro nombre.

Entonces desplegó su lista con un ademán seco.

—¡Fretón! —dijo, para disgusto de Arka.

Los candidatos fueron saliendo a la arena, con un minuto de diferencia. Arka calculó que tendría que esperar su turno durante unos veinte minutos, ya que obviamente era la última de la clasificación. Sintió que la tensión aumentaba a medida que pasaban los minutos. No solo era una ignorante, sino que además partía con una desventaja considerable: veintitrés minutos menos que Fretón y la obligación de elegir el último cuestionario restante. El tema, por fuerza, sería difícil.

La enumeración de nombres prosiguió. Cuando oyó el suyo, a los diez minutos, Cacique saltó tan fuerte que sus pies se despegaron del suelo por un momento. Más inquieto que nunca, corrió hacia Pirra y salió por la puerta sin un solo vistazo a Arka, que le había deseado buena suerte. Se sintió un poco ofendida.

Unos minutos más tarde, Ponèria oyó su nombre y, al pasar por delante de Arka, la empujó. Esta se contuvo a duras penas de soltarle una patada. Stérix siguió poco después, luego los otros dos esbirros de Fretón. El penúltimo candidato, el niño gordito de las tortitas rellenas, salió a su vez, dejando a Arka sola con la joven en el pasillo. Finalmente, después de esperar lo que le pareció una eternidad, Pirra hizo un leve movimiento de la cabeza para indicar la arena.

—Hale, sal.

Con un ligero sobresalto, Arka corrió a la puerta y la empujó. Una vez más, la decoración había cambiado: el péndulo ya no estaba allí, reemplazado por una veintena de mesitas en las que los candidatos, encorvados hacia delante, rellenaban sus correspondientes cuestionarios. Al otro lado de la arena, la escalera de Cacique comunicaba con el palco de honor, al que podía accederse gracias a una abertura practicada en la reja de oricalco. Puestas en línea delante de los escalones había veintitrés cajas de madera.

Arka avanzó hacia las cajas entre dos filas de mesas. Al pasar por el lado de Cacique, vio que estaba terminando de rellenar su cuestionario con una escritura fina y frenética. Un poco más adelante, Ponèria le dirigió una sonrisa burlona. Arka frunció el entrecejo mientras se preguntaba qué la ponía de tan buen humor. Apretó el paso y casi llegó a la carrerilla hasta los cofres alineados encima de una mesa larga. Todas las cajas habían sido abiertas, excepto la última. Arka caminó a lo largo la mesa, echando un vistazo a los temas ya cogidos, lo que acentuó su angustia: «Comercio en las colonias, Dinámica de aguas hiperbóreas, Manipulación del ánima, Historia de las relaciones diplomáticas con Temiscira, Consciencia e inconsciencia mágicas…». Con el corazón en un puño, llegó ante la última caja, aún cerrada. El tema era: «Las amazonas».

Arka pestañeó. No podía creer la suerte que había tenido. De todos los temas posibles, era el único que conocía a la perfección. Febril, metió la mano en el bolsillo para sacar la llave. De pronto, su corazón pareció convertirse en un bloque de plomo. La llave no estaba. Le entró el pánico, rebuscó en su otro bolsillo, pero también estaba vacío. ¿Tal vez se le había caído la llave al ir corriendo entre las mesas? Sin perder un momento, Arka regresó sobre sus pasos y examinó el suelo cubierto de arena con la esperanza de ver brillar un trozo de metal. Los demás le lanzaban miradas, distraídos por su ajetreo. Arka siguió buscando cada vez más angustiada. Su corazón competía con los segundos. Llegó hasta Ponèria, que la miró de nuevo antes de concentrarse de nuevo en su cuestionario. De repente, Arka entendió.

—Me robaste la llave antes, cuando me diste ese empujón —gruñó, pálida de cólera.

—Para de hablar, me estás distrayendo —susurró Ponèria sin apartar la vista de su papel, con una leve sonrisa asomándole a la comisura de los labios.

Esta vez, Arka no pensaba contener la patada que le tenía reservada. Ya que la iban a eliminar, que al menos fuera haciendo pupa. Avanzó hacia Ponèria con los ojos echando chispas. En ese momento, notó que alguien la rozaba y, para su sorpresa, vio a Cacique pasar por su lado para ir a entregar su examen. Confundida, Arka hurgó en el bolsillo de su túnica. Sus dedos se cerraron alrededor de la llave que el niño acababa de dejarle dentro.

Olvidando su venganza, corrió una vez más hacia las cajas, desbloqueó febrilmente la que le interesaba, sacó el cuestionario y corrió a la mesa que Cacique había dejado vacante, donde la esperaban una pluma y un tintero. Leyó con gran esfuerzo la primera frase: «¿Cómo se llama la actual reina de las amazonas?».

Con una sonrisa, Arka escribió: «Antíope».

Veinte minutos y muchos errores ortográficos más tarde, Arka respondió a la última pregunta «¿De qué manera el incendio de la selva de las amazonas debilitó a su ejército?». «Causó la perdida de

proteción mágica y una gran desorganización de las tropas.» «Y mi salida de Arcadia», pensó con tristeza, doblando la hoja. Se levantó de la mesa y se apresuró a dejar su examen encima del montón, delante del mistógrafo. El mago, con semblante entusiasmado, se levantó y dijo en voz bien alta:

—¡La prueba ha terminado! ¡Se acabó el tiempo! ¡Soltad los cálamos y venid a entregar vuestros cuestionarios! Procederemos a corregir las respuestas.

Los últimos candidatos dejaron de escribir a regañadientes y se dirigieron a la escalera, mientras Arka, a paso ligero, se apresuró a reunirse con Cacique al otro lado de la puerta.

Lastyanax

De vez en cuando, las exclamaciones entusiastas de los espectadores distraían a Lastyanax. Echó un vistazo a las pruebas antes de sumergirse de nuevo en sus archivos, gruñendo. No era un ambiente de trabajo ideal: el tintero descansaba en precario equilibrio en el reposabrazos de su silla, los pergaminos se le resbalaban del regazo, la pluma se le caía una y otra vez y rodaba debajo de las gradas de enfrente y, para colmo, la luz del atardecer le impedía leer bien. Habría dado lo que fuera por poder trabajar en su estudio, pero las obligaciones de la Asignación no le permitían esa posibilidad.

Por lo menos, su actitud seria podía servir para terminar de convencer a los electores que todavía tenían reservas sobre él. La votación del Colegio de Mentores tendría lugar esa noche y la del Consejo al día siguiente. Con el voto de Triérios, Lastyanax obtendría una estrecha mayoría. Deseaba con impaciencia que pasase ya la elección. La espera lo estaba matando.

Una hora después del final de la última prueba, Sileno anunció los números de los ganadores seleccionados, que regresaron, uno por uno, a la arena, con una gran sonrisa en sus rostros. Entre ellos había un chico con cejas grandes que había impresionado al jurado en la primera prueba; Fretón, el hijo del Eparca; dos chicas, cosa excepcional porque las pocas que habían probado suerte en la

Asignación durante los últimos años no había logrado ser seleccionadas, por falta de preparación. Las familias del séptimo nivel consideraban que no era apropiado enviar a sus hijas a esa competición y, por lo tanto, no las ayudaban. Cuando anunciaron el nombre de las dos seleccionadas, Lastyanax oyó cuchichear a los magos acusándolas de robarles el sitio a sus hijos, como si solo los varones tuvieran derecho al mérito de la selección.

Con la vista puesta en los pergaminos que cubrían sus rodillas, reflexionó sobre su promesa a Pirra. El sentimiento de culpa lo azuzó como un aguijón: ninguno de los archivos en los que estaba trabajando se refería a los derechos de las hiperbóreas.

La voz estentórea del mistógrafo resonó de pronto en sus oídos y puso cara de dolor. Como futuro mentor, Lastyanax formaba parte del jurado y ocupaba un asiento en el palco de honor, demasiado cerca de las ardientes cuerdas vocales de Sileno para su gusto. El mistógrafo quería ser escuchado en toda la arena, lo cual era inútil, ya que la mayoría de los espectadores habían abandonado las instalaciones al final de la segunda prueba, pues el examen escrito no era muy interesante de ver.

—¡Bien hecho, felicidades a todos! —tronó el mistógrafo—. ¡Habéis superado la Asignación, ahora sois discípulos!

Los discípulos recién seleccionados se miraron entusiasmados. Lastyanax tamborileó en el reposabrazos de su silla. Esperaba que la ceremonia no tardase ya mucho en terminar.

La perspectiva de tener a un estudiante a su cargo, cuando hacía menos de diez años que él mismo era uno, lo ponía nervioso. Su juventud daría pie a unas familiaridades que quería evitar a toda costa. Si su propio discípulo no lo tomaba en serio, ¿qué pasaría con el Eparca y los otros ministros, que no le quitaban el ojo de encima desde que había anunciado su candidatura, al acecho del más mínimo indicio de inmadurez? Lastyanax no podía permitirse dar la sensación de ser alguien fácil de influir. Como consecuencia, había decidido ser un mentor lo más frío, autoritario y distante posible, y le daba igual si su futuro discípulo sufría por ello.

En la arena, comenzó la ceremonia de la entrega de cinturones. Sileno bajó por la escalera de oricalco acompañado por Pirra, que portaba trece bandas de cuero naranja, y parecía muy molesta por tener que servir como asistente. El mistógrafo dio un cinturón a cada uno de los ganadores, comenzando por el que había logrado el mejor resultado. Como era de esperar, Lastyanax descubrió que el candidato con las cejas grandes era el primero. Muy emocionado, el niño tuvo que contener las lágrimas hasta tres veces para poder anudarse el cinturón. Después el mistógrafo pasó a Fretón, quien a regañadientes recibió el galardón con mala cara por haber quedado segundo. La ceremonia continuó. Pronto solo quedaron dos bandas en los brazos de Pirra.

Lastyanax se inclinó hacia delante. Debido a su estatus incierto, sabía que solo podrían asignarle a alguno de los discípulos que habían quedado en las últimas posiciones. Los otros mentores, todos magos de alto rango, se pelearían por los mejores ganadores. El undécimo seleccionado era el chico de la gorra, a quien Lastyanax conocía vagamente por ser el hijo del conde de las Aguas. Tomó el cinturón y trató de encontrar una manera original de llevarlo. La última era la chica rubia de la melena enmarañada que había empujado el péndulo con tanto tino durante la segunda prueba.

Lastyanax la había observado un poco más que a los otros candidatos, ya que le resultaba familiar. Trató por enésima vez de recordar dónde la había visto. A juzgar por su atuendo astroso, provenía de los niveles inferiores. Su aspecto desaliñado y su forma de mirar a su alrededor con cara de asombro, como si fuera la primera sorprendida de hallarse en la arena, sin duda le sonaban de algo.

Cuando la seleccionada volvió con el resto de discípulos, con su cinturón ceñido en la cintura, cayó en la cuenta: era la jinete del Premio del Basileus, la misma chica a la que el cuarto nivel debía su primera victoria en años. Sorprendido por semejante coincidencia, Lastyanax se apoyó en su asiento mientras seguía observando a la ganadora. Se preguntó si los otros magos se habrían dado cuenta también. Después de reflexionar un instante, decidió guardarse el dato para sí mismo. Este descubrimiento acababa de inclinar la balanza a

favor de la chica y quería evitar que aumentasen las apuestas durante la deliberación del jurado.

—Espero que, cuando usted sea ministro de Nivelación, elimine el examen escrito, Lastyanax —dijo de repente una voz desagradable detrás de él.

Lastyanax se volvió y vio a un hombre delgado de unos cincuenta años sentado en una silla mágica flotante. Un tic le contraía con espasmos periódicos la mandíbula barbuda, donde de tanto en tanto asomaban unos dientes amarillentos. Se trataba de Géorgon, el profesor de mecamancia, lisiado desde que un accidente le había costado el uso de sus piernas. Notorio consumidor de goma de loto azul, el mecamante también era conocido por su carácter sombrío y sus limitadas dotes para la pedagogía. Observó a los candidatos en fila en la arena como si la perspectiva de enseñarles su materia le resultara ya insufrible.

—Imponer una prueba escrita cuando tres cuartas partes de los hiperbóreos son analfabetos… —continuó en el mismo tono—. Además, Sileno me pide cada año que le ayude a preparar los cuestionarios con él, y podría pasar perfectamente sin ese tostón.

Lastyanax no estaba acostumbrado aún a hablar de igual a igual con quienes habían sido sus maestros. Carraspeó para darse un poco de compostura.

—Pues, sí, no sería mala idea, pero no creo que sea suficiente para que la competición resulte accesible a los candidatos de orígenes modestos. Además tendríamos que reducir el precio de la inscripción…

—¿El precio? ¿Qué precio? —le interrumpió Géorgon, frunciendo el ceño—. No hay ninguna cuota de inscripción.

—La Asignación se celebra en el séptimo nivel, hay que pagar los peajes para llegar hasta aquí —respondió Lastyanax, recordando las dificultades que había afrontado él para participar.

El mecamante no pareció percibir la amargura que afloraba en su voz.

—En cualquier caso, las otras pruebas no son mucho mejores, este

torneo se ha convertido en una auténtica máquina de fabricar políticos corruptos —gruñó rascándose la barba, sin preocuparse por cómo Lastyanax tomaría su comentario—. En el caso de los cubos, las instrucciones alientan a aprovecharse del trabajo ajeno. Y la prueba de potencia impele a los candidatos a compincharse para expulsar a competidores aislados. No hay duda de que aquí lo que se evalúa es la picardía —concluyó en tono lapidario.

El mistógrafo interrumpió su conversación, dirigiéndose esta vez a los espectadores del palco de honor con un mazo de fichas en la mano.

—Que comience la gresca, queridos mentores —dijo, repartiendo los documentos.

Los magos de más alto rango inmediatamente se apoderaron de las fichas de los discípulos mejor clasificados, como esperaba Lastyanax. Oyó al maestro de Oficios proponerle al Gran Tesorero varias cajas de vino de las islas envejecido en barricas. Abrumado por el fracaso de su hijo en la Asignación, este no le prestó atención. En vez de eso, estaba hablando con el ministro de Comercio, prometiéndole liberar fondos para el mantenimiento de las caravanas si le dejaba a Fretón. Las negociaciones continuaron a buen ritmo y la mayoría de los magos ya habían elegido a su discípulo cuando las fichas llegaron a Lastyanax. Entre ellas estaba la del chico de la gorra. En vano, buscó la de la niña número 43 antes de darse cuenta de que la había cogido el Sumo Bibliotecario. Miraba a su alrededor, murmurando:

—Querría la ficha de Stérix, es mi sobrino… Le prometí a su madre que sería su mentor si superaba la Asignación.

El logro no parecía complacerlo.

—Yo la tengo —dijo Lastyanax, entregándole el papel—. ¿Me puedo quedar con la suya, a cambio?

El Sumo Bibliotecario le cogió la ficha de su sobrino y una sombra triste le empañó los ojos rodeados de arrugas.

—Casi preferiría sacrificarme quedándome con la chica —dijo con una voz temblorosa que parecía la de una cabra parlante—. Por lo menos Stérix no es analfabeto. Yo corregí el examen de la chica: tenía

cincuenta y seis faltas de ortografía y se inventó cinco palabras. Podría haberse convertido en un gran hombre de letras, Lastyanax. Qué pena rodearse de gente tan… bruta —concluyó en tono trágico—. En fin, mi decepción no impedirá que vote por usted.

Le entregó la ficha y Lastyanax miró con curiosidad la información que contenía. Al ver la infame escritura de la seleccionada, dudó seriamente de su decisión de tomar como discípula a la chica 43: «Arka, treze haños, primer nibel, ija de vendedor de pasteles». Pero ya no era momento de cuestionarse su estrategia: Sileno estaba tomando nota ya de las parejas de mentores y discípulos, pasando entre las sillas con su panza enorme.

—Bien, estimado Lastyanax, ¿tiene a su brillante discípulo? —preguntó, volviéndose hacia él con un brillo en la mirada—. ¡Oooh! —exclamó, mirando la tarjeta que le estaba entregando—. ¡Ha elegido a la número cuarenta y tres! Estoy seguro de que se llevará muy bien con esa joven… Arka —comentó Sileno leyendo el papel—. Apreciados mentores —agregó, dirigiéndose a todo el grupo de magos —, ¿han elegido ya? ¡Bueno, es hora de presentarles a sus discípulos!

Lastyanax dirigió su atención a la arena. Mientras los otros laureados esperaban el resultado de la Atribución, muy erguidos, Arka se miraba con ojos bizcos por detrás de sus mechones de pelo para quitarse las briznas de paja que llevaba enganchadas. Una vez más, se preguntó si había tomado la decisión correcta.

Arka

Los mentores bajaron finalmente del palco de honor. Arka se quitó una última brizna de paja del pelo (quería estar presentable) y miró fijamente a los magos que ahora se reunían con sus discípulos en la arena. ¿Cuál de ellos era su mentor? Incluso si las probabilidades de que fuese su padre eran escasas, esperaba que por lo menos la asignasen a un anciano lleno de sabiduría que entendería que su crecimiento personal pasaba por ser totalmente libre.

Se llevó un chasco: el mago que se acercó a ella parecía recién salido de la adolescencia y no se le veía muy cómodo.

—Arka —dijo cuando llegó ante ella—. Me llamo Lastyanax y seré tu mentor.

Le tendió una mano y ella la estrechó. Tenía el pelo castaño y una nariz rota que le confería un perfil aguileño. Llevaba sujeto bajo el brazo un fajo de hojas escritas a mano que corrían serio peligro de salir volando. Algo extraño en sus iris marrones obligó a Arka a dudar entre sus ojos.

—No eres hiperbórea —añadió Lastyanax sin ambages.

Sorprendida, Arka no trató de engañarlo.

—No, soy de Napoca. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Cómo lo ha adivinado, maestro —la corrigió Lastyanax en tono irritado—. Porque das la mano como los de Napoca: con los dedos juntos. Evítalo para otras veces.

Antes de que Arka tuviera tiempo para analizar lo desagradable que era aquel joven, su mentor siguió en perfecto napociano:

—¿Por qué viniste a Hiperbórea y por qué quieres ser discípula?

—Porque en Napoca la magia está prohibida —respondió Arka, cuidando su acento—. Y porque deseo aprender —agregó por si acaso.

Miró con desconfianza a su mentor, preguntándose si habría detectado que el napociano no era su lengua materna. Pero Lastyanax la miraba con semblante inescrutable.

—Vamos —le dijo en hiperbóreo esta vez.

Y se fue en dirección a la puerta de roble. Arka lo siguió sin atreverse a hacer más preguntas a su joven pero intimidante mentor.

—¿Qué tema elegiste para la tercera prueba? —le preguntó Lastyanax.

—El único que quedaba, las amazonas —respondió Arka mientras salían de la arena.

—Sabes mucho del tema.

No había sido una pregunta.

—Las amazonas me resultan interesantes —se justificó Arka en tono

evasivo.

Por alguna razón que ella desconocía, parecía que las amazonas no eran muy del agrado de los hiperbóreos. Subieron un tramo de escaleras y se encontraron en el pasillo que conducía a la salida.

Como su mentor ya no le hacía preguntas, ella lo observó a hurtadillas. Lastyanax parecía haber olvidado a las amazonas: solo miraba fijamente el final del pasillo, donde Pirra estaba charlando con un joven de su edad. Desde el inicio del torneo, era la primera vez que Arka la veía sonreír. Incluso se rio, al tiempo que echaba hacia atrás su hermosa y brillante cabellera. Lastyanax no estaba del mismo buen humor; el semblante se le ensombreció al ver a Pirra alejarse del brazo de su compañero.

Finalmente terminaron de recorrer el pasillo y llegaron a la plataforma que rodeaba el anfiteatro. Los rayos del atardecer creaban finos ribetes dorados en el agua viva. Junto a los muelles, una flota de tortugas relucientes esperaba a los magos. La oscuridad ya envolvía los niveles inferiores, mientras que la luz que se desvanecía proyectaba un último brillo en la parte superior de las torres hiperbóreas. Reconfortada ante la visión de aquel paisaje, Arka levantó la vista hacia Lastyanax:

—Entonces… esto… Sobre lo que vamos a trabajar… mmm… ¿Maestro? ¿Va a enseñarme a hacer trucos de magia? —agregó con entusiasmo—. ¿Crear tornados, convertir el plomo en oro, hablar con los animales, todo eso?

Sus preguntas sacaron a Lastyanax de sus pensamientos sombríos y miró a Arka como si hubiera alcanzado un grado particularmente perturbador de locura.

—No —dijo en tono seco—, no te voy a enseñar a convertir el plomo en oro o a hablar con los animales. Si esa es tu única ambición, puedes irte ahora mismo.

Mortificada, Arka se quedó callada unos segundos, antes de volver a hablar:

—En ese caso, ¿qué vamos a hacer, maestro?

Una avalancha de protestas ahogó la respuesta de Lastyanax. Un mago con una melena blanca salía del anfiteatro con cara de indignación. A su lado iba su discípulo. Arka reconoció a Stérix.

—No han pasado más de cinco minutos y ya me está hablando de cambiar las estanterías por estatuas hechas con madera de deriva, hay que fastidiarse… —se quejó el mago al pasar por delante de ellos.

Prosiguió su camino mascullando contra el espíritu de solidaridad entre parientes, seguido por un furioso Stérix.

—Vamos, te voy a dejar en el torreón, ya que estoy obligado a alojarte —dijo Lastyanax de repente.

—¿Ah?

Arka no recordaba haber oído hablar de este aspecto del disciplinato. ¿Qué quería decir con eso del torreón? Al momento se figuró una torre oscura y en ruinas, en medio de un páramo solitario y custodiada por un monstruo feroz. Mientras los discípulos y sus mentores continuaban charlando fuera del anfiteatro, se apresuró a alcanzar a Lastyanax, que ya se estaba alejando.

Caminaron en silencio por los canales durante unos diez minutos. El joven mago había sacado un pergamino de su montón de hojas y lo miraba con atención. Arka sospechaba que estaba dándole vueltas a pensamientos lúgubres. No prestaba la menor atención a su discípula. De repente sacudió la cabeza.

—El Consejo —murmuró para sí—, concéntrate en el Consejo.

Luego reanudó su lectura, engullendo los renglones a toda velocidad con el ceño fruncido. Arka se preguntó cómo podía andar y leer a la vez. Su asombro se redobló cuando Lastyanax congeló el agua de un canal con un gesto distraído y cruzó ese puente improvisado, sin apartar la vista de su documento. Después de un momento de vacilación, saltó tras él por la superficie helada.

«¡CHOF!»

Arka se hundió en el agua. A su alrededor, las burbujas se arremolinaban hacia el cielo. Apenas tuvo tiempo de entender lo que

estaba pasando, cuando un torbellino la arrastró fuera del agua. Se encontró al otro lado del canal, chorreando, frente a un Lastyanax al que el incidente había vuelto a poner de mal humor. Lo primero que pensó fue que sería capaz de prescindir de bañarse en al menos una década.

—¿No controlas los tres estados acuosos? —gruñó Lastyanax.

Sin esperar respuesta, chasqueó los dedos. Un vapor espeso se formó alrededor de Arka, calentándole las orejas. Al momento siguiente, estaba seca otra vez. Entonces Lastyanax reanudó la marcha y la lectura como si no hubiera pasado nada.

—¡Espabila, que tengo otras cosas que hacer!

Arka se apresuró a ir con él.

Unos minutos más tarde, llegaron a la plataforma de una extraña torre, llena de letreros: el pan del panadero, la rueda del carretero, el martillo del herrero, etcétera. La villa tenía ventanas triangulares y lucía una vegetación tupida en su parte superior, que se asemejaba a una peluca verde colocada en la cabeza de un anciano gruñón. «El torreón», pensó Arka.

—Mi antiguo mentor coleccionaba letreros —aclaró Lastyanax sin dar más detalles.

Empujó una puerta que soportaba a duras penas el peso de una treintena de picaportes y aldabas de diversos estilos. Al otro lado los esperaba un gran vestíbulo abarrotado hasta el techo de toda clase de objetos: jarrones de todos los tamaños, balanzas de cobre, sillas con formas extrañas e incluso una colección de esteras para perros. Se abrieron paso entre aquel maremágnum y llegaron a un enorme atrio iluminado por unas quince esferas luminosas que flotaban en el aire. Allí, las pilas de objetos incluso excedían la gran abertura circular del techo de la torre. Las telarañas se extendían entre los juegos de ruedas, las cajas de cuchillos, las manadas de animales disecados, las montañas de mesas apiladas y los montones de plantas en macetas secas. Las paredes quedaban ocultas detrás de grabados tan abundantes que en varios lugares estaban puestos unos encima de

otros. Una o dos torres de objetos se habían derrumbado, condenando las escasas zonas de paso de aquel extraordinario bazar.

—Pero ¿qué es este lugar? —murmuró ella.

—La villa que me legó mi antiguo mentor —respondió Lastyanax con cara de desagrado—. Cincuenta años de acumulación de un desastre tan inútil como engorroso. Vamos a tener que deshacernos de todo esto. Los criados ya han empezado a despejarlo.

En ese momento, en medio del batiburrillo de cachivaches se oyó una exclamación de alegría incontenible que sonó como el croar de una rana en celo. Una anciana diminuta y desgreñada emergió de una pila de jaulas de pájaros vacías. Miró a los recién llegados con una expresión cercana a la adoración. Llevaba la coronilla cubierta de motas de polvo. Mientras Arka trataba de adivinar cómo podría haber aparecido tan repentinamente, la anciana trotó hacia ella y le agarró las mejillas.

—¡OOOOOH, pero qué preciosidad de niña! ¡Qué ojos más vivos y qué frente tan clara! —tronó con voz penetrante.

—Métanire, esta es Arka, mi… discípula —dijo Lastyanax con resignación.

—Aaaah, ¡cuánto me alegro de ver a una joven embarcarse en unos estudios tan brillantes! —berreó Métanire sin soltar a Arka.

Ella, con las mejillas estiradas entre los dedos de la anciana, quiso responder, pero solo consiguió emitir un gañido estrangulado. Imploró a Lastyanax con su mirada.

—Es tarde y estará encantada de que os sigáis conociendo mañana —dijo Lastyanax en tono firme y separando a Métanire de su discípula —. Llévela a su cuarto.

—Por supuesto, maestro Lastyanax, perdóneme, es la emoción de ver la casa animada a pesar de la muerte del querido maestro Palatès —graznó la anciana, entornando los ojos con una sonrisa extática mientras soltaba las mejillas de Arka, cuya carne, sometida a una tracción tan fuerte, parecía colgar de sus pómulos—. ¡Vamos, niña

preciosa, te mostraré tu cuarto!

La viejuca se marchó correteando y desapareció detrás de un telar.

Arka miró a su mentor con cara de espanto.

—¿Quién es esa loca?

—Es Métanire, la cocinera —respondió Lastyanax—. Bueno, tengo que irme. Mañana te llevaré al Magisterium para tu primera clase. Estate preparada a las ocho.

Tan pronto como terminó su frase, la cabeza de Métanire reapareció detrás del telar.

—¡POR AQUÍ, PRECIOSA! —trompeteó.

Arka volvió a mirar a Lastyanax en busca de apoyo, pero su mentor ya había desaparecido. A regañadientes, siguió a la cocinera por una sucesión de habitaciones y escaleras a cuál más desordenada, mientras Métanire parloteaba sin cesar.[2] Se preguntó cómo sería aquella casa sin la cantidad ingente de cachivaches acumulados allí. El lugar era enorme, horadado aquí y allá por grandes ventanas triangulares obstruidas por montones de objetos.

Pasaron por delante de un viejo sirviente dormido, apoyado en su escoba. Una pompa de saliva se inflaba en la comisura de su boca con cada respiración. Métanire frunció el ceño como un búho enfurecido antes de continuar su camino, mientras su discurso tomaba un derrotero completamente diferente.[3] Por fin llegaron a una puerta, junto a la cual había un montón de estatuillas de gallinas.

—¡Este es tu nuevo nido, niña preciosa! —tronó Métanire—. ¡Te he dejado algo de comer en la mesa! Espero que estés bien aquí, es la antigua habitación del maestro Lastyan…

Arka murmuró un vago «Buenas noches» y se metió corriendo en el cuarto para huir de todo ese entusiasmo ensordecedor.

La habitación no estaba tan desordenada como el resto de la casa: Lastyanax tuvo que despejarla cuando la ocupó. Solo tres o cuatro relojes de agua gorgoteaban en un rincón. «Al menos no llegaré tarde», pensó Arka, sentada en la cama. Una esfera luminosa

iluminaba los otros muebles: un baúl con ropa, una silla y una pequeña mesa con pergaminos en blanco, cálamos y un gran tazón de pescado escalfado y algas fritas.

Una ventana triangular atravesaba la pared, junto a la cama. Arka tomó el tazón y fue a sentarse con las piernas cruzadas en el alféizar, con la espalda apoyada en el muro. Comió mirando el paisaje, pensando en su nueva vida como discípula de ese mentor del que no sabía nada. Desde el torreón se divisaba toda la ciudad; en todas partes, pequeños puntos de luz indicaban las ventanas de las casas. Por la noche, las torres cobraban un aspecto fantasmal, como enormes siluetas vestidas de negro. Deformadas por la cúpula, los montes Ripeos extendían sus sombras, más oscuras aún, hacia la llanura congelada. Arka pensó en sus primeros días en Napoca, cuando ella y Pentesilea, obligadas por los acontecimientos, habían ido a refugiarse en la ciudad. Habían tenido que orientarse allí y familiarizarse con las costumbres locales. Arka estaba reviviendo las mismas dificultades. La única diferencia era que Pentesilea ya no estaba allí para compartir sus problemas. Embarcada contra su voluntad en las revueltas napocianas, la princesa había muerto ante su mirada, devorada por una jauría liberada por la policía. Arka cerró los párpados en un vano intento de sacar ese recuerdo de su memoria. De repente se sintió muy sola.

El tazón llevaba vacío mucho rato cuando se bajó de la cornisa de la ventana. Se puso un camisón que encontró en el baúl, se metió debajo del brazo la esfera de luz que flotaba en la habitación y se deslizó bajo la sábana. Sus dedos jugaron con la bola de vidrio brillante mientras rememoraba la sucesión de acontecimientos que la habían conducido a ese dormitorio desconocido, lejos de cualquier persona u objeto familiar. Echaba de menos a Tapón: era el único ser cercano que le quedaba. Se tranquilizó pensando en su padre, el fragmento de la familia que la estaba esperando en algún lugar de Hiperbórea y que pronto encontraría.

En el globo había pintado un pequeño sello similar al grabado de su pulsera de alas. Arka lo presionó y la luz disminuyó hasta el punto de

apagarse. Volvió a apretarlo y la esfera se iluminó de nuevo con una luz suave. Otra noche, habría encendido y apagado la luz una docena de veces para divertirse. Pero el día había sido largo y le picaban los ojos de cansancio. Arka acarició el sello para atenuar la luz y dejó que el globo flotara a su lado, envuelto en un halo difuso.

Esa noche, necesitaba luz nocturna.

Tapada hasta la barbilla, cerró los ojos y se quedó dormida.

6

El Consejo

Arka

Una figura gris apareció entre los jirones de humo. Las llamas lamían los árboles más cercanos mientras nubes de hojas ardiendo revoloteaban como rubíes. Ella avanzaba con los ojos medio cerrados y los pulmones en carne viva. En sus tímpanos, una vibración ensordecedora enmascaraba el rugido del fuego y la agonía de la madera verde. Tosió, escupiendo el humo, que de inmediato volvió a aspirar. Delante de ella yacía una forma gris. «No es Chirone, no es Chirone, no puede ser Chirone.» Continuó avanzando hacia la figura, que fue tornándose más nítida tras la cortina de humo. La silueta de su tutora se recortó en el suelo. Una alfombra de musgo le servía de colchón. Parecía una anciana acurrucada en su cama solitaria en una fría noche de invierno. Sin embargo, nunca había hecho tal calor en el bosque de las amazonas. «Se ha desmayado, eso es, se va a despertar cuando la llame», esperaba Arka con todas sus fuerzas a medida que se acercaba. Sobre el musgo marchitado por el incendio, el cuerpo permanecía inmóvil. Unas quemaduras atroces le desfiguraban parte de la cara y por varios puntos de entre las telas renegridas de su ropa escapaban hilos de humo. No sabía si las finas volutas eran las que creaban la ilusión del movimiento o si realmente una respiración animaba el pecho de su tutora. Mientras no tocara el cuerpo, la incertidumbre perduraría: Chirone no estaba ni muerta ni viva.

Habría deseado permanecer para siempre en esa incertidumbre, pero no tenía elección. El bosque seguía ardiendo. Acercó sus dedos al cuello de su tutora para tomarle el pulso…

De repente, los ojos de Chirone se abrieron, atravesando la pesadilla de Arka con un destello azul.

—¡ARRIBA, ARRIBA. ARRRRRIIBA!

Arka despertó con un sobresalto. El rostro alegre de otra anciana

había reemplazado el rostro quemado de Chirone. Todavía medio inmersa en su sueño, Arka tardó varios segundos en averiguar dónde estaba. El séptimo nivel. La Asignación. Lastyanax. El torreón. Métanire.

—¡Hay que darse prisa, preciosa! ¡Llegas tarde! —trompeteó esta.

Le puso debajo de la nariz una bandeja repleta de tostadas.

—No tengo hambre… —murmuró Arka.

Su pesadilla y la perspectiva de enfrentarse al primer día de disciplinato le habían revuelto las tripas. Se arrepintió de su gesto cuando vio que la cocinera echaba chispas por los ojos.

—… pero ¡esto tiene una pinta espectacular! —agregó, vencida.

Mientras se tragaba media docena de tostadas, Métanire rebuscó en el baúl de la ropa y sacó una túnica blanca y el cinturón que había ganado en la Asignación. Arka saltó de la cama y se apresuró a vestirse. Al pasar por la puerta, Métanire la agarró del cuello, casi estrangulándola.

—¡No te has terminado el desayuno! —tronó, plantándole una última tostada en las manos.

Con la boca llena, Arka cruzó el torreón a la carrera y llegó sin aliento al vestíbulo, donde Lastyanax la estaba esperando con un montón de carpetas bajo el brazo. Arka se preguntó si se separaba de ellas para dormir.

—Llegas tarde —dijo por todo saludo.

—Sí, discúlpeme, maestro, yo… —Arka comenzó.

—Y te has manchado la túnica —agregó, mirándola con expresión de desaprobación.

Arka se miró la pechera y constató que el tira y afloja con las tostadas había tenido consecuencias. Trató de frotar la tela para eliminar la mermelada, lo que tuvo el efecto de extenderla aún más.

—Que no vuelva a pasar —ordenó Lastyanax.

—¿El mancharme o el llegar tarde? —preguntó Arka sin entender,

antes de darse cuenta de que habría sido mejor quedarse calladita—. Bueno, las dos cosas, claro —murmuró.

Lastyanax respiró hondo, como si tratara de contener en sus fosas nasales todo el desprecio que sentía por su discípula. Luego sacudió la cabeza y abrió la puerta.

Un tímido sol iluminaba la parte superior de las torres, mientras que el resto de la ciudad todavía estaba sumergida en la oscuridad. Arka se sorprendió al ver la cantidad de gente que transitaba por los canales a esas horas de la mañana, algunos con togas moradas, otros vestidos como criados.

—Ayer se decidió que yo estaría a cargo de la sede de la Nivelación —dijo Lastyanax en tono solemne mientras caminaban hacia el Magisterium. Arka no entendió de qué le hablaba, pero asintió educadamente—. Hoy es el Consejo de Ministros, así que no tendré mucho tiempo para ti. En cualquier caso, espero de ti una actitud seria y atenta durante las clas…

—¡Eh, Last! —le interrumpió una voz—. ¡Bien hecho, muchacho!

Lastyanax y Arka se volvieron y vieron a un joven larguirucho que iba corriendo hacia ellos. Los transeúntes se apartaban con cautela de su trayectoria. El recién llegado agitó los brazos. Llevaba una túnica de discípulo como la de Pirra, con cinco correas de piel de color naranja, pero en él aquel atuendo resultaba mucho menos elegante.

—He conseguido… ufff… levantarme a tiempo —jadeó el chico, todo brazos y piernas, al llegar frente a Lastyanax.

Ilustró la dificultad de la tarea balanceando la mano de arriba abajo como una raqueta. Por primera vez, Arka vio que una sonrisa iluminaba la cara de su mentor.

—¿Qué hizo posible esa hazaña, Pétrocle? —preguntó Lastyanax con un brillo divertido en los ojos.

—La perspectiva de tener solo un puñado de clases que soportar —respondió el tal Pétrocle—. Entre tú y yo, ¡estoy deseando terminar el disciplinato! La cosa da pena, después de que nos la liases presentando

tu defensa antes que todos nosotros, que somos unos tardones…

—Bueno, pero tienes a Rhodope para hacerte compañía en clase —dijo Lastyanax.

Lo había dicho con un tono simpático, pero Arka adivinó que Lastyanax no le tenía mucha estima al tal Rhodope.

—Bah, no me hables, ¡es casi más perezoso que yo! —exclamó Pétrocle, barriendo el aire con un gran gesto de la mano que casi decapita a Arka.

Parecía indignado porque alguien pudiera superarlo en esa faceta.

—Rhodope paga a esbirros para que le hagan el invento por él, ¿te lo puedes creer? Si yo tuviera tanto dinero… —agregó en tono soñador.

—Penoso —coincidió Lastyanax—. Pues espera y verás, la próxima generación está llegando —añadió, señalando a Arka como si tuviera apenas algo más de personalidad que una planta en una maceta.

—Ah, ¿esta es tu recién seleccionada prisionera? —preguntó Pétrocle, dando golpecitos con las yemas de los dedos con expresión maquiavélica—. Anda, ya sé quién es: la pícara número cuarenta y tres… La que eliminó al hijo del Gran Tesorero en la primera prueba. Eso no te ayudará mucho a hacer amigos en el Consejo, ¿no te parece?

Lastyanax lo miró con enojo. Arrugó el ceño como si acabara de tener una idea. Sacó la pila de carpetas que llevaba debajo del brazo y se puso a rebuscar algo entre los documentos.

—¿Puedes llevarla tú al Magisterium, ya que vas? —preguntó sin apartar la vista de un documento.

Pétrocle fingió ignorarlo y continuó parloteando.

—Cuando termine los estudios, por fin podré descansar a gusto sin tener que preocuparme de míseros asuntos materiales —dijo con un aire soñador, con las manos entrelazadas detrás de la nuca como si estuviera a punto de acostarse en un sillón mullido.

—¿Como la fecha límite para presentar el invento, por ejemplo? —preguntó Lastyanax en tono ausente, arrancando una hoja de sus

archivos.

El sillón imaginario desapareció.

—Eso es un golpe bajo, Last —se picó Pétrocle, indignado—. Bueno, voy a encargarme de tu lacaya, pero que sepas que es lo único que voy a hacer por ti este mes.

—Eso no debería alterar las estadísticas —comentó Lastyanax con una sonrisa, sin apartar la vista del papel—. Bueno, te dejo, tengo que irme a…

—… preparar tu consejo, sí, soy consciente de que has alcanzado la grandeza mientras yo sigo metido, pobre y solitario, en los insondables meandros del anonimato —remató Pétrocle con énfasis —. Espero que no dejes que tus viejas amistades caigan en el olvido.

—¡Ya se encargarán ellas de evitarlo! —dijo Lastyanax alejándose.

Agitó la mano y desapareció detrás de una torre. Pétrocle se volvió hacia Arka, mirándola con intensidad.

—Entonces, Cuarenta y Tres, ¿eres el saco de boxeo de nuestro pequeño Lasty?

Lastyanax no era tan pequeño, pensó Arka, pero para Pétrocle todos debían de ser pequeños en comparación con él. Se puso en camino y ella fue detrás de él.

—Tienes suerte de tenerlo como mentor, es el ser más brillante que conozco, y eso que yo mismo soy un genio poco conocido. Last nunca ha salido de Hiperbórea, pero habla tres lenguas con fluidez. Viene del primer nivel y sabe más que todos los profesores juntos; aunque no es de extrañar: nuestro cuerpo docente contiene tal cantidad de viejos trozos indigestos que parece un caldo ripeano. Y encima ahora es ministro de Nivelación. Se convertirá en el Eparca más joven de la historia, estoy seguro —concluyó Pétrocle con el cariño de una madre ensalzando las innumerables cualidades de un hijo precoz.

Sin pararse ni un instante, sacó de su bolsillo una tostada enorme con paté y se la zampó con ansia. Arka se preguntó cómo sería el interior de su bolsillo.

—Es que no me ha dado tiempo a almorzar —explicó con la boca llena.

—Oiga, Pétrocle —dijo Arka, corriendo para que sus grandes pasos no la dejasen atrás—. ¿Qué se supone que tienen que hacer exactamente los discípulos? A la Asignación llegué… mmm… un poco por casualidad, por eso no sé mucho de la organización y todo eso —dijo.

Pétrocle se detuvo tan en seco que Arka estuvo a punto de chocarse con él.

—¿Por casualidad? ¿Quién se clasifica para la Asignación por casualidad? ¡Yo tardé dos años en superar ese torneo! —replicó ofendido, incrédulo, mientras caían fragmentos de paté a su alrededor.

—Bueno, fue pura suerte —dijo Arka sin entrar en detalles—. En fin, lo que le decía: ¿qué hacen los discípulos? ¿Magia?

—Pocas veces, Cuarenta y Tres, pocas veces —dijo Pétrocle, que todavía no podía creerlo.

Reanudaron la marcha a lo largo de un canal por el que pasaban unas hermosas tortugas de líneas depuradas. Pétrocle dio un bocado a su tostada.

—Los discípulos… ñam… representan el final de la cadena alimentaria —explicó con tono experto—. Están al servicio de su mentor y a cambio aprenden el funcionamiento interno de las funciones más altas de Hiperbórea. Dicho de otro modo, sois aprendices. Pero a diferencia de los aprendices al uso, vosotros cursáis nueve asignaturas por década, que son… ñam… de una calidad extraordinaria —agregó Pétrocle, cuyo tono dejó claro que estaba convencido de lo contrario —. Normalmente… ñam…, el primer año consta de seis asignaturas de mistografía y tres de mecamancia. Lo que significa que vas a pasar muchísimo tiempo en compañía de Sileno. Se ha tirado un mes hablándonos de… ñam… las ganas que tiene de conoceros, de conocer a «la nueva generación de magos» —dijo, imitando a la perfección el tono efusivo del mistógrafo.

—Ah, ¿porque usted también va a clase? —preguntó Arka, mientras avanzaban por el canal suspendido.

—¡Pues claro! —exclamó Pétrocle—. Bueno, pero no por mucho tiempo, ahora llegáis vosotros para reemplazarme. Estoy al final del quinto año de disciplinato —dijo, señalando los cinco cinturones que le ceñían la cintura—. Al final de la cadena alimentaria también, pero un poco antes que vosotros, en todo caso, lo que significa que tengo derecho a imponerte muchas tareas —agregó, repitiendo su expresión maquiavélica—. Y deja de hablarme de usted, Cuarenta y Tres, que tengo la peligrosa sensación de estar ya vestido de morado, y eso no me va a ayudar a avanzar con mi invento.

—¿Qué es todo eso del invento? —preguntó Arka.

—La finalización de cinco años de estudio y una tarea insuperable, Cuarenta y Tres —respondió Pétrocle—. Para poner fin a su esclavitud, cada discípulo debe inventar un objeto mágico útil, que luego será almacenado en este excelso lugar y ahí se quedará criando polvo —dijo, alzando un brazo para señalar con ademán fatalista lo que tenían enfrente.

Habían llegado a una plataforma que rodeaba una torre. El edificio desentonaba entre el resto de la arquitectura hiperbórea: un gran monolito decorado con altorrelieves constituía los primeros seis niveles, y se remataba en el séptimo con un enorme cuadrilátero desprovisto de ventanas. En el frontón de la fachada, unas grandes letras doradas decían «TORRE DE LOS INVENTOS».

—Por supuesto, Last presentó un invento buenisímo, y lo más seguro es que Pirra también lo haga pronto —continuó Pétrocle—. Yo por desgracia quedo lejos de tanto éxito. Vaya —agregó, mirando un reloj de sol en la pared de la torre—, llegamos tarde.

Apretaron el paso por los canales suspendidos mientras seguían desfilando tortugas, transportando de un edificio a otro a los ricos moradores del séptimo nivel. Llegaron frente a una torre casi tan grande como el castillo de agua, adornada con múltiples cúpulas cubiertas de láminas de pan de oro. Por la explanada delantera cruzaban magos a toda prisa, con las túnicas moradas aleteando a cada paso.

—El Magisterium —indicó Pétrocle.

Entraron por una puerta alta de maderas nobles taraceadas y llegaron a una inmensa sala circular con una cúpula horadada por una abertura en su punto más alto y aligerada gracias a un techo de artesonado. Las losas del suelo estaban tan pulidas que reflejaban como un espejo las formas de los magos que cruzaban la sala en dirección a las galerías contiguas. Sus pasos resonaron en el espacio vacío. Solo una fuente monumental ocupaba el centro de la sala. Iluminada por la luz que entraba por el orificio, representaba a un hombre de aspecto altivo, sentado en un trono, a los pies del cual se apiñaban trece niños que lo miraban con expresión melancólica. El agua fluía de los ojos del hombre como unas lágrimas interminables. Arka se preguntó qué lo entristecía tanto.

Llegaron a una de las galerías que salían de la rotonda como formando una estrella y atravesaron varias salas con cúpula, más modestas, cubiertas de mosaicos y pilastras de pórfido. Finalmente, Pétrocle se detuvo frente a una gran puerta. Una placa de bronce con las palabras «ANFITEATRO SILENO» estaba clavada en su hoja entornada.

—Aquí es —anunció Pétrocle—. Como siempre, el mistógrafo es más impuntual que sus estudiantes, así que llegas a tiempo. Yo, en cambio, tengo mi última asignatura con Géorgon, el profesor de mecamancia, y no soporta que los alumnos lleguen tarde, conque…

Dejándose de grandilocuencias, se marchó sin más. Arka lamentó su ausencia al instante. Empujó la puerta con un nudo en el estómago. Parte de la sala estaba ocupada por un pequeño hemiciclo y al frente había una plataforma sobre la que se encontraba el púlpito del profesor. Al igual que en el torreón, unas quince esferas luminosas flotaban en el aire, iluminando la sala. Todos los discípulos ya estaban en los bancos de ébano, con sus flamantes cinturones. Fretón, Stérix, Ponèria y el resto de su panda ocupaban las filas de arriba y se hacían comentarios burlones riéndose de la pinta de sus compañeros de clase. Arka se fijó en dos chicos con cara de más amables, que charlaban animadamente sobre su nueva vida, así que adoptó un aire desenfadado y bajó las escaleras del anfiteatro para ir con ellos.

—Oye, no te podrás quejar, ¿eh?, tu mentor es el Ingeniero de Cúpula, es un cargo importante, así que vas a aprender un montón —decía uno de los muchachos.

—Buf, ya ves… Me voy a tirar cinco años oyendo hablar del control de la humedad ambiental y la gestión de grietas, va a ser apasionante —respondió el otro con cara de desilusión—. Ayer se pasó la tarde entera enseñándome maquetas de la cúpula…

En ese momento, los dos discípulos notaron la presencia de Arka, que estaba tratando de manifestar con sutileza su interés en la conversación. Los chicos se cruzaron una miradita, le dieron la espalda y reanudaron su coloquio como si nada hubiera pasado. Muerta por el corte, Arka siguió bajando las escaleras. Entonces vio una cara conocida en la primera fila.

—¡Hola! —dijo, deslizándose en el asiento de al lado de Cacique.

—Hola. Llegas tarde —comentó el chico con el ceño fruncido.

—El profesor más, así que llego a tiempo —respondió Arka alegremente.

Mientras Cacique reflexionaba sobre la verdad de sus palabras, miró la madera barnizada de los bancos y la pintura cubierta con una capa de cera que había detrás de la silla del maestro. Si su padre era mago, lo más probable era que hubiese estudiado allí antes que ella. Le preguntaría al mistógrafo al terminar la clase.

Como este seguía sin aparecer, conversó con Cacique mientras aguardaban. Al parecer, al chico le había tocado con el ministro de Comercio, una posición envidiable, pero él hubiera preferido que lo asignaran al Ingeniero de Cúpula. Cuando Arka le preguntó cuál era la función del Ingeniero de Cúpula, se lanzó a describirle con precisión matemática el ángulo óptimo de edificación del adamante. Arka estaba quedándose dormida con sus explicaciones, cuando un barullo a su derecha la sacó de su sopor. Por lo visto, Fretón había propuesto a sus secuaces bajar a sentarse al lado de Cacique. Arka adivinó que la finalidad no era trabar amistad.

—Conque vienes de uno de los niveles inferiores, ¿eh? —preguntó

Fretón, dándole un codazo al chico, interrumpiendo así su apasionado análisis de la forma parabólica de la cúpula.

Fretón le sonreía con malicia, pero Cacique pareció atribuirle buenas intenciones.

—Sí —respondió con candor—. Mis padres viven en el segundo nivel.

—¿Y a qué se dedican tus padres? —preguntó Ponèria con su voz nasal.

—Pues mi padre es carpintero —explicó Cacique con su sencillez habitual—. Mi madre cuida de mis tres hermanos y mis cuatro hermanas.

Su respuesta pareció sumergir a Fretón en un estado de profunda felicidad. Se echó hacia atrás el flequillo.

—Entonces, eres pobre, ¿no? Tienes que saber limpiar la casa, ¿verdad, Maruja? —preguntó, desencadenando una salva de risas en los demás—. ¿No te importa si te llamo Maruja?

—Me llamo Cacique —respondió el chico, sonrojándose.

—¿Querrás zurcirme los calcetines, Maruja?

Arka decidió que era hora de intervenir.

—Sí, y aprovechará para coserte los botones que tienes en la cara —replicó con fiereza.

Fretón se puso pálido bajo el acné.

—Toma ya, Fretón, la Cuarenta y Tres te ha metido una —comentó uno de sus esbirros agitando una mano.

—¿Qué quieres tú, Cuarenta y Tres? —repuso Fretón con rencor—. ¿Estás celosa de Marujita? ¿Necesitas oro para comprarte zapatos nuevos? —añadió, mirando con los ojos entornados las alpargatas desgastadas de Arka.

Rebuscó en su bolsillo y sacó un puñado de monedas.

—Toma, con eso hasta puedes volver al primer nivel y comprarte un cuchitril, así ya no tendremos que volver a ver tus greñas asquerosas.

Le lanzó las monedas a la cara mientras los demás se reían a carcajadas. Arka tiró barriendo con el brazo los hipers que habían caído en la mesa, con las mejillas encendidas. Habría dado lo que fuera por responderle con una réplica mordaz, pero no se le ocurrió nada. En ese momento, el profesor de mistografía entró en el anfiteatro. Su panza rebotaba alegremente mientras bajaba por las escaleras hacia la silla y su toga morada se agitaba alrededor de sus piernas regordetas. Parecía una ciruela gigante.

—¡Queridos discípulos! —exclamó después de dejarse caer en el asiento—. Veo que estáis todos aquí, perfecto, vuestros mentores os han informado a la perfección. Sabed que todas mis clases tendrán lugar en esta aula y a esta hora, los seis primeros días de cada década. El objeto es complementar la enseñanza, emocionante, estoy seguro, de vuestros maestros. Mi clase de primer año se centrará en la maravillosa disciplina de la mistografía, es decir, la escritura mágica.

«Pff», hizo Fretón para demostrar que conocía el tema a la perfección.

—Sin más dilación, hagamos un breve recordatorio teórico —anunció el profesor, acariciándose la panza con una sonrisa traviesa —. Bien, veamos…

Paseó la mirada entre los estudiantes.

—… ¿quién me sabría decir qué es la magia?

—El control de la materia por parte del ánima —respondió Fretón de inmediato, con indiferencia y dejando caer el labio.

—Bien dicho, joven, bien dicho —aprobó el mistógrafo—. Fretón, ¿no es así? Tuve a tu padre entre mis alumnos hace mucho tiempo. En efecto, la magia es el control de la materia, pero yo prefiero hablar de ánima, es más poético —corrigió el mistógrafo.

Fretón soltó una risilla desdeñosa.

—Bien, ¿quién puede hablarme de las tres manipulaciones mágicas fundamentales? —continuó el profesor.

Los discípulos se devanaron los sesos. Arka ni se molestó en intentarlo: no tenía ni idea.

—El cambio de lugar, el cambio de forma y el cambio de estado —respondió Cacique de tirón.

—¡Excelente! —aprobó el mistógrafo con un brillo de emoción en la mirada.

Contorsionó su enorme cuerpo para extraer de un bolsillo un pequeño frasco lleno de agua.

—Cambio de lugar —anunció.

El vial se descorchó y el líquido que contenía escapó y flotó delante del mistógrafo.

—Cambio de forma.

El agua adoptó la forma de un hombre corpulento que parecía una copia del mistógrafo. Hizo un guiño a su auditorio y un reguero de sonrisas divertidas se extendió por toda la sala.

—Cambio de estado.

El líquido se evaporó al instante, envolviendo la cabeza del mistógrafo en una nube de vapor blanco. Poco después, el profesor había condensado la sustancia, que se introdujo ella sola en el frasquito.

—Acabo de demostraros lo esencial de la práctica mágica —concluyó el mistógrafo—. Hay, sin embargo, otras formas más misteriosas de magia que tendremos la oportunidad de tratar más adelante. ¿Podéis hablarme de los cuatro límites de la práctica mágica?

Varios alumnos levantaron la mano.

—La distancia —dijo uno.

—Así es —convino el profesor—. Los humanos no pueden actuar a más de diez pasos, quince los más dotados. ¿Cuál más?

—El frío —dijo Arka, levantando una mano vacilante.

—Muy bien —dijo el mistógrafo, girando la cabeza hacia ella—. Tú eres la discípula de Lastyanax… Arka, ¿verdad? Ciertamente, el frío debilita los poderes. Por eso nos mantenemos calientes bajo la cúpula. Si alguno de vosotros ha tenido la oportunidad de recorrer los Ripeos, os habréis dado cuenta de que vuestras facultades mágicas estaban

muy debilitadas —agregó, frotándose los brazos como si un frío imaginario se hubiera colado en la sala—. ¿Más?

—El cansancio —dijo Ponèria.

—Exacto, el cansancio. Al sacar una parte del ánima fuera de nuestro cuerpo, nos debilitamos. Cuanto mayor sea el esfuerzo mágico, más sufre el cuerpo. La mayoría de las veces, esta debilidad es transitoria. Desaparece tan pronto como descansamos un poco. Pero cuando vamos demasiado lejos —agregó el mistógrafo—, la magia puede causar dolores de cabeza, hemorragias nasales y, muy raras veces, desmayos.

Esta información pareció sorprender a los estudiantes, pero Arka, que ya había presenciado ese fenómeno por su cuenta dos veces, asintió con la cabeza.

—¿Sabéis cuál es el cuarto y último límite? —interrogó el mistógrafo.

Un silencio avergonzado fue la respuesta a su pregunta. Los discípulos habían agotado sus ideas. Incluso Fretón parecía perdido. Pero Arka sí conocía la respuesta. Había sido ese cuarto límite lo que le había impedido durante casi doce años practicar la magia, mientras vivía en el corazón del bosque de las amazonas. Preocupada por no atraer la atención, prefirió guardar silencio.

—No tiene nada de sorprendente que no sepáis la respuesta —explicó el mistógrafo—. Queda muy lejos la época en que nuestros magos hiperbóreos se enfrentaban a él. Ese límite es… el azur vivo.

Había pronunciado estas últimas palabras con tal solemnidad que los discípulos abrieron mucho los ojos, subyugados.

—El azur vivo es, por así decir, lo contrario del oricalco —continuó el mistógrafo—. Es un metal extremadamente raro que impide el control del ánima. Es una sustancia tan poderosa que una simple pepita puede repeler la magia en un radio de varios pasos, formando lo que se llama una zona azul. Muy bien, como podréis imaginar, ¿qué pueblo es famoso por su empleo del azur vivo?

—¡Las amazonas! —exclamó Fretón.

Rabioso por no saberse la respuesta anterior, quería ser el primero otra vez.

—Cierto, Fretón —contestó el mistógrafo—. Todavía hoy, cada amazona lleva un cinturón con un pequeño fragmento de azur vivo. Su bosque también está protegido por una red de pepitas extraídas de las minas de Arcadia. Gracias a este material, las guerreras no temen a los magos, por eso fueron nuestro peor enemigo durante siglos, antes de que el Basileus lograra alejarlas de nosotros…

—¿Y por qué nunca hemos usado el azur vivo? —exclamó un discípulo.

—Porque las amazonas guardan celosamente el secreto de su extracción y porque no sería natural que recurriéramos a sus métodos —explicó el mistógrafo—. Como no pueden recurrir a la magia, esas mujeres luchan solo con su fuerza física. Entrenan a sus hijas para la guerra desde pequeñas. No las atrae el comercio ni la política ni la historia ni las artes, y viven de la caza y el saqueo.

—¡Salvajes! —bramó Stérix, indignado ante la sola idea de que se pudiera vivir sin el arte.

—¿Y con los chicos qué hacen? —preguntó Ponèria.

—¿Viven en un bosque?

—¿Es cierto que…?

Con las mejillas coloradas, Arka bajó la cabeza y se miró los brazos, que cinco años de entrenamiento militar habían vuelto secos y casi insensibles al dolor. Conque era eso… Habían luchado contra ellas hacía mucho tiempo y por eso los hiperbóreos odiaban a las amazonas. Le sorprendió no haber oído nunca hablar de aquel pasado común, cuando vivía en el bosque. Pero, como dijo el mistógrafo, su pueblo no daba mucha importancia a la historia. La mayoría de las guerreras eran analfabetas y se sentían orgullosas de serlo. Sin embargo, como ella había tenido una tutora más culta que la media, Arka había aprendido a leer, a su pesar. Recordó las largas sesiones de aprendizaje en la terraza de su árbol cabaña, garabateando letras en trozos de corteza de eucalipto mientras sus compañeras practicaban el

lanzamiento de pértiga o el tiro con arco… ¡Cuántas veces se había quejado de la inutilidad de aquellos ejercicios! Si hubiera sabido entonces lo indispensables que serían esas horas de sufrimiento… Se preguntó con angustia qué pasaría si un hiperbóreo descubriera que se había criado entre las amazonas. La sensación de seguridad que había sentido cuando entró en la ciudad desapareció de golpe.

Dando una palmada, el mistógrafo interrumpió el aluvión de preguntas.

—Vamos, vamos, os recuerdo que el objeto del curso es la magia y su escritura, no las amazonas. Son un pueblo apasionante para estudiarlo, pero eso lo dejaré en manos del profesor de relaciones exteriores, que os contará más cosas cuando trate el tema segundo. Concentrémonos en la teoría de la magia. Vamos a abordar un asunto un poco más sofisticado, algo que os permitirá repeler algunas de las limitaciones que acabamos de nombrar. Me estoy refiriendo al tema de… los sellos.

Un murmullo entusiasta recorrió el auditorio. Arka se inclinó hacia delante, intrigada. Desde su llegada a Hiperbórea, había visto numerosos sellos en puertas, en objetos, en los ascensores de tortugas, pero su finalidad seguía siendo un misterio para ella. Su pulsera de alas también llevaba un sello, apenas más ancho que la yema de su pulgar: un conjunto de círculos entrelazados, símbolos y trazos, en el centro del cual se unían dos uves como las alas de un pájaro. Los sellos representaban todo un ámbito de la magia que le era desconocido. Y, a juzgar por la emoción de sus compañeros, no era la única.

—Pero ¡qué panda de ignorantes! —farfulló Fretón en voz baja—. Yo me sé al menos quinientos glifos y quince tipos de cercos.

El mistógrafo dio una palmada.

—Bueno, queridos discípulos, ¿qué sabéis de los sellos?

Recostado en su asiento, Fretón levantó con aire perezoso un brazo. Luego se apartó el flequillo con una sacudida de la cabeza de abajo arriba. A su lado, Ponèria lo miró como si acabara de dotar de un significado nuevo al concepto de flema.

—¿Sí, Fretón?

—Los sellos se utilizan para almacenar y programar el ánima.

—¡Absolutamente correcto! Cuando un mago inscribe un sello en un objeto, sella parte de su ánima dentro de él y le da propiedades mágicas. A continuación, solo tiene que activar el sello para utilizar dichas propiedades. Por ejemplo, estas esferas luminosas…

El mistógrafo hizo levitar una de las bolas incandescentes hacia él.

—… todas ellas llevan un sello bastante básico, compuesto en este caso por un cerco doble y cuatro glifos que simbolizan las dos funciones de estos objetos: flotar en el aire y emitir luz. Muy bien —añadió, enviando la esfera de vuelta a las alturas del anfiteatro—, ¿puede alguien darme un ejemplo de límite que los sellos permiten repeler?

Varias manos se levantaron de inmediato.

—Como el sello almacena una reserva de ánima, el mago no se cansa cuando lo usa —explicó un discípulo.

—Eso es —aprobó el mistógrafo—. Pero esta propiedad es un arma de doble filo: es necesario desplegar una cantidad considerable de energía para cargar de ánima un objeto en el momento de establecer el sello.

—¿Y qué pasa cuando se agota la reserva de ánima? —preguntó Arka.

—Muy buena pregunta, querida Arkita —comentó el mistógrafo, agitando un dedo en su dirección.

«¿Querida Arkita?», pensó ella.

—Bueno, simplemente las propiedades mágicas del objeto desaparecen —respondió el profesor sin prestar atención a su cara de pasmo—. Mira estas esferas.

Señaló tres bolas incandescentes menos luminosas que las otras, que flotaban a unos palmos del suelo.

—Están casi al final de su reserva de energía. Por eso es por lo que hay que reanimarlas cada cierto tiempo, o transferirles ánima, si

preferís decirlo así —explicó el mistógrafo—. Dado que se trata de una actividad bastante agotadora, en su lugar emplearemos oricalco para crear o recargar sellos que gasten mucho. Este metal se distingue por poseer su propia reserva de ánima.

—¿Y qué podemos hacer para que un sello sea imposible de romper? —exclamó Stérix, levantando la mano.

—Muy buena pregunta. Los buenos magos utilizan cercos para proteger el sello propiamente dicho de ataques físicos… Pero eso nos lleva a ciertas consideraciones bastante complejas que no abordaremos hasta vuestro segundo año de disciplinato —continuó el mistógrafo—. Mi tarea, en los próximos meses, será enseñaros a dibujar sellos. Pero, ojo, no será un ejercicio fácil. Hay decenas de miles de glifos, o símbolos, si lo preferís, y unos cien cercos. En cuanto a las combinaciones que permiten formar los glifos y los cercos, son innumerables. Una vida no sería suficiente para memorizarlos. En lugar de copiar los sellos como tontos, aprenderéis a inventarlos vosotros mismos. Ese es el propósito de la mistografía y eso es lo que os convertirá en auténticos magos.

Arka de repente sintió que la invadía una emoción particular, como si estuvieran a punto de presentarle misterios reservados a un puñado de elegidos. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no era solo una sensación: realmente formaba parte de una pequeña élite, trece discípulos en toda una ciudad. Incluso si su candidatura para el torneo había sido gracias a un golpe de suerte, había encontrado su sitio.

Su entusiasmo disminuyó cuando Sileno repartió por las filas una pila de gruesos volúmenes de piel, titulados: *Glifos y cercos. Principios de Mistografía* (vol. 1). Mientras el profesor seguía explicando cómo funcionaban los sellos, ella hojeó su copia: consistía en un compendio de símbolos mágicos (los glifos) con su correspondiente significado. Así pues, el escudo significaba «protección»; el halcón, «rapidez»; la llama, «abrasamiento»… Un escudo con una llama significaba «protección frente al fuego»; una llama y un halcón, «fuego rápido». El tamaño relativo de los glifos dibujados también influía en su significado, al igual que la cantidad, la posición y la apariencia de los

círculos que los rodeaban. Arka se preguntó con inquietud si iba a tener que aprender todo eso.

A medida que la clase llegaba a su fin, el mistógrafo confirmó sus temores:

—Para mañana, quiero que sepáis reconocer y dibujar los cincuenta primeros glifos básicos enumerados de las páginas cinco a la diez, así como los ocho primeros cercos, página cuatro. Para la próxima década, también me gustaría que desarrollárais un sello que le dé una propiedad al objeto de vuestra elección —agregó.

Un crujido de hojas acompañó sus palabras. Aterrorizada, Arka trató de memorizar las instrucciones. Se le había olvidado llevar algo con lo que escribir. A su lado, Cacique copió los deberes con una ortografía primorosa.

—Fijaos en la combinación de glifos y, sobre todo, ¡no pongáis un sello sobre vosotros mismos ni en ningún otro ser vivo! —advirtió el profesor—. Un sello inscrito sobre carne viva absorberá continuamente ánima, hasta matar de agotamiento a su portador. Uno de mis discípulos que se creía más inteligente que el resto se pintó una vez un sello de levitación. Salió disparado hacia la cúpula y su cuerpo se detuvo después de veinte pasos antes de caer de nuevo al suelo. Murió de agotamiento. Lo único positivo de esta historia es que batió el récord de levitación…

Sacudió la cabeza con expresión triste por la evocación de aquel recuerdo.

—Espero que no siempre tengamos ese tipo de deberes —se quejó Arka.

—Lo mismo digo —estuvo de acuerdo Cacique, frunciendo sus grandes cejas con expresión contrariada—. Esto es pan comido. Me voy a aprender los cuatrocientos primeros glifos, será lo mejor.

Arka prefirió no responder.

Mientras los discípulos salían de la sala charlando, se acercó a hablar con el profesor, que estaba estudiando una página de *Glifos y cercos.*

Principios de la Mistografía.

—Oh, Arka —dijo, mirándola—. ¿Tienes alguna pregunta relacionada con la clase?

—No, no es sobre la clase… profesor —respondió—. Solo quería saber…

No sabía cómo formular la pregunta.

—Mire —dijo sin más rodeos—, estoy buscando a un mago que vivió en Napoca hace catorce años.

El mistógrafo frunció el ceño.

—Eso es un poco impreciso, necesitaría más detalles. ¿Por qué lo buscas?

—Es pariente mío —respondió Arka, esperando que esa explicación fuera suficiente—. No sé mucho de él, salvo que probablemente tenga entre treinta y cuarenta años.

El profesor se rascó la barriga con cara de reflexionar.

—No sé de nadie que se ajuste a su descripción. Pero deberías preguntarle a tu mentor: trabajó en la Napoca Chica y lo más seguro es que conozca a gente que haya residido en esa ciudad… Además, por allí viene —dijo alegremente, señalando la puerta del anfiteatro.

Así era, Lastyanax acababa de aparecer en el vano de la puerta abierta. Visto de lejos, parecía mucho mayor que Pétrocle. Arka se preguntó angustiada qué querría de ella. Pero el mago bajó a toda prisa los escalones sin prestarle atención y se dirigió al mistógrafo:

—Quería darle las gracias por su apoyo en la votación de ayer.

—¡No fue nada! —exclamó Sileno—. Ya solo tiene que presentarse en el consejo y pasar la prueba. Qué presión, esto de las candidaturas, qué presión… —comentó, sacudiendo la cabeza—. Bueno, Lastyanax, aquí lo dejo con su discípula, al parecer tiene una pregunta para usted.

Le dio unas palmaditas en el hombro a Arka y salió del anfiteatro silbando. Lastyanax se volvió hacia ella con gesto de impaciencia. Una

vez más, Arka dudó entre sus dos ojos.

—Ejem… —comenzó, optando por el izquierdo—. Quería saber si… ejem… si conoce a un mago ya mayor… ejem… de unos treinta años, que habría vivido un tiempo en Napoca, hace catorce años.

Lastyanax frunció el ceño a su vez.

—No me suena —dijo secamente.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Arka corrió tras él.

—Esto… ¿Maestro? ¿Tengo que hacer algo esta tarde, mientras va al consejo?

Lastyanax se detuvo y se pasó una mano por la nuca, con cara de incomodidad.

—Ve a la biblioteca central, busca a Pétrocle y pídele que te enseñe algunas reglas de ortografía —dijo—. No te vendrían mal.

Luego salió con paso rápido, dejando a Arka sola en la gran sala, más convencida que nunca de la naturaleza odiosa de su mentor, y desesperada por la cantidad de trabajo que la esperaba.

Lastyanax

Lastyanax recorrió casi a la carrera las galerías del Magisterium. El consejo iba a empezar sin él; ansioso por no hacer el ridículo, se había pasado la mañana revisando los archivos que quería presentar ante los otros ministros y había perdido la noción del tiempo. Acababa de pasar por el anfiteatro para saludar a Sileno, olvidando que se arriesgaba a encontrarse con Arka.

Lastyanax habría dado lo que fuera por no tener que añadir a la larga lista de sus preocupaciones la supervisión de una discípula con la que no sabía qué hacer. No entendía de qué podía servirle. Tardaría meses en aprender a escribir sin faltas e incluso más tiempo en aprender a escribir con éxito un informe digno de tal nombre. Por primera vez en cinco años, Lastyanax sintió una admiración genuina por su propio mentor. ¿Cómo logró convertirlo en un mago tan consumado?

Este recordatorio de Palatès le trajo a la mente la investigación que

había prometido llevar a cabo… «Contrabando… Temiscira… ¿Para qué quemar el bosque de las amazonas?… Paranoia alimentada a propósito, pero ¿por quién?…» A medida que estudiaba sus documentos, Lastyanax empezó a ver una lógica en las pocas palabras garabateadas por su mentor antes de su muerte. El consejo determinaría si estaba o no en el camino correcto.

Momentos después, llegó al corazón del Magisterium, frente a la puerta mecánica que permitía el acceso al patio donde se reunía el Consejo. Lastyanax nunca había entrado. Un sello de protección forjado en el oricalco cubría el engranaje de la puerta. Con el corazón en un puño, apoyó una mano en el sello y envió un pulso de ánima para activarlo. Nada se movió. Por un instante se le pasó por la cabeza que la sala rechazaba su presencia. Pero de repente, con un tintineo musical, los engranajes comenzaron a moverse y se replegaron para dejarlo entrar. Solo el Basileus, los miembros del Consejo y el Escribano podían cruzar aquella puerta; para los demás, no se abría.

Ante su vista apareció el patio, luminoso y lleno de plantas extrañas. Una cristalera de adamante protegía el lugar donde los magos más importantes de la ciudad se reunían cada diez días. Los seis miembros del Consejo lo esperaban, sentados en círculo como un consejo de sabios. O en todo caso, esa era la idea, pensó Lastyanax cruzando el hueco para ir donde estaban ellos. Se hallaba en condiciones de dudar de la sabiduría de los ministros.

Pese a todo, una solemnidad impresionante impregnaba aquel lugar. Con sus togas moradas de pliegues perfectos, los consejeros del Basileus, sentados en pequeños bancos de piedra, parecían estatuas. De pie detrás de un escritorio, apartado del círculo, el Escribano estaba a punto de registrar las decisiones adoptadas, que posteriormente se ocuparían de aplicar los funcionarios del Magisterium. Justo frente a la entrada, con toda la majestuosidad inherente a su cargo, el Basileus presidía su Consejo. Su rostro sin edad lucía una expresión inescrutable. Al igual que en el día de la carrera de caballos, llevaba una larga toga bordada con oro y su enorme cinturón lapislázuli y oricalco. Y a diferencia de los ministros,

ocupaba un trono de ébano cubierto con una piel de grifo albino.

Lastyanax se detuvo delante del trono del soberano y se inclinó hacia el suelo sin cruzar la mirada con la de este. El mistógrafo le había explicado el protocolo de admisión en el seno del Consejo, que se mantenía inalterable desde hacía más de cien años. El Basileus le indicó por señas que se acercara. Lastyanax obedeció, tomó la mano que el monarca le tendía y, como exigía el protocolo, posó un instante sus labios sobre la piel blanca con vetas de azul.

Al menos esa fue su intención. Cuando sus labios tocaron la piel, vio un sello extrañamente intrincado que se activó en el dorso de la mano real. Trató de apartarse, pero era demasiado tarde: su boca estaba ahora pegada a la piel fría y pálida del Basileus. Con los ojos como platos, se dio cuenta de que el sello estaba succionándole el ánima.

El fenómeno duró unos segundos, durante los cuales Lastyanax se sintió despojado de toda su energía. Entonces el sello se volvió invisible de nuevo y finalmente pudo separarse.

Su conmoción casi le hizo olvidar el protocolo. Se las arregló para no mirar al Basileus a los ojos y retrocedió despacio, sintiendo que había envejecido varios años. Por el rabillo del ojo, observó la expresión de satisfacción del monarca y la cara burlona de los otros ministros.

¿Así era como había logrado llegar a tan avanzada edad? ¿Robándoles ánima a todos los nuevos miembros del Consejo? Lastyanax no podía creer que el soberano se arriesgara a ponerse un sello sobre la piel, aun cuando entendía la astucia de la maniobra: el Basileus recuperaba al momento el ánima, que el sello bombeaba sin cesar.

Algo aturdido, tomó asiento en el banco que quedaba sin ocupar, el más alejado del soberano. El Eparca, Mézence, estaba sentado a la derecha del monarca, como no podía ser de otro modo. No dejaba de lanzarle miradas de desprecio. El ministro de Comercio, un mago puntilloso y honrado, estaba a la izquierda del Basileus y tenía a su lado al Estratega, un hombre alto con un elegante bigote con los extremos puntiagudos. Después estaba el Gran Tesorero, a quien unas cejas en forma de V daban un aire severo. Sus cejas se arquearon aún

más cuando lo miró. Como había predicho Pétrocle, el contable estaba enojado con Arka por haber eliminado a su hijo en la Asignación y extendía ese rencor a Lastyanax.

Fingiendo ignorar la antipatía que percibía en ellos, buscó una cara amable. Su mirada fue a detenerse en el quinto miembro del Consejo, Triérios. Pero en lugar de responder a su sonrisa, el ministro para las Colonias asintió con un leve movimiento de la cabeza bastante seco. Lastyanax adivinó que su almuerzo con Pirra no había salido como este esperaba y ese pensamiento lo regocijó. Le habría disgustado que su antigua compañera de clase soportara sin rechistar los comentarios groseros de Triérios. Con todo, era un magro consuelo ante la hostilidad con que lo recibía el Consejo.

—Bueno —dijo el Eparca—, ahora que estamos todos, podremos empezar por fin. Antes de abordar el orden del día, ¿tienen algún asunto en particular que quisieran poner en conocimiento del Consejo?

Lastyanax tenía varios, pero habría sido prematuro hablar en una asamblea donde la mayoría de los miembros no respaldaban su participación. Por lo tanto, guardó silencio mientras el Estratega declaraba:

—Por lo que se refiere a mi cartera, simplemente deseo confirmar la cesión de las islas Casitérides a Temiscira. Esta mañana me entregaron una misiva de Licurgo que manifiesta su profunda gratitud por la confianza y amistad con que lo honra, majestad. Licurgo reafirma su deseo de construir junto a usted un mundo más seguro y le informa de que utilizará los conocimientos navales de los pueblos isleños para mejorar su arsenal. Según sus estimaciones, las tropas temisciras deberían estar listas para desembarcar en el flanco marítimo de la Arcadia dentro de dos años —concluyó, juntando sus delgados dedos.

Cruzó entonces una mirada cómplice con el Eparca. El Basileus se mostró satisfecho con el acuerdo, pero Lastyanax no lo estaba en absoluto. Observó a sus nuevos colegas. Al parecer, el Consejo no aprobaba por unanimidad esa decisión: Triérios se puso a limpiar su monóculo, con gesto ceñudo; el ministro de Comercio frunció las

cejas; incluso el Gran Tesorero parecía contrariado.

—Perdone, pero creo que no le he entendido bien —aventuró—. ¿Hemos entregado las islas Casitérides a Licurgo sin ninguna contrapartida y ese mismo Licurgo nos informa de que ahora podrá aumentar el poderío de su flota de guerra?

El Estratega se alisó el bigote afilado, mirándolo con frialdad.

—A menos que haya varios soberanos llamados Licurgo, me parece que he sido perfectamente claro —respondió con voz dulce.

—¿Habrá tenido en cuenta los peligros relacionados con el hecho de que esa flota pronto estará en condiciones de desembarcar en nuestro propio flanco marítimo? —preguntó Lastyanax con toda la diplomacia de la que era capaz.

A su derecha, Triérios pareció olvidar su desventura con Pirra y le hizo sutiles señales de advertencia. El Estratega levantó una ceja mientras el Eparca esbozaba una sonrisa. Cuando este último se inclinó hacia delante, Lastyanax tenía la certeza absoluta de que él era el artífice de la operación. El Estratega se limitaba a ejecutar sus instrucciones.

—Vean, señores —se burló del Eparca—. El maestro Lastyanax tiene el gran honor de hallarse entre nosotros y cree que semejante ascenso le da derecho a criticar el trabajo de magos mucho más experimentados y legítimos que él. Su once sobre doce en la defensa de su invento lo han vuelto arrog…

—Licurgo es nuestro aliado más leal en la guerra contra las amazonas —le interrumpió el Basileus con su voz cavernosa—. Su situación geográfica más apropiada que la nuestra justifica el hecho de que ayudemos a su ejército, cediéndole unos cuantos islotes con los que no sabemos qué hacer. Sileno me aseguró que era una persona razonable, Lastyanax, de modo que entenderá lo sensato de esta maniobra.

Se quedó en silencio y observó con atención a Lastyanax, que ahora se sentía más molesto que impresionado por el soberano. Sin embargo, no dejó que se le notara y respondió con tono humilde:

—Solo deseaba llamar la atención del Consejo sobre algunos aspectos preocupantes del gobierno de Licurgo, en especial las recientes revueltas que han tenido lugar en Napoca. Esta ciudad está, como saben, bajo el protectorado de Temiscira y parece que estas revueltas son el resultado del… mal trato dado a la población napociana.

—¿Qué tiene que ver esto con nuestra política en relación con Licurgo? —repuso el Eparca con desdén—. La plebe siempre está convencida de que sus líderes la tratan mal, y de eso sé algo.

Varios ministros asintieron con la cabeza.

Lastyanax notó que se le tensaba la mandíbula e hizo un esfuerzo por controlarse. Había tratado de obtener más información, pero el Estratega se negó a revelar los informes procedentes de Napoca. Los emigrantes napocianos a los que había entrevistado en los últimos días también desconocían los sucesos recientes. Lastyanax de repente se arrepintió de no estar más interesado en su discípula. La chica le había dicho que venía de Napoca: tal vez había sido testigo de las revueltas que habían tenido lugar en la ciudad extranjera. Se dijo a sí mismo que le preguntaría cuando saliera de la reunión.

—Tengo fuentes que me hablan de destrozos en los barrios pobres de la ciudad —dijo, elevando un poco la voz—. Y, sobre todo, sabemos desde hace varios años que las autoridades de Napoca están persiguiendo a personas que practican la magia. Creo que se necesita más investigación para entender con qué dirigentes estamos tratando cuando apoyamos al ejército de Licurgo.

—Se equivoca de amenaza —dijo el monarca, atravesándolo con los ojos hundidos en su rostro—. Sea cual sea el peligro que pueda representar Licurgo, es insignificante en comparación con las amazonas.

«Una vez más, la vieja inquina contra las amazonas», pensó Lastyanax. Comprendió por qué el Basileus las temía tanto; era natural, después de lo que le habían hecho. Pero su resentimiento pertenecía a otra época. Ocho generaciones de guerreras e hiperbóreos se habían sucedido desde su suplicio sin que se produjese el menor contacto

entre los dos pueblos. Lastyanax estaba prácticamente convencido de que la reina Antíope dedicaba la misma energía en pensar en el Basileus como en el pulido de sus botas. Su prioridad consistía en resistir los ataques de Licurgo. Sin duda, desconocía que una gran parte de esos ataques eran financiados por Hiperbórea.

Mientras tanto, el resentimiento del soberano le impedía ver las burdas maniobras del Eparca y del Estratega. Obviamente, tenían algo que ganar al elevar a los cielos a Licurgo. Lastyanax estaba empezando a entender por qué su maestro de mistografía había querido traer sangre nueva al Consejo.

—Exacto, majestad —dijo con su tono más controlado—, creo que sería… pertinente… revisar nuestra posición. Las amazonas viven desde entonces a miles de leguas de aquí y…

Hizo una pausa. Los ojos del Basileus de repente parecían haber desaparecido en la sombra de sus cuencas. Sus manos blancas apretaban con fuerza los reposabrazos de su trono de ébano y dobló el torso hacia delante, como un viejo depredador disponiéndose a abalanzarse sobre su presa.

—¿Está intentando hacerme olvidar la amenaza que representan las amazonas, Lastyanax?

Su voz sonó con el retumbo de un trueno. Con el corazón a mil, Lastyanax guardó silencio. Una tensión terrible se había desatado en el patio. Los magos lo miraban con los ojos muy abiertos. Incluso el Estratega había perdido su aspecto refinado y se mesaba con frenesí el bigote afilado, que parecía un viejo plumero.

—No —logró decir Lastyanax, con la boca seca—. Solo espero que nuestra cautela con respecto a las amazonas no nos haga olvidar los otros peligros que amenazan a Hiperbórea. Mi único deseo es servir a mi ciudad.

El Basileus lo miró fijamente unos segundos más, con las cuencas todavía negras, y luego se sentó con lentitud en su piel de grifo. En ese momento la tensión pareció aminorar; los magos, que no habían movido ni un dedo durante el toma y daca, se recolocaron las togas y

asintieron con la cabeza. El Estratega se puso de pie, entornó los ojos y se alisó el bigote con un gesto apresurado, mirando a un lado y a otro para ver si alguien había notado su momento de abstracción.

—Es demasiado joven, no tiene idea del dolor que las amazonas pueden infligir a un hombre —declaró el monarca con voz tenebrosa, su mirada fija en algún punto lejano.

El resto del consejo se desarrolló sin más menciones a las guerreras. Los ministros abordaron temas menos delicados, como el lamentable estado del caravasar o la proliferación de goma de loto azul. El Basileus escuchaba sus argumentos, asentía sin decir nada y tomaba decisiones, que el Escribano se ocupaba de transcribir al instante. Lastyanax ya no participó en los debates, y se limitó a hacer algunas propuestas sobre la mejora del saneamiento de los niveles inferiores. No era el momento de defender el fin del derecho de paso o la emancipación de las mujeres. Después de intercambiar unas palabras con el ministro de Comercio, abandonó el patio.

De camino a la biblioteca, se resistió varias veces al impulso de abofetearse a sí mismo. ¿Qué le había llevado a hablar tan abiertamente? Pero sabía bien dónde se estaba metiendo. Lastyanax estaba seguro de que los otros ministros compartían sus puntos de vista sobre las amazonas. Sin embargo, ninguno se atrevió a expresarlo en voz alta por temor a caer en desgracia. En el Magisterium, lo prudente era actuar con sigilo.

Al menos este primer consejo confirmó sus sospechas: que la paranoia del Basileus beneficiaba a alguien y que alguien se había desecho de un Palatès demasiado curioso. Lastyanax tenía un sospechoso: el Eparca. Hablaba de su odio a las amazonas para desviar la atención de los movimientos relacionados con Temiscira. Licurgo debía de haberlo corrompido hasta el tuétano.

El gobernante de Temiscira tenía mucho que ganar al mover los hilos: oro, su victoria sobre las amazonas y, a la postre, la propia Hiperbórea. Pero Lastyanax no entendía cómo pretendía apoderarse de la ciudad.

Hiperbórea era inexpugnable; ningún ejército podría sobrevivir a aquel frío ni atravesar el adamante, ni siquiera desembarcando en la costa más cercana.

Buscó en un pliegue de su toga el trozo de papel garabateado por su mentor.

«… Contrabando… Temiscira… ¿Para qué quemar el bosque de las amazonas?… Paranoia alimentada a propósito, pero ¿por quién?…»

La clave del enigma estaba en estas palabras, habría puesto la mano en el fuego. Pero esta certeza no arrojaba luz sobre las anotaciones de Palatès. A pesar de que entendía sus precauciones, maldijo a su mentor por no informarle de sus hallazgos. ¿Cuál era la conexión entre Hiperbórea, el incendio del bosque y Temiscira?

Arka estaba estudiando con cara de malas pulgas las reglas de la gramática cuando su mentor fue a buscarla a la biblioteca. Mientras el levitador lo llevaba hasta su rellano con un susurro, Lastyanax se dio cuenta de que sus situaciones respectivas eran muy similares. Al igual que él, su discípula acababa de aterrizar en un ambiente implacable cuyos códigos le eran totalmente desconocidos y donde, a la primera oportunidad, sus compañeros le dejaban claro que no tenía derecho a estar allí.

Bajó del levitador, se acercó en silencio a la mesa y miró por encima del hombro de Arka el antiguo manuscrito que estaba consultando. Los márgenes estaban pintarrajeados con dibujos de caballos, como si hubieran sido el blanco de los impulsos artísticos de una horda de críos de seis años. En otras circunstancias, semejante vandalismo lo habría sacado de sus casillas. Pero solo era una contrariedad más en un día lleno de reveses.

—El Sumo Bibliotecario te defenestraría si ve esto.

Arka dio un respingo y cerró el libro de golpe.

—No he sido yo, maestro —dijo inmediatamente, con las mejillas coloradas—. Esos dibujos ya estaban cuando…

—Tienes los dedos manchados de tinta —la interrumpió Lastyanax—.

Además, deberías estudiar este otro.

Hizo levitar hasta la mesa un tomo más reciente, almacenado en el siguiente estante. Su repentina indulgencia pareció sorprender a Arka, que lo observó entornando los ojos, recelosa. Miró el libro.

—No lo había visto. Pétrocle me dijo que estudiara este libro antes de irme de la biblioteca —dijo, señalando el viejo volumen abierto frente a ella—. Pero no lo entiendo…

—Este manual está anticuado —dijo Lastyanax, dejándose caer en la silla de al lado—. La mitad de las reglas enumeradas aquí ya estaban obsoletas hace tres siglos. Pétrocle no se molestó en echar un vistazo al contenido o, lo que es más probable, quería gastarme una broma.

«Esto me enseñará a no volver a delegar en él mis deberes de mentor», reflexionó, mirando distraídamente los ordenados estantes que lo rodeaban. La biblioteca central era su lugar favorito. El silencio de los pasillos de madera barnizada, las filas de libros y rollos, las grandes ventanas que dominaban la ciudad contribuían a mantener un estado de ánimo propicio para la reflexión. A su lado, Arka no parecía contagiada del impulso al estudio en el que la proximidad de todos aquellos manuscritos lo sumía a él.

—O sea, que he desperdiciado la tarde —dijo, mirando el manual de gramática con ira, como si tuviera la culpa de ello—. Ya decía yo que este libro tenía más faltas ortográficas que yo.

—Siempre puedes usarlo si algún día te da por aprender el hiperbóreo antiguoooo —dijo Lastyanax, bostezando hasta casi desencajarse la mandíbula.

—¿Y quién es tan tonto para querer aprender un idioma que ya no existe?

—Tu mentor —replicó Lastyanax antes de cerrar la boca—. Bueno —agregó sin darle tiempo a Arka a enmendarse—, ya que estamos aquí, aprovecharé para hacerte unas preguntas.

Su discípula se puso de pie. Su actitud era tan fiera que Lastyanax sentía que estaba hablando con un animal salvaje. Decidió comenzar

su interrogatorio con una sencilla pregunta. Con un carrete de su dedo, reabrió el viejo manuscrito gramatical en la página donde su discípula había garabateado dibujos de caballos.

—¿Eras el jinete del Premio del Basileus?

Arka pareció sorprendida y respondió con una reserva teñida de falsa modestia:

—Sí.

—¿Dónde aprendiste a montar así?

—En mi casa, en Napoca —dijo con un pequeño movimiento del hombro, como para enfatizar que esta respuesta no necesitaba más aclaraciones.

Lastyanax frunció el ceño. Esa desconfianza respecto a los temas personales era la reacción típica de los inmigrantes napocianos: el estilo de gobernar de Licurgo los dejaba marcados. Miró a su alrededor para comprobar que nadie los escuchaba. Con la excepción de un archivero, ocupado almacenando libros al otro lado del atrio, el lugar estaba desierto.

—¿Aún vivías en Napoca cuando se produjeron las revueltas, a principios de invierno?

—Sí.

Estupefacto, Lastyanax se frotó la nuca y se inclinó hacia delante. ¿Por qué no había interrogado a su discípula antes del consejo?

—¿Qué provocó las revueltas?

Arka se enroscó en un dedo un mechón de su cabello ya bastante enredado.

—¿Sabe cómo Napoca se convirtió en un protectorado de Temiscira, maestro?

Lastyanax levantó una ceja. Claro que lo sabía.

—En sus orígenes, Temiscira fue un puesto militar ocupado por mercenarios contratados para proteger Napoca de las amazonas. Hace veinte años, los mercenarios empezaron a exigir cada vez más oro

para financiar el mantenimiento de guerreros de reemplazo, comprar armas nuevas…

—Hasta que Napoca se negó a pagar —agregó Arka—. Como resultado, Temiscira comenzó a actuar por su cuenta. Napoca fue sitiada bajo las órdenes de Licurgo y mucha gente murió. Después del asedio, Licurgo prohibió usar la magia en Napoca, para mantener el control.

A Lastyanax no le hacía ninguna gracia que lo interrumpieran en medio de una explicación, pero le sorprendió gratamente ver que Arka era capaz de enlazar tres hechos históricos sin equivocarse. La vio devorar las páginas del libro.

—Hace poco más de un año —continuó—, llegó a Napoca un nuevo gobierno y las tensiones volvieron. Aumentaron las ejecuciones, los barrios pobres fueron arrasados… Aquello acabó por exasperar a la gente. De ahí las revueltas —concluyó, lacónica.

Entonces guardó silencio y miró por la ventana con una expresión impenetrable. Lastyanax la observó, impresionado al imaginar que su joven discípula había tenido que vivir un tormento en una ciudad donde la magia estaba penada con la muerte. Su victoria en el Premio del Basileus, seguida, tres días después, por su éxito en la Asignación, le parecía igualmente desconcertante. ¿En qué circunstancias había dejado Napoca? ¿Por qué quiso irse a vivir a Hiperbórea? ¿Cuál era su verdadero origen? Lastyanax presintió que Arka no respondería, o que no contestaría con sinceridad, si le preguntaba todo eso. Napoca había enseñado a su discípula a ser precavida. Iba a tener que buscar esa información por su cuenta.

Por otra parte, las explicaciones de Arka no aportaban nada nuevo a sus pesquisas. Sabía cómo había establecido Temiscira su poder en la región. Liderados por un ambicioso líder, Licurgo, los mercenarios habían asesinado a sus generales napocianos y luego habían atacado la ciudad. El asedio terminó en un baño de sangre. En Hiperbórea, los habitantes de la Napoca Chica todavía sufrían el saqueo de su pueblo, algo de lo que hablaban solo a media voz. Lastyanax no conocía a una familia emigrante que no hubiera perdido a un ser querido.

Desde hacía veinte años, Licurgo estaba quieto y se limitaba a reforzar su alianza con Hiperbórea contra las amazonas, alimentando en los magos la idea de que eran omnipotentes. Sin embargo, no había que ser un genio para entender el peligro en el que se hallaba Hiperbórea: Licurgo ya había sitiado una ciudad con la que se había aliado.

Pero ¿qué tenía que ver todo eso con el incendio del bosque de las amazonas? A medida que Lastyanax avanzaba por la pista que había abierto su mentor, las preguntas se acumulaban en su cabeza. Ojalá Palatès se hubiera molestado en explicarle la razón de su miedo…

—Qué idiota —masculló.

—¿Qué pasa?

—No me refiero a ti —gruñó Lastyanax—. Estaba hablando de Palatès, mi mentor.

—¿Su mentor? —repitió Arka, perpleja—. ¿También tiene un mentor, maestro?

Lastyanax soltó el aire despacio por las fosas nasales. Se preguntó quién habría inventado esa estúpida regla que obligaba a los miembros del Consejo a tomar un discípulo.

—Ya no, pues de lo contrario no podría ser mentor yo mismo. Mi antiguo mentor falleció justo después de mi defensa y lo he sustituido en el Consejo.

—¡Conque así logró convertirse en ministro! ¿Y de qué murió? —preguntó Arka con tacto.

Lastyanax la miró unos segundos como para calibrar sus intenciones. No podía revelar sus sospechas a una niña de trece años.

—De un ataque al corazón —respondió.

El resto del día estuvo dedicado a enseñarle a Arka el arte de redactar adecuadamente un informe. Cada vez más irritado por sus ojos vidriosos y sus bostezos, que las más de las veces ni se molestaba en dominar, Lastyanax acabó despachándola con los brazos cargados de más deberes. La noche estaba muy avanzada cuando salió de la biblioteca. Después de una cena en las cocinas del torreón, se encerró

en su estudio para continuar con su trabajo. El sonido de su cálamo raspando el papel al escribir lo acompañó hasta la madrugada.

Crrrr.

Encorvado hacia su escritorio, Lastyanax oía de tanto en tanto el chirrido que producían los insectos nocturnos que se chamuscaban las alas en la pantalla invisible que protegía en esos momentos la ventana, una precaución extra que se sumaba a los sellos de detección desde que el viejo Aous le habló del robo de los documentos.

Crrrr.

El velo protector acababa de añadir otra polilla a su lista de víctimas.

Crrrrrrrr.

Lastyanax se levantó con tal brusquedad que su silla autoportante rebotó contra las paredes del estudio. El velo protector se había iluminado y brillaba como una aurora boreal. Un animal mucho más grande que un insecto había tratado de atravesarlo. Con el corazón martilleando sus costillas, Lastyanax vio cómo las ondulaciones del velo se desvanecían poco a poco. La abertura negra de la ventana siguió destellando aquí y allá, como si se hubieran quedado prendidas algunas partículas de la bestia.

Tardó un buen rato en convencerse de que el responsable del susto era un murciélago desorientado, e incluso más tiempo en admitir que era hora de acostarse. Agarró la más pequeña de las esferas luminosas, apagó las demás y salió, después de activar el sello de la puerta.

A pesar de llevar cinco años viviendo en el torreón, cruzar de noche esa casona seguía siendo un calvario para el espíritu racional de Lastyanax. Su nuevo dormitorio se encontraba en la otra punta de la casa. Entre sus dedos, haces de luz brotaban de la esfera y proyectaban extrañas sombras en el batiburrillo de cosas de Palatès. Bajó por una escalera y se abrió paso en el atrio, trazando curvas entre dos montañas de cachivaches.

Los criados no habían quitado las máscaras rituales ripeas que Palatès, en un arranque para decorar un poco la vivienda, había colgado a

intervalos regulares en el pasillo. Esa colección siempre había puesto los pelos de punta a Lastyanax. Esa noche estaba aún más intranquilo de lo habitual, ya que el halo tembloroso de su esfera distorsionaba sus bocas demoníacas. Tenía la sensación de que se movían.

Lastyanax estaba llegando al final del pasillo cuando de repente vio un movimiento detrás de él. A continuación, algo lo estranguló.

Inmediatamente, sus pulmones lucharon para aspirar aire. Soltó la esfera luminosa y subió las manos hasta su garganta comprimida. Sus dedos rascaron una cuerda clavada en su carne. Se revolvió, dando golpes en el aire con los hombros, pero su agresor tiraba de él hacia atrás para hacerle perder el equilibrio. Se le empañaron los ojos, arqueó el torso y vio flotar, encima de él, boca abajo, el rictus sardónico de una máscara ripea. Al borde de la inconsciencia, Lastyanax barrió el aire con un brazo y una colección de cítaras amontonadas a su lado se derrumbó encima de su atacante con un estruendo desafinado. Por fin, Lastyanax percibió que la cuerda se aflojaba mientras los ecos de la cacofonía resonaban en la habitación. Se tambaleó hacia delante, se aferró a un gran ábaco y aspiró una enorme bocanada de aire.

Cuando se dio la vuelta, medio segundo después, la figura difusa de su atacante desaparecía de su vista al final del pasillo. Aturdido, Lastyanax se preguntó por qué tiraba la toalla tan rápido.

Entonces se dio cuenta del estremecimiento sordo que sonaba en el atrio y miró hacia arriba.

A su derecha, sin el sostén de las cítaras, la montaña de objetos iba desmoronándose cada vez más rápido. Al poco, un aluvión de muebles y baratijas cayó sobre él con un estrépito monumental. Lastyanax detuvo en el aire la canoa de madera maciza justo cuando estaba a punto de aplastarlo.

Encorvado entre la canoa y el suelo con las manos sujetando la embarcación, notando cómo su densidad comprimía su ánima, Lastyanax se dio cuenta de que no iba a resistir mucho tiempo. Se había quedado debilitado por el intento de estrangulamiento y le

temblaba todo el cuerpo. La esfera luminosa, milagrosamente intacta a sus pies, iluminaba la montaña de objetos rotos que lo sepultaban.

Lastyanax no podría haber imaginado una muerte más ridícula que acabar aplastado por el maremágnum de trastos de Palatès.

Un dolor penetrante le presionaba las sienes. No podía abrir un túnel entre los bártulos, ni dibujar un sello, ni apartar la barca: cada partícula de su ánima estaba dedicada a contenerla a ella y el montón de cachivaches que tenía encima. La piragua se hundía inexorablemente sobre él y lo obligaba a doblar el espinazo. Lastyanax hizo esfuerzos para no perder el conocimiento. Un sudor frío comenzó a gotear por su espalda cuando un pitido taladró sus tímpanos.

—¿Maestro? ¿Está ahí debajo?

Lastyanax parpadeó para sacudirse las gotas que se aferraban a sus pestañas. Oyó a lo lejos la voz de Arka llamándole. Y respondió con un hilo de voz:

—Estoy atrapado… Busca ayuda… Date prisa.

—¡Aguante, voy!

Unos ruidos de excavación sonaron por encima del zumbido de sus tímpanos. Lastyanax habría querido insistir en que fuese a buscar a algún mago, pero sus pulmones se negaron a ayudarlo. Tenía espasmos en las piernas y los brazos. Y goterones de sangre le caían de la nariz y se estampaban contra el suelo de mosaico.

—¡Aguante! —repitió la voz lejana de Arka.

Lastyanax cerró los párpados y solo pensó en su cuerpo convulsionado, que le pedía a gritos que cejase en su empeño.

De repente, el peso de la canoa desapareció. Abrió un ojo vidrioso y se enderezó dando algún tumbo. Arka había llegado hasta él y sostenía el flanco de la barca con los pies bien abiertos en el suelo y los brazos extendidos contra el casco. Con la cara crispada por el esfuerzo, le indicó mediante un movimiento de la cabeza la galería que había abierto entre los objetos.

—Salga —dijo.

Demasiado débil para protestar, Lastyanax cayó de rodillas, se metió por el túnel y se arrastró a través del batiburrillo de cosas. Tenía la sensación de no haber sido nunca así de lento. Sus movimientos de tortuga lo llevaron al final del túnel, en la parte aún despajada del pasillo. Apartó los montones de chismes esparcidos por el suelo de mosaico, se giró para tumbarse de espaldas y se apoyó contra una gran ánfora. Frente a él, el resplandor de la esfera se podía ver al final de la galería excavada por Arka.

De repente, un siniestro crujido resonó en el atrio. La montaña de objetos se vino abajo y la luz desapareció. Lastyanax sintió que todo su cuerpo se había quedado debajo de la canoa.

—¡ARKA!

—Estoy aquí, maestro.

Se puso de pie y vio aparecer una mata de cabellos rubios en el hueco por el que acababa de salir. Después de unas cuantas contorsiones, su discípula asomó a su vez por la boca de la galería y se echó en el suelo a su lado, jadeando. En el haz de luz de luna que se colaba por la abertura del atrio, vio su tez de yeso y el reguero de sangre que había resbalado desde su nariz. Un destello de malicia titiló en los ojos de Arka.

—Ahora ya ve por qué superé la prueba de potencia, ¿eh, maestro?

De pronto a Lastyanax le pareció que la regla que obligaba a tener un discípulo no era tan estúpida.

Media hora más tarde, regresó al estudio y revisó con meticulosidad casi enfermiza las hileras de sellos grabados en el alféizar de la ventana. Sospechaba que el chisporroteo del velo protector tenía algo que ver con su agresión. El asesino probablemente había escalado la pared para entrar por esa abertura y había dado con otra ventana del torreón, por la que había podido acceder sin activar ninguna alarma, no como en su primer intento.

Iba a tener que crear sellos de pantallas protectoras por todas partes.

Detrás de él, sentada a su escritorio, Arka devoraba un tentempié que

le había llevado Métanire, despertada por el barullo.

—O sea, ñam, Maestro, que un sujeto enmascarado ha intentado matarle y no sabe quién es. ¿No tiene ni una mínima idea, ñam, aunque solo sea una?

Lastyanax se masajeó la marca roja que la cuerda le había dejado en el cuello y vio que Arka se metía un dulce en la boca. Le dio la sensación de que esta se tomaba su intento de asesinato como una buena oportunidad para zampar. Acababa de salvarle la vida y ese hecho parecía no afectarla lo más mínimo. Cerró los ojos por un momento.

—Antes te hablé de mi antiguo mentor.

—El que murió de un ataque al corazón —dijo ella, asintiendo con la boca llena.

—A decir verdad, no, no murió de un ataque al corazón. Fue asesinado y el que lo mató anda suelto. A juzgar por lo que ha ocurrido esta noche, yo soy el siguiente mago de su lista.

Cuando las palabras salieron de su boca, algo dentro de Lastyanax se distendió. Desde que supo lo del asesinato en casa del embalsamador, era la primera vez que se lo contaba a otra persona. Pero al instante se arrepintió de su verborrea, al ver que Arka se enderezaba, entusiasmada, con miguitas entre las comisuras de los labios.

—Así que vamos a tener que investigar para encontrar al asesino, ¿verdad, maestro? Yo puedo espiar, si sospecha de alguien. O colarme en casa de un sospechoso para recuperar el arma homicida. Ah, y si va a haber bronca, puede contar conmigo, que yo…

Lastyanax se pellizcó el puente de la nariz y levantó una mano para pedirle que se callara.

—Para empezar, nadie más sabe que mi mentor fue asesinado. La versión oficial es que murió de un ataque al corazón. Te prohíbo que hables de todo esto hasta que sepamos más, ¿entiendes? Segundo, ya te puedes olvidar de broncas y espionajes. La mejor manera de avanzar en la investigación es que leas eso.

Señaló con un movimiento amplio del brazo los baúles repletos de

archivos. Arka hizo una mueca de rechazo. Se puso a dar vueltas con su silla autoportante, frunciendo el ceño.

—¿Por qué asesinaron a su mentor, maestro?

—Algo está pasando en la ciudad y mi mentor se enteró. Están azuzando el miedo del Basileus a las amazonas para desviar su atención de Temiscira. Me temo que Licurgo le tiene reservada a Hiperbórea la misma suerte que a Napoca…

Arka dejó de girar y puso cara de preocupación. Lastyanax sintió alivio al ver que la joven no lo tomaba por loco, aun cuando ella misma poseía una sensatez, cuando menos, discutible. En Hiperbórea nadie desconfiaba de Licurgo. Nada era tan tranquilizador como la idea de tener a un aliado poderoso, dispuesto a defender la ciudad en caso de un ataque. Sus teorías conspirativas no tenían ninguna posibilidad de encontrar receptores dispuestos a creerle, como había podido comprobar en la reunión del Consejo.

Pero Arka, a diferencia de los hiperbóreos, conocía la otra cara del gobernante de Temiscira. Y pareció tomar muy en serio la opinión de su maestro.

Alcandre

El ladrido de un perro, en algún lugar de la ciudad dormida, despertó a Alcandre. Con los ojos abiertos, se quedó escuchando el eco de los aullidos en la cúpula. Probablemente, el chucho estaba en alguno de los primeros niveles y, aun así, le llegaban sus ladridos. Ya había percibido esa peculiaridad al pasar a lomos de su rocho sobre Temiscira: el vuelo de la fabulosa ave rapaz siempre desencadenaba un concierto de ladridos asustados.

Alcandre se destapó con mucho cuidado para no despertar a la joven que dormía a su lado y, alerta a pesar de las horas, cruzó el cuarto. Unas manchas negras y plateadas se deslizaron sobre su cuerpo desnudo. El baile de sombras cesó cuando llegó al balcón. Detrás de la cúpula, una luna creciente arrojaba una luz débil sobre la ciudad. Alcandre se apoyó en la barandilla y recogió un ramo de uvas de la parra que crecía a lo largo de la piedra. Engulló una uva mientras

contemplaba el paisaje. La noche hiperbórea siempre había sido muy agradable. La luz de la luna se reflejaba en el mármol de las villas, que parecían así emerger de entre las entrañas entre tinieblas de la ciudad. Solo alguna que otra luz aquí y allá recordaba la existencia de los niveles inferiores.

Recordó su primera noche en la ciudad, veinte años antes. Fue la primera vez en mucho tiempo que dormía en una cama cómoda. Temiscira acababa de culminar la conquista de Napoca. Después de un año de asedio atroz, los napocianos finalmente se habían rendido, y, para hacerles pagar por su absurda resistencia, los temisciros se habían lanzado como lobos sobre la ciudad a saquear, violar y beberse todo lo que fuera saqueable, violable y bebible. Y sobre lo demás habían orinado.

A la mañana siguiente, cuando los vapores del alcohol se hubieron disipado, Alcandre se dio cuenta del alcance de su barbarie. Regueros de sangre renegrida adornaban las cunetas, barrios enteros habían sido quemados y las calles estaban llenas de cadáveres desmembrados, hombres, mujeres, niños, ancianos.

En el palacio todavía en pie, Licurgo y sus generales celebraban la victoria y ya estaban pensando en su siguiente conquista. Habían enviado a Alcandre a Hiperbórea con la misión de tranquilizar al Basileus respecto de sus intenciones pacíficas e indagar acerca de los puntos débiles de la ciudad-Estado.

Miles de napocianos huyeron de su ciudad asolada, por la ruta de caravanas. Alcandre había cruzado los Ripeos haciéndose pasar por uno de ellos y tuvo la oportunidad de escuchar muchas historias de las innumerables tragedias de la guerra. Este viaje había forjado en él tres convicciones: la primera, que los temisciros nunca lograrían controlar a una población que los odiaba; la segunda, que la conquista de una ciudad podía hacerse sin un coste tan alto en vidas humanas; y, la tercera, que Hiperbórea merecía un mejor gobernante que el Basileus.

Un soplo le acarició la espalda. Alcandre cerró el puño con la uva que estaba a punto de meterse en la boca. En Hiperbórea no había viento.

—Buenas noches, Syrame.

Se volvió y se encontró con su lémur. Sobre el fondo monocromo, el pelo rubio de la criatura parecía blanco. Ninguna expresión animaba el rostro joven y suave del lémur. Syrame no tenía otra personalidad que la que su amo estuviera dispuesto a darle. Alcandre se apoyó en la barandilla y cruzó las piernas, de pie como estaba.

—Fallaste.

—Sí, maestro.

La voz de Syrame era ronca, afónica, recuerdo de la hoja de espada que le había sesgado la garganta. A pesar de ese defecto, era su lémur más hábil. El tiempo no lo había deteriorado como a los demás; el sello de conservación debía de contribuir a ello. Syrame se parecía como una gota de agua a la persona que había sido décadas antes. Pero, últimamente, Alcandre estaba preocupado por las escamas de polvo que se desprendían de la piel del lémur. Tenía calvas por todo el cuerpo, como un desollado. Cada desmaterialización empeoraba su estado. La idea de que su criatura pudiera morir por segunda vez consternó a Alcandre. A su manera, amaba a Syrame, apreciaba su silencio, su poder, su fiabilidad. Siempre se había ocupado de él.

—¿Qué ha pasado?

—Se defendió y estuvo a punto de morir aplastado por la colección de objetos que habían pertenecido a su mentor Palatès.

—¿Sobrevivió?

—Arka lo salvó.

Esa noticia molestó a Alcandre. Habría querido acribillar al lémur con reproches, pero habría sido una pérdida de tiempo. Con un movimiento ágil, se aupó para sentarse en la barandilla con los pies colgando. Por detrás de la cúpula, la luna iluminaba tenuemente los Ripeos, más oscuros que la noche. Un charco blanco destacaba en la cordillera: el glaciar, que Alcandre había cruzado quince años antes. Nunca había estado tan cerca de cumplir la predicción que le había anunciado la serpiente ese día.

—¿Deberíamos intentar de nuevo matarlo mañana, maestro?

Alcandre no podía permitirse un error después de haber llegado tan lejos. Por no hablar de que ni siquiera estaba seguro de lograr sus objetivos.

—No, ahora se conocen mejor, podría despertar las sospechas de Arka si lo cambiamos… Es una lástima, pero lo dejaremos como está por ahora. Vete, Syrame.

Esperó la ráfaga habitual de viento que acompañaba las desapariciones de Syrame. Pero la noche siguió tan serena como antes.

Sorprendido, Alcandre se volvió hacia su lémur, dando la espalda al vacío. Syrame nunca tardaba en obedecer sus órdenes. Sin embargo, esta vez no se había movido. Algo en su rostro delató una vacilación, una duda, una renuencia. Un sentimiento que no tenía razón de ser. Un mínimo temblor del párpado.

—¿Qué pasa? —preguntó Alcandre.

Desde la creación del lémur, era la segunda vez que le hacía esa pregunta. Alcandre temía la respuesta de su siervo más fiel.

—¿Puedo… no hacerlo?

—¿Apresar a Arka, quieres decir?

El lémur asintió con la cabeza, con su rostro igual de inexpresivo.

—No tienes elección —respondió Alcandre—. Ahora vete.

Syrame desapareció levantando un remolino de polvo. Dando aún la espalda al vacío, Alcandre se miró los pies, que rozaban el suelo del balcón. No sabía qué era lo que más le preocupaba de su diálogo con el lémur: su pregunta, el uso de la primera persona, su petición de desobediencia… Quizá las partículas que quedaron flotando en el aire no eran ajenas a esa repentina vulnerabilidad de las emociones.

—¿Hablabas con alguien?

Alcandre levantó la cabeza, interrumpiendo sus reflexiones. Su compañera de una noche estaba de pie delante de él, con la cara algo hinchada por el sueño y el pelo rubio tapándole los hombros. Acababa

de activar una esfera luminosa en la habitación, lo que había resucitado los colores que la bóveda estrellada había borrado en el balcón. Era una camarera que había conocido en el Premio del Basileus. Tenía contactos en el mundo de los magos y era lo bastante avispada para ayudarle en su plan, aunque no lo suficiente como para resistirse a sus encantos, y era muy bonita (y a nadie le amarga un dulce).

Sin bajarse de la barandilla, una sonrisa surcó el rostro de Alcandre. Extendió los brazos y las piernas para abarcar el balcón con las manos y con los pies, como un saltimbanqui haciendo una pirueta cómica.

—¿Ves a alguien con quien pudiera estar hablando?

Luego fingió perder el equilibrio, agitando los brazos mientras su espalda giraba hacia el vacío. Inmediatamente, la camarera lo abrazó para sujetarlo.

—Qué loco estás —se rio ella.

Alcandre dejó que el abrazo se prolongara, olvidando por un momento su plan y deleitándose con el contacto de la piel. Al cabo de unos instantes, ella se separó y se quedó mirando su torso, intrigada. Tocó la cicatriz nacarada que se extendía desde su plexo hasta la ingle como una costura mal hecha. Entonces los dedos de la joven acariciaron los arabescos iridiscentes que recorrían su piel, recubriendo la cicatriz y el resto de su cuerpo con unas misteriosas líneas escarlatas.

—Nunca había visto un tatuaje así. De este color, más que nada… ¿Qué significa? Es un sello, ¿no? Parece de oricalco…

«Un poco demasiado avispada, diría yo», pensó Alcandre. Él la tomó de nuevo en sus brazos para ocultar el tatuaje y le susurró al oído:

—Te contaré la historia de este tatuaje en otro momento, si aceptas volver a verme.

Luego le plantó un beso en el cuello. La camarera se rio y se abrazó un poco más a él. Alcandre pensó que estaba de acuerdo. Retuvo entre los dientes un mechón de su pelo rubio y le acarició con dulzura el cuello, los hombros, la cintura.

—Espero que no seas un mago —murmuró—. Odio a los magos. Pueden esconderse detrás de sus palacios, sus togas y trucos de magia, pero en el fondo son groseros como cualquier bribón, como ese Triérios, el ministro para las Colonias.

Con la cabeza contra el torso, la camarera no podía ver la fugaz sonrisa que acababa de aparecer en los labios de Alcandre. No la había elegido por casualidad. Los generales le habían pedido que facilitara la venta de las colonias, una misión innecesaria, ya que tenía la intención de tomar Hiperbórea y todos sus territorios. Pero no podía obviar la tarea que justificaba su presencia en la ciudad. Y ese Triérios seguía pidiendo audiencias en privado con el Basileus para disuadirlo de aceptar las ventas. Alcandre había decidido encargarse de ello, si era posible de una manera que ayudaría a su propio plan.

—¿El ministro para las Colonias? —repitió mientras continuaba su lenta exploración besándole una sien, un lóbulo, el ángulo de la mandíbula.

La camarera empezaba a perder el hilo de su discurso.

—Se propasa conmigo en cada recepción, tengo miedo de… perder mi trabajo, si lo ofendo… No puedo soportarlo más… —susurró.

Su voz se estaba debilitando.

—¿Y no te gustaría hacerle una jugarreta para pararle los pies, por ejemplo? —preguntó Alcandre.

7

La pulsera de alas

Arka

Después de su salida forzosa de Napoca, de cruzar las montañas y de su llegada caótica a Hiperbórea, Arka había olvidado que la vida podía ser, si no pacífica, al menos rutinaria. El verano pasó sin que se diera cuenta, en parte porque bajo la cúpula no había diferencia entre las estaciones del año, pero también porque estaba demasiado ocupada para prestar atención al paso del tiempo. Cuando le daba por mirar más allá del adamante, veía manchas de barro en la llanura que indicaban los puntos en los que se había derretido la nieve, como la muda de un gran animal blanco que hubiese dejado asomar su pelaje pardo del verano.

La investigación sobre la muerte de Palatès no había sido tan emocionante como Arka había imaginado. Lastyanax se limitó a encargarle un análisis de los archivos dejados por su antiguo mentor. A veces tenía la sensación de que le preocupaba más su ortografía que su vida. En lugar de alertar a la policía después del asalto, simplemente había reforzado las defensas mágicas del torreón y a continuación había vuelto a ocuparse de sus archivos.

Después de rescatarlo, Arka había esperado un poco de benevolencia por su parte. Pero se había equivocado. Lastyanax decía que sus informes eran una chapuza y peinaba cada renglón con una meticulosidad que bordeaba el sadismo. Le pidió que reescribiera cuatro veces su nota sobre las causas del atasco crónico de los canales.

En esos momentos, Arka estaba planteándose tirarle a la cara sus informes, sobre todo cuando esa carga de trabajo, añadida a los deberes de clase, le impedía proseguir con su propia investigación. En tres meses, su búsqueda de la identidad de su padre no había arrojado ningún fruto. Nadie había oído hablar de un mago que habría vivido en Napoca catorce años antes. Los hiperbóreos evitaban ir allí debido

a la prohibición de practicar la magia. Solo un diplomático nonagenario y senil había residido en la ciudad en aquel entonces.

Arka llegó a dudar del origen hiperbóreo de su padre. Se preguntaba cada vez más qué hacía ella en esa ciudad extraña, donde el único ser que le daba muestras de cariño era un caballo arisco al que veía solo una vez cada década, cuando las clases le dejaban algo de tiempo para bajar al primer nivel. Nadie le hacía ni caso, excepto su mentor, Cacique y Fretón que se metía con ella en clase.

Ya en la segunda década, este último se había aprovechado de las instrucciones dadas por Sileno sobre el sello que debían inventar y había programado su libro de mistografía para que fuese a estamparse contra la cabeza de Arka. Ella había respondido garabateando un sello de explosión en su libro y enviándolo a explotar debajo del banco de su compañero de clase. El mistógrafo había elogiado a Fretón por su ingenio y a Arka por su capacidad de respuesta, y les había puesto a ambos un deber extra como castigo.

Sin embargo, Fretón se apresuró a volver a la carga. A fuerza de ataques y represalias, entre ellos se había establecido una animadversión enconada. La única ventaja de esa guerra despiadada era que Arka había hecho grandes avances en mistografía, pese a dejar de lado el resto del plan de estudios. Las clases de mecamancia, que le parecían repulsivas e inútiles, se habían convertido en la menor de sus preocupaciones. Pero su desinterés enfureció a Lastyanax.

En esos momentos estaba tratando de ponerse al día en la materia, siguiendo con toda la seriedad de que era capaz la lección sobre el mecanismo de los ascensores de tortugas. Incluso en semejante estado de concentración máxima, sus apuntes seguían siendo un desastre en comparación con las notas claras y ordenadas de Cacique. Aprovechó un momento en el que Géorgon, el profesor de mecamancia, estaba terminando de dibujar un diagrama en la pizarra, para inclinarse hacia su vecino.

—Oye, ¿me puedes…?

—No —respondió Cacique.

Arka refunfuñó y dirigió su atención a Géorgon. Sentado en su silla flotante, se deslizaba de un extremo de la pizarra al otro, haciendo levitar una varita para indicar las medidas del complejo mecanismo dibujado en el encerado. Tres meses compartiendo pupitre habían dado como resultado ese éxito: Cacique ya no necesitaba escuchar el final de su pregunta para saber que le estaba pidiendo sus apuntes. Por desgracia, la respuesta era siempre la misma.

Fretón, sentado una fila por delante de la de ella, también se inclinó hacia su vecino de mesa.

—Vamos, dame —le susurró a Stérix, tirando de la hoja en la que el discípulo copiaba el mecanismo.

—¡No, espera…! —exclamó Stérix, tratando en vano de sujetar sus apuntes—. Bueno, no me estropees el dibujo, ¿eh? Lo necesito para el exa…

Ajeno a sus protestas, Fretón ocultó el pergamino con un brazo y garabateó en él, destrozando el croquis que Stérix venía perfeccionando desde el principio de la clase. Arka se enfocó de nuevo en sus apuntes pensando que ella, al menos, elegía a sus amigos con más cuidado que Stérix. Bueno, a su único amigo. Y aun así a veces se preguntaba si no se habían hecho amigos por no poder encontrar a nadie mejor. De todos modos…

—Oye, Arka —la llamó Fretón en voz baja.

Sorprendida, Arka levantó la nariz de su folio. Había aprendido a no responder a las provocaciones de Fretón. Pero era la primera vez en tres meses que no la llamaba «Cuarenta y Tres» o «pordiosera». Y Fretón la estaba mirando con tal intensidad que Arka notó que se sonrojaba sin saber por qué.

—¿Qué quieres?

—Tengo que decirte una cosa, pero no me atrevo a decirla en voz alta, así que te la he escrito —continuó Fretón con voz baja.

De pronto, unas ronchas rojas aparecieron en el cuello de Ponèria, que estaba sentada a su lado y fingía no estar escuchando. Fretón se

inclinó un poco más hacia Arka y le entregó la hoja de Stérix.

—Toma… Para ti.

Pasmada, Arka cogió el pergamino como un autómata, sin dejar de mirar fijamente a Fretón. Al momento siguiente, comprendió su error: un enorme sello cubría el boceto de Stérix. Los glifos comenzaron a arder y de repente la hoja explotó, lanzando un chorro de tinta a la cabeza de Arka.

Fretón y sus esbirros estallaron en carcajadas, mientras Ponèria chilló como loca de alegría.

Con las mejillas ardiendo, Arka miró los trozos renegridos de pergamino que aún sostenía en la mano. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Por un momento, ella había pensado que…

—Ja, ja, ja… ¿Habéis visto cómo se lo ha tragado? —dijo Fretón tan fuerte como para que lo oyeran la mitad de los discípulos.

—¡Arka colada por Fretón! —gritó uno de los esbirros.

—¡Como si Fretón pudiera colarse por ella! —exclamó Ponèria, que se rio relinchando como un borrico.

Arka, coloradísima, fingió obnubilarse contemplando un canal arbolado que se divisaba por uno de los ventanales del anfiteatro. Las risas de Ponèria le retumbaban en los oídos.

—… la rueda hidráulica sustituye así al sello de tracción y ahorra una gran cantidad de ánima. Muy bien, ¿tenéis alguna pregunta? ¿Arka, por ejemplo? ¿O te interesan más las vistas que mi lección?

Arka se estremeció y se giró en su asiento. Géorgon la miraba con gesto de desaprobación desde la parte baja del anfiteatro. A su lado, Cacique la miraba también, indignado por su falta de atención. Y desde la fila inmediatamente inferior, Fretón se divertía enviándole besos, renovando cada vez las burlas de sus camaradas. Arka carraspeó. No tardó mucho en entender por qué los profesores perdonaban todas las ocurrencias de Fretón, mientras que a ella la reñían en cuanto se despistaba un poquito: él era el hijo del Eparca.

—No, ninguna pregunta, maestro, está todo claro.

A Géorgon no lo engañaba, pero reanudó su exposición rezongando por lo bajo contra los estudiantes distraídos. A Arka no se le pasó el enfado por su altercado con Fretón y ya no prestó atención a las siguientes explicaciones, pues no le interesaban lo más mínimo. Al final de la clase, metió sus notas incompletas en su bolsa y se volvió hacia Cacique. Como siempre, había transcrito concienzudamente toda la lección.

—¿Puedes pasarme tus apuntes? —dijo ella muy deprisa, sin darle tiempo a interrumpirla; para ella era ya un juego.

—Solo tenías que estar atenta —respondió él sin piedad.

Al levantarse para salir del anfiteatro, Arka se preguntó cómo podía explicarse la amistad entre ellos. Cuarto hijo de una prole de ocho hermanos, Cacique se había convertido en discípulo como única opción. Su padre era carpintero y confiaba en sus hijos para ayudarle a alimentar a una familia de diez miembros. Pero pronto se hizo evidente que Cacique no tenía predisposición para el trabajo físico. Enclenque y torpe, se golpeaba sin querer el martillo en los dedos, se caía de los andamios y se le escapaban las vigas de las manos, que acababan aplastándole los pies. Preocupada por la supervivencia de su hijo, su madre finalmente se había convencido de que debía hacerse mago, la única profesión que consideraba compatible con su falta de sentido práctico. Ella le había transmitido sus escasos conocimientos de la magia, y Cacique, con la dócil perseverancia que lo caracterizaba, había seguido practicando solo. Y achacaba a ese arduo trabajo sus buenos resultados. Su actitud estudiosa y desinteresada enfurecía a Fretón, que lo llamaba ratón de biblioteca a la menor oportunidad, como si al recalcar la necesidad de esforzarse de su mayor rival él se sintiera más seguro de sus capacidades.

La carpintería le había dejado a Cacique un gusto por los planos, la trigonometría y, en general, cualquier tipo de actividad que exigiera rigor y precisión. Pasiones que Arka consideraba poco o nada interesantes.

Cuando salieron al pasillo, el muchacho se fue corriendo a entregarle una nota a su mentor, el ministro de Comercio, que estaba recibiendo

representantes del gremio de molineros en el otro extremo del Magisterium. Arka esperó a que volviera, apoyada en la pared al lado de la puerta del aula. Como la puerta se había quedado entornada, sus compañeros de clase no la veían mientras salían del anfiteatro. De este modo oyó a Fretón, que se marchaba comentando la broma con sus esbirros. El retumbar de una silla flotante le indicó que Géorgon estaba a punto de salir de la sala después de que sus últimos estudiantes se hubieran ido. En ese momento resonaron en el pasillo unas pisadas acompañadas del roce de la tela de una toga.

—Aaah, Géorgon, ¡me alegro de verte! ¿Cómo van tus clases? —exclamó la voz alegre de Sileno.

—Mal —respondió la voz gruñona del profesor de mecamancia—. Los discípulos son insoportables este año. Y es culpa de las chicas. Se les debe prohibir participar en la Asignación.

Un animal feroz pareció rugir de indignación dentro de Arka. La risa del mistógrafo resonó en el pasillo.

—Querido, lo mismo me dijiste hace cinco años, cuando Pirra ingresó en su clase. Pero tengo entendido que esta es la mecamante más brillante que ha salido de tu aula…

Arka escuchó la respuesta refunfuñona de Géorgon:

—Sí, de acuerdo, pero tenía al Eparca como mentor.

—No creo que Mézence sea muy buen mecamante —objetó el mistógrafo con tono tranquilo.

—Ni muy buen político, ¿eh? Se oyen muchos comentarios sobre sus rencillas, en el Magisterium.

—Nuestro desacuerdo va un poco más allá de una simple rencilla, mi querido Géorgon. Pero espero que nuestro gobierno pronto dé un giro más progresista.

—Oh, sí, para eso querías a Lastyanax, supongo. Pues que te acompañe la suerte si quieres convencer al Basileus.

—A pesar de todo lo que la gente pueda pensar, querido amigo, nuestro soberano no es eterno. Hay que pensar en el después.

—No eres el primero que piensa en el después —chirrió la voz cínica de Géorgon—. El Basileus lo sobrevivirá, igual que a todos los demás.

—Veremos lo que nos depara el futuro— eludió el mistógrafo—. Pero vamos, almorcemos juntos, es mejor no hablar de esto en los pasillos del Magisterium.

Arka esperó a que se perdiera a lo lejos el rugido de la silla flotante para soltar la respiración. Todo eso le parecía de lo más sospechoso. No se fiaba de la gente demasiado bonachona y el mistógrafo de repente le parecía mucho menos inofensivo de lo que decía ser. ¿Cómo planeaba utilizar a Lastyanax? ¿Qué estaba tramando?

Un sonido de pasos en el otro extremo del pasillo la sorprendió: era Cacique, que ya regresaba.

Como cada mediodía, fueron al torreón a almorzar mientras charlaban sobre las clases. Hacía dos días que, con la llegada del otoño, había empezado a nevar de nuevo, e Hiberbórea parecía envuelta en una nebulosa gris. En las cocinas, aguantaron estoicamente la verborrea de Métanire[4] mientras les llenaba los brazos de cosas ricas. Luego, de vuelta en el atrio, escalaron por las montañas de muebles y se subieron al tejado del torreón. Allí arriba, la terraza sin cultivar parecía un pradito que flotase por encima de la ciudad. Una tormenta hizo retumbar la cúpula de adamante.

Sentada entre dos setos de clemátides, con las piernas colgando en el vacío, Arka presionó el sello de la olla autocalentadora en la que Métanire había preparado un guiso de peces de los canales. Al instante, un aroma delicioso les hizo cosquillas en las fosas nasales. Repartió la comida en dos cuencos y sirvió uno a Cacique.

Este tenía la mirada perdida y el ceño fruncido, como si estuviera intentando resolver un problema aritmético particularmente difícil.

—¿Qué quiso decir Orkos cuando dijo que estabas «colada» por Fretón?

—Nada —murmuró Arka mientras tragaba una gran cucharada del guiso.

La pregunta le recordaba su humillación y no quería revivir la escena para ayudar a Cacique a descifrarla. Por desgracia, su amigo no entendía ni su vergüenza ni las burlas de los otros.

—¿Le estás haciendo manualidades con un colador o algo así?

—No.

—¿Y por qué te pusiste colorada?

—¡Por nada!

La inocencia de Cacique no le permitía entender aquellas vejaciones. Terminó su tazón en silencio y lo dejó con cuidado entre la hierba.

—He terminado de leer los documentos que me diste —dijo, sacando un fajo de documentos de su bolsa.

¡Ahí radicaba el meollo de su amistad! Cacique era una de esas personas poco frecuentes que no se arredraban ante el trabajo intelectual, al contrario: siempre quería más. Cuando descubrió esa característica de su personalidad, Arka inmediatamente aprovechó la oportunidad para delegar en él la gran cantidad de archivos que su mentor le ordenaba analizar. Luego añadía algún que otro error ortográfico en sus resúmenes para que parecieran más creíbles. Hasta entonces, Lastyanax no se había dado cuenta de la patraña.

En este caso, se trataba de registros de las caravanas, fechadas durante varios meses, que Lastyanax había encontrado entre los documentos de Palatès. Aquellos registros indicaban la titularidad, procedencia y contenido de las mercancías que habían llegado a Hiperbórea, así como el nombre del oficial de aduanas que había estado a cargo del control.

—Es extraño —dijo Cacique—. Los oficiales de aduanas que revisan las mercancías se turnan de acuerdo con las horas y los días, por lo que es muy raro que un oficial de aduanas revise al mismo caravanero dos veces seguidas. Pero hay una caravana en concreto, perteneciente a un tal Ari…

Arka levantó la cabeza. Ese nombre le sonaba de algo.

—… que trajo mercancías diez veces en dos meses y cinco días. Y cada

vez, la caravana de Ari era revisada por un oficial de aduanas llamado Alci.

Los trillizos eran tan estúpidos que usaban sus nombres reales en sus planes de contrabando. Unido a la conversación que había oído entre sus maestros, ya eran dos asuntos de los que debía informar a Lastyanax.

Después del almuerzo, Arka fue a la biblioteca central para reunirse con su mentor, deseosa de compartir sus hallazgos con él. Siempre ocupado, Lastyanax dividía su tiempo entre consejos, expediciones a los niveles inferiores para gestionar las responsabilidades de la Nivelación y el trabajo en la biblioteca. A ojos de Arka, se tomaba su cargo muy en serio, a diferencia de sus compañeros ministros que encargaban sus expedientes a chupatintas mientras ellos iban de recepción en recepción. El joven mago no salía nunca, no veía a nadie que no tuviera relación con sus ocupaciones profesionales y cada día estaba más pálido e irritable de tanto andar metido entre sus papelotes. Arka le habría sugerido que se relajara, pero temía que él le delegara más trabajo. Su compasión no alcanzaba a tanto.

Cuando llegó a la biblioteca, tardó un rato en encontrar a su mentor. Gracias a las indicaciones de un archivero, lo encontró en un pasillo oscuro, escondido detrás de un montón de manuscritos. Sin andarse con miramientos, Arka apartó cuatro tomos y le soltó los registros en lo alto de la pila de papeles. Sorprendido, Lastyanax levantó la cabeza y la miró fijamente, parpadeando con los ojos de búho.

—Tengo algo que le va a interesar, maestro —dijo Arka.

—Si sigue siendo tu famoso libro sobre la animorfosis… —comenzó Lastyanax, escéptico.

—No, no, pero es casi igual de bueno. ¡Mire esto!

Se inclinó sobre la pila de manuscritos y mostró con su dedo índigo manchado de salsa la información sobre el control aduanero. El rostro de Lastyanax cobró vida al constatar las irregularidades.

—Contrabando —murmuró cuando ella terminó de contarle sus elucubraciones—. Por los trillizos del clan del Loto Azul.

Arka se preguntó de qué los conocía, ya que ella no le había dicho quiénes eran, para evitar tener que contarle el episodio de la tortuga.

—¿Tiene esto algo que ver con la muerte de Palatès, maestro?

—Mmm…. Es una pista seria —dijo—. Buen trabajo, en cualquier caso, Arka. ¿No se lo has dicho a nadie más, espero?

—No —mintió Arka, sonrojada.

Estaba demasiado feliz por recibir su enhorabuena como para decirle la verdad. Aprovechando la impresión positiva que le acababa de causar, se lanzó al agua:

—Maestro, sospecho que un mago de alto rango está a sueldo de Licurgo.

Lastyanax se puso de pie, entrecerrando los ojos. Había aprendido a desconfiar de sus ideas disparatadas.

—¿De quién crees que se trata? —preguntó.

—El mistógrafo —declaró Arka muy segura de sí misma.

Lastyanax levantó una ceja.

—¿Y en qué se basan tus sospechas?

—Lo pillé charlando con el profesor de mecamancia, hace un rato. Dijo que el Eparca era un mal político, que el Basileus no era eterno y que… esto… iba a usarle a usted para hacer que Hiperbórea fuera más progresista. Y luego en clase no para de llamarme «querida niña», es muy raro. Si quiere que le diga lo que opino, no podemos fiarnos de él, aunque siempre parezca tan simpático y fiable. Tengo la íntima convicción de que no es trigo limpio, o mejor dicho, tronco limpio. — Arka guardó silencio, segura de haber desvelado el secreto del siglo.

Por desgracia, Lastyanax parecía inmune a su capacidad de convicción. Sacudió la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver el deseo de Sileno de hacer Hiperbórea más progresista con que sea un traidor?

—Bueno… porque quiere usarlo para conseguirlo.

—Sí, por eso apoyó mi candidatura a la cartera de Nivelación. Y todo el mundo sabe que no le gusta el Eparca. A mí tampoco, ya que estamos.

Ante sus explicaciones, Arka notó que su certeza flaqueaba. Después de todo, Sileno no había dicho nada comprometedor. Pero seguía teniendo la desagradable sensación de que su profesor de mistografía ocultaba algo. Lastyanax percibió su preocupación y miró al cielo.

—Para que lo sepas, llevo décadas contándole a Sileno mis dudas sobre Licurgo. Y él tiene las mismas sospechas.

—¡Pues eso! ¡Él le da la razón para que no desconfíe! Creo que realmente necesitamos investigar en su casa para encontrar pruebas de su culpabilidad, maestro —insistió Arka.

—Arka, solo se lleva a cabo una investigación cuando se tienen indicios de culpabilidad —Lastyanax replicó en tono hastiado—. No voy a pedir a la policía que entre en casa de Sileno porque mi discípula de primer curso tiene la «íntima convicción» de que su profesor está metido en algo sospechoso. Se reirían en mi cara.

De repente se puso de pie con una expresión de recelo.

—A todo esto, ¿por qué de repente sospechas tú de él? No te habrá puesto una mala nota, ¿verdad?

—¡No, le juro que no! — se ofendió Arka—. Pero mi instinto me dice que…

No tuvo tiempo de aclarar lo que su instinto le estaba diciendo, ya que en ese momento un individuo apareció al final del pasillo.

—¡Laaaast!

Lastyanax inhaló a través de las fosas nasales, miró a Arka para indicarle que no abriera la boca y se volvió hacia el recién llegado con una sonrisa forzada.

—Rhodope. ¿Cómo estás?

El tal Rhodope se les acercó con aires de conquistador y chocó su palma contra la de Lastyanax. Llevaba una toga morada y en el dedo

un flamante anillo sigilar. Arka lo conocía: era un discípulo popular de quinto curso, la versión veterana de Fretón, salvo porque no tenía unos ojillos como botones y era bastante más fornido. Al parecer, acababa de terminar con éxito su defensa.

—Maravillosamente —dijo Rhodope—. ¡Ocho sobre doce! Ese viejo de Sileno no ha podido resistirse a mis encantos. No es el único —añadió, mirando a lo lejos con una sonrisa alegre, como si su nota en la defensa fuera solo la segunda buena noticia del día.

Arka se dijo que preguntaría a Pétrocle a quién había pagado Rhodope para hacer su invento por él.

—Felicidades.

Lastyanax, que no era de carácter expansivo, había llegado a las cotas más altas del laconismo. Como si no hubiera percibido la falta de entusiasmo de su interlocutor, Rhodope continuó:

—¿Vienes a la fiesta de Sileno de pasado mañana? Ofrece un ágape en honor a los nuevos magos. Toda la promoción estará allí.

—¿Qué hay de Pétrocle?

—¿A qué te refieres con Pétrocle?

—Aún no ha presentado su defensa —señaló Lastyanax, frunciendo el ceño—. No va a ser invitado.

—Oh, sí, es cierto —respondió Rhodope—. Supongo que Sileno ya está harto de esperar. Bueno, nos vemos pasado mañana por la noche, ¿verdad? —exclamó, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Tengo trabajo entre manos —gruñó Lastyanax, y volvió a hundir la nariz en su manuscrito.

Cogió el cálamo para demostrarle que él al menos tenía algo que hacer.

—Venga, hombre —insistió Rhodope, golpeando el brazo de Lastyanax.

El ojo derecho de Lastyanax se oscureció. Estaba a punto de explotar. Arka estaba disfrutando de lo lindo. Nunca había visto a su mentor tan

molesto. «Bien hecho», pensó. No había digerido la forma en que Lastyanax había desdeñado su intuición. Rhodope extendió los brazos en señal de claudicación y se marchó andando de espaldas.

—Lo he intentado —dijo mientras se alejaba—. Si te animas, Pirra y yo te estaremos esperando en casa de Sileno. Ah, sí, eso es lo que quería decirte también: estamos saliendo. ¡Hale, hasta luego!

Juntó las manos por encima de la cabeza y dio media vuelta, como un púgil saliendo entre la multitud después de haber asestado el gancho definitivo. El frágil cálamo que Lastyanax sostenía en sus dedos se rompió en dos.

—De hecho, me voy a animar a ir —murmuró para sí.

Embargada por el sentimiento de compasión, Arka concedió a su mentor unos minutos de melancolía. Lastyanax revisó el manuscrito con furia, suspiró, miró los estantes como si estuviera planeando hacerlos trizas y finalmente ordenó a su discípula:

—Ve a buscar todos los registros de caravanas que tengan menos de dos años y mira a ver si encuentras más irregularidades. ¡Quiero esto para mañana a mediodía, sin excusas!

Indignada por su actitud hosca después de haberlo tratado con tanta delicadeza, Arka se levantó de malos modos y recogió los registros.

—Y esta vez, hazlo tú misma en lugar de pedírselo a Cacique —agregó Lastyanax, hundiéndose en su asiento con cara de pocos amigos.

Lastyanax

Incapaz de concentrarse, Lastyanax miró con gesto sombrío su largo argumento sobre la necesidad de conceder a las mujeres el estatus de ciudadanas de pleno derecho. No dejaba de pensar en Pirra, en el contrabando, en Pirra otra vez, en que Pétrocle no iría a la fiesta de Sileno, y de nuevo en Pirra. ¿Por qué habría estado trabajando en ese argumentario durante semanas si su excompañera de clase se lanzaba en brazos de un presumido como Rhodope?

Arrugó el papel con su disertación y lo tiró con rabia hacia los estantes. La pelota atravesó un espacio vacío y rebotó en un obstáculo

detrás del estante. Una exclamación de sorpresa se oyó entre las hileras de libros.

A toda velocidad, Lastyanax se puso en pie de un brinco, en estado de alerta máxima. Se podía ver una silueta detrás de los estantes: alguien estaba espiándole.

—¿Quién anda aquí? —bramó.

Canalizó su ánima para concentrarla en sus manos, listo para repeler un ataque. ¿Sería el individuo que había querido asesinarlo tres meses antes? Volvió a pensar en su conversación con Arka. No podría haber sido peor. Habían hablado de sus sospechas sobre Licurgo, de las estrategias políticas de Sileno, de su antipatía por el Eparca y el contrabando del Loto Azul, que él sabía que estaba relacionado con el asesinato de Palatès por las notas encontradas en la gallina de cerámica.

La silueta se desplazó a lo largo de las estanterías y apareció al final de su mesa. Era Aspasia, la hermana pequeña de Pirra.

Los hombros de Lastyanax se relajaron inmediatamente. Aspasia nunca había mostrado curiosidad por su vida ni por la política en general. Los únicos complots en los que se interesaba eran los que ella misma urdía para que la invitaran a las fiestas de lujo.

—¿Aspasia? ¿Qué haces aquí?

Su interlocutora empujó hacia atrás su densa melena de color castaño con un mohín molesto.

—¿Qué crees que hago en una biblioteca? Pues leer, so bobo.

Para demostrarlo, agitó en alto el manuscrito que sostenía con su mano perfectamente cuidada. Lastyanax inclinó la cabeza para leer el título.

—La evolución de los circulares de ondas en los principios de mistografía. ¿Te interesa ese tipo de cosas?

—Pirra no es la única intelectual de la familia —replicó Aspasia con aire altivo.

Se sentó al final de la mesa, abrió el libro por la mitad y reanudó su lectura, entrecerrando sus ojos azules con gesto de concentración. Lastyanax la observó unos instantes.

—¿Puedes explicarme lo que es un circular de ondas?

—Es… un…

Aspasia suspiró, cerró el libro con un gesto seco y cruzó sus brazos rollizos sobre su chitón.

—Bueno, vale, no he venido a perder el tiempo en este antro deprimente. Te estaba buscando. No me podrán echar en cara que no he intentado interesarme por tus aficiones.

—¿Me estabas buscando? —repitió, anonadado.

—Sí, pensé que necesitarías mi ayuda para la fiesta de Sileno. Ni en broma irás hecho un adefesio si yo te acompaño. He mandado venir a mi modista para que te tome las medidas y…

—¡¿Cómo?! — A Lastyanax casi le da un patatús.

—No puedes permitirte ir solo a la fiesta cuando eres ministro de Nivelación y has heredado el torreón, Last. La gente espera que vayas acompañado —dijo Aspasia como si fuera lo más obvio del mundo —. Así que, como dije…

Lastyanax no podía creer lo que estaba oyendo. A pesar de que sabía que Aspasia era emprendedora y precoz, no pudo evitar sonrojarse ante la idea de que la hermana pequeña de Pirra, tres años menor que él, le pidiera que lo acompañara a una fiesta, o más bien se lo exigiera. Con movimientos apresurados, reunió sus archivos mientras Aspasia continuaba detallando la estrategia de vestimenta que había puesto en marcha.

—Un precioso verde oscuro resaltará tus ojos y… ¿Adónde vas?

—Lo siento, yo… Tengo que encontrar a Pétrocle, voy a llegar tarde —farfulló Lastyanax.

Se metió los documentos debajo de un brazo y huyó con la cabeza gacha para evitar la mirada ofendida de la chica.

Cuando salió del edificio, Lastyanax se fue andando muy tieso por la orilla de los canales hasta detenerse en una plataforma desierta. No podía regresar a la biblioteca hasta que el peligro hubiera desaparecido. Y tampoco tenía la cabeza para encerrarse en su estudio a preparar el siguiente consejo. Su excusa para huir de Aspasia entonces le pareció llena de sentido común: ir a ver a Pétrocle. La verdad era que necesitaba hablar con un amigo.

—¡Lastyanax !

El aludido pensó que habría podido vivir perfectamente sin esa repentina popularidad que empujaba a la gente a abordarlo cada dos por tres. Se volvió y suspiró al ver a su antiguo profesor de mistografía corriendo hacia él dando tumbos. Sileno tenía el don de querer hablar con él justo cuando menos ganas sentía él.

—Querido, ¡qué bueno cruzarme contigo por aquí! —exclamó al llegar a su altura—. Quería hablarte de un tema importante…

—¿La fiesta a la que Pétrocle no podrá asistir? —dijo Lastyanax en tono agrio.

—Shhh, nada de mezquindad entre nosotros. Sabes tan bien como yo que Pétrocle podría haber presentado su invento hace meses, si se lo hubiera tomado un poco en serio. No, el asunto que me preocupa es de una magnitud muy diferente.

Lo agarró del codo para animarlo a pasear un poco con él por la orilla del canal. Su semblante se ensombreció de pronto. Lastyanax nunca había visto tal seriedad en el rostro de Sileno y esa actitud lo incitó a dejar a un lado su resentimiento. Pasaron por delante de un criado ocupado en dirigir hacia el agua una flotilla de tortugas diminutas, que probablemente acababan de salir del cascarón.

—Sabes tan bien como yo que la venta de algunas de nuestras colonias a Temiscira no solo es una decisión absurda desde el punto de vista comercial, sino también peligrosa desde el militar —dijo el mistógrafo con cara de circunstancias—. Esta decisión no sale de la nada.

—¿A qué te refieres con eso?

Sileno se detuvo en mitad del canal y apoyó su panza contra el parapeto para contemplar las abigarradas formas de las torres. Tamborileó nerviosamente encima de la cornisa con los dedos.

—Sospecho que Licurgo ha enviado a algunos de nuestros ministros un emisario que es como para echarse a temblar. Reconozco su influencia en las últimas decisiones del Consejo —agregó, volviéndose hacia Lastyanax—. Hace veinte años, después de la captura de Napoca por Temiscira, el Basileus dudó de si debía intervenir para restaurar el equilibrio de poder entre las ciudades. Pero ese mismo emisario manipuló a los miembros del Consejo y a nuestro propio monarca con tal habilidad que finalmente se tomó la decisión de llegar al pacto con Licurgo.

Lastyanax frunció el ceño.

—¿Sabes cómo se llama?

—Por desgracia, no. Siempre ha sido muy discreto, nunca he podido hablar con él ni siquiera verlo.

—¿Cómo influyó en ellos? ¿Mediante sobornos?

Una risilla teñida de decepción escapó de los labios de Sileno.

—No insultes su inteligencia, Lastyanax. Sabes tan bien como yo que hay modos mucho más efectivos de persuasión que el oro. Adulación, información sesgada… —Una sonrisa irónica estiró su cara de pan—. Pero la mejor manera de corromper a un político es darle la impresión de que es el único que mueve los hilos.

Lastyanax inmediatamente pensó en el engreimiento con que el Eparca y el Estratega habían defendido la rendición de las islas Casitérides, como si la decisión fuera una maniobra sutil de la que cada uno de ellos por separado se creía autor. La sonrisa del mistógrafo se desvaneció y se enderezó, apartando la panza del murete con una respiración lenta.

—Ten mucho cuidado, Lastyanax, estás en primera línea. Este emisario es un estratega político muy hábil y, a diferencia de ti, no lo mueve la mejor de las intenciones. —Le dedicó entonces una mirada

cargada de insinuaciones—. La muerte de Palatès no es la única muerte inesperada que coincide con su presencia en Hiperbórea.

Lastyanax sintió un nudo en la garganta, como si estuvieran estrangulándolo de nuevo con una cuerda.

Arka

Arka aprovechó la clase de mistografía, dos días después, para profundizar en su investigación por su cuenta, ya que Lastyanax no quería creerla. En lugar de seguir la tediosa lección de Sileno sobre cercos dobles, enumeró en una hoja todas las cosas que le resultaban sospechosas.

quiere aprobechar se de Lastianax

dijo quel Basilucus no era heterno

es demasiao amable con todo el mundo, cosa estraña

Arka se dio unos golpecitos en la barbilla con el cálamo y miró su lista con espíritu crítico. Lo cierto era que sus argumentos parecían endebles. Lejos de pensar que podría estar equivocada, ese hallazgo reforzó su determinación de encontrar otros elementos condenatorios. Mientras tanto, el mistógrafo continuó con su lección. En el encerado había dibujado una serie de figuras y estaba explicando cómo se podían combinar.

—Mirad, si combináis un círculo de tipo dos con un circular de ondas, obtendréis una doble orden, con una prioridad para los glifos asociados con el círculo de tipo dos. ¡Tened cuidado de envolver la línea sinusoidal alrededor del círculo! De lo contrario, terminaréis con una disociación de Abaris. Lo cual me trae a la memoria el momento en que un estudiante de segundo curso puso un sello de trasvase sobre un orinal. Había dibujado mal el circular de ondas y…

Todos los discípulos soltaron un suspiro de aburrimiento. Dos filas por delante de Arka, Fretón comentó:

—Y aquí vamos de nuevo por la anécdota del orinal, cuarta edición. —Se apartó el flequillo y lanzó un vistazo atrás a sus compañeros—. ¿Le digo que está babeando o me apiado de su senilidad?

Ponèria se rio. Orgulloso de su efecto, Fretón estiró los brazos en cruz y los apoyó en el respaldo del banco. Tamborileó con los dedos en la madera. Arka entonces vio el gran anillo en forma de grifo que llevaba en su dedo índice, similar al de su mentor. Un sello, no grabado, sino montado como un mecanismo de relojería, engarzaba el animal fabuloso del anillo.

—Oooh, Fretón, ¿qué es este anillo? —trinó Ponèria.

—¿Ah, esto? —dijo Fretón, mirando su dedo índice como si acabara de fijarse en la joya—. Es el anillo sigilar de mi padre.

—Ostras —exclamó Stérix, inclinándose para echar un vistazo más de cerca al anillo—. ¿Y te lo presta así como así?

—No lo necesitaba hoy —respondió Fretón, encogiéndose de hombros —. Así que aprovecho para entrenarme a usarlo. Porque yo, al menos, estoy seguro de que algún día tendré derecho a llevarlo.

Arka emitió un bufido sonoro. Fretón se apartó el flequillo de nuevo y se volvió hacia ella, lleno de desprecio.

—¿Qué tienes, Cuarenta y Tres? ¿Aún no te has recuperado de la bromita del otro día?

—Nada —respondió Arka—. No necesito un anillo para sentir que existo, eso es todo.

Contrariamente a su costumbre, Fretón se abstuvo de responder. Mientras el mistógrafo seguía contando su anécdota, extendió su mano frente a él, con los dedos separados, para mirar el anillo con aire reflexivo.

—Este anillo es excepcional —dijo para que lo oyeran todos—. ¿Veis este sello de aquí? En esta posición, permite colocar una firma en un documento. Pero si giramos el cerco… —Uniendo el gesto a la palabra, activó el mecanismo del anillo y sonó un «clic»— tienes un sello de destrucción superpotente. No está mal, ¿eh? —añadió, emocionado como un niño con un juguete de guerra—. Veamos… ¿En qué podríamos usarlo?

Miró a su alrededor y se detuvo en la pulsera de alas de Arka, que ella

se había quitado para escribir.

—¡Ah, ya sé! ¡Esa pulsera de cobre gorda y fea de Cuarenta y tres! —exclamó.

Antes de que Arka pudiera reaccionar, hizo levitar la pulsera. Ella trató de recuperar el objeto, pero fue demasiado tarde: Fretón ya la sostenía en sus manos, sorprendido por su peso.

—¡Devuélvemela! —ladró Arka—. Si la dañas, te lo advierto, yo…

—Shhh, créeme, te estoy haciendo un favor, Cuarenta y tres —la interrumpió Fretón—. Esta pulsera es demasiado llamativa, no va en absoluto con tu estilo de pordiosera.

—¡Devuélvemela! —repitió Arka, levantando la voz.

—¡Devuélvemela! —dijo Ponèria para burlarse de ella.

La trifulca llamó la atención del mistógrafo, que se quedó callado en mitad de la anécdota. Fretón, demasiado contento por haberle jugado una mala pasada a Arka, no se dio cuenta. Sin dejar de sonreír, acercó el anillo a la pulsera. Fuera de sí, Arka saltó de su silla y se abalanzó sobre él mientras el sello tocaba la pulsera. Entonces se oyó una explosión acompañada de un destello cegador. Arka salió disparada hacia atrás. Los apuntes volaron por los aires. Varias esferas estallaron al chocar con las paredes del anfiteatro.

El fogonazo se atenuó y Fretón reapareció en medio de las gradas, aturdido. Su flequillo, por lo general ondulado con esmero, estaba tieso en lo alto de su cabeza como la cresta de un pájaro extraño. Todavía sostenía el anillo y la pulsera, ambos intactos.

—Qué… ¿Qué ha pasado? —balbució Fretón.

—Pues ha pasado que te divertiste poniendo un sello de destrucción en un objeto con un poderoso sello de protección, tonto del bote.

Los discípulos se volvieron todos a una hacia el mistógrafo, que iba andando en dirección a Fretón. Arka nunca lo había visto tan enojado como para insultar a un estudiante.

—Desactiva el anillo y dame esos dos objetos —ordenó Sileno—. Los

confiscaré hasta nuevo aviso. Me copiarás cincuenta veces los primeros sesenta glifos del manual para la próxima clase. ¡Esto te enseñará a no jugar con sellos que no dominas!

Fretón cumplió sin rechistar; se le habían bajado los humos al instante. Arka vio pasar su pulsera de las manos del discípulo a las del mistógrafo. Normalmente, habría disfrutado de la situación; pero se trataba de su pulsera de alas, el objeto más preciado que poseía, su fiel compañero mecánico que le había salvado el pellejo en varias ocasiones.

Esta vez, sin embargo, no abrió la boca. Se arriesgaba a que Sileno le impusiera un castigo si dudaba de su inocencia en el caso. El profesor se metió las dos joyas en el bolsillo y se sentó en su silla.

—Continuemos la lección en paz, ¿de acuerdo?

Al final de la clase, Arka fue corriendo hasta Fretón y le propinó una patada que él esquivó por poco.

—¡Eres imbécil! —le gritó ella.

En el pasillo, los demás discípulos se troncharon de risa. Rojo como un tomate, Fretón la agarró del brazo y se la llevó aparte. Había recuperado su arrogancia y su mechón ondulado.

—Bueno, mira, los dos estamos en un lío —dijo—. Tú quieres tu pulsera y yo quiero mi anillo.

—¿Por qué? ¿Papá no se va a alegrar? —se burló Arka.

La expresión de Fretón le indicó que había apuntado bien.

—Digamos que olvidé decirle que lo estaba tomando prestado. En resumen, esto es lo que te propongo, Cuarenta y tres: esta noche nos encontraremos delante de la torre de Sileno, escalamos el muro y…

—Espera, no pretenderás entrar en su casa para recuperar el anillo, ¿no? —le interrumpió Arka.

Nunca habría imaginado que Fretón sería capaz de semejante audacia. El discípulo pareció dudar, buscando inspiración en los mosaicos del pasillo.

—Créeme, prefiero registrar la villa de Sileno de arriba a abajo que enfrentarme a la ira de mi padre —confesó—. No es muy… comprensivo. Y además esta noche es el momento, Cuarenta y tres —dijo en un tono firme—. Sileno organiza una fiesta en honor a los nuevos magos. Como habrá muchos invitados, los sellos de detección estarán neutralizados. Y habrá tanto ruido que nadie nos oirá…

—Espera… —comenzó Arka.

—Voy a hacer una copia del anillo con oricalco para sustituir el anillo de mi padre, Sileno no se dará cuenta —continuó Fretón—. Solo tienes que hacer una copia de tu pulsera, y…

—Espera un momento —le interrumpió Arka un poco más fuerte —. ¿Qué te hace pensar que voy a arriesgar mi disciplinato yendo contigo a casa de Sileno?

Fretón la miró sopesando su actitud.

—Si hubieras preferido esperar a que Sileno te devolviera la pulsera, ya me habrías dicho que no, ¿verdad? Y además la pude ver de cerca. No es cobre, es oricalco macizo. Hay un sello bastante sofisticado grabado en ella. Dime si me equivoco, pero supongo que le tienes mucho aprecio, ¿verdad, Cuarenta y tres?

Arka sintió una oleada de odio. Fretón había sacado esas conclusiones mientras tenía la pulsera en sus manos. Aun así, había tratado de destruirla. Era una mala persona y un falso, y era el último con quien se habría embarcado en una expedición así. Pero tenía razón. Su pulsera de alas tenía para ella un valor incalculable. Y, por supuesto, aquello le brindaba una oportunidad única para husmear entre las cosas del mistógrafo.

—Está bien —gruñó—. Nos vemos después de la puesta de sol detrás de la villa de Sileno. Trae una libra de oricalco. Para ti no será difícil conseguirla, ¿no?

—No —respondió Fretón, sorprendido por el tono profesional de Arka —. ¿Qué vas a hacer con él?

—Ya lo verás —dijo Arka.

Esa noche, Arka corrió hasta su punto de encuentro, llena de aprensión ante la perspectiva de violar algunas leyes hiperbóreas. La villa de Sileno no era difícil de encontrar: brillaba como un faro en las afueras de las torres. La delicada iluminación hacía resaltar sus jardines colgantes, con vistas a los montes Ripeos. Los primeros invitados se paseaban entre las columnatas, copa en mano. Por las ventanas se filtraban notas musicales y el rumor amortiguado de conversaciones mundanas. A la entrada, un paseo flanqueado por faroles dorados recibía a los visitantes, acentuando la oscuridad que reinaba a su alrededor. Dos postillones con sus trajes inmaculados esperaban en la orilla del canal, listos para estacionar las tortugas de los invitados. El mistógrafo hacía las cosas bien.

Arka aprovechó un momento en el que la atención de los postillones se vio abrumada por la llegada del ministro para las Colonias para colarse en la plataforma que rodeaba la villa. Por el lado de las torres, la fachada estaba menos iluminada. Arka distinguió un balcón que daba a una habitación grande con unas cortinas largas. Los aposentos de Sileno, probablemente.

Su contemplación se vio interrumpida por unas voces que susurraban en tono apremiante. Dos siluetas se acercaban, medio inclinadas hacia delante y arrimadas a la pared.

—¿Crees que nos habrán visto? —dijo una de ellas. Arka reconoció la voz de Stérix.

—No, todo ha ido bien —respondió Fretón—. ¡Cuidado, no te pongas a descubierto!

—Debí pintarme la cara de negro —gimió Stérix—. ¿Y Arka?

Arka carraspeó. Los chicos dieron un respingo.

—Menudo susto nos has dado, no te habíamos visto —susurró Stérix mientras se enderezaba—. ¡Arrímate a la pared, o te verán si alguien mira desde la terraza!

—Qué va —respondió Arka—. La noche está oscura. Oídme una cosita: podíais haber esperado a poneros las capuchas cuando estuvieseis aquí. Casi lleváis escrito en la cara que estáis a punto de

robarle a alguien. ¿Y qué son estos disfraces?

Stérix y Fretón llevaban sendos monos negros muy ajustados y con capucha. Normalmente Arka se habría carcajeado, pero la perspectiva de infiltrarse en la villa con aquellos dos payasos no le hacía ni pizca de gracia.

—Son trajes de combate —dijo Stérix, levantándose la capucha—. Los uso para mis clases de artes marciales.

La imagen de Stérix entrenando con su mono ajustado era tan impactante que Arka tuvo serios problemas para aguantarse la risa.

—¿Qué haces tú aquí, Stérix? —le preguntó.

—Montará guardia —respondió Fretón en su lugar—. Traje el oricalco —agregó, sacando de su bolsillo un lingote de color cobrizo—. ¿Qué vas a hacer con esto?

—Al final vamos a llamar la atención. Hablaremos de eso cuando estemos ahí —dijo Arka, señalando el balcón que quedaba encima de ellos—. ¿Estás seguro de los sellos de detección? ¿Están totalmente neutralizados?

—Sileno nos habló al menos tres veces de la fiesta donde un huésped borracho activó un sello de detección por error y la velada se echó a perder por culpa de la alarma… Desde entonces, los apaga sistemáticamente. ¿Alguna vez atiendes en clase?

—Alguna que otra —respondió Arka—. Bien, ¿listos para escalar?

Los chicos asintieron con la cabeza, incómodos. No estaban en su elemento, al contrario que Arka. Reconfortada ante ese cambio de papeles, se impulsó y trepó por el muro gracias a los numerosos agarres que le brindaban los bajorrelieves grabados en la torre. En cuestión de segundos, llegó al balcón y salvó la barandilla con movimientos fluidos. Como ella sospechaba, el balcón daba a un dormitorio: una enorme cama con dosel se distinguía en la penumbra. Arka pisó con cautela el umbral, temiendo que saltase la alarma. Pero Fretón había estado en lo cierto: los sellos de detección estaban desactivados. Más tranquila, Arka recorrió la alcoba. Aparte de los

muebles de marquetería y tres plantas sin flores, no había nadie. Dos minutos después, Stérix apareció en el balcón resollando como un buey. Fretón completó la subida en el mismo estado. Arka se agazapó con ellos.

—No tiene sentido buscar en esta habitación —susurró—. Sileno tuvo que dejar el anillo y la pulsera en su despacho, en algún lugar de esta parte de la villa.

Stérix y Fretón estuvieron de acuerdo.

—Y el oricalco, ¿para qué lo quieres? —preguntó Fretón, molesto.

Con una sonrisa alegre, Arka encendió una llamita en la palma de su mano.

—Para hacer una copia de mi pulsera. Dados tus resultados en la Asignación, no deberías tener ningún problema con eso.

—¿Por qué no te la hiciste tú? —preguntó Fretón ofendido—. ¿Sabes cuánto me costó todo este oricalco?

—Modelar no es lo mío —respondió Arka—. Y tu bolsa de monedas no me da ninguna pena, lo siento. Aquí tienes una reproducción del sello que llevo grabado en mi pulsera —susurró, sacando de su bolsillo un dibujo arrugado—. Aparta un poco de oricalco, quizá lo necesitemos para hacer una llave.

Fretón se puso manos a la obra de mala gana, iluminado por las indicaciones y por el pequeño fuego de Arka. En poco rato hizo una pulsera muy similar a la suya por fuera, salvo por que no la haría volar.

—¿Satisfecha, Cuarenta y tres?

—Mucho —respondió Arka, deslizando la pulsera falsa en su bolsillo —. Podemos irnos.

Cruzaron la alcoba con sigilo. Arka abrió un poco la puerta y miró por el resquicio. La habitación daba a un pasillo oscuro que seguía la curva de la torre. Al fondo, dos escaleras: una para subir a la planta superior, la otra para bajar a la planta a ras de canal. Por esta última subían luz y risas amortiguadas. La fiesta del mistógrafo estaba en

pleno apogeo.

Arka salió al pasillo seguida por los dos chicos, que no las tenían todas consigo. A Stérix le castañeteaban los dientes y Fretón se rascaba como loco los granos de la cara, sobresaltándose al menor ruido.

—Vamos a echar un vistazo por aquí —dijo Arka, señalando otras tres puertas que también daban al pasillo.

La primera habitación era un cuarto de baño con cuatro barreños de piedra tan grandes como para que chapoteasen a gusto unas morsas adultas. La segunda puerta escondía una sala de masaje con una gran mesa de jade rodeada de frascos de aceites fragantes. La tercera disimulaba un pequeño gimnasio interior lleno de mancuernas y cuerdas, al que la oscuridad otorgaba un aspecto lúgubre.

—Me sorprendería que use esto mucho —susurró Stérix—. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Subamos —dijo Arka, señalando la escalera que conducía al piso superior.

Fretón miró los escalones que se perdían en la oscuridad y carraspeó.

—Alguien tiene que quedarse aquí para montar guardia —dijo como si nada—. Adelante, Stérix, te cubriré.

—Sí, buena idea, eso haremos —aprobó Stérix—. Dame el anillo falso, yo me encargaré.

Consternada por su ingenuidad, Arka vio a Stérix coger la joya falsificada y el resto del oricalco. Sacudió la cabeza; al fin y al cabo, no era asunto suyo. Seguida por Stérix, subió las escaleras con sigilo mientras Fretón se apretujaba en el hueco de la puerta del dormitorio.

Llegaron a una gran sala coronada por una cúpula pintada de oro fino. A un lado había tres ventanales triangulares que daban a los montes Ripeos. La luna había salido y proyectaba charcos de luz opalina sobre la decoración refinada del gabinete de trabajo. Estantes cargados de libros y rollos ocupaban las paredes. En el centro de la habitación había un enorme escritorio de ébano con incrustaciones de nácar. Un tragaluz flanqueaba el otro lado del estudio. Daba al atrio, donde

flotaban esferas luminosas de colores.

Escondidos tras una planta de follaje abundante que pendía de la barandilla, Arka y Stérix se arriesgaron a echar una ojeada al atrio. Abajo, una fuente refrescaba a la multitud de invitados. Un enorme instrumento musical, rematado con tubos de cristal, emitía unas notas melodiosas. Arka vio una figura conocida entre el deslumbrante baile de togas de gala.

—Ostras, mi mentor —susurró Arka—. Olvidé que vendría.

—Sileno también está aquí abajo —añadió Stérix en el mismo tono.

Retrocedieron con cautela. Stérix se dirigió al escritorio y comenzó a registrar los cajones. Mientras tanto, Arka recorría los estantes hurgando entre las pilas de pergaminos. Como había recalcado Lastyanax, no tenía idea de lo que esperaba encontrar. No tenía tiempo para leer los documentos.

—Hay un cajón cerrado con llave —susurró Stérix, arrodillado junto al escritorio.

Arka se acercó, se agachó a su lado y entornó los ojos. La luna iluminaba la cerradura como un potente reflector plateado.

—Dame el resto del oricalco —susurró.

Stérix colocó el fragmento en su palma abierta. Vio a Arka ablandar el oricalco con su ánima e introducirlo en la cerradura. Por efecto de la magia, el metal brillaba, iluminando sus movimientos.

—Pensé que no se te daba bien modelar —susurró, impresionado.

—No es difícil, solo hay que rellenar el hueco de la cerradura —explicó Arka.

—Pero ¿dónde aprendiste a hacer eso?

—En Napoca —respondió ella sin más.

Retiró su ánima del oricalco, que se endureció al instante. Con el fragmento que había quedado fuera de la cerradura, giró la llave improvisada. Se produjo un clic y el cajón se deslizó sin dificultad. Stérix metió una mano hasta el fondo del compartimiento.

—¡Aquí están! —susurró, blandiendo el anillo y la pulsera con un gesto victorioso.

Reemplazaron los objetos con sus copias y cerraron el cajón con cuidado. Arka se puso su pulsera de alas en el brazo, feliz de sentir de nuevo el peso de la joya.

Fue entonces cuando escucharon un alarido en el primer piso. Arka y Stérix se miraron, aterrorizados.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Stérix, cuyos dientes habían comenzado a castañetear de nuevo.

—¡Fretón! —exclamó Arka.

Corrieron escaleras abajo, inclinando hacia delante el cuerpo para ver lo que estaba sucediendo en el piso inferior. En medio del pasillo, una criada salía del cuarto de baño andando hacia atrás y con los ojos como platos.

—¡Ayuda!

Ella era la que había chillado. Algo en el baño la había asustado mucho. En el extremo opuesto del pasillo, Fretón seguía escondido en el marco de la puerta. Presa del pánico, la abrió y se precipitó en la habitación. Al mismo tiempo, resonaron uno pasos en el otro lado del pasillo. Un resplandor titiló en las escaleras. Alertados por el grito de espanto de la criada, los magos subían a toda prisa. Arka vio a su mentor aparecer en la parte superior de los escalones, con una esfera luminosa en la mano.

Cogió del brazo a Stérix y tiró de él hacia atrás. No sabía lo que estaba pasando, pero una cosa era segura: no les interesaba nada que los pillaran en la villa del mistógrafo, cuando acababa de tener lugar un suceso terrible. Volvieron al estudio y corrieron hasta la ventana.

—Está demasiado alto, no podremos escapar por aquí —gimió Stérix.

Un piso más abajo, Fretón había pasado por encima del balcón de la alcoba e iniciaba el descenso. Ni siquiera había tratado de advertirles. Arka gruñó y saltó al alféizar de la ventana.

—¡Móntate a caballito! —ordenó a Stérix.

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo!

Demasiado asustado para discutir, obedeció, aferrándose a su cuello. Arka avanzó hasta el borde del vacío con pasos inseguros a causa de su peso.

—¿Qué estás haciendo? —chilló Stérix.

—Espero que no tengas vértigo —dijo Arka, echando un vistazo hacia abajo.

—Siempre soñé con vivir en el primer nivel…

—¡Mala suerte! —exclamó Arka.

Y saltó.

Durante medio segundo, descendieron en caída libre. Stérix hipó de espanto. Arka apretó el pulgar contra el sello de la pulsera de alas. Sonó un clic y la pulsera se desplegó, cubriendo su pecho de finas plumas metálicas con reflejos cobrizos. Las plumas se multiplicaron y, saliéndole desde los omóplatos, formaron dos enormes alas de rapaz.

Arrastrados por la caída, rozaron la plataforma de abajo, delante de las narices de un aturdido Fretón. Arka sintió que su caja torácica acariciaba los mosaicos antes de que el vacío se abriera de nuevo frente a ella. A su espalda, Stérix gritaba y se aferraba a ella, casi estrangulándola. Una torre apareció en medio de la oscuridad mientras volaban derechos hacia ella. Justo antes de chocar, Arka viró; las plumas timoneras de oricalco chirriaron al arañar la piedra. Arka descendió para esquivar un canal volado, se elevó para pasar por encima de otro y voló entre dos torres. Lastrada por el peso de Stérix, perdía altitud muy deprisa. A esa velocidad, acabarían por estrellarse.

—¡Vamos a tener que amerizar! —gritó a Stérix mientras evitaba por poco la forma oscura y colosal de una torre.

Él le respondió con un aullido de agonía.

Viendo un canal largo en el segundo nivel, Arka se desvió del curso y se lanzó en picado hacia la lengua de agua plateada.

—Uno…

Extendió las alas al máximo y llegó al canal en vuelo rasante.

—Dos…

Arka miró el agua que discurría entre las dos orillas y de repente recordó que no sabía nadar.

—¡Y tres!

Sin romper la fluidez del movimiento, plegó las alas formando un capullo y apretó la mano contra su pecho. Inmediatamente, las plumas fueron retrocediendo hasta adoptar la forma de una pulsera en su muñeca. Arka y Stérix cayeron como una piedra, causando una ola en el canal. Sumergida en el agua oscura y fría que le llenaba la nariz, sintió que se hundía. Stérix seguía aferrado a su cuello y la arrastraba hasta el fondo. Ella trató de zafarse y le clavó un codo en las costillas al chico, que finalmente la soltó. Arka boqueó, atrapada en un torbellino de burbujas y algas viscosas.

De repente, sus alpargatas tocaron el fondo del canal. Con una patada reforzada por el efecto de la magia, se propulsó desde el limo del fondo y subió como si fuera un pedazo de corcho, hasta que perforó la superficie del agua salpicando por todas partes. Moviendo los brazos con gestos frenéticos, recorrió la distancia que la separaba del borde y subió al muelle, exhausta. Stérix llegó a la otra orilla en el mismo estado.

Se quedaron inmóviles unos instantes, jadeando, asombrados de seguir vivos.

—Pero ¡si es esa roñosa ladronzuela de tortugas!

Sin aliento aún, Arka giró despacio la cabeza. A pocos pasos de allí habían aparecido tres siluetas gigantescas. Soltó una exclamación cargada de desprecio.

—¿Qué está pasando, Arka? —hipó Stérix al otro lado del canal—. ¿Quiénes son esos?

—¡Somos los Trillizos Titánicos! —barritó Ari.

—Qué nombre tan estúpido —dijo Arka—. ¿No tuvisteis suficiente con la paliza de la última vez?

Se frotó la cara y se levantó, chorreando agua sucia. Desde la orilla opuesta, Stérix seguía la discusión con absoluta perplejidad.

—Arka… —gimió.

—No te preocupes, Stérix, vuelve al séptimo nivel, yo me encargaré —respondió, retorciéndose la túnica empapada para escurrirla.

—¡Es ella! —berreó Alci.

Sacó un objeto de su bolsillo y se lo tiró. El proyectil explotó a sus pies con un estrépito de cristales rotos. Un vapor púrpura de olor dulce se extendió alrededor de Arka.

«Una esfera de somnolencia. Diablos», pensó Arka antes de quedar inconsciente.

Lastyanax

Dos horas antes, Lastyanax entraba en casa del mistógrafo por la puerta principal. Si hubiera tenido que entrar por el balcón del primer piso, como Arka, no se habría sentido más incómodo. Desde su llegada al séptimo nivel cinco años antes, no había tenido la oportunidad de asistir a ese tipo de recepciones. A veces los mentores llevaban a sus discípulos a fiestas para presentarlos a la flor y nata de la sociedad hiperbórea. Pero a Palatès no le gustaba la frivolidad, el summum para un político, y prefería dedicar su tiempo libre a la búsqueda de objetos raros y no tan raros, arrastrando a Lastyanax con él hasta el último rincón de Hiperbórea. Como resultado, conocía la ciudad como la palma de su mano, pero a cambio no tenía ninguna experiencia en recepciones mundanas.

Su primer error fue llegar temprano. Los magos importantes llegaban al menos una hora tarde, era un hecho de todos sabido. Lastyanax se encontró deambulando entre la escasa multitud de invitados, vaso en mano, en busca de alguna cara familiar. La recepción tenía lugar en el enorme atrio de Sileno, en cuyo centro había un gran órgano hidráulico alimentado por una fuente. Lastyanax lamentó la ausencia

de Pétrocle. Seguía enfadado con el mistógrafo por no invitarlo, aunque tenía que reconocer que su amigo no había hecho muchos esfuerzos para merecer su presencia. Acabó encontrando a dos compañeros de clase que eran de los menos brillantes. Ellos, entusiasmados al verse en compañía de Lastyanax, se pavonearon describiéndole las responsabilidades menores de sus pinitos profesionales. Sus bromas carecían de gracia. Lastyanax escuchó sus historias distraídamente mientras acechaba por si veía aparecer a Pirra. Si ella lo veía hablando con esos dos…

Aparte del mistógrafo, que pululaba de un invitado a otro, solo había llegado un mago notable: Triérios, el ministro para las Colonias. Lastyanax lo vio cabeceando al lado del órgano hidráulico, con un vaso en cada mano. Se disculpó con sus dos compañeros, que lo vieron marcharse, con cara de chasco. A pesar de lo temprano de la hora, Triérios tenía ya las pupilas encharcadas en aguamiel.

—¡Aaaah, Lastyanax! Acérquese —dijo, agarrándole por el hombro con familiaridad—. Hermosa toga —comentó después de echar un vistazo a su atuendo.

—Gracias —respondió Lastyanax.

Decidido a no repetir el error de vestimenta del Premio del Basileus y escarmentado por las observaciones de Aspasia, había recurrido a los servicios de un reconocido modista. Después de tres horas de pie en un taburete, vetando las ideas más extravagantes del sastre («pero si esta seda floreada le sentaría de maravilla…»), Lastyanax había salido con una toga azul noche de una elegancia discreta.

—Nadie diría que proviene del primer nivel —continuó Triérios, con la franqueza desinhibida del borracho—. Debe de tener mucho éxito entre las señoritas.

Marcó su comentario levantando las cejas con aire pícaro. Lastyanax pensó en Aspasia y se apresuró a tragar un sorbo de aguamiel para borrar el recuerdo de esa conversación. La hermana de Pirra no era la única que desplegaba estrategias de seducción: desde hacía poco tiempo, las hijas de los magos no le quitaban ojo. En dos ocasiones

había tenido que esquivar a sendas viudas que intentaron invitarlo a una comida familiar. Pero sospechaba que ese repentino interés se debía a su condición de ministro y no a su encanto personal.

—Hablando de mujeres, ¡aquí está uno de los ejemplos más admirables! —Triérios exclamó, mirando por encima del hombro.

Lastyanax giró el cuello, seguro de ver a Pirra llegando con Rhodope. Pero Triérios se refería a la camarera rubia que había trabajado ya en el Premio del Basileus, y que se acercaba con una bandeja.

—Venga por aquí, niña —dijo Triérios, saludándola—. Le doy… esto —dijo, colocando sus dos vasos vacíos en la bandeja—. Y cojo… esto —agregó, agarrando dos copas.

Mientras la camarera se alejaba, el mistógrafo ofreció una de las copas a Lastyanax.

—¿Por qué deberíamos brindar, Lastyanax?

—¿Por la utilidad del Consejo? —gruñó este.

En las últimas reuniones, todas sus sugerencias habían sido en el mejor de los casos educadamente ignoradas, y en el peor de los casos desestimadas con desdén. Por ejemplo, su propuesta de colocar redes en cada peaje para filtrar el agua de los canales había sido descrita como una empresa costosa por el Gran Tesorero. Por lo tanto, Lastyanax había decidido pagar la instalación de las redes él mismo. A fuerza de atosigar a los funcionarios del Magisterium, logró poner de nuevo en funcionamiento cinco de los quince sellos rotos de purificación del aire. Estas iniciativas habían sido un gran éxito entre la plebe. Sin embargo, el Consejo seguía haciendo oídos sordos a sus ideas e incluso parecía que su creciente popularidad les irritaba. El único que lo apoyaba era Triérios.

—Vamos, vamos, no se desespere tan rápido —respondió Triérios jovialmente—. Cuando haya servido tantos años como yo en el Consejo, tendrá derecho a estar desesperado. Dicho esto, me pregunto si seguiré mucho tiempo —agregó, mirando el fondo de su copa con un aire sombrío.

—¿Por qué? —preguntó Lastyanax, sorprendido.

—Ya sabe por qué. El destino de las colonias tiene cada vez menos interés para el Consejo —dijo Triérios—. Aunque he solicitado audiencias privadas al Basileus para recordarle que son nuestra principal fuente de alimentos y vino, él sigue queriendo venderlas a Licurgo. ¿Sabe que cambió la península de Ogigia por un viejo rocho? Sí, acabamos de quedarnos sin la colonia más rica en minas, por un animal de compañía.

Meneó la cabeza y se bebió la copa de un trago. Lastyanax estaba a punto de pedirle más detalles, cuando Triérios miró un punto en la multitud con una expresión aterrorizada.

—Parece que sus amigos quieren saludarle —dijo como con prisa —. Le dejaré a solas con ellos.

Se fue a toda prisa. Desconcertado, Lastyanax se volvió para ver a qué amigos se refería.

Pirra iba hacia él acompañada por un Rhodope radiante. Al parecer, Triérios aún no se había recuperado de su fallido almuerzo con la joven. A su vez, Lastyanax tampoco se había hecho a la idea de que salía con Rhodope. Este, más fanfarrón que nunca, iba saludando a todo el mundo, rodeando orgulloso con un brazo protector los hombros de su chica, a la que se veía molesta en grado sumo por ser exhibida así.

—¡Laaast! —exclamó Rhodope, abalanzándose sobre él y arrastrando a Pirra detrás.

—Hola, Lastyanax —saludó Pirra, apresada aún bajo el brazo de Rhodope.

Se soltó con un movimiento del hombro y abrazó a su amigo afectuosamente. Sorprendido y encantado a la vez, Lastyanax se preguntó a qué venía semejante demostración de cariño. Desde luego, no entendía a las chicas. Pirra se apartó y miró la copa que tenía en la mano.

—¿Qué es? —dijo—. ¿Aguamiel? Perfecto.

Le quitó la copa de sus manos y la vació de un trago, como había hecho Triérios. A su lado, Rhodope hizo ademán de ir a echarle otra vez el brazo sobre los hombros, pero Pirra se hizo a un lado y exclamó:

—¡Oooh, un órgano hidráulico!

Lastyanax volvió a sorprenderse con la actitud de la joven. En circunstancias normales, jamás se habría extasiado ante un órgano hidráulico; ella misma tenía uno en su casa, mucho más bonito que el de Sileno. Cuando Rhodope volvió a la carga con su brazo, Pirra fingió acercarse al instrumento para escuchar al organista. Lastyanax terminó de captar que se trataba de una estrategia para esquivarlo. Y se alegró.

—¿Querrías tocarnos una canción, Pirra? —preguntó con una gran sonrisa.

—¡Sí! —exclamó ella, aliviada.

Rodeó el órgano y ordenó a su ocupante que se largase de inmediato. Los invitados interrumpieron sus conversaciones y volvieron la cara hacia el instrumento, que había enmudecido de pronto. Indiferente a todas las miradas fijas en ella, Pirra se recogió la falda de la toga y se sentó en el banquito. Por un momento, reinó un silencio perfecto en el atrio. Incluso la fuente pareció dejar de echar agua también. Entonces Pirra apoyó las manos en el teclado y comenzó a tocar una pieza compleja, llenando el salón con una melodía impetuosa, muy diferente de las baladas populares que el organista había estado interpretando poco antes. Los invitados murmuraron, impresionados por su virtuosismo y conmocionados al ver a una mujer de la alta sociedad hiperbórea ofreciendo un espectáculo. A Lastyanax le entraron ganas de reírse. Esa era la gran Pirra, la Pirra fantástica y libre a la que había admirado desde la Asignación, antes de que se convirtiera en una insolente adulada por todo Hiperbórea.

—¿Sabe tocar el órgano? —preguntó atónito Rhodope a su lado.

—Desde pequeña, cada vez que sus padres salían de casa, ella aprovechaba para sentarse al teclado —respondió Lastyanax.

Lamentó aún más la ausencia de Pétrocle. El año anterior, a menudo iban juntos a la villa de Pirra para escucharla tocar el órgano y fingían estudiar en cuanto sus padres regresaban. El genio musical de Pirra los tenía tan desconcertados como su determinación de convertirse en maga. No entendían de dónde le venía esa excentricidad, cuando sus otras tres hijas tenían ocupaciones mucho más razonables, como organizar fiestas para encontrar un buen partido. Después de la conmoción de su éxito en la Asignación, la madre de Pirra se lo tomó como la manera perfecta de echarle el guante a algún candidato a esposo. Y se había llevado un buen chasco al descubrir que los amigos de su hija, Lastyanax y Pétrocle, ni siquiera provenían del séptimo nivel. Pero en aquel entonces a Pirra le daban igual sus críticas. Lastyanax habría dado lo que fuera por volver a esos días, tan recientes y a la vez tan lejanos.

—Es verdad que erais muy amigos Pirra, Pétrocle y tú —comentó Rhodope—. ¿Cuándo dejasteis de ir los tres juntos? ¿Cuando empezaste a salir con Pirra o cuando ella te plantó, dos décadas después?

En un abrir y cerrar de ojos, la nostalgia se fue al garete. Aturdido, Lastyanax se volvió hacia Rhodope. ¿Cómo sabía que…? Nadie estaba al corriente de su breve romance. Ni siquiera Pétrocle lo sabía, aunque ciertamente había tenido sus sospechas al respecto. De la noche a la mañana, Pirra y Lastyanax habían dejado de dirigirse la palabra. Y su relación había ido agriándose desde entonces.

—No me mires así, Last —dijo Rhodope con una sonrisa burlona —. Solo repito lo que ella misma me contó. De todos modos, lo superaste, ¿no?

Lastyanax permaneció en silencio. Se volvió hacia Pirra, que lo observaba a través de los tubos de cristal del órgano hidráulico sin dejar de extraer del instrumento una melodía que nunca antes había salido de sus entrañas. Era la primera vez en su vida que realmente la odió. Estaba dispuesto a perdonarle todas sus burlas porque tenía la decencia de decírselas a la cara. Pero solo de pensar que se mofaba de él con Rhodope…

—Dale las gracias de mi parte por el recital —dijo Lastyanax sin más.

Dio media vuelta y desapareció entre la multitud de magos. Detrás de él, el órgano hidráulico enmudeció.

Pirra estaría yendo a reunirse de nuevo con Rhodope y ambos seguirían riéndose de su sino. Y a él qué más le daba. Ya no tenía nada con Pirra.

—¡Querido Lastyanax! No te marcharás ya, ¿verdad?

Abriéndose paso con su panza entre la marea humana, el mistógrafo se plantó a su lado en dos brincos. Charlar sobre tonterías con su antiguo profesor era lo último que deseaba hacer Lastyanax.

—Disculpe, el Consejo se reunirá en dos días, tengo que… —comenzó, con la mitad del cuerpo vuelta hacia la salida.

—Vamos, vamos, todo eso puede esperar —lo interrumpió Sileno, cortándole el paso con una agilidad insospechada para un hombre como ese corpachón—. ¡Mira a tu alrededor, todos los ministros están aquí! Incluso el Eparca se ha dignado a venir a mi guateque, para que veas si importa poco el próximo consejo. A decir verdad, ni el mismísimo Basileus podrá esperar un ramillete tan nutrido de invitados para su aniversario en el puesto. Y voy a pronunciar dentro de nada un discurso en honor a tu promoción, en el que se te menciona en términos elocuentes varias veces. Sería una pena que te lo perdieras, ¿no crees?

Abrumado por el entusiasmo de su antiguo profesor, Lastyanax buscó una excusa para desaparecer. Estaba a punto de responder cuando se oyó un alarido en el atrio. Todas las conversaciones cesaron al instante.

—¿Qué ha sido eso? —dijo el mistógrafo con voz temblorosa.

Lastyanax oyó el silencio que se había hecho en la villa, mirando hacia el techo. De repente, una voz de mujer gritó: «¡Ayuda!». Por un momento temió que fuera Pirra, pero el grito provenía de una escalera a oscuras, en un lado del atrio.

Una esfera luminosa levitó hasta sus manos mientras él corría hacia la

escalera seguido por el mistógrafo. Con el globo en una mano, subió los escalones de cuatro en cuatro y enfiló por un pasillo oscuro. Una mujer estaba inmóvil, con los ojos fijos en una puerta abierta frente a ella. Como estaba en estado de shock, no se dio cuenta de su llegada. Lastyanax reconoció a la criada favorita de Triérios.

Se acercó a ella con la esfera sostenida delante de sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a la mujer, a cuyo rostro parecía faltarle una mitad por efecto del claroscuro.

Sin decir una palabra, señaló la puerta. Lastyanax levantó la bola luminosa. Detrás de la hoja de la puerta se adivinaban cuatro bañeras de mármol en un cuarto de baño a oscuras.

—Hay un… un… Allí —tartamudeó la criada, señalando con una mano temblorosa el receptáculo de mayor tamaño.

Con el corazón desbocado, Lastyanax entró en el cuarto. La luz de la esfera se deslizó sobre los mosaicos, sobre los tarros de ungüentos, sobre los muretes de mármol. Una silueta apareció en la segunda bañera. Lastyanax boqueó de estupor.

Hay que recordar que era el segundo cadáver que descubría en tres meses.

El segundo de un ministro, para colmo.

En el fondo de la piscina, bañado en un charco rojo oscuro, Triérios lo miraba fijamente con las manos todavía aferradas al cuello, como si tratara de cerrar la herida que una hoja le había abierto en la garganta.

8

El clan del Loto Azul

Lastyanax

La fiesta del mistógrafo terminó antes de tiempo. Tan pronto como se difundió la noticia, la mitad de los invitados se marchó sin dilación; la otra mitad remoloneó esperando obtener detalles morbosos. Pero como nadie se los dio, los rezagados acabaron cansándose y se fueron también a casa. Mientras tanto, la policía había llegado para tomar testimonio a la criada y a Lastyanax. Ninguno de los dos había percibido nada que ayudara a los investigadores a entender las circunstancias de la muerte de Triérios. La criada había ido al baño a limpiar su túnica manchada de vino debido a la torpeza de un invitado. Y no había descubierto el cuerpo hasta que fue a salir, ya que lo tapaba el murete de la piscina. Nadie había visto subir a Triérios ni nada fuera de lo normal. Solo un mago borracho afirmó haber visto un pájaro gigante salir volando de la villa mientras se tomaba una copa en la terraza, pero él mismo se preguntó si aquella visión no debía atribuirse al aguamiel.

Lastyanax vio a los sirvientes del mistógrafo envolver el cuerpo en una sábana de lino y llevar su carga manchada de sangre a la villa del difunto. Salió al pasillo para escapar de la atmósfera morbosa del lugar. Esta vez no tenía la menor duda: había sido un asesinato. Triérios había sido degollado limpiamente en plena fiesta. Pero ¿qué hacía en el primer piso, en un baño? ¿Qué lo atrajo allí arriba? Y, sobre todo, ¿quién lo había matado?

A su lado, hecha un ovillo en las escaleras, la criada lloraba en silencio. Originaria del tercer nivel, había tenido la suerte de conseguir una plaza en un servicio de intendencia con buena reputación. Tan pronto como se enteró de su presencia en el primer piso, el mayordomo la mandó bajar: a los sirvientes no se les permitía entrar en los aposentos privados. Lastyanax sacó un pañuelo de su

bolsillo y se lo entregó sin decir una palabra. Ella le dio las gracias con un leve gesto de la cabeza.

Bajó las escaleras, frunciendo el ceño. Dos ministros asesinados, más la agresión fallida en su contra: alguien quería deshacerse de los miembros del Consejo. Pero ¿con qué propósito? Ningún ministro era insustituible. ¿Tal vez Triérios también albergaba sospechas sobre Temiscira? De haber sido así, lo más probable era que el misterioso emisario de Licurgo estuviera detrás de ese crimen.

En la planta baja, Sileno deambulaba por el atrio en estado de shock, entorpeciendo la tarea de sus sirvientes que estaban guardando las mesas y volviendo a colocar en su sitio las estatuas. Lastyanax pensó por un momento en las sospechas de Arka sobre el mistógrafo. No tenía sentido. Nadie podía fingir así de bien. Incluso la barriga del viejo parecía rebotar menos de lo habitual, como si la noticia de un asesinato en su propia casa lo hubiera desinflado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Lastyanax.

Sileno lo miró como si acabara de despertarse.

—Ah, eres tú, Lastyanax. Bien, supongo. No soy el que ha sido degollado. Aaah, ¿en qué clase de mundo vivimos?

Su panza se estremeció de aflicción.

—Un mundo complicado —respondió Lastyanax, pensando en Pirra—. ¿Cree que este asesinato tiene algo que ver con el emisario del que me habló? —agregó en voz baja.

Sileno se encogió de hombros y dijo en el mismo tono, haciendo como si se fijase en los movimientos de los sirvientes:

—Me sorprende que esté usando un método tan obvio de asesinato. ¡Asesinar a un ministro en mi casa, en una recepción en la que había congregados al menos un centenar de magos! Si hubiera querido proclamar al mundo su deseo de interferir en la política hiperbórea, no podría haberlo hecho mejor.

—Es extraño —respondió Lastyanax, pensando en el ataque que había sufrido él.

Hasta entonces, había estado convencido de que el perpetrador tenía la intención de encubrir su asesinato y hacer creer que había sido un accidente, al igual que con Palatès. Pero en este caso, ¿por qué habría matado a Triérios de una manera tan espectacular? Tal vez este asesinato no había sido encargado directamente por Licurgo. Otros políticos hiperbóreos sin duda se beneficiaban de la venta de las colonias, empezando por el Eparca, el primero en oponerse a Triérios. Pensativo, Lastyanax se despidió del mistógrafo y se marchó. Al final del paseo de los faroles, los postillones se habían sentado en la orilla del canal para descansar un poco después de la repentina afluencia de invitados que habían venido a recoger sus tortugas. Estaban hablando animadamente sobre el asesinato, dándole la espalda.

—Debe de haber algún trasfondo político, en el Magisterium son todos unos corruptos.

—Apuesto a que el muerto les debía oro a los clanes. Mi hermana trabaja de lavandera en su choza y me dijo que el tal Triérios llevaba siempre a casa vinos de contrabando y chicas del primer nivel. Parece ser que se lo suministraba el Loto Azul.

—¿El Loto Azul? —repitió Lastyanax.

Era la segunda vez que ese nombre aparecía relacionado con los asesinatos, y esta conexión acrecentaba las sospechas de Lastyanax sobre el Eparca. Fiel a su política de alianza con los clanes, Mézence dejaba en manos del hampa la misión de asegurar el orden en el primer nivel. A cambio, no era ningún secreto que los mafiosos le daban una parte significativa de los ingresos de sus actividades: prostitución, extorsión, contrabando. Si Triérios debía dinero al Loto Azul, también debía dinero al Eparca.

Los postillones dieron un respingo y se miraron, cortados.

—Sí, el clan del Loto Azul, maestro —repitió a toda prisa el que acababa de hablar—. Bueno, es lo que dice mi hermana, no sé. ¿Le traigo su tortuga, maestro?

Lastyanax suspiró y le tendió su ficha. Si no hubiera sido mago, los postillones no habrían dudado en contarle más cosas. Pero era mago y

siempre había que ir con cuidado al hablar con uno.

—Sí, adelante.

El sirviente salió pitando hasta el lugar donde tenía estacionada su tortuga y desapareció en la oscuridad de la noche. Al poco, se oyó a alguien correr hacia ellos a toda velocidad. Lastyanax pensó que sería el postillón que volvía. Pero el recién llegado iba vestido con un mono ajustado negro y parecía haberse empapado hacía poco en un canal. Se detuvo frente a él, sin aliento. Lastyanax reconoció a Stérix, sobrino del Sumo Bibliotecario.

—Maestro… Lastyanax —lo saludó el chico, jadeando—. Su discípula, Arka, ha sido secuestrada por unos matones. Le arrojaron una esfera de somnolencia y se la llevaron. Eran tres y tenían un nombre de banda extraño. La Aterradora Tríada… No, no era así. El Trío Tórrido… Tampoco… ¡Ah, sí!, ya me acuerdo: ¡los Trillizos Titánicos!

Arka

Había herido al pirómano. Chirone… No, no podía pensar en Chirone. Aún no. No cuando toda su energía estaba concentrada en huir. Tenía que correr, sin parar. A su alrededor, los eucaliptos estaban ardiendo como hebras de yesca. La sequía de las últimas décadas había convertido sus largas hojas en el combustible perfecto. Arka notaba cómo crujían bajo sus pies a medida que huía por el sendero a toda velocidad. El humo era tal que no podía ver tres pasos por delante de ella: solo su conocimiento del terreno la impedía caer. De tanto en tanto aparecían troncos entre la densa humareda gris, como fantasmas en un decorado infernal. Empezaba a marearse por la falta de aire. Sus piernas no la sostendrían mucho más tiempo, ya empezaba a ralentizar la cadencia de sus zancadas. De repente, un amplio agujero de luz perforó el humo. Frente a ella estaban las suaves aguas negras del Termodonte reflejando el resplandor rojo del fuego. No sabía nadar. Aun así, se tiró al agua…

Lo primero que Arka sintió cuando despertó fue un dolor de cabeza insidioso. Con los ojos cerrados, se masajeó el chichón que le adornaba una de las sienes. «¿Dónde me he hecho yo esto?», se preguntó. Estaba acurrucada en una posición incómoda, con la

espalda apoyada en una pared fría y las piernas flexionadas de lado. Fue recordando cosas a retazos: la incursión en casa del mistógrafo, el vuelo planeando, los trillizos y su esfera de somnolencia.

Arka abrió los ojos, con la mente aún abotargada. Su ropa todavía estaba mojada: había pasado poco tiempo desde su encuentro con los trillizos. Se hallaba en la parte inferior de una especie de pozo seco, cerrado cuatro pasos más arriba por una gruesa reja de hierro. Estaba excavado en el suelo de una habitación iluminada, ya que se filtraba algo de luz por la boca circular del pozo. Los trillizos debieron de arrojarla dentro, lo que explicaba el bulto.

Se levantó despacio, apoyándose en la pared. Sin duda se encontraba en el primer nivel, el único lugar de Hiperbórea en el que se podía cavar un pozo. En medio de la penumbra, sus dedos recorrieron las rugosidades de la roca. Por estúpidos que fueran, los trillizos habían logrado encarcelarla. Se preguntó si Stérix había tenido tiempo de escapar. La situación no era para alegrarse, pero Arka se había encontrado en lugares mucho más peligrosos. Meneó la cabeza para espabilarse y miró la reja. Un poco de levitación, un sello explosión en los barrotes y, listo, estaría fuera.

Cerró los ojos y se concentró para iniciar la levitación. Pero no pasó nada: su ánima estaba como estancada, pasiva, y no salía de los límites de su cuerpo.

«Debe ser por la esfera de somnolencia», pensó. Repitió la operación una docena de veces, sin éxito. Diez minutos más tarde, sus pies aún no habían despegado del suelo. Los efectos de la esfera, sin embargo, deberían haberse disipado ya. Arka tenía la mente despejada, los sentidos alerta. ¿Por qué no podía hacer magia?

Recordó entonces la primera clase de mistografía. Había cuatro límites: el cansancio, la distancia, el frío y… el azur vivo. Arka cerró los ojos, horrorizada ante su falta de perspicacia. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes? Estaba encerrada en una zona azul.

Desde el incendio en el bosque de las amazonas, nunca había estado

en un lugar así. Después de todo, los trillizos no eran tan estúpidos. En cuanto a cómo habían logrado obtener azur vivo… Era una sustancia que solo las amazonas tenían.

Arka escudriñó la pared, buscando el reflejo azulado del metal. No había nada. Sus captores no habrían dejado el azur vivo al alcance de su prisionera, por lo que las pepitas tenían que estar en algún lugar de la habitación, encima de ella.

Estaba sumida en sus cavilaciones, cuando un sonido de engranajes fuera del pozo llamó su atención.

—Aaah, ¿creías que podías insultarnos impunimente? —rugió la voz de Alci.

—Se dice impunemente, gordo rebosante de sopa —dijo la voz de Lastyanax.

Arka oyó que alguien arrastraba por el suelo a alguien. Luego, Alci apareció tras las rejas, agarrando con su manaza el cuello de un Lastyanax rojo y magullado. Alci abrió la reja con brusquedad y lo arrojó al pozo. Al momento siguiente, Arka se encontró en el suelo, aplastada por el peso de su mentor. Lastyanax se levantó enseguida y tosió.

—¿No te he roto nada, Arka?

—Me alegra haberle servido para amortiguar la caída, maestro —masculló Arka, frotándose las costillas doloridas—. ¿Qué hace aquí?

Lastyanax miró a la parte superior del pozo. Alci había desaparecido.

—Stérix se abalanzó sobre mí cuando salía de la recepción de Sileno —respondió, alisándose la toga—. Resumiendo: me contó que los trillizos te habían secuestrado.

—Y ha venido a por mí —concluyó Arka con una sonrisa ingenua.

Lastyanax se preocupaba por ella como para acudir a rescatarla, aunque su acto de valentía había resultado inútil, ya que ambos estaban encarcelados y sin posibilidad de recurrir a la magia.

—Eh… esto… claro, ejem —murmuró Lastyanax—, vine a salvarte,

eso es.

—¿Cómo encontró a los trillizos?

—Esto… pues… Los conozco bien, solían divertirse empujándome a los canales cuando era pequeño —respondió, pasando una mano por su cabello con una mirada avergonzada—. Creo que fue gracias a ellos que quise convertirme en mago —agregó, frunciendo el ceño—. Y encontrarte no fue muy difícil, fui al sector del Loto Azul y empecé a decir todas las barbaridades que se me ocurrieron sobre los trillizos. Llegaron en menos de diez minutos. Pero hay que decir que mis insultos eran muy atinados —dijo Lastyanax.

Arka imaginó a su mentor, tan refinado, insultando a los matones en el primer nivel con su toga de gala. Pensar que se había rebajado a tamaña vulgaridad la reconfortó un poco.

—¿Gordo rebosante de sopa? —apuntó ella.

—Empezaba a quedarme sin inspiración —se defendió Lastyanax —. Bueno, ya me explicarás más tarde qué has hecho para acabar en este agujero. Salgamos de aquí, lo primero. Veamos, un poco de levitación…

—Ejem… ¿Maestro?

—Un sello de explosión y…

—¿Maestro?

—¿Qué?

—No se puede hacer magia en el pozo.

Lastyanax parpadeó.

—¿Qué dices? —Sin esperar su respuesta, extendió la palma de la mano hacia delante. No pasó nada—. Tenías razón —comentó, mirando su mano, desconcertado—. ¿Qué está pasando aquí? No hay limitación ni por distancia, ni por cansancio, ni por frío… ¡Ja! Estamos en una zona azul.

Miró de nuevo su mano, fascinado por el fenómeno. Arka cruzó los brazos, molesta. Lastyanax había deducido en dos segundos lo que ella

había tardado un cuarto de hora en entender.

—Hay una cantidad significativa de azur vivo en algún lugar de los alrededores —se apresuró a decir antes de que él sacara otra conclusión.

—Sin duda —respondió Lastyanax—. Ha tenido que llegar de contrabando. Contrabando que fue identificado en los registros del caravasar —agregó con desconcertante facilidad—. Vamos a tener que registrar este lugar. Pero, antes, ¿cómo vamos a salir de esta guarida? —murmuró para sí mismo.

—A mano —propuso Arka en tono alegre—. ¿Alguna vez ha oído la palabra «aupar», maestro?

Cinco minutos más tarde, estaba encaramada sobre los hombros de su mentor con las manos extendidas hacia los barrotes.

—Bueno, ¿qué, llegas o no? —preguntó Lastyanax con voz ronca —. Que no eres una pluma, que se diga.

—Y usted no es muy estable, que digamos —gruñó Arka, estirándose de puntillas para tratar de llegar a la reja.

Mientras Lastyanax seguía gimiendo, agarró un barrote y, con la ayuda de su mentor que la empujó impulsándola con las manos en los tobillos, se aupó hasta la reja. Los barrotes eran macizos, imposibles de doblar. Arka enganchó los pies en dos de ellos y metió una mano por uno de los huecos, de espaldas al vacío. Sus dedos encontraron el pestillo.

—Está cerrado. ¿Sabe cómo forzar una cerradura, maestro?

—Soy un mago.

—Una cosa no quita la otra.

—Cállate y baja de ahí.

Con un suspiro, Arka dejó caer las piernas, colgando, soltó la puerta y aterrizó junto a Lastyanax, que examinaba con cara de malas pulgas las marcas de pisadas que le había dejado en los hombros.

—A mano, ¿eh?

—Si tiene una idea mejor, soy toda oídos —replicó Arka.

—Pues sí, tengo una —respondió Lastyanax—. Esperar.

Se dejó caer resbalando contra la pared hasta quedar sentado en el suelo, con las rodillas flexionadas delante de él. Tras un momento de vacilación, Arka lo imitó. Se puso a sobarse el extremo deshilachado de la manga, avergonzada de pronto por ser la responsable de que estuvieran ambos en semejante tesitura. Pero tampoco le había pedido a su mentor que fuera a rescatarla. Además, lo conocía lo bastante para adivinar que no había ido allí solo por salvarla. A su lado, Lastyanax apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—¿Por qué te han traído aquí los trillizos?

—Pues… —comenzó Arka, avergonzada—. Digamos que… ejem… Tomé prestada una de sus tortugas para ir al séptimo nivel y aquello no les hizo mucha gracia.

Lastyanax abrió un ojo.

—¿Prestada, dices?

—¡Tenía la intención de devolvérsela! —respondió Arka, ofendida—. Pero fueron a por mí y la cosa no terminó bien. Desde entonces, han estado tratando de vengarse. Y parece que acabarán consiguiéndolo —agregó.

Se hizo un silencio. Arka estaba sorprendida y aliviada a la vez por la falta de curiosidad de Lastyanax sobre su situación, que confirmaba su intuición de que no solo había ido allí a rescatarla. Por desgracia, el alivio duró poco.

—¿Qué hacíais Stérix y tú en el segundo nivel en plena noche?

Arka hizo esfuerzos para encontrar alguna excusa que explicara su presencia allí, cualquier cosa que no implicara entrar a escondidas en casa del profesor de mistografía y vulnerar media docena de leyes hiperbóreas.

—Habíamos ido a dar una vuelta —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿En plena noche?

Arka no supo qué decir. Lastyanax se rascó la cabeza, tosió y miró la parte superior del pozo como si estuviera esperando el regreso de su secuestrador.

—Arka —empezó—, es mi deber, como mentor, recordarte que debes centrarte en tus estudios…

Arka asintió educadamente con la cabeza.

—Sé lo que se siente, yo también he tenido tu edad —continuó en tono paternal—. El comienzo de la adolescencia, los primeros sentimientos, los abrazos a la luz de la luna…

—¡Ah, no! ¡Para nada! —exclamó Arka horrorizada.

Pero al instante se dio cuenta de que era mejor mantener la versión de Lastyanax. Ni siquiera tenía que inventarse un embuste para explicar su presencia en el segundo nivel.

—Bueno, sí, claro, tiene razón, maestro —dijo, con el corazón palpitándole a toda velocidad—. Prometo… ejem… no volver a distraerme más.

Lastyanax asintió con la cabeza; la discusión estaba zanjada. Se reclinaron contra la pared y suspiraron a la vez. Arka cerró los ojos para expulsar de la mente la imagen de su mentor hablándole de besos a la luz de la luna. Por lo menos, no tenía ni idea de que había ido a la casa del mistógrafo. Entonces, recordó el alarido de la criada. ¿Qué había pasado?

—¿Y en su fiesta todo bien, maestro? —preguntó Arka sin rodeos. Lastyanax la miró con aire desconfiado.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo curiosidad —improvisó Arka—. Los discípulos no hablaban de otra cosa en clase.

—Y van a seguir hablando —respondió Lastyanax—. El ministro para las Colonias apareció muerto en la bañera de Sileno. Y esta vez no hay duda de que fue asesinado.

Arka se puso de pie, abriendo mucho los ojos.

—¿Asesinado? ¿Por quién? ¿Un hombre de Licurgo?

—Lo dudo. Es demasiado serio el asunto. Apostaría por el Eparca. Es a quien más interesaba deshacerse de Triérios. Era el único que se oponía a la venta de las colonias, sin contarme a mí, por supuesto. Y Triérios debía dinero al clan del Loto Azul, que cobra sobornos para el Eparca. Vamos, que tenía una segunda razón para venir a rescatarte.

—¡Ah, entonces jugamos a ser encarcelados cuando en realidad estamos investigando al clan del Loto! —exclamó Arka—. Me encanta su manera de contar las cosas, maestro.

—Esperaba cualquier cosa menos una zona azul —reflexionó Lastyanax, ignorando su comentario—. ¿Cómo logró el Loto obtener una cantidad tan grande de azur vivo? ¿Y qué piensa hacer con él?

—El azur vivo seguramente provenga del bosque de las amazonas —dijo Arka con tono de saber de lo que hablaba—. Debieron de robarlo durante el incendio de hace dos años. Parte de las reservas de pepitas desapareció ese día.

Tan pronto como terminó la frase se dio cuenta de la enormidad de su error. Solo un puñado de amazonas eran conscientes del robo de las pepitas. Se suponía que una discípula de trece años no sabía ese tipo de cosas. Tenía que inventarse una mentira, una justificación, algo que apartara a Lastyanax de la conclusión lógica a la que estas revelaciones estaban destinadas a guiarlo. Así pues, le contó una historia enrevesada, según la cual un tío suyo napociano había sido reclutado a la fuerza por el ejército de Licurgo y había estado presente durante el incendio del bosque. Lastyanax la escuchó con un semblante más impenetrable que un bloque de granito. Ella prosiguió con su relato, enredándose en hechos y fechas, consciente de que su credibilidad empezaba a hacer agua. Lastyanax sacudió la cabeza.

—Arka, si quieres mentir, al menos hazlo bien. Tus historias son tan insufribles como las reuniones del Consejo.

Descolocada, Arka se detuvo en plena descripción heroica de las hazañas bélicas de su supuesto tío. Entre ellos se instaló el silencio, un silencio tan denso que habría podido cortarse con cuchara.

—Eres una amazona, ¿verdad?

Los pulmones de Arka parecieron transformarse en dos bolsas de plomo. Lastyanax había esperado el momento adecuado para desenmascararla: estando atrapada en el pozo.

La miraba como una fiera a punto de saltar sobre ella. Él era hiperbóreo; ella, amazona: solo el delgado hilo de confianza que habían tejido juntos en los últimos meses impedía que la lógica siguiera su curso.

Arka entonces se dio cuenta, un tanto consternada, de hasta qué punto su mentor se equivocaba a la hora de valorar debidamente su capacidad para manejar la situación. Al no poder usar magia, no tenía nada que hacer frente a ella. Esta observación la disuadió de su instinto inicial, el de negarlo todo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo adivinó, maestro?

Los hombros de Lastyanax se relajaron de un modo casi imperceptible.

—Tuve sospechas desde la Asignación. Tu estilo guerrero en las pruebas, tu excelente puntuación en el cuestionario sobre las amazonas, a pesar de la falta total de erudición que manifestaba su desastrosa ortografía…

—No hay que saber escribir para conocer un montón de cosas —protestó Arka.

—… y, por supuesto, el hecho de que hables napociano con acento. Inmediatamente entendí que tu lengua materna era hiperbórea. Porque ¿quién, aparte de los hiperbóreos, habla nuestro idioma? Las amazonas.

Arka, que creía haber tenido engañado a su mentor durante meses, se sintió completamente estúpida. Muchas veces se había sentido mal ubicada en la lista de prioridades de Lastyanax, en algún lugar entre la uña del pie que parecía a punto de encarnarse y el pliegue mal hecho de su toga. Pero aquella indiferencia era solo una pose, ahora se daba cuenta. Había estado observándola en todo momento de reojo, como si nada.

—Luego las pistas empezaron a acumularse —continuó, apoyándose en la pared—. Tu participación en el Premio del Basileus, tus peleas con Fretón, la colección de hachas en tu cuarto. Sí, también estaba al tanto de eso. Vamos, que hace ya tiempo que lo adiviné —concluyó.

Arka masticó nerviosa un mechón de pelo.

—¿Por qué no me denunció? —preguntó—. Podría ser una espía.

Una risa burlona agitó el cuerpo de Lastyanax.

—¡Pues sí que podría serlo! —se defendió ella.

—Si las amazonas están tan necesitadas como para usarte a ti de espía, no les auguro mucho futuro.

—Si el Magisterium se entera de dónde vengo, yo tampoco me auguro mucho futuro —respondió Arka con tristeza.

La risa de Lastyanax se apagó.

—Tú no puedes ser una espía —dijo en tono categórico—. En primer lugar, tu logro en la Asignación fue pura chiripa. Sin ese tema providencial de las amazonas, ni loca habrías superado la última prueba.

Arka se sintió terriblemente ofendida, pero no le interesaba contradecir a Lastyanax. Además, tenía razón.

—En segundo lugar, nunca intentaste romper el estereotipo de la amazona, incluso me pregunto por qué nadie, salvo yo, adivinó tu procedencia. Tercero…

—¿Cuál es el «estereotipo de la amazona»? —le interrumpió Arka.

—Peleona, desgreñada, ignorante, sucia, impulsiva —enumeró Lastyanax sin tener en cuenta su gesto ofendido—. Tercero…

—¿Tercero? —repitió Arka, preparándose para una nueva humillación.

—Solo tienes trece años —terminó Lastyanax, y se encogió de hombros—. Sé que en tu pueblo os empiezan a entrenar desde muy pequeñas, pero no puedo imaginar que las amazonas quieran enviar a una chica de tu edad a espiar a magos a miles de leguas de Arcadia. —

Miró la pared del pozo con un semblante meditabundo—. Por lo menos eso habría servido para explicar tu presencia en Hiperbórea. ¿Cómo es que una amazona tan joven como tú vino aquí a estudiar magia?

Arka sintió que no sería capaz de mentirle y, además, no quería. Por primera vez en meses, tenía la oportunidad de confiar en alguien.

Una extraña aprehensión la invadió ante la idea de contarle quién era y qué le había tocado vivir. Las pocas personas que realmente la conocían estaban muertas. Por lo general, ese anonimato forzoso le producía tristeza. Pero a veces se enorgullecía de ello, como si su pasado fuera un tesoro misterioso al que solo ella tuviera acceso.

—Si se lo cuento todo, ¿promete no entregarme? —susurró con una timidez inusual.

Lastyanax permaneció en silencio un momento.

—Arka, si hubiera tenido la intención de denunciarte, ya lo habría hecho.

Sus palabras hicieron que cediera el dique tras el cual se encontraban todas las cosas en las que no quería pensar. Comenzaron a pasarle imágenes por la cabeza, casi todas dolorosas. Hacía mucho que no pensaba en todo lo que había sucedido desde que salió del bosque y los recuerdos parecían agolparse en su mente, impacientes por ser liberados. Frunció el ceño, miró sus rodillas rojas por la humedad fría del pozo y trató de ordenarlos.

—Mi madre era una guerrera sin rango. Murió cuando yo nací y a mí me dejaron con una anciana que fue mi tutora, Chirone. Crecí en el bosque con las amazonas. Mi vida era bastante normal, bueno, normal para una aprendiz de amazona; hasta el día en que el bosque se incendió. El día del incendio, mi tutora murió, alguien robó las pepitas de azur vivo que protegían mi zona y yo descubrí que podía hacer magia.

Notó que Lastyanax quería interrumpir su relato, pero se contuvo.

—En ese momento, yo era una aprendiz como Pentesilea, la hija de la

reina Antíope.

El nombre de la princesa sonó extraño en sus labios. No lo había pronunciado desde que la había visto morir en persona. Un nudo en su garganta hizo que le temblara la voz.

—Después del incendio, los hombres de Licurgo secuestraron a Pentesilea para utilizarla como rehén —continuó—. Como yo estaba con ella en ese momento, me llevaron a mí también…

—¿Por qué?

—No sabían cuál de nosotras era la princesa —explicó Arka—. Pentesilea me dijo que les dijera que mi nombre era Pentesilea también, para no ser asesinada. Los soldados de Licurgo prefirieron secuestrarnos a las dos en lugar de correr el riesgo de equivocarse de Pentesilea.

Lastyanax se rascó la barbilla, pensativo.

—Muy hábil.

Arka pensó con una pizca de celos que quizá habría soñado con tener una discípula tan inteligente como Pentesilea. Hacía mucho tiempo que no sentía envidia de la princesa. Ese sentimiento antiguo la hizo sentir como si todavía estuviera allí. Asintió con la cabeza.

—Sin su lucidez, yo estaría muerta. Nos llevaron a Temiscira. Huimos justo después de nuestra llegada, sin dar tiempo a Licurgo a utilizarnos para presionar a Antíope.

—¿Cómo lograsteis escapar?

Por primera vez, Arka vio admiración en los ojos de su mentor. Abrió la boca para contarle con pelos y señales su brillante fuga, pero se detuvo. Estar cerca de Fretón le había enseñado una cosa: que era mucho más fácil despertar admiración en los demás dejando que su imaginación volase.

—Pues fue gracias a un poco de ingenio y algunas técnicas secretas amazónicas —respondió. «Y a un gran golpe de suerte», agregó para sus adentros—. La cuestión es que dejamos atrás a los soldados de Licurgo y llegamos a Napoca. Como era imposible volver a Arcadia sin

que nos capturaran, optamos por quedarnos allí. Aprendimos napociano y vivimos con discreción durante unos meses. Nos ayudó una antigua conocida de mi madre; un año antes de que yo naciera, la reina Antíope la había enviado a Napoca… Y entonces las cosas empezaron a estropearse de nuevo.

—¿Por la represión?

—Por la represión —confirmó Arka con tono sombrío—. Fue horrible. En las calles, se podía percibir el olor de la carne de la gente a la que estaban abrasando viva en las hogueras. Bastaba haber hecho levitar una piedra o haber molestado a un vecino para que te acusaran. Como había empezado a hacer magia cuando salimos de Arcadia, casi acabo yo también en la hoguera. Por eso quisimos unirnos a los sublevados. Bueno, sobre todo yo. Pentesilea pensaba que era una mala idea.

El inmenso sentimiento de culpa que Arka solía tener en un rincón de su mente de repente volvió a perseguirla. Tantas veces se había arrepentido de no haber hecho caso a la princesa. Si lo hubiera hecho, las cosas habrían sido muy diferentes.

—La revuelta terminó mal —continuó, mirando a la nada, perdida en sus recuerdos—. El gobernador murió, pero Licurgo trajo refuerzos y recuperó el control de la ciudad. Pentesilea fue asesinada. Yo hui. Creo que nadie me persiguió porque pensaron que ella era yo.

El rostro de la princesa devorado por las llamas flotó en su mente. Arka cerró los ojos. Habría querido borrar ese recuerdo que siempre pululaba por algún rincón de su cabeza, dispuesto a recordarle el trauma de sus últimos días en Napoca. A veces, sentía que el espectro de Pentesilea le reprochaba los esfuerzos que había hecho para olvidarla. Era una ofensa a su memoria, lo sabía. Pero Arka tenía el instinto de supervivencia incrustado en lo más profundo de su alma. Vaciar su cabeza de toda emoción era la única manera que había encontrado de salir de Napoca con vida y cruzar las montañas.

El silencio que se instaló entonces fue uno de los más largos a los que la había sometido Lastyanax. En lugar de mirar a otro lado como tenía por costumbre, la miró con intensidad.

—¿Así que nadie sabe lo que te pasó? ¿Ningún familiar, ningún amigo? —acabó por preguntar.

Arka negó con la cabeza.

—¿Y tu padre, a todo esto?

Arka pestañeó.

—Es el mago hiperbóreo del que le hablé el día de su primer consejo. Conoció a mi madre en Napoca y ella se enamoró de él. Cuando ella le dijo que estaba embarazada, él la abandonó. Aquello afectó tanto a mi madre que también ella se marchó de Napoca. En lugar de regresar con las amazonas, dio a luz en un pueblo cerca del bosque. Como no había partera para ayudarla, murió al traerme al mundo. Fue Chirone la que me recogió.

Lastyanax ahora tenía una expresión compasiva en el rostro, que hizo que Arka empezara a ponerse nerviosa.

—¿Por qué tu madre no volvió con las amazonas? —preguntó.

Se encogió de hombros.

—Tal vez porque se sintió culpable al abandonar su misión en Napoca, o porque se avergonzaba de haberse quedado junto a un mago tanto tiempo… Las amazonas no tienen derecho a unirse a ningún hombre, es la regla. De todos modos —dijo, zanjando la cuestión—, no sé si mi padre sigue vivo. Tal vez murió hace mucho tiempo, o tal vez vive aquí en Hiperbórea. ¡Si es así, ya no hay nada que hacer!

Su exclamación frustrada inauguró otro silencio interminable. A Arka le hubiera gustado meterse en la cabeza de Lastyanax para averiguar qué pensaba hacer. Lo miró de soslayo. Estaba girando su anillo sigilar entre los dedos, con gesto pensativo.

—Hija de un mago y una amazona… Vaya unión tan insólita —dijo al fin.

Arka levantó la nariz. Lo que acababa de decir Lastyanax le recordó algo… De repente se dio cuenta de que había tomado la frase utilizada por la serpiente Pitón durante su enfrentamiento en medio de la niebla del glaciar.

—Es inusual que una amazona se preocupe por su padre —comentó su mentor.

—Sí —respondió Arka—. Pero tampoco es costumbre de las amazonas hacer magia y vivir en Hiperbórea.

Lastyanax levantó la cabeza y la miró.

—Nunca he sido amazona en la vida real —continuó—. No he terminado mi aprendizaje. Incluso si volviera con ellas, no me querrían.

Esta triste observación acababa de formarse en su mente con tanta fuerza como una sentencia. No había vuelta atrás. Su futuro era Hiperbórea.

Un sonido de pasos la sacó de sus pensamientos. Dos sombras se proyectaron en el techo tenuemente iluminado, al otro lado de la rejilla.

—¡A ella la capturamos con una esfera, mamá! —se oyó la voz de Alci —. Y la metimos en el pozo, así que no puede usar magia, ¿verdad?

Una figura redondeada apareció detrás de la rejilla de barrotes. Arka reconoció a la madre de los trillizos. La matriarca se agachó hacia la reja y miró a Lastyanax, entrecerrando los ojos.

—¿Y ese quién es?

—Un borracho que nos insultó. Lo metimos aquí para enseñarle respeto —respondió Alci.

Su madre se inclinó hacia los barrotes. Lastyanax le dedicó su mejor sonrisa. La matriarca se levantó abruptamente.

—Pero ¡qué montón de idiotas!

—¿Qué pasa, mamá?

—¡Es un mago! ¡Ahora sabrán en el Magisterium que hemos metido azur vivo en Hiperbórea! ¡Si escapan, tendremos a toda la policía pisándonos los talones!

La cara de Alci apareció detrás de la reja.

—Te equivocas, mamá. Mira, no lleva toga morada.

La cabeza del trillizo se vino hacia delante por efecto de una colleja.

—¿No has visto el anillo que lleva, idiota? ¿Y has visto su toga, la has visto? ¿Crees que es la toga de un borracho de primer nivel?

—Una toga preciosa, maestro —comentó Arka.

—Pero cómo pude traer al mundo a unos tontos como estos… Bueno, no hay tiempo que perder, tendrás que enmendar esta estupidez —gruñó la matriarca—. Me los vas a ahogar bien y luego los tiraremos al canal, y si te he visto no me acuerdo. Allá arriba pensarán que fue un accidente.

Arka sintió que se quedaba sin aire. Miró a su tutor. Este se pasó lentamente la mano por el pelo, con la cara pálida.

—Abre la válvula —ordenó la matrona por encima de ellos—. Me voy a poner en contacto con el cliente para decirle que la entrega se retrasa. Y, por lo que más quieras, no dejes que vea esto.

Un sonido de pasos indicó que salía de la habitación. Luego oyeron, al otro lado de la reja, que Alci rezongaba y activaba un mecanismo. Se oyó entonces un gorgoteo, una cascada apareció en lo alto de las paredes y empezó a caer agua en el pozo. Salpicados, Arka y Lastyanax se pusieron de pie de un brinco. El agua les cubrió rápidamente los tobillos.

—Maestro, no sé nadar —susurró Arka, aterrorizada.

Morir ahogada era la peor muerte que podría haber imaginado. El agua iría cubriéndola, implacable, expulsando hasta la última burbuja de aire que tuviera en los pulmones…

—Aunque hubieras sabido nadar, no habría cambiado nada —dijo Lastyanax—. El agua cubrirá la reja y nosotros quedaremos atrapados debajo.

Tenía razón. Arka trató de no ceder al pánico. La situación no era realmente brillante. Se estiró todo lo posible y gritó:

—¡Eh! ¡Alci!

La cabeza del bandido apareció de nuevo tras la reja.

—¿Qué quieres, ladrona?

—Tengo mil hipers en el Banco Internivel. Abre la reja y serán tuyos.

Por toda respuesta, Alci escupió en el pozo. El proyectil viscoso aterrizó en la frente de Arka, que se lo limpió con gesto ido. El agua fría estaba llegando a sus rodillas. Empezó a temblar. ¿Qué podía hacer? Tenía que haber una solución, siempre había encontrado una solución.

—¿Por qué no tratamos de pedir ayuda?

Lastyanax asintió con la cabeza: no tenía ninguna idea mejor. Empezaron a gritar, tocando en las paredes del pozo para hacer aún más ruido. Pasaron varios minutos; nadie venía. Como Arka empezaba a perder pie, Lastyanax dejó de meter ruido para ayudarla a sobrevivir. Pronto ambos estaban flotando, mirando la reja que cada vez estaba más cerca de sus cabezas. Arka temblaba. Tenía los nudillos blancos de aferrarse como podía a las rugosidades de la pared. A su lado, Lastyanax luchaba con su pesada toga. Tuvieron un respiro cuando el agua subió lo bastante como para permitirles asirse a los barrotes. Arka miró a su mentor y pensó que ella debía de estar igual que él: con la tez pálida, la cara chorreando, la mandíbula tensa, apretando los dientes para no ceder al pánico. Le hubiera gustado ver otra cosa justo antes de morir.

—Ha sido un buen mentor, maestro —mintió.

—Y tú, una discípula horrible —respondió Lastyanax.

En otro contexto, su respuesta habría distendido el ambiente. Pero aquel no era cualquier momento, eran sus últimos instantes. Arka comenzó a temblar de nuevo, con las manos aferradas a los barrotes.

—Siento que esté aquí por mi culpa.

—Lo decidí yo libremente. Y si no hubiera sido por ti, habría terminado aplastado por una canoa hace tres meses.

—¿Usted qué cree: ahogarse duele?

—Enseguida lo sabremos —susurró Lastyanax.

Parpadeó para quitarse el agua que le goteaba del pelo. La parte superior de su cabeza se acercaba a la puerta. A la tenue luz de aquel pozo, Arka notó que sus iris no tenían el mismo color: uno era marrón y el otro un poco más oscuro. Una vez más, pasó su mano a través de los barrotes y sacudió el pestillo en todas direcciones. La cerradura siguió obstinadamente cerrada. Sin magia, no tenían nada que hacer.

Arka no podía admitir que su vida terminaría allí, después de todas las pruebas que había superado. Hasta entonces, la muerte siempre le había parecido una perspectiva lejana o un peligro inmediato que tenía que ser repelido. Nunca había tenido que contemplarla tan de cerca, con la mente despejada y el cuerpo palpitante con la vida.

Mientras el agua seguía subiendo, Lastyanax inclinó la cabeza hacia arriba y colocó su boca entre los barrotes para respirar. Arka hizo lo mismo, con las manos todavía aferradas a la reja. Su respiración se aceleró. El agua rodeaba su garganta. Arka cerró los ojos. No podía creerlo. Después de todo lo que había pasado, iba a terminar allí, estúpidamente. Al día siguiente, algún desconocido encontraría su cuerpo en un canal del primer nivel. ¿Quién la echaría de menos? Chirone también estaba muerta, y Pentesilea. La única persona que conocía su historia estaba a punto de morir con ella. No quedaría nada de Arka.

El agua le tapó la barbilla, llegó a su cara. Inhaló una última vez, cerró la boca y se soltó de la reja. Su corazón palpitaba desbocado. Abrió los ojos, sorprendida por el silencio bajo la superficie. Frente a ella, Lastyanax la miraba con el pelo flotando en el agua sucia y la toga ondeando a su alrededor como una enorme alga azul. Sus mejillas estaban hinchadas de aire, sus pupilas llenas de terror. Sin dejar de mirarla, levantó la mano. Arka la apretó, al estilo de los hiperbóreos, entrelazando los dedos.

Entonces empezó a asfixiarse. Su torso se levantó varias veces, como si sus pulmones estuvieran buscando desesperadamente una bocanada de aire. Grandes burbujas escaparon de su boca. Arka notaba que se iba hacia el fondo, pero Lastyanax la agarró de la mano. Ella volvió a

boquear y no pudo evitar inspirar.

Pero lo único que podía inspirar era agua. Sus bronquios parecieron desgarrarse. Tosió, inundando aún más sus pulmones. A su alrededor, todo se volvió rojo y el silencio fue a más. Su última sensación fue el frío que invadió su pecho.

9

El azur vivo

Alcandre

Una espalda, unas piernas dobladas, una mata de pelo rubio que ocultaba su cabeza. Parecía dormida. Alcandre agarró los brazos de la chica y arrojó su cuerpo al canal. Lastrado por el peso de la piedra que le había atado a su cintura, el cadáver desapareció de la superficie en un remolino. Con un ademán, Alcandre creó una ola que rompió contra el muelle. Tuvo que hacerlo varias veces para borrar el rastro de sangre que señalaba su crimen. El control del agua nunca había sido su fuerte.

Cansado tras estos esfuerzos, se sentó en el borde del canal, consciente de la presencia, a pocos pasos bajo sus pies, de esa joven muerta con la que había compartido varias noches. ¡Si hubiese tenido el sentido común de huir en lugar de ir a verlo! La chica había hecho su trabajo a la perfección al alejar con discreción a Triérios de la fiesta. Sus lágrimas, auténticas, habían engañado a todo el mundo. Pero ¿por qué había ido a contarle sus remordimientos?

Alcandre se pasó las manos por la cara para ahuyentar el sentimiento de culpa que lo estaba invadiendo. Esa muerte le afectaba personalmente, pero debía pensar en las decenas de miles de personas a las que había salvado al garantizar la viabilidad de su plan. Si hubiera dejado que los generales temisciros atacaran Hiperbórea, ella también habría sido asesinada, de todos modos. No era responsable de su muerte. Estaba condenada a morir antes incluso de que él la conociera.

—¿Algún problema, Syrame? —preguntó.

Su lémur acababa de aparecer en medio de un torbellino de polvo, a su lado. La cara de Syrame era tan impasible como de costumbre, pero Alcandre pensó que podía detectar un sentimiento de preocupación.

—Es Arka, maestro. La ha atacado el Loto Azul en represalia por el robo de la tortuga.

Alcandre se preguntó por qué Syrame se preocupaba por algo así.

—No le va a pasar nada —dijo, levantándose—. Échale una mano si hace falta.

Se puso los brazos por detrás de la cabeza y dio unos pasos mirando al cielo, al otro lado de la cúpula. El brillo de la luna borraba la mayoría de las estrellas. Esa noche sin estrellas de repente le recordó aquella en la que había convencido a la criada para que le ayudara a atrapar a Triérios.

—No puedo, maestro —respondió Syrame detrás de él—. La llevaron cerca del alijo de azur vivo. Está en una zona azul.

Alcandre se quedó de piedra. Luego se volvió hacia su lémur.

—¿Estás seguro?

—No puedo entrar. Pero oí los gritos de socorro. Creo que está en peligro.

Alcandre corrió al borde de la plataforma. En una zona azul, Arka se tornaba vulnerable. Syrame no podía ayudarla. Él era el único que podía sacarla de allí.

Se subió al parapeto y miró hacia abajo. Un impresionante abismo se abría ante sus pies.

—¿Puedes alcanzarme en el primer nivel? —preguntó a su lémur.

—Sí.

—Pues ahora nos vemos.

Y saltó. En un segundo, su cuerpo adquirió una velocidad vertiginosa. La fricción del aire deformó la piel de su rostro. Alcandre atravesó el entramado angosto de canales, sumergiéndose cada vez más en las entrañas de la ciudad. Rozó una cuerda de tender ropa y las sábanas colgadas se quedaron dando vueltas. Entonces vio el fondo mismo de la ciudad, como una fiera a punto de engullirlo. «Vamos, Syrame, aparece ya», pensó Alcandre.

Un momento después, el lémur lo agarró por las axilas. Y usó su poder de levitación para frenar su caída. Alcandre se posó en el suelo fangoso del primer nivel y Syrame lo soltó.

—¿Adónde la han llevado?

—Por aquí, maestro —dijo Syrame con la mano extendida hacia una calle oscura.

Alcandre lo siguió corriendo por el pavimento cubierto de desperdicios. Al poco rato, se encontraron ante una puerta medio enterrada en basura. Mientras Syrame se esfumaba, Alcandre abrió la puerta de una patada. Frente a él vio un pasillo iluminado por una lámpara de aceite. Nada de esferas brillantes, por supuesto. Se adentró en la vivienda.

Alertados por el estrépito de su entrada, cuatro mafiosos se plantaron en el pasillo. Alcandre quería ajustarles las cuentas, pero pensó que aún podría necesitarlos. Se enzarzó en una pelea a puñetazo limpio. Dos minutos más tarde, todos los bandidos estaban noqueados.

Pasó por varias habitaciones llenas de cajas, bolsas y ánforas. El azur vivo estaba escondido en algún lugar de aquella leonera. Incluso protegido por el tatuaje de oricalco, Alcandre notaba la influencia del metal en su ánima. Se sintió tentado a recuperarlo de inmediato; a fin de cuentas, fue él quien le pidió al clan del Loto Azul que lo introdujera en Hiperbórea. Pero antes debía rescatar a Arka.

Un tramo de escalones apareció delante de él. Alcandre los bajó y llegó a una bodega donde los matones habían almacenado otras cajas llenas de mercancías de contrabando. Un pozo lleno de agua estaba inundando el centro de la habitación. Arka no estaba por ninguna parte.

Miró de una punta a la otra. ¿Tal vez Syrame se había equivocado? Pero su lémur nunca se equivocaba, puesto que no era humano. Alcandre entró en la bodega y levantó algunas cajas al azar. De repente, una agitación dentro del pozo llamó su atención. Se acercó.

En el agua, Lastyanax lo miraba con los ojos como platos, gritando frases inaudibles que formaban grandes burbujas en sus labios. Estaba

agarrado con una mano a los barrotes de una rejilla sumergida. Con la otra agarraba…

Arka. Su cuerpo se movía dando tumbos, inerte. Alcandre sumergió los brazos en el agua, agarró las barras y tiró como loco. Bajo la acción de su ánima, las barras se deformaron y las piedras del pozo se soltaron un poco. Con un gruñido, arrancó la reja, agarró la muñeca de Lastyanax y lo sacó del agua arrastrando a Arka. El mago se desplomó en el suelo, exhausto, mientras Alcandre zarandeaba a Arka para tratar de reanimarla. Sus ojos medio abiertos lo miraban sin verlo. Su pecho no se inflaba. La soltó y dio unos pasos erráticos a su alrededor. Catorce años de trabajo para nada. La serpiente había mentido. Todos sus planes habían caído literalmente al agua.

De repente, el cuerpo de Arka se agitó con una serie de convulsiones. Hipó y un líquido pegajoso salió de su boca. Alcandre corrió hasta ella y la puso de lado para que el agua cayera en el suelo.

—Vuelve a respirar —suspiró Lastyanax.

Alcandre se limpió la frente empapada en sudor. Había faltado poco….

—Sácala de aquí —dijo.

Lastyanax se apoyó en una caja para tratar de levantarse.

—¡Espere! ¿Cómo nos ha encontrado? ¿Y cómo ha podido usar la magia?

Alcandre no contestó y dio media vuelta para salir del sótano. Por el bien de su plan, Arka debía quedarse con Lastyanax en el séptimo nivel, pero él hubiera preferido que tuviera un mentor menos curioso.

—¿Es usted su padre? —añadió Lastyanax a sus espaldas, en napociano.

Y menos perspicaz. Sorprendido, Alcandre se detuvo. Incluso si hubiera querido, no habría podido responder a esa pregunta.

El problema de la identidad del padre de Arka era metafísico. Alcandre se marchó sin decir una palabra, dejando al joven mago sumido en el mayor de los desconciertos.

Al cruzar la guarida, su mirada se topó con un saco de harina apoyado contra una pared, un objeto incongruente en un escondite de los bajos fondos. Abrió la basta tela de un golpe y removió la harina. Un trozo de metal azul iridiscente emergió del polvo blanco. Alcandre sonrió y se cargó la bolsa al hombro. Pasó por delante de los mafiosos aturdidos, salió a la negra noche y se alejó silbando. En su camino, un vagabundo se despertó y lo confundió con un recadero que se dirigía a entregar harina al panadero, antes de la primera hornada de la mañana. Volvió a dormirse sin saber que el destino de Hiperbórea acababa de sentenciarse.

Lastyanax

Para Lastyanax, la noche había sido larga y no parecía próxima a finalizar. Su salvador había desaparecido y, con él, la zona azul. Demasiado cansado para tratar de entender la relación entre ambos hechos, utilizó sus poderes recobrados para secar la ropa de Arka. Este acto mágico lo dejó sin una gota de energía. Con un gran esfuerzo, levantó a su discípula, que seguía inconsciente, y la cargó sobre un hombro. Arka pesaba igual que un burro muerto.

—Métanire te pondrá a dieta, ya lo verás —gruñó Lastyanax.

Ella le respondió con un ronquido. Salió del sótano, fue tambaleando hasta el pasillo de la entrada y casi soltó la carga cuando descubrió a los cuatro matones que se habían desmayado y le cortaban el paso. Si no hubiera sido por los rastros de golpes que decoraban sus sienes y sus nucas, habrían parecido una banda de borrachos durmiendo la mona.

Lastyanax sorteó los brazos y las piernas que se interponían en su camino. No sabía quién era su salvador, pero su poderío era inconfundible. ¿Qué clase de hombre no dudaba en atacar a cuatro ladrones para rescatar a dos extraños? Y lo más importante, ¿qué mago podía usar sus poderes en una zona azul? Era materialmente imposible.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo. Estaba cansado de dar vueltas en círculos con sus preguntas. Era hora de obtener respuestas.

Dejó a Arka en la entrada y regresó sobre sus pasos, pisando por encima de la masa inerte de los mafiosos. Uno de ellos, con la cara aplastada contra la pared, gruñó de dolor. Lastyanax se agachó y tiró del cuerpo desplomado para darle la vuelta. Era Alcibíades. Un golpe le había partido el arco de las cejas, ensangrentando su rostro. Sus párpados pestañeaban. Usando la sangre, Lastyanax dibujó un sello de pesadez en la túnica del matón y lo activó. Ponerle el sello le dejó a él sin energía. Luchando por no desmayarse a su vez, escurrió su toga empapada encima de la cabeza del bandido, con lo que finalmente el desgraciado se despabiló. Alcibíades trató de levantarse, sin éxito. El peso de su túnica se lo impedía.

—¿Quéquieresss?

—¿Quién es el hombre que te atacó? —preguntó Lastyanax en un tono que esperaba que fuera imperioso.

—Nolosssé. Noloconozzzco.

—¿Y tienes idea de quién podría ser? —insistió.

—Pues digo yo que será un amigo tuyo, ¿no, mago? —gruñó Alcibíades—. Nos golpeó con sus poderes.

—¿De dónde viene el azur vivo que metisteis de contrabando? ¿Quién os lo encargó?

Por toda respuesta, Alcibíades le dedicó una mirada torva. Lastyanax estaba muerto de miedo. Su formación en el séptimo nivel no lo había preparado para interrogar a criminales diestros en actos de violencia bruta y estúpida; Alcibíades era campeón en ambas categorías. Arka probablemente habría sabido qué hacer, pero en esos momentos la chica no podía serle de ninguna ayuda.

Vio entonces a un segundo trillizo desmayado al final del pasillo y volvió con él. El matón llevaba una daga en la cintura, que no había tenido tiempo de desenvainar. Lastyanax tomó el arma y pasó su brazo alrededor de los grandes hombros musculosos del bandido para apoyarlo contra su torso. La cabeza del trillizo desvanecido rebotó a un lado y dejó al descubierto su vulnerable cuello. Lastyanax presionó la hoja de la daga en lo que parecía ser la yugular, y luego miró de

nuevo a Alcibíades, con cara de estar preparado para cualquier disparate.

En condiciones normales, esa actitud no habría engañado a nadie. Pero confió en su tez lívida, en su cabello empapado y en su recién ganada reputación de borracho para sembrar dudas en la limitada mente de Alcibíades.

—Entonces, ¿qué?, ¿de dónde viene ese azur vivo? —repitió Lastyanax.

Apretó el mango de la daga tan fuerte que la hoja comenzó a temblar en la garganta del mafioso. Una vaga preocupación fraternal agitó las facciones hasta ese momento impávidas de Alcibíades.

—Del bosque de las amazonas —respondió con su voz ronca—. ¡No toques a mi hermano!

Lastyanax presionó la hoja un poco más contra el pescuezo del segundo trillizo.

—¿Quién os pidió que lo trajerais a Hiperbórea?

—Yyoquésssé —gruñó Alcibíades.

Lastyanax apretó aún más la daga. Una gota de sangre formó una perla.

—¡Que no lo sé, te estoy diciendo! —vociferó Alcibíades, incorporándose—. Mi madre se encargaba de tratar con el cliente. Nosotros no lo hemos visto nunca. Nosotros solo teníamos que colar las rocas. Nos hemos tirado meses con este asunto. Podríamos haberlo hecho más rápido, pero el cliente no quería que nos la jugáramos. No sé qué va a hacer con todo eso, pero no va a ser nada bonito, eso es seguro.

El misterio seguía creciendo. El famoso cliente nunca habría comunicado sus intenciones a un burro como Alcibíades. Lastyanax pensó en el emisario de Temiscira del que le había hablado Sileno. Ese emisario, el cliente, el desconocido que los había salvado y el asesino de los ministros ¿serían todos la misma persona? Pero, entonces, ¿por qué primero habría intentado matarlo en el torreón y luego lo había

salvado de ahogarse?

—¿El clan del Loto Azul asesinó a Palatès, el ministro de Nivelación, hace tres meses? —preguntó, presionando la hoja contra el pescuezo del matón.

Por primera vez, Alcibíades lo miró con cara de perplejidad.

—¿Quién dices? ¿El gordinflón ese del Magisterium que la ha espichado?

—Sí, el gordinflón ese —respondió Lastyanax, asintiendo.

—¡No sé quién lo hizo, pero nosotros no! —Alcibíades respondió con el orgullo ofendido del abusica acusado erróneamente de tirar una bola de papel.

—Pero le viste, ¿no? —preguntó Lastyanax, oliéndose que le ocultaba algo.

—Vino aquí justo antes de su muerte —confesó Alcibíades a regañadientes—. Estaba buscando estatuillas, figuritas de gallinas, parece ser que para su colección.

Lastyanax se acordaba de aquella excursión. El día antes de su defensa él le había pedido ayuda para repasar su presentación, pero Palatès lo abandonó a su suerte para irse a buscar otra gallina más. Lastyanax, por supuesto, le odió. ¿Cómo iba a saber él que Palatès estaba enzarzado en una investigación demasiado peligrosa para contársela a su discípulo? Cuando llegó a la guarida de los matones, su mentor había descubierto la zona azul, y por lo tanto el azur vivo. Consciente de que este descubrimiento ponía su vida en peligro, había incluido a Lastyanax en su testamento esa misma noche. Como una medida de precaución.

—Nosotros no solemos pasar gallinas de contrabando —continuó Alcibíades—, pero precisamente ese día habíamos usado un chisme hueco bastante feo para pasar la mercancía. Así que le vendí la gallina por cincuenta hipers, al muy pájaro…

Rio con satisfacción al darse cuenta de su jueguecito de palabras. Miró a Lastyanax como si esperara verlo reír también con su gracia. No fue

el caso. «No es la primera vez que cuenta esta anécdota», concluyó este. La visita de Palatès a la guarida debió de llegar a oídos del cliente. Si el Loto Azul no había recibido el encargo de liquidar a su mentor, sin duda había sido cosa del misterioso cliente. Lastyanax suspiró. Tenía una pregunta que hacer.

—Y al ministro para las Colonias, Triérios, ¿fuisteis vosotros quienes lo asesinasteis?

—¿Qué dices? ¿También ha muerto?

Alcibíades no era tan inteligente para fingir semejante asombro. Lastyanax se levantó y soltó al segundo trillizo que cayó al suelo en bloque. Arrojó la daga a un lado, fue con Arka que continuaba inconsciente y la aupó para echársela al hombro. Alcibíades gritaba amenazante:

—Vas a pagar por todo esto, ¿me oyes, mago? ¡Y la mocosa esa, también!

—Nadie martiriza a mi discípula salvo yo —respondió Lastyanax con voz ronca.

Y cerró la puerta del antro al salir.

Fuera, el frío de la noche le aclaró las ideas. Comprendió varias cosas. En primer lugar, que se encontraba en el barrio más chungo de Hiperbórea. En segundo lugar, que llevaba a una discípula inconsciente a la espalda y que no le quedaban fuerzas para repeler una posible agresión. En tercer lugar, que no había muchas probabilidades de encontrar despierto a ningún operador de hidrotelegrafía a esas horas de la noche. En cuarto lugar, que los canales estaban vacíos, por lo que ninguna tortuga los iba a llevar de vuelta al séptimo nivel. Lastyanax cerró los ojos. Solo había una solución. Tendría que ir a casa de sus padres.

Cambió de hombro a Arka y se puso en camino. En la oscuridad, tropezaba una y otra vez con restos de basura. Le dolía mucho la espalda cuando llegó al pie del portal de casa de sus padres. Lastyanax se dio cuenta de que sus viejas alpargatas habían desaparecido de los escalones. Su madre las había dejado allí mucho tiempo, con la

esperanza de que algún día volviera a ponérselas. Solo de pensar que las había quitado, Lastyanax sintió una punzada en el corazón. Bueno, en cualquier caso, le habrían quedado pequeñas. Subió las escaleras del portal. Al llegar arriba, levantó una mano para llamar con la aldaba, pero detuvo el ademán.

Durante un minuto permaneció allí, inmóvil, dudando, con Arka a la espalda aplastándole la clavícula. Habían pasado seis años desde la última vez que había visto a su padre. No estaba seguro de querer perdonarlo por fin. Al final, fue el peso de su discípula lo que lo impelió a accionar la aldaba. Unos segundos después, se oyeron susurros y pisadas en el interior. Su padre abrió la puerta. Estaba aún más calvo de lo que recordaba. Sus ojos castaños parecieron cubrirle toda la cara.

—¿Laztyanaz?

Durante unos instantes, padre e hijo se miraron en silencio. Lastyanax no tenía claro si deseaba hablar con él o estamparle un puñetazo en la cara. Al otro lado del umbral, Azno no parecía en mejor disposición. El gesto ceñudo de su rostro le marcaba las arrugas nuevas que se le habían formado en esos seis años. Lastyanax se dio cuenta, algo consternado, de que ahora le sacaba una cabeza. La silueta oronda de su madre apareció detrás de su padre.

—¿Last? ¿Eres tú, mi Last?

Cariclo corrió hacia él, lanzando exclamaciones de alegría. Quiso estrecharlo entre sus brazos, pero se dio cuenta de que los de su hijo estabas ocupados. Entonces, abrió los ojos como platos.

—Pero… ¡Si es Arka! ¿Qué ha pasado? ¿Está…?

—No, no —la tranquilizó Lastyanax—, solo se ha desmayado.

—Pero ¿cómo es que…?

—Es mi discípula. Nos han… Es una larga historia —dijo Lastyanax—. Está bien, solo necesita dormir. Yo también —agregó —. ¿Puedes prepararnos dos camas, mamá? Te lo contaré todo mañana, cuando hayamos descansado.

Azno abrió la boca, pero Cariclo le hizo señas para que se apartara para dejar entrar a su hijo.

—Por supuesto, cariño. Vamos, vamos a echar a Arka encima de las mantas y vamos a encontrarte a ti un sitio para que puedas dormir.

Lastyanax siguió a su madre al interior de la vivienda, pasando por delante de su padre, que había vuelto a encerrarse en el silencio. La habitación principal era mucho más pequeña de lo que recordaba. O tal vez era él el que se había hecho grande. Su coronilla estaba a punto de rozar el techo. Aparte de eso, poco había cambiado desde su partida. El piso seguía pareciendo un establo, a pesar de los esfuerzos de poner orden de su madre. Vio algunos objetos nuevos: un jarrón azul por aquí, un mueble ornamentado por allá, una clepsidra de cristal por acullá. La victoria de Arka en el Premio del Basileus había mejorado un poco el estilo de vida de sus padres.

—¿Ya no está mi cama? —preguntó sorprendido Lastyanax mientras buscaba dónde depositar a Arka.

—No hemos nadado en la abundancia. Estos últimos años hemos tenido que vender algunas cosas —confesó su madre con una pequeña sonrisa de disculpa—. Pero ¡ahora todo va mucho mejor!

Lastyanax asintió con la cabeza, avergonzado por no haberse dado cuenta nunca de lo difícil que debía haber sido la vida para ella. Desde su marcha, se habían visto de vez en cuando, pero nunca en el piso, por supuesto. Él siempre se había negado a volver, a pesar de la insistencia de Cariclo, que seguía albergando la esperanza de que padre e hijo se reconciliaran. Incluso él le prohibió que hablara de sus encuentros delante de Azno. A su madre la hacía demasiado feliz verlo como para contrariarlo. Cada vez que se veían, ella le preguntaba por sus novedades, se quedaba extasiada ante el brillante futuro que se estaba labrando en el séptimo nivel y también conversaban de cosas sin importancia.

Descargó su pesada carga sin miramientos, sobre un montón de mantas de caballo. Arka se quejó con un ronquido. Lastyanax agarró una manta y la tapó hasta los hombros. Un ronquido más satisfecho le

respondió.

—Fue graciaz a ella y a zu jamelgo como pude al fin ganar el Permio del Bazileuz —dijo Azno.

Lastyanax se estremeció y se puso de pie sin apartar la vista de Arka, fingiendo un afecto fraterno para evitar cruzarse con la mirada de su padre.

—Lo sé —respondió—. Fue la primera vez que gané apostando al cuarto nivel.

—¿Apoztazte por mi jamelgo? —dijo Azno.

Una esperanza de reconciliación tiñó su manera hosca, casi tímida, de hacer la pregunta. Lastyanax se apresuró a apagarla.

—Sí —soltó en tono seco—. Veintisiete hipers.

Azno frunció el ceño. El momento de conciliación paternofilial se esfumó. Lastyanax se dio la vuelta y fue a ayudar a su madre a instalar una alfombra junto a la pila de mantas. Una vocecilla desagradable dentro de su cabeza le reprochó que hubiera mencionado los veintisiete hipers; era mezquino por su parte. Pero ¿qué pasaba con la mezquindad que su padre le había demostrado hacía seis años?, respondió Lastyanax con un gruñido a la insidiosa vocecilla interior. Veintisiete hipers, esa era la cantidad que le había pedido a su padre para sufragar el peaje hasta el séptimo nivel. Azno se había negado a prestárselos, alegando que no los tenía y que, en cualquier caso, Lastyanax no conseguiría superar la Asignación. Él mismo acababa de perder el Premio del Basileus una vez más. Como resultado, Lastyanax no había podido presentarse a la selección. Mientras otros jóvenes menos dotados que él se convertían en discípulos, él tuvo que quedarse en aquel pisito engrasando viejas bridas agrietadas. Una década más tarde, se enteró de que su padre había jugado y perdido treinta hipers en una carrera mediocre, la víspera. Al día siguiente, Lastyanax se marchó de casa, dejando a su madre llorando. No había regresado desde entonces.

Durante un año, había trabajado en las cristalerías de la Napoca Chica, ahorrando hasta el último chalque. Ahí es donde aprendió a

hablar napociano. A finales de año había reunido suficiente oro para pagarse el peaje hasta el séptimo nivel. Y había superado la Asignación.

Al ver a su hijo tan cansado, Cariclo se aguantó la curiosidad y no le preguntó nada más. Lastyanax se lo agradeció. Ella lo besó en la sien y se fue a la cama, haciéndole prometer que se lo contaría todo al día siguiente. Lastyanax se quitó la toga azul, que apestaba de lo lindo después de haber estado en el agua sucia del pozo. Se tumbó en paños menores en la fina alfombra de paja. Cariclo intentó que le resultara más cómoda apilando unas cuantas mantas encima, pero el resultado estaba muy lejos de la suave cama de lana a la que se había acostumbrado desde que llegó al séptimo nivel. Lastyanax suspiró y cerró los ojos.

—Ezcucha, lo de loz hiperz… Zé que pienzaz que no quería que aprobaraz.

Abrió los ojos. Azno había logrado una vez más acercarse sin que lo oyera. Se quedó detrás de él. Aun así, Lastyanax percibió el titubeo de su padre.

—Y no ez ezo —continuó Azno—. Ez cierto, me porté mal, pero zobre todo ez que no me llegaba el oro para pagar tu pazaje de vuelta zi no te zalía bien la Azignación. Por ezo apozté en laz carreraz. No quería que te encontraraz ahí arriba atrapado, solo. Debí creer en ti. Perdóname.

Lastyanax no respondió. Ni se dio la vuelta. Esperó a que su padre se fuera a su dormitorio. Solo entonces se enjugó los ojos húmedos. Luego, se echó la manta encima de los hombros y por fin se durmió.

Arka

Un olor tibio a caballo envolvía su cuerpo como un capullo mullido. Era una sensación maravillosa, mil veces más agradable que ahogarse. Tenía que estar en el más allá. Pronto abriría los ojos y vería el bosque de las amazonas, vería a Chirone, a Pentesilea…

—Ah, te has despertado. No muy temprano.

Arka abrió los ojos y vio a Lastyanax. Inmediatamente los cerró, invocando con más ahínco el bosque de las amazonas, a Chirone, a Pentesilea. Ni hablar de entrar en la eternidad con su mentor.

—Ya decía yo que me sonaban de algo esas alpargatas viejas —dijo Lastyanax.

Arka abrió los párpados de nuevo. El olor a caballo provenía de las mantas que la tapaban. Unas mantas conocidas, al igual que el cuarto en el que se encontraba. Estaba en casa de Azno. A su lado, sentado en un cubo puesto al revés, Lastyanax observaba arrugando el ceño sus zapatillas dejadas a los pies de la cama. Unas ojeras impresionantes le hundían los pómulos. En cuanto a Arka, estaba tan cansada que podría haberse quedado horas tumbada, mirando el techo. ¿Qué había pasado? Su último recuerdo era esa horrible sensación del agua entrándole en los pulmones…

—No estamos muertos, ¿verdad?

—Tu habilidad para deducir nunca dejará de sorprenderme —dijo Lastyanax, sin dejar de mirar las zapatillas—. ¿Por qué no reconocí mis alpargatas? —murmuró.

—¿Por qué no estamos muertos? —preguntó Arka a su vez, tratando de recordar los acontecimientos del día anterior—. ¿Y qué hacemos aquí?

—Porque alguien nos sacó del pozo —respondió Lastyanax—. Y como estabas inconsciente y era demasiado tarde para volver al séptimo nivel, te traje a casa de mis padres.

—¿A casa de sus padres? —exclamó Arka, poniéndose de pie de repente.

De pronto había olvidado toda su angustia. Lastyanax no solo era lo bastante humano para tener padres, sino que para colmo ella los conocía.

—Maestro, ¿usted es el hijo de Azno? —exclamó.

—Sí, pero volvamos a temas más interesantes —agregó, dejando a un lado sus preguntas con un gesto—. Nuestro rescatador.

Arka se rebulló bajo las mantas, presa de tal ataque de curiosidad que no sabía por dónde empezar. Como Lastyanax no parecía dispuesto a hablar más de su familia, preguntó:

—¿Quién nos sacó del pozo? ¿Y cómo?

Lastyanax bostezó y se frotó los ojos.

—Eso es lo que llevo horas tratando de entender. Un individuo dejó inconscientes a los matones, luego se presentó en el sótano justo cuando estabas a punto de ahogarte. Se las arregló para arrancar la reja con sus propias manos y nos sacó del pozo.

—¿Con sus propias manos? —repitió Arka, perpleja—. Con ayuda de la magia, querrá decir. Pero ¿cómo contrarrestó el poder de la zona azul?

—No lo sé. Y ahí no acaba la cosa: después de sacarnos del agua, se largó sin mediar palabra y la zona azul desapareció con él. Pero creo que sé por qué.

Arka se zambulló de nuevo en los meandros brumosos de su memoria.

—¿Cree que se llevó el azur vivo? —preguntó finalmente.

Lastyanax asintió con la cabeza.

—Los matones mencionaron a un «cliente» a quien iba destinado el azur vivo. Probablemente se tratara de él o alguien a las órdenes del cliente. Fue a recoger la mercancía después de pagar al Loto Azul por introducir el azur vivo en Hiperbórea. Todo eso tiene sentido. Lo que no entiendo es por qué nos salvó.

—¿Por bondad de espíritu? —aventuró Arka.

—¿Después de dejar inconsciente a media docena de mafiosos? No, la bondad de espíritu no tiene nada que ver aquí —replicó Lastyanax—. Quería que sobreviviéramos, pero ¿por qué?

—¿Tal vez nos conocía? —sugirió Arka.

—Yo no lo había visto en mi vida —respondió Lastyanax.

—¿Cómo era?

—Estaba demasiado ocupado preocupándome por tu vida para fijarme —murmuró Lastyanax, ignorando la sonrisa tonta que su comentario acababa de dibujarle en la cara de su discípula—. Treinta años, bastante alto, con la tez morena, pelo oscuro, ojos azules, creo… ¿Te suena?

—No —dijo Arka.

En ese momento, la puerta principal se abrió y apareció una montaña de comida.

—Lastyanito, cariño, ¿me ayudarías a poner todo esto? —preguntó Cariclo, oculta detrás de la montaña.

Las orejas de Lastyanax se pusieron rojas, mientras que las de Arka se estiraban al oír la voz cantarina cargada de amor maternal. Él se inclinó hacia su discípula y murmuró:

—Ni una palabra de esto a mis padres; seguiremos hablando después. ¡Y deja de reírte!

Arka nunca había participado en una comida familiar hiperbórea, pero tuvo la sensación de que la comida en familia a la que estaba asistiendo no era de las más logradas. Sentados cada uno en una punta de la mesa, Lastyanax y Azno se ignoraban, encorvados hacia sus respectivos cuencos de crema de algas. Cariclo trató en vano de alegrar el ambiente volviendo a servir comida a todos una y otra vez, mientras Arka por su parte probaba suerte en el peligroso ejercicio de la conversación trivial, sin mucho éxito. Si hablaba de algún tema relacionado con caballos, Lastyanax refunfuñaba. Si hablaba de magia, entonces era el turno de Azno de poner mala cara. Después de una hora de conversaciones interrumpidas, Arka fingió que tenía que ir a ver a su caballo y se escabulló para que ellos solitos gestionasen sus tensiones familiares.

En los establos, Tapón la recibió con un relincho cariñoso. Tratado a cuerpo de rey, había echado panza y había logrado imponer su ley al reducido equipo de operarios. Todos los mozos de caballerizas daban un cauteloso rodeo cada vez que pasaban por delante de su puerta. Arka estuvo un cuarto de hora rascándole el cuello y después regresó a

la vivienda. Lastyanax había salido al portal y estaba hablando con su madre.

—Lastyanito, ahora que estás trabajando con el Basileus, tendrías que decirle que mejore nuestras condiciones de vida. Ya es hora de que haga algo, tu padre no tiene intención de salir del primer nivel y estoy cansada de vivir rodeada de la basura de otras personas.

—Solo soy un consejero más del Basileus, mamá, no puedo dictarle mi voluntad…

—Sí, pero el Basileus escucha a sus ministros, ¿verdad? Además, tu tía abuela me dijo que el Eparca había vuelto a poner en funcionamiento sellos de purificación, prueba de que…

—No fue el Eparca, fui yo quien los mandó poner de nuevo en funcionamiento, mamá —la interrumpió Lastyanax, irritado—. Y no sabes cuánta energía me costó mover el Magisterium… ¡Arka, sal a buscar un cochero, volvemos al séptimo nivel!

Decepcionada al no poder quedarse a escuchar el resto de la conversación, Arka se marchó a paso ligero. Unos minutos más tarde regresó a lomos de una tortuga con algas incrustadas, conducida por un viejo tortuguero desdentado. Al ver a la bestia, Lastyanax se despidió de su madre y bajó por las escaleras del portal con cara de ir a un velatorio.

—¿Está bien, maestro? —preguntó Arka.

—No —gruñó Lastyanax, sentándose pesadamente a su lado—. Mi madre está convencida de que puedo cambiar el mundo y, además, me ha hecho prometerle que iré a cenar un día de estos.

—Pues a mí me encantaría tener unos padres que me invitaran a cenar —dijo Arka, soñadora.

Lastyanax se sonrojó y no dijo ni una palabra mientras el cochero los llevaba de nivel en nivel.

Un vértigo acompañado de náuseas invadió Arka mientras observaba cómo el pico de la tortuga rompía el agua. Esta sensación de estar rodeada por un elemento que no controlaba, sin escapatoria… Eso

mismo había sentido durante el incendio del bosque cuando quedó atrapada en medio de las llamas. Cerró los párpados y los apretó con todas sus fuerzas para ahuyentar las imágenes que le venían a la memoria.

Cuando la tortuga enfiló los canales del sexto nivel, un pensamiento de repente cruzó su mente.

—Maestro, nuestro rescatador, cree que… ¿Cree que me parezco a él?

Lastyanax no pareció sorprendido por su pregunta. Se volvió hacia ella y la miró con atención. Arka se mordisqueó un mechón de pelo para disimular su nerviosismo.

—No, no te pareces a él —dijo finalmente—. No creo que sea tu padre. Le pregunté en napociano y no pareció entenderlo.

Decepcionada, Arka bajó la cabeza y miró las escamas irregulares de la tortuga.

—¿Qué vamos a hacer, maestro? —dijo, al cabo—. Con lo del azur vivo, quiero decir.

—Debemos informar al Magisterium sobre lo que descubrimos anoche. Si el azur vivo proviene del bosque de las amazonas, es más que probable que Licurgo esté detrás de todo esto. No estaremos a salvo en ningún lado mientras seamos los únicos que conozcamos este secreto.

Arka asintió con la cabeza, frunciendo el ceño. La tortuga acababa de irrumpir en los canales del séptimo nivel y ahora se dirigía hacia el torreón.

—¿Cuándo va a informar al Magisterium?

—Inmediatamente —dijo Lastyanax.

Avisó al viejo cochero con unas palmaditas en su hombro para indicarle la dirección.

—Voy a convocar un consejo urgente —agregó, enderezándose—. Después de la muerte de un segundo ministro, no me lo pueden negar.

—¿Va a hablarles a los otros ministros de nuestro salvador, maestro?

Su mentor cerró los ojos y se frotó la frente con ambas manos, como si

tratara de resolver una ecuación especialmente complicada.

—No —dijo por fin, levantando la nariz—. Hasta que no entendamos por qué nos sacó del pozo, creo que es mejor no mencionarlo. Puede que haya desobedecido órdenes al salvarnos.

—¿Y el clan del Loto Azul? —añadió Arka—. ¿Qué hacemos? ¿Los matones también dejarán el negocio cuando se sepa el secreto?

—Oh, no —respondió Lastyanax, acariciándose distraídamente el puente de la nariz—. Voy a pedir su detención —dijo, mientras la tortuga entraba en el canal de agua cristalina que discurría delante del Magisterium—. Mientras tanto, trata de quedarte conmigo todo lo posible.

—¿Para que pueda protegerme? —se rio Arka, pensando en el fiasco del día anterior.

—No, para que me protejas tú a mí —la corrigió Lastyanax, guiñándole un ojo—. Vamos, es hora de alborotar un poco el gallinero.

Se apearon de la tortuga de un salto y apretaron el paso hacia la explanada del Magisterium.

Al pasar por la fuente de la rotonda, Arka sintió que su pecho se hinchaba de un entusiasmo desbordante. Después de los acontecimientos de la noche anterior, su mentor al fin reconocía su valor. Ella era como su espadachina; y él, el estratega. Juntos, nada podría detenerlos. Eran el mejor equipo.

—¡Laaaast! —tronó de repente una voz a dos galerías de distancia.

—Hola, Pétrocle —respondió Lastyanax, mientras el gigantón llegaba hasta ellos con sus pasos de ave zancuda.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado a mi mentor? —dijo Pétrocle, plantándose frente a él como una estaca.

—Fui uno de los primeros en el lugar de los hechos —admitió Lastyanax con tristeza.

—Demontre, ¿y ese tufo? ¿Te has pasado toda la noche metido en el

agua de los canales o qué? —le interrumpió Pétrocle, frunciendo el ceño.

—No te imaginas lo bien encaminado que vas —suspiró Lastyanax—. Siento lo de tu mentor, mi más sincero pésame. Espero…

—Sí, sí —lo interrumpió de nuevo Pétrocle agitando la mano, molesto —. Qué gran pérdida, qué voy a hacer sin la presencia de su infinita sabiduría a mi lado, una nueva estrella se ha unido al firmamento de los grandes magos hiperbóreos, bla, bla, bla… ¿Quién crees que lo hizo?

—Ni idea —dijo Lastyanax con semblante impenetrable.

—Tienes alguna pista, Last, lo detecto —Pétrocle replicó.

Por toda respuesta, Lastyanax agarró a Arka por los hombros y la deslizó entre él y Pétrocle.

—Toma, ocúpate de esto mientras envío un hidrotelégrafo para convocar al Consejo. Quedaos en la rotonda, nos vemos en cuanto termine.

Luego los plantó allí, dejando a Arka con una sensación de chasco por sus sueños rotos de simbiosis entre ella y Lastyanax.

—¡Sé que mis opciones de conseguir algún día un cinturón son casi inexistentes ahora que mi mentor ha sido degollado en una bañera, pero eso no me convierte en niñera, Last! —exclamó Pétrocle, aun cuando el joven mago se alejaba dándole la espalda—. Diablos, nunca me hace ni caso. Y tú, qué, ¿no tienes clase? —añadió en dirección a Arka.

—La clase termina en menos de una hora.

—Sí, sería una pena pasarse de la raya —coincidió Pétrocle—. Y después del broche de oro de su guateque de ayer, el mistógrafo debe de estar muy alterado. No hay necesidad de molestarlo más con una discípula que llega tarde. Le está bien empleado, por no invitarme a su fiesta.

Suspiró y se sentó con todo su peso en el murete de la fuente. Arka lo imitó, con un pie a cada lado del bordillo. Pétrocle observaba con ojos

tristes a los magos que pasaban, atareados, por la rotonda. Arka se preguntó si él realmente estaba llevando tan bien el dolor por la pérdida de su mentor como había dado a entender. Sus cinco cinturones colgaban, mal cerrados, alrededor de su cintura como un recordatorio persistente de que era el último discípulo de su promoción que no había presentado su invento.

Con la punta de la alpargata, Arka agitó el agua fresca de la fuente. Hablar del mistógrafo le había recordado su incursión del día anterior. La expedición no le había enseñado gran cosa, salvo que el aterrizaje era un deporte de riesgo. Por una vez, estaba impaciente por ver a Fretón. Si alguien tenía alguna pista sobre el asesino de Triérios, ese era él. Solo debía esperar a que saliera de clase.

Se volvió hacia la galería del anfiteatro y su mirada se detuvo en la escultura de la fuente, que representaba a un hombre derramando interminables lágrimas, rodeado de sus trece hijos. Arka había pasado por delante tantas veces que su capacidad para conmoverse con aquella obra de arte había ido debilitándose. Sin embargo, el escultor había logrado imprimir una inmensa tristeza en los rasgos cansados del hombre, así como en la tensión desesperada con la que se aferraba a los hombros de sus hijos.

—¿Qué representa esa fuente? —preguntó a Pétrocle.

—¿Eh? Ah… El asesinato de los trece herederos de Hiperbórea, hace ciento sesenta y dos años.

—¿Los trece herederos? —repitió Arka.

—¿Qué pasa, Cuarenta y tres, que nunca te han contado la historia ignominiosa de las amazonas? —susurró Pétrocle con aire de narrador maléfico. La oportunidad de ejercitar su labia pareció devolverle el ánimo—. Hace ciento sesenta y dos años, no eran más que una horda de chifladas sedientas de sangre, que iban por Hiperbórea gritando tonterías sobre la emancipación femenina. Un día, esas piradas no encontraron nada mejor que hacer para defender su causa que entrar en el palacio y degollar a todos los herederos de la corona uno por uno ante los ojos del Basileus —agregó Pétrocle, señalando al hombre

esculpido en la fuente—. Y después lo castraron.

—¿Lo castraron?

—Le dejaron sin la posibilidad de concebir de nuevo, si te gusta más así —explicó Pétrocle con una mueca de dolor.

Arka abrió mucho los ojos y desplazó su atención a la escultura. Era como si la estuviera viendo por primera vez. Así que ese era el origen del odio implacable que el Basileus sentía por las amazonas. Ciento sesenta y dos años antes, las guerreras habían cometido un acto imperdonable, mutilando a un gobernante en su carne y en su alma, sin concederle la gracia de acabar con su vida.

—¿Qué fue de aquellas amazonas? —preguntó con voz ronca.

—Oh, las arrestaron y las torturaron —dijo Pétrocle—. Nadie entendió por qué el Basileus las dejó marchar. Cuenta la leyenda que, antes de liberarlas, las maldijo a ellas y a sus generaciones posteriores. Aunque no creo mucho en estas tonterías, después de este episodio las amazonas dejaron Hiperbórea y fueron a Arcadia a hacer realidad sus sueños de gineceo totalitario.

«¡Maldita, gira, esquívame, deslízate por el hielo para evitar mis ataques!»

Con el corazón a toda velocidad, Arka se puso de pie. Las palabras de la serpiente le vinieron de nuevo a la mente. Amazonas… malditas a lo largo de varias generaciones…

Recordó un extraño episodio de su infancia, cuando tenía seis o siete años. Para mejorar la ración de alimentos reglamentaria que recibían cada mes, Chirone la había llevado a cazar ciervos al bosque. Después de un día acechando, habían logrado derribar a un viejo ciervo que estaba bebiendo a orillas de un lago. Manchada de sangre, Chirone se había desnudado para lavarse en el lago. Había dejado su cinturón de amazona descansando sobre sus pertenencias. La pepita de azur vivo, incrustada en el cuero del cinturón, brillaba a la luz del sol. Fascinada por sus iridiscencias de color turquesa, Arka no había sido capaz de resistir el impulso de ponérselo en la cintura. Solo las amazonas tenían permiso para hacerlo. El cinturón, que recibían el día en que eran

ordenadas amazonas, les permitía mantener de forma permanente una zona azul a su alrededor, incluso cuando salían del bosque. Pero las aprendices tenían prohibido ir más allá de los árboles.

Junto al lago, Arka estaba tan ocupada admirando su aspecto guerrero que no oyó a Chirone salir del agua. Su tutora inmediatamente la abofeteó, antes de recuperar su bien con gesto brusco. Más sorprendida que dolorida por la bofetada, Arka se echó a llorar. Cuando Chirone volvió a ponerse el cinturón, protestó:

—¿Por qué solo las adultas tienen derecho a llevar un cinturón?

—No es un derecho, Arka. Es una maldición.

—Arcadia es la última región del mundo que visitaría —continuó Pétrocle—. Solo hay locas armadas hasta los dientes que ven lo que tengo entre mis piernas como un trofeo de guerra en potencia. Una sociedad sin hombres, ya ves tú. Siempre necesitan nuestros servicios para reconstruir sus tropas…

—Pétrocle, ¿en qué consiste una maldición? —le interrumpió Arka.

—Si quieres que te diga lo que pienso, las maldiciones no existen —respondió con gesto molesto—. Para mí, esas historias son solo una forma hábil de alimentar el miedo en la mente de almas simples que no entienden nada de magia. Pero si eres tan ingenua como para dar crédito a esas bobadas, siempre puedes ir a husmear a la biblioteca, estoy seguro de que los chupatintas han gastado mucho pergamino escribiendo sobre la materia… Mira, ya llegan los ministros —agregó —. Ahí viene el Estratega, ese carcamal estafador. Cada vez se parece más a un pez gato escuálido, con sus bigotes…

—Me voy —dijo Arka, dando un salto para bajar del bordillo.

—¿Eh?

Arka se fue a paso ligero en dirección a la preciosa puerta con incrustaciones de maderas nobles del Magisterium. Había olvidado sus planes de hablar con Fretón. «Cuenta la leyenda que, antes de liberarlas, las maldijo a ellas y a sus generaciones posteriores…» ¿Podría ser una de sus antepasados? ¿Podría estar maldita también

ella? Detrás, Pétrocle se quejó:

—¿Cómo es que todo el mundo me abandona sin molestarse en explicarme el motivo?

Lastyanax

La puerta mecánica del patio se cerró en cuanto entró el Basileus, que caminó entre los ministros y ocupó su sitio en el trono de ébano. Como sucedía en cada consejo, un escalofrío helado recorrió a Lastyanax a la llegada del monarca. En casi ciento ochenta y cuatro años de gobierno, el Basileus había visto a innumerables ministros en los escaños, había sido testigo del fracaso de innumerables complots políticos, había visto pasar cuatro generaciones y había presenciado el final de una revolución. Nada parecía capaz de apagar a ese hombre —¿seguía siendo un hombre?— al que el propio tiempo no había logrado vencer.

Los ministros se sentaron todos a una, a excepción del Escribano, de pie detrás de su escritorio, y Lastyanax, que iba a presentar el objetivo del consejo. Paseó la mirada por la asamblea de magos, se detuvo en el escaño vacío de Triérios y a continuación en la cara del Eparca, sumamente molesto, como era de esperar, por haber sido convocado por él. En esto, su actitud no se salía de lo ordinario. Lastyanax se pasó la mano por los cabellos, una manía que había adquirido a fuerza de asegurarse de no heredar la calvicie de su padre.

—Como saben, el ministro para las Colonias fue asesinado ayer —comenzó—. El asesinato se cometió por la noche y el autor aún no ha sido identificado. Con la muerte de Palatès, mi predecesor mientras estaba en el Magisterium, esto hace que haya dos muertes de ministros sin resolver…

—¿Y nos ha convocado para contarnos cotilleos propios de mi cocinera, Lastyanax? —le interrumpió el Eparca—. Según mis últimas noticias, Palatès murió por causas naturales —agregó secamente—. Guárdese sus teorías alarmistas y deje que la policía haga su trabajo.

—Sin querer ser alarmista —respondió Lastyanax—, un ministro fue degollado ayer en una bañera en medio de una recepción a la que

asistieron un centenar de magos, menos de seis meses después de la inesperada muerte de mi mentor. No me sorprendería que un tercer ministro muriera pronto, empezando por mi propia persona. Sin embargo —dijo, levantando el dedo para cortar las reacciones ruidosas de sus compañeros—, mi convocatoria tiene que ver con un problema diferente.

Hizo una pausa para captar la atención del Consejo. El Basileus se inclinó hacia delante, intrigado. El Eparca hizo una mueca que le arrugó la barbilla.

—Anoche, poco después de la muerte de Triérios, me enteré por una fuente fiable de que una cantidad considerable de azur vivo se había introducido en Hiperbórea —dijo Lastyanax con voz sonora.

Una ola de asombro levantó las cejas ministeriales.

—Por los contrabandistas del clan del Loto Azul, en el primer nivel —agregó, mirando ostensiblemente al Eparca.

La cara del Eparca se hinchó, dejando apenas espacio para que la boca balbuciese:

—Cómo… ¿No estará insinuando que…? ¡Yo, Mézence, el Eparca!

—Solo estoy reportando hechos —respondió Lastyanax, impávido.

—¿Y quién le informó de esos hechos? —atacó de inmediato el Gran Tesorero.

Todavía en pie, Lastyanax volvió la cabeza hacia el ministro. No podía responder a su pregunta: por un lado, habría perdido toda credibilidad al relatar las circunstancias en las que se había encontrado en la guarida del clan del Loto Azul; por otro lado, no quería mezclar a Arka en su guerra contra el Eparca.

—Una fuente que prefiero no revelar, por su seguridad —respondió.

—¡Mire qué bien!

—En este caso, para verificar mis declaraciones y evitar sacar conclusiones apresuradas —dijo Lastyanax—, propongo que se lleve a cabo una investigación para encontrar ese azur vivo y que los

miembros del clan del Loto Azul sean interrogados hoy.

Se sentó y metió un dedo por el cuello de su toga para separarla de su piel. La calma vegetal del patio contrastaba con el bullicio que se había formado entre los ministros. Sus revelaciones habían tenido el efecto deseado: los magos intercambiaron murmullos apresurados, e incluso al Basileus lo había abandonado su proverbial impasividad. En cuanto al Eparca, parecía bullir en silencio bajo el efecto de la acusación velada de Lastyanax.

—Usted está hablando de una cantidad considerable de azur vivo, Lastyanax… Pero ¿de dónde habría venido? —preguntó el ministro de Comercio.

—De las amazonas, por supuesto —respondió el Estratega, alisándose el bigote.

—O de las existencias robadas a las amazonas por Licurgo durante el incendio de su bosque —puntualizó Lastyanax.

El Basileus le clavó la mirada.

—Como siempre, se le ve muy dispuesto a defender a nuestros enemigos para acusar mejor a nuestros aliados, Lastyanax —dijo con la voz cargada de sospechas.

—Las amazonas están demasiado necesitadas del poco azur vivo que les queda como para introducirlo en Hiperbórea, majestad —argumentó Lastyanax, mirando la nariz del soberano para evitar cruzarse con su mirada abisal.

—Por eso mismo, podría ser un intento desesperado de tomar Hiperbórea —replicó el Estratega en tono astuto.

—Pero ¿qué dice? —preguntó el ministro de Comercio—. Suponiendo que sus fuentes sean fiables, Lastyanax, con un poco de azur vivo de contrabando no es posible apoderarse de una ciudad como Hiperbórea.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio. Solo el gorgoteo de la acequia resonó en el patio bañado por el sol, repleto de plantas raras y ministros al borde de un ataque de nervios. El Eparca se levantó y

dijo:

—Si esta historia del azur vivo tiene fundamento, majestad, y no dudo de que la tiene, habrá que redoblar la protección del palacio durante su Jubileo. Es probable que las amazonas estén buscando dar un gran golpe atacando alguna reunión de magos, como su celebración.

Con el torso muy recto y los faldones de su toga recogidos en el antebrazo, el Eparca podría haber encarnado la alegoría de la firmeza. Para Lastyanax, su intervención era más que nada una forma hábil de desviar las sospechas que sus revelaciones sobre el contrabando de primer nivel acababan de plantear. Pero su propia posición era demasiado delicada para no aprobar la sensata propuesta del Eparca.

—Habrá que prever seguridad no mágica —añadió—. Las lanzas eléctricas y los sellos protectores no sirven de nada frente al azur vivo. También sugiero…

—Podríamos asignar dos o tres guardaespaldas más a los magos importantes —dijo el Estratega.

—El Tesoro no financiará seguridad adicional —intervino inmediatamente el Gran Tesorero.

Mientras sus colegas se embarcaban en un apasionado debate para tratar de reforzar su protección personal sin tener que pagar la incorporación de más efectivos, Lastyanax se sintió abrumado por la inutilidad del Consejo. Un ministro había sido degollado, había azur vivo paseándose por la ciudad, y los magos solo estaban preocupados por el enorme montón de oro en el que se sentaban. Y ni siquiera tenía a Triérios para compartir con él su consternación. Su mirada se posó en la mirada, singularmente apagada, del Basileus.

En los últimos tiempos, el soberano multiplicaba sus momentos de ausencia. Lastyanax se preguntó si el espíritu del monarca, cansado de esperar a que su cuerpo diera paso a la muerte, no estaría empezando a dejarse ir. Como si hubiera oído sus pensamientos, el Basileus de repente se puso de pie, con aspecto de sentirse un

tanto confundido. En un abrir y cerrar de ojos, recuperó su presencia.

—Es esencial que este asunto se aclare —dijo, rompiendo las disputas de los ministros—. Si resulta que el azur vivo se ha introducido en Hiperbórea, le haré responsable, Mézence. No solo es el administrador de la ciudad, sino que siempre ha sido el defensor más ferviente de la cooperación con los clanes —dijo, taladrando al Eparca con su mirada extraordinariamente fría, mientras este último palidecía bajo el efecto de la reprobación—. Quiero una investigación dentro del clan del Loto Azul —dijo a la asamblea—. Registren todos los niveles en busca de ese azur vivo.

Los miembros del Consejo asintieron a toda prisa con la cabeza, sin querer mirar al Eparca caído en desgracia.

—¿Qué debemos hacer con el escaño de las colonias, majestad? —preguntó el ministro de Comercio, señalando al banco vacío de Triérios con un movimiento de cabeza.

—Ocúpese usted —respondió el Basileus en un tono que no admitía respuesta.

Se produjo un movimiento de estupor entre los ministros. El escaño de las colonias acababa de desaparecer, sin consulta ni voto. Lastyanax pensó que su propia posición pronto correría la misma suerte, dada la falta de respeto del soberano por su trabajo.

El consejo terminó con algunas deliberaciones adicionales relacionadas con el Jubileo y las festividades previstas para ese día. A pesar de semejante cierre de la reunión, angustiosamente superficial, Lastyanax salió menos frustrado de lo habitual. Al menos su información había llevado al Basileus a tomar decisiones firmes. La investigación podría avanzar, al fin. Además, ahora que estaba seguro de los orígenes de Arka, podría pedirle información sobre las amazonas y el azur vivo.

Estaba volviendo a la entrada del Magisterium cuando alguien lo empujó contra la pared del pasillo. Un Mézence con la cara crispada de ira apareció en su campo de visión, con la mano colocada peligrosamente cerca del cuello de Lastyanax.

—Usted… —susurró el Eparca, aplastándole la clavícula.

Su hocico parecía a punto de echar humo. Lastyanax le sacaba una cabeza, pero aun así no se quedó tranquilo.

—¡Me las pagará por sus dichosos empeños de difamación! —gritó el Eparca.

Le soltó el cuello y se marchó con pasitos rabiosos, desapareciendo en cuestión de segundos al final del pasillo. Lastyanax se masajeó el cuello, jadeando. Reanudó su camino, incapaz de decidir si este altercado confirmaba sus sospechas sobre el Eparca o bien las disipaba. Si Mézence trabajaba para Licurgo, no habría sido muy inteligente enfrentarse a él tan abiertamente. Pero era un sujeto irascible, que atacaba a cualquiera que se interponía en su camino. En cualquier caso, su reacción no era buen augurio. Como un jabalí herido hasta la muerte, era capaz de arrastrar a Lastyanax en su caída.

Al menos, sus pareceres coincidían en un punto: Hiperbórea sería muy vulnerable durante el Jubileo. Si Lastyanax hubiese tenido azur vivo en su poder, lo utilizaría ese día, en el palacio del Basileus, donde todos los magos hiperbóreos estaban invitados. ¿Qué habría sido más inteligente que apoderarse de la ciudad privando a toda la clase política de sus poderes?

Tal vez sería prudente llevar a Arka al Jubileo. Un par de ojos de más no le vendrían mal para vigilar el transcurso de los acontecimientos, sobre todo cuando esos ojos pertenecían a una niña entrenada para la lucha. De todos modos, se dijo que esperaría todo lo posible antes de hablar con ella. Ni en broma pensaba pasarse los siguientes días aguantando su entusiasmo desbordante.

Arka

Arka fue corriendo por la orilla de los canales y entró como una flecha en la biblioteca central. En la entrada, consultó con mano febril el registro de obras, y luego corrió a un levitador bajo la mirada incrédula y recelosa del Sumo Bibliotecario, que nunca la había visto desplegar tanta energía para leer. Al llegar al pasillo de «Mecamancia», buscó en los estantes hasta encontrar una treintena de libros que trataban sobre prácticas mágicas oscuras. Abrió uno de los

manuscritos y se sentó en el suelo a consultarlo.

Una hora y veintidós libros más tarde, se había vuelto una experta en gematría, aritmancia y adivinación de la

palma, pero todavía no había aprendido nada sobre las maldiciones. Estaba a punto de tirar el libro que acababa de hojear (De la hematomancia: Los secretos de la magia de la sangre), cuando su mirada se sintió atraída por una nota a pie de página:

… A este respecto, cabe señalar que la hematomacia está erróneamente asociada con la práctica de las maldiciones. De hecho, la idea de que las maldiciones se transmiten «por la sangre» es equivocada, la sangre en sí no es un vector de maldición. En realidad, las familias malditas transmiten de generación en generación un sello impreso en su carne, que el lanzador de hechizos generalmente se ha cuidado de hacer invisible para evitar cualquier intento de escapar de él. En definitiva, la mejor defensa de las familias malditas frente a su destino consiste en asegurarse de que sus sellos nunca se activen, estableciendo su lugar de residencia de por vida en una zona azul. También hay que señalar que la rareza de las maldiciones no es tanto el resultado de la dificultad de llevar a cabo estos actos mágicos como de la obligación, para el lanzador de hechizos, de imponerse a sí mismo y a su familia el mismo tormento con que ataca a la familia enemiga. Este principio de equivalencia se conoce comúnmente como la «maldición espejo»…

—¡Aaah, granuja! ¿Qué has osado hacerles a mis obras?

Arka dio un respingo y levantó la cara. Delante estaba la del Sumo Bibliotecario, roja y temblorosa. A su alrededor, amontonados de mala manera, había dejado motones de viejos manuscritos que había descartado sin contemplaciones. Con una sonrisa lenitiva, Arka dobló la esquina de la página del volumen que tenía en sus manos, lo volvió a poner en el estante y se fue, dejando al viejo mago boqueando de indignación.

—¡Se acabó, jovencita! —clamó detrás de ella, saltándose su propia regla de oro de nunca alzar la voz en la biblioteca—. ¡Tu mentor

tendrá que vérselas conmigo!

En ese momento, Lastyanax era de hecho la última de sus preocupaciones. Mientras Arka se dirigía a la salida, las piezas se alinearon en su cabeza. Las amazonas apenas hablaban de historia, pero Chirone ya le había contado cómo, un siglo y medio antes, un puñado de guerreras nómadas habían fundado su comunidad en el corazón del gran bosque de Arcadia, rico en depósitos de azur vivo. Arka entendía ahora aquella decisión: las fundadoras trataron de escapar de la maldición creando un refugio en el que, tanto de día como de noche, con o sin cinturón, fuese imposible usar magia. Y ella, Arka, había dejado ese lugar…

La reina Antíope probablemente sabía de la maldición. Había tratado de mantener a las aprendices sin cinturón, incluida su hija, en el pequeño pedazo de bosque que había sobrevivido al fuego, en lugar de llevarla a un lugar mejor protegido. Por eso Pentesilea y Arka se encontraron a merced de Licurgo y, por lo tanto, de la maldición.

Mientras Arka volvía al Magisterium, se frotó los brazos y las piernas para tratar de encontrar algún sello oculto en su piel. ¿Había heredado la maldición de las fundadoras? ¿Por eso había perdido todo lo que más quería? Chirone había muerto durante el incendio del bosque, justo cuando la zona azul desaparecía y cuando Arka descubría sus poderes. ¿Podría…? ¿Podría ser la responsable de su muerte?

—¡Arka! ¡Eh, Arka!… ¡Ay!

Arka chocó de frente con Stérix cuando este salía del Magisterium. Rebotó hacia atrás y esbozó un gesto de disculpa.

—Perdona —murmuró, llevándose la mano a la cabeza, donde el chichón que ya estaba allí adquirió unas proporciones alarmantes—. No he visto por dónde iba.

Stérix le dedicó una sonrisa radiante, como si nada pudiera complacerlo más que llevarse un buen golpazo de Arka.

—¡Te salvaste! —exclamó—. ¿Cómo lo hiciste? ¡Realmente pensé que te iban a matar!

Arka tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba hablando de los trillizos. Su vuelo a través de Hiperbórea y su captura por el Loto Azul habían salido de su mente. Stérix, por el contrario, parecía lejos de olvidar los acontecimientos del día anterior.

—Me salvó mi mentor —dijo—. Gracias por haber avisado, si no hubiera sido por ti, seguiría allí.

—¡Todavía no puedo creerlo! —exclamó Stérix—. ¡Volamos! ¿Te das cuenta? Realmente pensé que estábamos acabados, en casa de Silè…

—¡Shhh! —le ordenó a toda prisa Arka, tirando de él a un lado.

El mistógrafo acababa de salir por las puertas del Magisterium. Su actitud, de ordinario alegre y efusiva, era seria y digna. Arka se preguntó si de verdad estaba afectado por la muerte de Triérios o si tan solo era un excelente actor.

—¿Te has enterado del asesinato? —susurró Stérix entusiasmado —. El ministro debía de estar ya en la bañera cuando abrimos la puerta del baño, pero no le vimos. ¡Debimos de salir justo después del asesino!

—Así es —susurró Arka, olvidando la maldición por un momento —. ¿Tú viste algo?

En ese momento, Fretón apareció en la explanada del Magisterium en compañía de su camarilla: iba riéndose de alguna broma pesada que probablemente acabaría de hacerle a alguien. Su risa se ahogó en su garganta cuando los vio. Se despidió de los otros discípulos con un ademán despreocupado y caminó hacia ellos. Stérix, al lado de Arka, parecía presa de una intensa indecisión. Se arañaba el fondo de un bolsillo como si fuese a sacar de él un manual sobre relaciones sociales. Arka sabía lo que estaba pensando: el día anterior, después de dejar que Stérix se jugara el pellejo en su lugar, Fretón había huido como un cobarde sin preocuparse por la suerte de su compañero.

—Hola, Stér —dijo Fretón, llegando hasta ellos.

Hizo todo lo posible para ignorar a Arka.

—Hola, Fretón —logró decir Stérix.

Después de vacilar unos segundos, sacó la mano del bolsillo y le tendió un grueso anillo.

—Aquí está el anillo de tu padre —dijo con voz ronca, en la que Arka pensó que podía detectar un toque de resentimiento.

—Gracias, tío —dijo Fretón, guardándose el sello sin ni siquiera mirarlo—. ¿Nos vemos esta tarde, con los demás? —agregó como si nada hubiera pasado.

Stérix parecía estar en medio de un dilema. Miró a Arka, luego a Fretón y a su pandilla de amigos, que se habían quedado atrás.

—Tengo cosas que hacer hoy —respondió por fin, y esta vez el resentimiento se oyó de manera inconfundible.

Fretón se sonrojó y su labio colgante cayó un poco más. Luego se encogió de hombros como si la insubordinación de Stérix le dejara indiferente.

—Haz lo que quieras.

Dio media vuelta y se fue con los demás, sin duda para decirles que Stérix ya no era digno de su atención.

—No puedo creerlo —murmuró Stérix, hablando para nadie en particular—. Ni siquiera me ha preguntado cómo logramos sobrevivir…

—No hay mucho que le interese a Fretón, salvo él mismo —dijo Arka —. ¡Oye, Fretón!

Este último se volvió y la miró con mal gesto, bajo el flequillo de su frente, mientras ella iba hacia él.

—¿Qué quieres, so fea? —soltó lo bastante fuerte para que el resto de sus amigos lo oyeran.

—¿No viste nada que pudiera indicar quién mató a Triérios, antes de dejarnos plantados ayer para salvar tu pellejito? —le preguntó apretando los dientes, en voz muy baja, cuando llegó hasta él, ignorando el sonrojo que le incendiaba las mejillas.

Fretón suspiró ruidosamente, como si Arka hubiera hecho una

pregunta ridícula sobre los deberes de mistografía. Miró a sus amigos como para asegurarse de que entendían el doloroso calvario por el que estaba pasando y respondió en voz baja:

—Solo vi a la criada llegar al pasillo. Se atusó el pelo y dio unos golpecitos en la puerta del baño a la vez que llamaba a Triérios. Parecía estar allí para… En fin, no hace falta que te lo dibuje, ¿no, Cuarenta y Tres? Espera, igual sí, a lo mejor es un ámbito desconocido para ti, ¿eh? —agregó, fingiendo preocupación.

Arka luchó contra sus instintos, que al unísono le pedían aplastar la cara del chico contra una pared.

—El caso: como Triérios no contestó, entró en el baño —respondió Fretón—. Justo después, salió gritando y llegaron los magos. Me fui antes de saber más.

—Entonces, ¿no viste a nadie más entrar en el cuarto de baño? —le preguntó Stérix, que también fue hacia ellos.

—No —respondió Fretón, encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, la criada no estaba allí por casualidad. Ella y Triérios tenían una cita. Tal vez fue una emboscada, pero sin ella, es difícil saberlo.

Arka levantó la cabeza.

—¡Tenemos que asegurarnos de que los magos sepan todo esto! —exclamó, golpeándose la palma de la mano—. Espera… ¿Por qué dijiste «sin ella»? —agregó, frunciendo el ceño.

—Oí a un policía decirle a mi padre que su cuerpo fue encontrado en un canal del séptimo nivel esta mañana.

Arka abrió los ojos como platos. Fretón empujó hacia atrás su flequillo con un gesto impaciente.

—Mira, prefiero decirte desde ya que no te hagas ilusiones conmigo, no es mi costumbre prestar más de tres segundos de atención a una vagabunda como tú. Así que, si me disculpas… —dijo en un tono lánguido, mientras hacía ademán de volver con su grupo de amigos.

—Te giraste once veces para mirar el asiento de Arka esta mañana —dijo Cacique con su precisión habitual, llegando donde estaba el resto

de compañeros de clase.

Acababa de salir del Magisterium. Un gradiente bermellón, digno de una espectacular puesta de sol, tiñó el acné de Fretón.

—¡Quería mi anillo, y no sabía que lo tenía Stérix! —se justificó Fretón, sonrojándose aún más—. Bueno, qué más da, sigue alimentando tus sueños, Cuarenta y Tres.

Se alejó a grandes zancadas.

—No entiendo lo que está pasando —confesó Cacique con franqueza —. ¿De qué anillo estaba hablando?

—Es una larga historia —dijo Arka.

—¿Por qué no estabas en clase esta mañana? —preguntó Cacique, con el tono de desaprobación que le gustaba emplear cuando Arka se desviaba de las reglas de la enseñanza, es decir, prácticamente a todas horas.

—Estaba ayudando a mi mentor —respondió ella, lacónica (con su amor por el reglamento, Cacique era capaz de denunciarla si le hablaba de su intrusión en casa del mistógrafo)—. Por cierto, tengo que ir a buscarlo —agregó, señalando con el mentón el interior del edificio del Magisterium—. ¡Nos vemos luego! —exclamó.

Pasó por las puertas del Magisterium con la cabeza llena de maldiciones, asesinatos y adolescentes odiosos llenos de granos. Detrás de ella, Cacique y Stérix entablaron la primera de una larga serie de conversaciones laboriosas.

—¿Ahora eres amigo nuestro? —preguntó Cacique.

—Depende —respondió Stérix con cautela—. ¿Puedes ayudarme con los deberes de mistografía?

10

El Jubileo

Lastyanax

Durante los siguientes dos meses, la minuciosa búsqueda en todos los niveles del azur vivo no tuvo éxito. Los trillizos y su madre se habían esfumado, y con ellos cualquier información sobre sus actividades de contrabando. Nadie sabía si habían desaparecido voluntariamente o si el «cliente» se había ocupado de ellos. En cuanto al mago que los había salvado, Lastyanax no había encontrado su rastro. ¿Se trataba del emisario de Licurgo del que Sileno le había hablado? Pero, entonces, ¿por qué los había sacado del pozo? De nada servía darle vueltas al enigma en todas las direcciones, no había explicación para su extraña actitud. Su única certeza era que su salvador y el individuo que lo había agredido en el torreón eran dos personas diferentes. ¿Por qué, si no, intentaría matarlo y rescatarlo unos meses después?

En el Consejo, los ministros lo acusaron de inventar un peligro ficticio para darse importancia. La sospechosa desaparición del líder del clan era la única razón por la que el Basileus todavía le concedía el beneficio de la duda. Más que nunca, Lastyanax era consciente de la urgencia de concluir su investigación. Ya no se trataba solo de encontrar al asesino de su mentor, sino de salvar su carrera y la propia ciudad.

Sus sospechas sobre la participación del Eparca habían ido a más desde que este último había interferido en la búsqueda del azur vivo: controlaba a la policía hiperbórea y podía fácilmente emborronar las pistas. Lastyanax estaba cada vez más convencido de que estaba saboteando su investigación. Por esta razón, había decidido continuar por su cuenta.

—De todos modos, deberíamos notar si no hay magia en algunos lugares, ¿no? —le preguntó Arka un día en que estaban trabajando juntos en los informes de los investigadores.

Se hallaban en el estudio de Palatès, despejado ya del revoltijo de objetos inútiles. Después de meses luchando contra el descomunal desbarajuste que reinaba en la casa, algunas habitaciones habían sido despejadas. Lastyanax había conservado una serie de jarrones de lava esmaltada para decorar el alféizar de la ventana. El prototipo de su invento, un monóculo que permitía ver las ánimas, estaba encima de una pila de manuscritos. En la ciudad, nunca se separaba de él, con la esperanza de detectar el vacío de ánima del que Arka acababa de hablar. Hasta ahora, su búsqueda había sido infructuosa.

—Sí, pero debe haber maneras de neutralizar los efectos del azur vivo… Tú que vivías entre las amazonas, ¿de verdad que no recuerdas ninguna?

Arka se encogió de hombros, impotente. No era la primera vez que Lastyanax le hacía esa pregunta. Cogió del escritorio una estatuilla de una gallina cuyas piezas habían sido pegadas de un modo no del todo preciso.

—¿Qué es esto?

—No lo toques —la riñó Lastyanax, quitándole el objeto.

Lo colocó cuidadosamente en el mueble, donde desentonaba espantosamente con la elegancia de la habitación.

—Bueno, sigue leyendo los informes, volveré en dos horas —dijo, levantándose.

—¿Adónde va, maestro? —se extrañó Arka.

—Al único lugar de Hiperbórea donde estoy seguro de que puedo encontrar el azur vivo: a la Extractora —respondió, y salió de la habitación.

La puerta del estudio se cerró mientras Arka protestaba, quejándose por tener que seguir con los informes e insistiendo en acompañarlo. Lastyanax cogió su tortuga y se dirigió a la entrada del séptimo nivel de la Extractora. La prisión hiperbórea ocupaba toda la torre y poseía el dispositivo de seguridad más elaborado de la ciudad: en las ventanas, los vidrios de adamante impedían cualquier intento de

escapar. En cada nivel, las puertas mecamánticas prohibían la entrada y salida de la prisión a los no acreditados. Guardias equipados hasta los dientes vigilaban a los reclusos en los pisos, desde los delincuentes de poca monta hasta los magos más poderosos. Gracias a su condición de ministro, Lastyanax había podido obtener un permiso excepcional para visitar la Extractora.

El alcaide, un hombre alto con aspecto enérgico, vino a saludarlo a la entrada de la prisión y le sirvió de cicerone. Caminaba echando el hombro derecho hacia delante como si estuviera a punto de romper todas las puertas que encontraba a su paso.

—Voy a equipar a mis guardias con detectores de ánima —dijo—. Un hallazgo recientemente patentado en la Torre de los Inventos. Ese es su trabajo, ¿no?

—Así es. —Lastyanax asintió con la cabeza, disimulando su decepción por la finalidad para la cual se utilizaría su trabajo.

—Muy buena herramienta —aprobó el alcaide con un guiño.

La Torre de los Inventos emitía derechos de explotación para los dispositivos desarrollados por los discípulos al final de su formación. Este sistema de patentes daba a Hiperbórea un considerable avance técnico sobre las otras ciudades, ya que los magos se tomaban el asunto muy en serio. Unos meses antes, el administrador de la Torre de los Inventos había sido condenado a cadena perpetua por vender ciertos planos a ciudades remotas. Al pasar por un pasillo flanqueado por puertas reforzadas, Lastyanax preguntó si el administrador seguía encarcelado.

—Sí, aquí sigue —respondió el alcaide—. Está ahí, por cierto —agregó, dando unos golpes con los nudillos en la puerta de una celda —. Bueno, ¿y qué lo trae por aquí? ¿Quiere saber más sobre el azur vivo, es eso?

—En efecto. Tengo entendido que ustedes usan azur vivo para la extracción de ánima. ¿Qué precauciones toman para manejarlo?

El alcaide asintió con la cabeza.

—Sígame, le mostraré cómo lo hacemos.

Lo arrastró hasta el enorme atrio de la prisión, donde los criminales estaban repartidos en grandes celdas colectivas alrededor del espacio central, atravesado por pasarelas metálicas y levitadores. Los reclusos, vestidos con túnicas rojas, apestaban a sudor y a heces. El alcaide cogió un levitador y lo condujo hasta la parte trasera del edificio, indicando, con voz alta, las diferentes categorías de forajidos que albergaba su prisión: asesinos, ladrones, charlatanes, vendedores de goma de loto azul, conductores ilegales entre niveles, etcétera. Mientras las cárceles iban pasando por delante de sus ojos, de nivel en nivel, su enumeración despertaba miradas torvas tras las rejas. Todos los reclusos parecían febriles, flacos y exhaustos. Lastyanax vio que unos churretes resecos de sangre les dibujaban trazos negruzcos debajo de sus fosas nasales. Llegaron a la parte trasera del atrio y salieron del levitador para empezar a cruzar nuevos dispositivos de seguridad, y aprovechó para preguntarle al alcaide sobre el origen de semejante deterioro físico.

—El agotamiento y las hemorragias nasales son los efectos clásicos de la extracción de ánima —respondió el mago, a la defensiva, arrastrándolo por un largo pasillo—. Tratamos de calcular lo mejor posible el límite que no debemos traspasar, pero a veces es difícil determinarlo. Si apuntamos demasiado bajo, los reclusos salen del extractor con demasiada energía y son capaces de fomentar motines. Si apuntamos demasiado alto, bueno…

Como para completar sus palabras, una camilla llevada por dos guardias pasó por delante de ellos. Una mano agarrotada asomaba por la sábana que la tapaba. Lastyanax, muy incómodo, aceleró el paso para no quedarse por detrás del alcaide. Llegaron a una sala cuya pintura blanca, tirando a amarillenta, aparecía desconchada aquí y allá.

En el centro había una máquina extraña, que consistía en una mesa con esposas al final de la cual había un casco rematado con tubos. Los conductos se unían en un gran alambique de cobre cuyo serpentín acababa en una varilla de metal, conectada a un bloque de latón.

Justo por encima del bloque, una hoja de color azul brillante, recubierta de unas franjas finas de oricalco, parecía lista para cortar la varilla.

Lastyanax se acercó al casco, dentro del cual había grabado un dibujo intrincado. Reconoció en él el sello que había visto fugazmente en el dorso de la mano del Basileus el día de su primer consejo.

—Este es uno de nuestros extractores —explicó el alcaide, dando una palmada orgullosa en la máquina—. El recluso se tumba en esta mesa y mete la cabeza en este casco equipado con un sello de succión. Su ánima se bombea al alambique y luego se condensa mediante la transmigración en estas barras de latón. Cuando se ha almacenado suficiente cantidad en el latón, bajamos la cuchilla de azur vivo para cortar el ánima y separarla para siempre de su propietario. De este modo se obtiene un lingote de oricalco.

Fascinado, Lastyanax se acercó a la hoja azul con reflejos tornasolados. Encendió una llamita sobre la palma de su mano.

—¿Por qué no estamos en una zona azul? —preguntó, cerrando la mano.

—¿Ve estas vetas de oricalco? Permiten neutralizar la acción del azur vivo. Las propiedades del azur vivo no pueden atravesar el oricalco.

Lastyanax examinó la hoja con una mezcla de satisfacción y despecho. Había puesto el dedo en lo que hacía estancar su investigación, pero eso no le iba a ayudar a encontrar las pepitas de azur vivo. Si el «cliente» las había cubierto con oricalco, podrían estar en cualquier parte de Hiperbórea. Y haber sido introducidas en cualquier lugar, incluso en el palacio del Basileus.

Lastyanax pensó en el mago que los había salvado en el pozo.

—¿Sabe si es posible rodearse de oricalco para proteger nuestros poderes del azur vivo? ¿Poniéndolo encima de la ropa, por ejemplo?

El alcaide se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Ha habido mucha experimentación sobre el tema, pero no se han obtenido resultados concretos. El oricalco clásico permite bloquear la

acción del azur vivo en un perímetro dado, pero el ánima se extiende más allá de los límites del cuerpo. Una prenda o armadura hecha con ese oricalco no sería de mucha utilidad… Habría que utilizar oricalco macizo, cuyas propiedades mágicas son mucho más potentes, pero es muy caro de producir. Es necesario el equivalente a cien ánimas para obtener un lingote macizo.

Lastyanax se enderezó, con la cabeza llena de reflexiones.

—Gracias por la explicación.

—No hay de qué.

—Estos lingotes, imagino que luego los venden, ¿no? —preguntó, mientras el alcaide lo acompañaba de regreso por la prisión.

—De eso se encarga el Tesoro —corrigió el mago—. La venta está muy controlada, la mayor parte del oricalco no sale del séptimo nivel. Igualmente, hay una pequeña parte que va a Temiscira, pero el Basileus prefiere limitar la exportación. Una decisión sensata, si quiere que le diga mi opinión. Con una cantidad suficiente de oricalco, Temiscira podría multiplicar con facilidad el poderío de su ejército… De hecho, parece que Licurgo ha estado tratando durante muchos años de emprender su propia extracción, pero, según las últimas noticias, todavía no ha logrado copiar nuestro sistema. Vamos, le mostraré la salida.

Mientras Lastyanax registraba cuidadosamente toda esa información, tomaron otro levitador y pasaron por delante de una serie de celdas colectivas tan apestosas como las anteriores. Una atmósfera muy diferente reinaba en la cárcel del séptimo nivel ante la cual los depositó el aparato. Repuestos y descansados, los reclusos conversaban sobre sus planes de futuro con semblante animado. Lastyanax preguntó al alcaide por los motivos para tanto buen humor.

—Son reclusos condenados a muerte —explicó su interlocutor, sin explayarse.

—Parecen muy felices para ser reos —dijo Lastyanax, mirando de nuevo a los prisioneros, que ahora se divertían agitando muslos de pollo a través de las barras para enfurecer a sus hambrientos

compañeros reclusos en las celdas vecinas.

—Ah, es que les decimos que les vamos a presentar al Basileus para que los indulte —respondió el alcaide—. Cada año, el palacio me encarga una docena de reclusos condenados a muerte. No sé qué pasa con ellos, pero nunca los volvemos a ver.

Se volvió hacia Lastyanax, que se había detenido bruscamente, asustado. Su explicación acababa de desvelar parte del misterio de la longevidad del Basileus.

—Eso no cambia nada —protestó el alcaide—. Están condenados pase lo que pase. Al menos viven sus últimas horas disfrutando de la vida, con alegría en el corazón.

El corazón de Lastyanax tenía cualquier cosa menos alegría cuando salió de la Extractora, después de agradecer al alcaide la visita.

Arka

Después de que su mentor se marchara, Arka se quedó en el estudio revisando sin mucha atención los informes de la investigación. Le hubiera gustado acompañar a Lastyanax, para mantener la mente ocupada en algo. Últimamente, sus pensamientos siempre volvían a la maldición de las amazonas. Le picaba la piel solo de pensar que habrían podido ponerle un sello invisible en algún lugar de su cuerpo. A veces se tranquilizaba pensando, como Pétrocle, que las maldiciones no eran más que paparruchas. Entonces rememoraba todo lo que le había sucedido desde el día en que había dejado la protección del azur vivo, en Arcadia. El miedo a descubrir el contenido de la maldición se mezclaba con la esperanza de descubrir que no existía. Al igual que un paciente teme el diagnóstico de una enfermedad mortal cuyos síntomas ha detectado, Arka no se atrevía a decirle nada a Lastyanax ni a indagar en la biblioteca sobre el tema.

Unos martillazos resonaron al otro lado de la ventana del estudio. Se levantó y se acodó en la cornisa. Abajo, a lo largo de los canales, unos carpinteros montaban puestos y pabellones. Desde hacía varios días, una sensación de expectación se respiraba en la ciudad, que bullía de actividad al compás de los preparativos para el Jubileo del Basileus.

Ávida de alguna distracción positiva, Arka aguardaba el día con impaciencia.

Había convencido a Stérix y a Cacique para que aprovecharan la libre circulación que se otorgaba durante la festividad para darse un paseo por los niveles inferiores. Un carnaval gigantesco se estaba preparando en la ciudad y cada hiperbóreo quería hacer el traje más original. Arka planeaba disfrazarse de caravanera y transformar a Tapón en un buey almizclero usando una piel y unos cuernos que había encontrado en la colección de cachivaches de Palatès. Y aún le faltaba encontrar alguna pelliza para completar su equipo.

Evaluó la pila de informes que la esperaban en el escritorio y decidió que tenía mucho tiempo para buscar un disfraz de caravanera antes de que Lastyanax regresara.

El comedor del torreón aún no había sido objeto de sus exploraciones ni del proceso de despeje en el que trabajaban a regañadientes los dos criados en el resto de la casa. Situada en la planta baja, el salón estaba totalmente invadido por un montón de cacharros y muebles engalanados con telarañas. Al fondo había unos baúles de gran tamaño, de los que asomaban varios rollos de tela.

Arka trepó por encima de unas carretillas, levitó sobre una montaña de cálices y aterrizó en un pilón de decantación. Se bajó de él y comenzó a buscar en los baúles llenos de túnicas ceremoniales, clámides y estolas brocadas. Las telas, cargadas de cuentas y bordados, olían a cerrado. Volcó varios baúles, pero no encontró ninguna pelliza. Cuando llegó al cuarto baúl, hundió los brazos hasta las axilas en unas telas de seda polvorientas. De pronto, sus manos se toparon con unas tiras anchas de cuero con incrustaciones de piedras preciosas. Las desenterró de las telas y abrió la boca, asombrada.

¡Cinturones de amazona!

Sus dedos palparon los motivos rituales formados por las piedras incrustadas en el cuero. No podía creer lo que veía. Las amazonas nunca se separaban de su cinturón, incluso eran enterradas con él. A juzgar por la apariencia agrietada del cuero, estos cinturones

pertenecían a guerreras muertas hacía mucho tiempo. Y a todos los habían despojado de sus pepitas de azur vivo.

Una gran ráfaga de aire de repente agitó las sedas. Pero en Hiperbórea no había viento.

Arka levantó la cabeza y miró el trapecio azul que la ventana dibujaba en la pared. Solo la silueta ondulante de un pájaro vela cruzó por el horizonte.

Miró los cinturones una última vez antes de guardarlos de nuevo en el baúl, aturdida al haber encontrado allí un objeto tan familiar y tan especial para su pueblo. No había visto una amazona en casi dos años.

Había transcurrido media hora cuando regresó al estudio con una brazada de pellizas encontradas en otro baúl. Se sentó en la silla autoportante y pensó en su hallazgo. No le extrañaba que en su día Palatès coleccionase cinturones de amazona, puesto que había acumulado toda clase de objetos imaginables. Pero lo que no entendía era cómo los había conseguido. ¿Llegaron de Arcadia? ¿O datarían de los tiempos de las fundadoras?

Lastyanax le dio un susto al entrar en el estudio, con un semblante aún más sombrío de lo habitual.

—Vendrás conmigo a la recepción que el Basileus ofrecerá en palacio mañana por la noche —anunció, dejándose caer en una silla.

Arka se olvidó al instante de los cinturones y pensó en todo el festejo del Jubileo que iba a perderse.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Por qué?

Lastyanax la miró sorprendido.

—Esperaba más entusiasmo por tu parte. Tengo buenas razones para creer que se podría cometer un ataque durante la recepción y quiero que me ayudes a vigilar la velada.

—Pero… ¡es que es muy peligroso! —exclamó Arka, disimulando gracias a una inspiración repentina—. Solo soy una simple discípula de primero, no puede poner mi vida en peligro para…

—Ah, pues bien que te vi escalando por el muro exterior del torreón ayer mismo. No me hagas creer que la falta de seguridad supone un problema para ti —respondió Lastyanax en un tono tranquilo mientras cogía el informe de la investigación—. No sirve de nada que me lo discutas, mañana vendrás conmigo.

Arka se pasó de morros el resto del día.

A la noche siguiente, se preparó a regañadientes para ir a la fiesta del Basileus con dos túnicas en la mano: una estaba manchada de tinta y la otra tenía un desgarro a la altura de las rodillas. Optó por la manchada, se la puso y bajó con Lastyanax, que la estaba esperando en el atrio con una toga de vestir.

—Podrías haber hecho un esfuerzo —se quejó, señalando su atuendo.

Antes de que Arka pudiera replicar, se oyó de pronto una voz atronadora:

—PERO ¡QUÉ ELEGANTÓN ME VA USTED, maestro Lastyanax!

Arka y Lastyanax se estremecieron mientras Métanire trotaba hasta ellos con dos paquetes en las manos.

—Las máscaras llegaron esta mañana —dijo la vieja cocinera, entregando a cada uno un paquete—. Aquí las tienen, mis queridos niños. ¡Disfruten del Jubileo!

Pellizcó la mejilla de Arka y le dio un buen meneo mientras soltaba una risilla de abuela sádica. Lastyanax se apresuró a apartarse para evitar sufrir la misma suerte. Métanire se marchó de nuevo lanzando exclamaciones entusiasmadas sobre la juventud que se codeaba con la flor y nata.

—Ya puedo ser ministro y su empleador, que Métanire siempre me tratará como si tuviera cinco años —dijo Lastyanax con un escalofrío de angustia—. Vámonos —dijo, dando media vuelta.

Salieron del torreón y se subieron a la joven tortuga verde brillante que Lastyanax había comprado poco después de su primer consejo.

—¿Puedo llevarla yo? —preguntó Arka mientras Lastyanax guiaba al animal a través de los canales.

—No. Te sacarás el carné con una tortuga abollada, como todo el mundo.

Arka se enfurruñó y miró a su alrededor con una punzada en el corazón. Estaba anocheciendo. Los espectadores subían al séptimo nivel para disfrutar de unas vistas que rara vez tenían la oportunidad de admirar. Por todas partes, los acróbatas comenzaban sus números: un funambulista hacía volteretas a lo largo de un cable suspendido entre dos torres; un tragafuegos proyectaba llamaradas fantásticas con forma de dragón a los espectadores asustados. Un poco más adelante, un concierto de órganos hidráulicos estaba empezando en la superficie congelada de un acueducto. La gente admiraba extasiada los disfraces de los demás, luciendo con orgullo togas moradas que no se les permitía usar normalmente. Algunos jóvenes ya borrachos se zambullían en el agua clara de los canales, salpicando a magos de verdad que los miraban escandalizados. Arka vio a Cacique y a Stérix, que se dirigían al elevador de tortugas más cercano. Hasta Cacique parecía emocionado.

—El Jubileo es el día de todas las subversiones —comentó Lastyanax —. El Basileus creó este festival para dar a la plebe la oportunidad de vivir como la aristocracia. Era una forma de calmar los deseos de emancipación de la gente mientras mantenía todo en su sitio.

—Muy eficaz —gruñó Arka, pensando en sus propios deseos de emancipación.

Un clamor emocionado le llamó la atención. Sobre una tarima, una tropa de amazonas con ajustados trajes de cuero se enfrentaba, gritando con sonidos casi animales, a cuatro magos con unos poderes espectaculares. Penachos rojos de crines de caballo salían de la punta de sus cascos cónicos. Armadas con lanzas y arcos, corrían hacia los cuatro hombres, que las rechazaban con resplandores azulados, bolas de fuego y explosiones de humo multicolores. Con la nariz pegada al escenario, los chicos veían a las falsas amazonas hacer grandes molinetes en el vacío, más interesados en sus sujetadores de cuero que en su destreza belicosa. Arka chasqueó los dientes, molesta.

—¿Te parece lograda esa representación? —dijo Lastyanax divertido.

—Si las amazonas luchasen con un equipo tan endeble, habrían desaparecido hace mucho tiempo —dijo Arka enfadada—. En serio. ¿De qué sirve una cota de malla que deja la tripa al aire? Y esos cascos de plumas… Han pasado al menos seis años desde que dejamos de usarlos porque hace que los objetivos sean demasiado obvios para las flechas.

Continuó quejándose, hasta que Lastyanax le dijo que se calmara, pues acabaría atrayendo la atención. Llegaron al centro de la ciudad, al punto más alto de la cúpula. Frente a ellos, los acueductos convergían hacia una torre de una anchura colosal, adornada con un magnífico bajorrelieve helicoidal. En la cima de la torre se erigía el palacio del Basileus, desde donde se dominaba toda la ciudad. Grifos monumentales de piedra vomitaban agua burbujeante a los canales. Arka se quedó un buen rato admirando las cúpulas azules y doradas que coronaban los jardines colgantes y las terrazas de jade. ¿Había sido entre esos muros donde las amazonas habían asesinado a trece niños, condenando a sus descendientes a una maldición?

—Parece que han establecido un perímetro de seguridad —dijo Lastyanax en tono de aprobación.

Se acercó al policía que controlaba la llegada al palacio y le mostró su anillo sigilar. El oficial asintió con la cabeza e inspeccionó la tortuga antes de indicarles que avanzaran. Lastyanax se plantó delante de una enorme puerta mecánica cuyos engranajes se entrelazaban formando una compleja trama geométrica. La puerta se abrió y dejó ver un pequeño puerto interior rodeado de elegantes galerías, de las que salía un pontón de madera blanca. Las tortugas ceremoniales del Basileus, doradas con oro fino, esperaban cerca del muelle, masticando algas plácidamente. Lastyanax detuvo la suya en el pontón, iluminado con faroles que flotaban en el agua. Inmediatamente apareció un postillón que desplegó una escalerita retráctil para que los recién llegados pudieran atracar.

—Qué monada —comentó Arka.

El postillón recogió el estribo y subió a la tortuga para estacionarla un poco más lejos. Lastyanax señaló una escalera de mármol policromado

que subía hasta la entrada del palacio.

—Es hora de ponernos las máscaras.

Arka abrió la tela del paquete que le había entregado Métanire y soltó un gruñido. Su máscara representaba el rostro de un lechón.

—¿No podría haber elegido algo menos ridículo, maestro? —se enfadó, pensando en su disfraz de caravanero que se había quedado muerto de risa en el torreón.

—Pues a mí me parece de lo más apropiado —bromeó Lastyanax.

Su máscara, adornada con unas tiras finas de jaspe a modo de escamas, representaba una iguana. El cerdito le dirigió una mirada asesina por encima del hocico. Se dirigieron hacia la entrada mientras sus pasos resonaban en el aire nocturno perfumado de jazmín.

Con su vestido manchado y su máscara de cerdo, Arka tuvo la impresión de que desentonaría con el ambiente de la recepción. Y confirmó su sensación en cuanto puso un pie en el palacio. Nunca había visto tal despliegue de lujo. Los muebles estaban en perfecta armonía con las pinturas murales. Los mosaicos daban la réplica a los techos con molduras. Lastyanax y Arka pasaron en silencio por varias piezas y terminaron en un enorme patio donde había una auténtica selva tropical. Por los pasadizos a la sombra rayada de las palmeras, los magos deambulaban iluminados por la luz cálida de las esferas de cristal. Un criado con librea se acercó a ofrecerles algo de beber.

—Qué bonito es todo esto —dijo Arka, tomando un sorbo del mejor aguamiel que había probado.

Lastyanax asintió con la cabeza, distraídamente. Se había levantado la máscara para beber y miró al patio con una expresión triste que Arka nunca había visto antes. Se preguntaba si le pesaba la soledad. Aparte de Pétrocle, no frecuentaba a nadie de su edad; lo cual era una verdadera lástima, ya que una vida social ocupada le habría dejado menos tiempo para abrumar a su discípula con tareas.

Arka de repente sintió que tenía una misión: encontrarle novia a Lastyanax. La cosa no iba a ser fácil, ya que las chicas ociosas del

séptimo nivel se pasaban la vida revoloteando de fiesta en fiesta cual mariposas, algo que no era en absoluto el estilo de Lastyanax. Necesitaba a alguien más aburrido.

Continuaron su camino y se acercaron a un estanque donde nadaba con sus movimientos ondulantes un pez milaletas. Sus escamas brillantes desaparecían y volvían a aparecer entre los nenúfares estrellados. Más adelante, tras unos barrotes con forma de juncos que se confundían con el resto de la vegetación, apareció un rocho viejo y con calvas desplumadas. La rapaz gigante se volvía hacia delante y hacia atrás en su jaula, demasiado pequeña para poder extender las alas.

—Uno de los últimos rochos del mundo, y acabó aquí —comentó Lastyanax—. La península de Ogigia fue vendida a Licurgo a cambio de este animal.

—Licurgo tiene muchos más, y en mejor forma que este —replicó Arka —. Fue a lomos de unos rochos como nos llevaron a Pentesilea y a mí a Temiscira.

—Ah —se limitó a decir Lastyanax.

Parecía mucho más molesto por esa información de lo que hacía pensar su respuesta, pero no hizo ningún comentario.

—El Basileus siente pasión por los animales raros —explicó al pasar por delante de un corral no más grande que una madriguera de conejos, en el que había una garzáfula.

Arka observó con fascinación la garzáfula mientras sus dos cabezas engullían sendas raciones de heno al mismo tiempo. Prosiguieron su camino, pasando por delante de un vasto pedestal de mármol en el que habían puesto unos huevos blancos de un tamaño gigantesco. Un sello de refrigeración envolvía los huevos con una niebla helada.

—El Basileus debe de estar allí —dijo Lastyanax, señalando a un gran tabernáculo en el centro del patio.

Una multitud se abarrotaba bajo el templete. Al acercarse, Arka se desencantó al comprobar que iba a ser muy poco probable encontrar

una posible compañera para su mentor en aquel lugar, puesto que la recepción estaba integrada solo por magos. Los más jóvenes miraban, intimidados, la majestuosa cúpula que se elevaba por encima de sus cabezas. Los más viejos esperaban con ademán relajado, con las copas de aguamiel dejadas descuidadamente en la base de las columnas con forma de palmeras.

—¿Dónde está el Basileus? —preguntó Arka.

—Enseguida llegará… Mantente atenta a todo lo que suceda a tu alrededor, pues no hemos venido de fiesta —gruñó Lastyanax mientras hacía una seña a un camarero, que se acercó a ofrecerle otra copa de aguamiel.

Ofendida, Arka le dio la espalda para ver la asamblea. Desde lo alto de sus pedestales, trece estatuas de niños congelados en poses lánguidas se alzaban en medio de la multitud. Ahora conocía lo suficiente sobre la historia de Hiperbórea para saber que eran los herederos del Basileus. La escultura más cercana representaba a una niña con el pelo largo, mirando a lo lejos con semblante melancólico.

—Bueno, ¿sigue tan orgulloso de sus acusaciones, Lastyanax?

Arka se dio la vuelta. Un mago con una máscara de búho, flanqueado por dos guardaespaldas, se había acercado a Lastyanax. Se dio cuenta de que los gorilas tenían unos tatuajes con forma de lotos en la nuca, en el estrecho hueco de piel que les dejaba la armadura.

—Yo no acusé a nadie —respondió con frialdad su mentor.

—Del mismo modo que su investigación no ha dado ningún fruto —se jactó el búho, hinchando el pecho—. Yo estoy a punto de encontrar al asesino de Triérios, y sin embargo, no estoy a cargo de la investigación. Si quiere que le dé mi opinión, la sede de Nivelación desaparecerá dentro de muy poco. ¡Ah, ahí estás! —exclamó en dirección a una joven que acababa de aparecer entre la multitud.

En medio de tanta máscara recargada, la de esta destacaba por su simplicidad. Era un discreto lobo de terciopelo negro. Un vestido largo a juego le dejaba los hombros al descubierto. Su cabello oscuro, peinado hacia atrás, le despejaba el óvalo de la cara. Solo sus ojos

verdes daban un toque de color al conjunto.

Arka se dio cuenta de que se había vuelto a colocar con un movimiento mecánico la máscara de cerdo que se había dejado de lado en la cabeza. Junto a ella, Lastyanax vació su copa de aguamiel como si esperase encontrar confianza en sí mismo en el fondo del vaso. Nadie se sentía seguro de sí estando en presencia de Pirra.

Impávida, esta señaló con la barbilla en dirección a Lastyanax y tomó el brazo de su antiguo mentor para irse con él. Cuando desapareció, Lastyanax se bajó la máscara de iguana en su rostro con tal brusquedad que se le saltaron varias escamas. Arka sintió que era su deber dedicarle unas palabras de consuelo. Se levantó la careta de cerdo y dijo:

—Si quiere mi opinión, no es la que más le conviene, maestro. Necesita a alguien que comparta sus intereses, como leer libros gordos y aburridos o estar sentado frente a un escritorio todo el día… —De pronto, se le ocurrió la idea del siglo—. ¿El Sumo Bibliotecario no tendrá una hija, por casualidad? —exclamó, con la máscara todavía a modo de visera en la cabeza.

—Cállate —gruñó Lastyanax mientras se ponía la suya sobre su nariz con un gesto molesto.

Y se alejó entre la multitud, con la cabeza hundida entre los hombros como para protegerse de la tormenta de mal humor que se cernía sobre su cabeza. Decepcionada por el poco caso que su mentor hacía a sus consejos, Arka decidió dejarlo por imposible. Como el Basileus seguía sin aparecer, se apartó de la multitud, pasando de estatua en estatua, golpeada por el realismo con el que el escultor había cincelado allí un mechón de pelo, aquí una nariz ganchuda. Se detuvo frente a la decimotercera efigie, la única que no parecía dispuesta a descender de su base. Representaba al mayor de los herederos, un joven de unos veinte años con rasgos demasiado perfectos para ser realistas.

—¿Qué opinas de este?

Arka se sobresaltó. Al otro lado del pedestal, Géorgon, el profesor de

mecamancia, también estaba contemplando la estatua. Con una copa en la mano, parecía haber abandonado la idea de usar su máscara de pavo real y la llevaba colgada de su cuello. Sorprendida, Arka miró a su alrededor, segura de que estaba hablando con otra persona. Pero todos los magos estaban ocupados charlando con sus compañeros.

—Mmm… pues… Es una hermosa… ejem… ¿estatua?

—Es un trabajo abominable —respondió Géorgon, enfatizando su crítica con un gesto categórico, derramando aguamiel por todas partes —. El escultor desaprovechó la oportunidad. Y el Basileus quedó muy descontento con esta obra, por cierto.

—Creo que las otras estatuas son muy hermosas, maestro —se atrevió a decir Arka.

—Eran mucho más fáciles —respondió el profesor con un resoplido despectivo—. Rara vez ha habido modelos tan quietos.

Arka no entendía lo que quería decir con eso. Géorgon volvió la cabeza hacia ella. Su mirada vidriosa se volvió enigmática.

—¿Quieres ver algo interesante, discípula? Sígueme —dijo, sin esperar su respuesta, girando su silla hacia el camino más cercano.

Arka, dividida entre la curiosidad y la inquietud por irse de allí, después de que Lastyanax le hubiese ordenado que se mantuviera alerta, vio que su profesor se alejaba ya por un pasillo.

—Bah, al cuerno —dijo en voz alta.

Se apresuró a seguir la silla, que desapareció por detrás de una mata de helechos grande como un árbol. El camino estaba desierto, a excepción de algunos animales extraños dormidos en sus jaulas escondidas entre la vegetación. Al sumergirse en la selva tropical, el rumor de las conversaciones se desvaneció. Pronto solo se oyó el rugido de la silla flotante y la fricción de los helechos a su paso. Con los ojos fijos en su profesor, Arka se preguntó si no sería mejor que diese media vuelta. Géorgon nunca le había inspirado mucha simpatía y sabía muy bien que no era su alumna favorita. Pero negarse a

acompañarlo solo habría agravado la mala opinión que tenía de ella, por no hablar de que estaba realmente intrigada. ¿Qué quería mostrarle?

Justo cuando empezaba a preguntarse si Triérios también había seguido a un mecamante paralítico por un camino oscuro, apareció un resplandor naranja entre las exuberantes hojas. Un momento más tarde, llegaron a una gran puerta mecamántica de oricalco, tan alta como para dejar entrar a un gigante, empotrada en un muro de piedra que se perdía en la vegetación. Un sello se entrelazaba en la compleja forma geométrica dibujada por los engranajes. La silla flotante giró hacia Arka.

—Puertas mecamánticas, mi especialidad. El Basileus me pidió que renovara esta hace quince años, cuando mandó esculpir las estatuas. Activa el sello de apertura por mí, no puedo alcanzarlo con esta maldita silla.

Arka se acercó a la puerta y se puso de puntillas. Mientras colocaba la palma de la mano sobre los engranajes, le vino a la mente la idea de que no era muy inteligente activar un sello desconocido. Pero la puerta empezó a vibrar. Un momento después, su mecanismo retrocedió con un delicado traqueteo. Tras el umbral apareció una sala fría, sumida en la oscuridad. Un lejano resplandor amarillento mostraba la profundidad que tenía la pieza.

—La antigua sala del trono —dijo el profesor—. Basileus la transformó hace ciento sesenta y dos años.

La silla flotante traspasó el umbral. Después de una larga vacilación, Arka lo siguió, apretando los puños lista para reaccionar al más mínimo contratiempo. No le estaba gustando el giro que estaba dando la noche.

Pasados unos instantes, los contornos del lugar se volvieron más nítidos. Era una sala inmensa, longitudinal, ocupada a medias por una gran escalera que comunicaba con un espacio inferior con forma de medialuna. Allá abajo había, perfectamente repartidos, una docena de extraños baúles fosforescentes, la única fuente de luz de un lugar cuyo

vacío austero contrastaba con el resto del palacio.

La silla avanzó por las escaleras y flotó en dirección a los baúles. Arka la siguió, al principio despacio, y luego, a medida que fue acostumbrándose a la regularidad de los escalones, cada vez más rápido.

—Impresionante, ¿no? —dijo el profesor, maniobrando su silla en medio de los baúles fosforescentes—. Llevan ciento sesenta y dos años esperando aquí… Como si alguien fuera a venir a despertarlos algún día.

Arka se preguntó de qué estaba hablando. Se dio cuenta entonces de que los baúles eran en realidad sarcófagos de cristal. En el interior yacían unos cuerpos de niños, vestidos con suntuosas togas luminiscentes.

Un profundo malestar se apoderó de Arka. Avanzó hacia el sarcófago más cercano. Una niña que se parecía a la estatua que había visto en el patio estaba tumbada en él. Se la veía tranquila, como si estuviera dormida. Solo una delgada línea púrpura en su cuello indicaba el carácter definitivo de su sueño.

Incapaz de apartar la vista de sus restos mortales, Arka dijo con voz átona:

—Pero ¿cómo ha conseguido…?

—No es embalsamamiento —respondió el profesor—. Un sello de conservación muy sofisticado se utilizó justo después de su muerte, que tuvo lugar en esta misma sala. El Basileus los ha conservado exactamente tal como eran.

El malestar de Arka se agudizó. Lo que hasta entonces era solo un hecho histórico sangriento de repente se convirtió en una realidad tangible. Los cuerpos estaban allí, como el testimonio perenne del crimen cometido por las fundadoras. Se alejó unos pasos, presa de una intensa emoción. Rara vez se había sentido tan afectada por la presencia de cadáveres, y había visto muchos.

Los rostros de los niños y de los adolescentes la rodeaban, silenciosos,

enigmáticos, como inmersos en un sueño eterno al que los vivos no podían tener acceso.

—En este no hay nadie —dijo Arka, señalando un sarcófago vacío, más grande que los demás.

—Lo ocupaba el primogénito.

El maestro agarró sus piernas inertes y las separó para ponerse más cómodo.

—Justo cuando terminé la reparación de la puerta, hace quince años, alguien robó el cuerpo. Nadie supo por qué ni cómo. Sin el modelo, el escultor nunca fue capaz de hacer una estatua que se le pareciera. El Basileus lo despidió.

Con un gesto repentino, Géorgon giró su silla y subió las escaleras.

—Se acabó la visita, es hora de volver arriba —dijo con un tono que no admitía réplicas.

Aliviada, Arka se apresuró tras él, dejando atrás el sarcófago vacío y a los doce herederos congelados para siempre en el momento de su muerte.

Lastyanax

Lastyanax dio una vuelta completa sobre sí mismo, tambaleándose, en busca de un criado o más bien de una bandeja en la que poder dejar su copa vacía. Sus ojos le enviaron de vuelta una imagen inestable y borrosa de la fiesta. En el centro del patio, el Basileus acababa de comenzar un discurso de bienvenida para sus invitados. Ya no parecía ausente. Lastyanax pensó con una sensación imprecisa de disgusto que tanta energía renovada debía de tener algo que ver con el sello de aspiración y con los reclusos condenados a muerte. Apoyó su copa en la base de la escultura más cercana, junto a las tres que acababa de beberse. Y como le molestaba la máscara de iguana, se la quitó y se la puso en la cabeza a la estatua.

A su alrededor, las conversaciones se animaban a medida que el alcohol aflojaba las lenguas. Cuanto más lejos iba del Basileus, más borracha y habladora estaba la gente. Y Lastyanax se hallaba en la

periferia de la multitud. Pero se había prometido que se mantendría vigilante, en caso de que el asesino de Palatès y Triérios aprovechara la embriaguez de los magos para asestar un golpe efectista. Sin embargo, aquello se había convertido en la menor de sus preocupaciones. Su investigación estaba haciendo agua, no había demostrado la doble cara del Eparca y este probablemente encontraría pronto a un culpable muy conveniente para disipar las pocas dudas que le quedaban al Basileus sobre él. Entonces Lastyanax sería despedido del Consejo.

—Qué importa, ¿no? —le dijo a la estatua con la máscara de iguana, que parecía reprocharle que se diera por vencido a la primera de cambio.

Se había convertido en ministro para conseguir prestigio, y, sí, también para impresionar a Pirra. Pero como ella pasaba de él, ya no tenía motivos para molestarse en ir a las reuniones del Consejo.

—Para eso, me voy a criar… hic… cabras a Arcadia —rezongó en dirección a la estatua.

Un camarero se acercó, bandeja en mano. Lastyanax lo recibió con un gruñido impaciente.

—Sí que has tardado —murmuró, extendiendo su brazo para recibir una quinta copa de aguamiel.

Pero en lugar de una copa, el criado le puso en la palma de la mano un papel doblado en cuatro.

—¿Qué es esto? —dijo Lastyanax, mirando el papel mientras trataba de enfocar la vista.

—Un mensaje que me han ordenado que le entregue, maestro —respondió el camarero antes de esbozar una reverencia y marcharse.

Se olvidó de darle la copa. Lastyanax le lanzó una mirada aviesa mientras desplegaba la nota. Era un pedido de frutas y verduras de un cocinero del séptimo nivel. Parpadeó y leyó la lista mientras trataba de separar los renglones. ¿Por qué querría nadie comunicarle las costumbres hortofrutícolas de las cocinas hiperbóreas? Probablemente

el aguamiel le estaba subiendo a la cabeza.

Un destello de comprensión de repente cruzó un rincón sobrio de su mente. Presionó a la derecha de la hoja y un sello de revelación apareció bajo su pulgar. Un momento más tarde, unas letras se destacaron de la lista de la compra y migraron al centro de la página, formando las palabras:

Te espero al lado del grifo.

De repente, Lastyanax sintió mucho calor. Las cuatro copas de aguamiel que había vaciado no tenían nada que ver. Por primera vez en casi un año, Pirra le escribía. No necesitaba una firma para saber que el mensaje provenía de ella. Fue Pirra quien inventó ese modo de comunicación cuando ella, Pétrocle y Lastyanax todavía eran amigos. A través de esa estratagema, habían fingido durante cinco años intercambiar hojas de apuntes, orgullosos de engañar tan hábilmente a sus profesores.

Cada amistad tiene su evento fundacional: para Pétrocle y Lastyanax, fue el día en que Pirra les había dado un codazo y les había enseñado el sello de revelación mientras Sileno empezaba a enseñarles los fundamentos de la mistografía.

El corral del grifo estaba apartado de la multitud, probablemente porque el Basileus no quería que sus invitados incordiasen a la que era la mejor pieza de su colección, su emblema. Lastyanax avanzó dando tumbos un buen rato por un camino oscuro. Se detuvo un instante en el bordillo de un pilón con una pequeña cascada para rociarse la cara con agua fría y luego reanudó la marcha con la mente un poco más despejada.

El grifo estaba dormido cuando llegó. Su enorme cuerpo leonado desaparecía bajo las plumas marrones y sedosas de un ala doblada. De pie frente a la jaula, más escultural que las estatuas del Basileus, Pirra esperaba de espaldas, con los brazos cruzados y una copa en la mano. Su largo vestido negro formaba un charco oscuro alrededor de sus pies.

—¿Dónde has encontrado una lista de frutas y verduras esta noche? —

preguntó tontamente Lastyanax.

—Siento haberte convocado así —respondió Pirra, dándose la vuelta. Sin duda, la máscara de lobo negro hacía resaltar sus ojos verdes, tanto que Lastyanax no pudo molestarse por que ella hubiera utilizado el verbo «convocar»—. Quería hablar contigo en privado.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Se mantuvo a una distancia prudencial de Pirra, seguro de que, si se acercaba, su cerebro abotagado se negaría a funcionar.

—De tu investigación —respondió ella.

Dio un sorbo de su copa

—Y de Pétrocle.

—¿Y qué relación tiene con todo esto? —le preguntó Lastyanax.

Sin descruzar los brazos, Pirra dio vueltas delicadamente a su copa, viendo las lágrimas del aguamiel escurriéndose por el cristal. Lastyanax comenzó a darse cuenta de que su encuentro no era una cita romántica.

—La relación es que Mézence tiene la intención de acusar a Pétrocle de ser el asesino de Triérios.

—¿Qué? —dijo Lastyanax, atónito—. Pero ¿por qué?

—Según Mézence, Pétrocle mató a Triérios para ocupar el lugar de su mentor en el Consejo, como sucedió después de la muerte de Palatès —respondió Pirra, lanzando una mirada a Lastyanax.

Esta revelación dejó a Lastyanax desolado por completo.

—Pero ¡eso es completamente absurdo! —exclamó—. Pétrocle nunca haría… Nunca mataría…

El ala del grifo se movió y su gran ojo de ámbar apareció entre las plumas. Lastyanax dio unos pasos frotándose con furia la nuca.

—¡Está tratando de desviar las sospechas que se ciernen sobre él acusando a Pétrocle, y con eso también a mí! —indignado, se detuvo de golpe frente a Pirra.

Ella seguía de brazos cruzados, con el semblante siempre frío tras su lobo negro.

—¿Crees a Mézence? —preguntó Lastyanax, aturdido—. ¿Crees que maté a mi mentor para usurparle el puesto?

—¡Todo es por culpa de vuestras guerras de egos, idiota! —explotó Pirra, abriendo los brazos con tal violencia que el contenido de su vaso se derramó al suelo.

Ella también se puso a andar de un lado para otro, dejando a Lastyanax patidifuso.

—Pues claro que no, nunca imaginé que pudieras hacer algo así, y tampoco Mézence, por cierto. Mézence no podría atacarte directamente, habría sido demasiado burdo. Él sabe que tú y Pétrocle sois amigos. Como es la única persona cercana a ti que ha podido encontrar, lo ataca a él, eso es todo. Deberías tener más amigos para que no sea tan peligroso relacionarse contigo —agregó en un tono feroz.

—Entonces él es el culpable —respondió Lastyanax, ignorando su último comentario—. Es absolutamente necesario que reúna pruebas antes de que Mézence acuse a Pétr…

—¡No! —le interrumpió Pirra, cruzando los brazos de nuevo—. Acabas de acorralarlo, nada más. Pero no es el culpable. He sido su discípula durante cinco años, y sé que no es un asesino.

—Pues fue capaz de medio estrangularme a la salida de un consejo —dijo Lastyanax, masajeándose el cuello—. ¿Y cómo puedes estar segura de que no es culpable? Mézence tiene sed de poder, haría cualquier cosa para conseguir un poco más…

—Lo mismo podría decirse de ti —dijo Pirra—. Me pediste que fuera a una cita con un mago tres veces mayor que yo solo para conseguir un escaño en el Consejo. Y apuesto a que ningún otro ministro ha oído hablar de los derechos de las mujeres todavía.

Lastyanax se sintió como si lo hubiera abofeteado. Avergonzado, miró los grandes ojos de Pirra, que brillaban con un brillo tan helado como

el del grifo que tenía detrás.

—Yo… Pero…

—Y te recuerdo que, durante nuestra Asignación, Mézence fue el único mago que aceptó tomarme como discípula —dijo Pirra—. Era la primera vez que participaba una chica. Nadie más que él tuvo el valor político de convertirse en mi mentor. Aunque yo fuese la que mejor puntuación sacó.

—Mézence te eligió porque eres gua…

Lastyanax se detuvo, pero el daño ya estaba hecho. El aguamiel le hizo decir cosas que no pensaba. Al principio de su disciplinato, Pirra era una marimacho, no mucho más femenina que Arka. En ese momento, nadie la habría llamado «guapa». Había pasado cinco años demostrando a la comunidad mágica que las niñas tenían también su sitio allí.

Esperaba que Pirra le hiciera arrepentirse de sus palabras con una de esas frases mordaces que nadie como ella sabía decir. Pero fue mucho peor. Bajó la cara, aunque sin lograr ocultar del todo tras las largas cortinas negras de su melena la expresión herida que le crispó el rostro. Poco después, mientras Lastyanax trató en vano de disculparse, levantó de nuevo la cabeza, pero ya no se veía en su cara la menor emoción.

—Plántate delante de Mézence antes de que Pétrocle sea acusado y encuentra al verdadero culpable —dijo con voz ronca.

Y se marchó, pasando por delante de Lastyanax sin dedicarle ni una mirada. Él se quedó petrificado un momento y luego se sentó en el suelo. Se sintió despreciable. En la jaula, el grifo cerró los ojos y colocó su cabeza bajo su ala, satisfecho con el regreso de la calma.

Fue entonces cuando se oyeron unos gritos en el patio. Lastyanax se levantó tambaleándose. Otro ataque. Corrió por el camino oscuro, mientras aquellos alaridos continuaban atravesando el silencio del falso bosque exótico. «Son voces de hombres —se dijo—, voces de hombres». En un cruce de tres caminos, estuvo a punto de chocar con Pirra, que también corría hacia los gritos.

—¡Last! —exclamó, y el alivio que leyó en su rostro equivalió a todas las promesas del mundo.

—¡Por aquí! —respondió él, señalando el tercer pasillo, del que provenían los sonidos de la pelea.

Partieron y llegaron a la pequeña cascada donde Lastyanax se había enfriado la cara diez minutos antes. Los gritos habían cesado: los que los habían proferido estaban muertos. Encorvado sobre el bordillo del pilón, el cuerpo mutilado de un mago terminaba de desangrarse. Sin su máscara de búho, tirada en el suelo, habría sido difícil identificarlo, ya que su rostro había sido destrozado por los golpes.

—Mézence —murmuró Pirra.

Otras dos víctimas yacían en la parte posterior del pilón, con los ojos y la boca abiertos. Lastyanax reconoció la reluciente armadura que llevaban los guardaespaldas del Eparca. El agresor solo había tenido que empujarlos al agua; el peso de su armadura había hecho el resto.

Pirra se acercó a su mentor, presa de la misma emoción que se había apoderado de Lastyanax cuando descubrió el cuerpo de Palatès. Lastyanax no sabía qué hacer: ¿quedarse con Pirra, dar la alarma, tratar de encontrar al asesino? La joven maga se había arrodillado al lado de su mentor, con el rostro deshecho, sin entender nada. Después de un momento de vacilación, Lastyanax apoyó una mano en su hombro.

—Mira —dijo Pirra, señalando el suelo manchado de sangre que rodeaba al cadáver.

Mientras luchaban, los guardias habían salpicado las losas. La sangre de Mézence se diluía lentamente, coloreando el agua con una nube escarlata. Cerca de sus dedos, unos trazos dibujados con su sangre terminaron de deshacerse en un charco. Lastyanax tuvo tiempo para leer «lémur» antes de que la palabra se emborronara por completo.

11

La maldición del espejo

Lastyanax

De nuevo se convocó un consejo de urgencia, esta vez a petición del propio Basileus. Los cuatro ministros supervivientes estaban observando los asientos vacíos. Todos tenían en mente la misma pregunta: ¿quién iba a ser el siguiente?

Profundamente afectado por el asesinato en su palacio, ciento sesenta y dos años después del asesinato de sus hijos, el soberano había cargado contra la ineficiencia de sus ministros antes de concluir una vez más que las amazonas estaban detrás del ataque. La residencia real había sido registrada de arriba abajo, pero, como en la fiesta del mistógrafo, el asesino parecía haberse esfumado.

Lastyanax no sabía qué pensar. El Basileus tenía razón: el triple asesinato llevaba la firma de las amazonas. Mézence y sus guardaespaldas habían sido asesinados de una manera tan eficaz como despiadada, sin que pudieran recurrir a la magia, como si el asesino hubiera usado azur vivo. El envenenamiento de Palatès, la matanza de Triérios y la estrangulación de la que él mismo había sido víctima recordaban los métodos amazónicos.

Pero era casi seguro que el individuo enmascarado que lo había atacado era un hombre, por su corpulencia. Y su atacante no había usado azur vivo. En general, todo le parecía demasiado burdo, demasiado ilógico, para concluir que las amazonas habían cometido los ataques. ¿Qué interés tendrían en atacar con cuentagotas a los ministros? La ciudad no iba a hundirse por tres asesinatos. Atacándolos de esa manera, lo único que conseguían de los hiperbóreos era que reforzasen su alianza con Licurgo.

Y luego estaban esas letras que Mézence había trazado con su sangre en sus últimos momentos de conciencia. «Lémur»… Estaba seguro de

que había visto esa palabra en alguna parte, pero ¿dónde?

La palabra daba vueltas en su cabeza mientras salía del consejo, desastroso como los anteriores. Basileus se había encolerizado una vez más, llamando incompetentes a sus atemorizados ministros. Lastyanax estacionó la tortuga delante del torreón y entró en casa. En el vestíbulo, Métanire corrió hacia él con gran efusividad, lo agarró del brazo y tiró de él sin contemplaciones.

—Querido maestro Lastyanax, ¡sus amigos le esperan en el atrio! —tronó mientras trotaba hacia la parte de la casa en cuestión.

Lastyanax levantó las cejas. Que él supiera, solo tenía un amigo, Pétrocle. Y una vez más, se preguntó si esa amistad seguía siendo real, porque la había descuidado terriblemente desde su adhesión al Consejo.

—Hace ya mucho rato que llegaron esa encantadora Pirra y… el otro, el alto —continuó en el mismo tono. Entonces, se puso de puntillas para decirle al oído, haciendo bocina con la mano, pero susurrándole con más fuerza que un huracán—: Si quiere saber lo que opino, creo que esa señorita sería un buen partido para usted, ¡ji, ji, ji!

Lastyanax levantó la cabeza, esperando contra todo pronóstico que Pirra estuviera bastante lejos en el atrio para no haber oído los consejos matrimoniales de Métanire. Pero la joven maga estaba sentada en un sillón en la entrada junto a Pétrocle. Ambos mostraron una sonrisa divertida cuando se unió a ellos, rojo como un tomate.

—Echaba de menos el vozarrón de tu cocinera, Last —comentó Pétrocle.

—Yo no —respondió Lastyanax, estremeciéndose—. ¿Qué te trae por aquí? —agregó, evitando adrede la mirada de Pirra.

—Nostalgia de los viejos tiempos —respondió Pétrocle, repantigándose en su sillón—. Cómo ha cambiado todo esto. Parece que por fin te vas a deshacer del desbarajuste de Palatès.

—No hemos venido para charlar de los viejos tiempos —los interrumpió Pirra.

Se la veía tensa y por una vez daba la sensación de haber abandonado su plan de encarnar la vanguardia de la moda hiperbórea. Su cabello, por lo general liso como una mancha de tinta, se había convertido en una masa de rizos encrespados. Lastyanax no la había visto con el cabello al natural desde hacía por lo menos dos años.

—Nuestros mentores han sido asesinados, el asesino sigue fugado y tú no estás sacando nada en limpio de tu investigación, Last. Está claro que no vas a resolver el caso sin nuestra ayuda —dijo. Se levantó—. La única pista que tenemos es esa palabra, «lémur». Y nadie sabe qué quiere decir. Así que, a la biblio —concluyó, caminando ya en dirección al vestíbulo.

Lastyanax siguió su ejemplo, conteniendo a duras penas una sonrisa embobada. Nunca se había sentido tan feliz después de oír a alguien tacharlo de incompetente.

Se aposentaron en una mesa de un pasillo desierto de la biblioteca, como cuando eran discípulos y no tenían otra preocupación que aprobar el siguiente examen de mistografía. Después de identificar los temas con los que podía relacionarse el término «lémur», se pusieron manos a la obra.

Media década después, su búsqueda seguía estancada. La palabra «lémur» no aparecía mencionada en ninguno de los innumerables tratados, anales, manuales de hechizos y folletos que habían revisado. Solo se levantaron para ir a comer y al aseo y pasaron el resto del tiempo hojeando pilas de manuscritos y durmiendo en los sofás de la biblioteca. Al cabo de un rato, Lastyanax se dio cuenta de que, cada vez que hacía amago de levantarse para salir, Pétrocle y Pirra ponían cualquier pretexto para acompañarlo fuera. Y, con cara de que no pasaba nada, siempre lo acababan rodeando de torres de libros para que nadie lo viera. Al final, acabó por captar la razón de esa vigilancia constante: Pétrocle y Pirra temían que fuera atacado por el asesino de ministros. Tan conmovido como molesto por su preocupación, fingió no darse cuenta y continuó la búsqueda con ánimo renovado.

Lastyanax siempre se había enorgullecido de su capacidad para leer páginas enteras en cuestión de segundos y retener su contenido. Pero

de tanto escrutar frases garabateadas con una letruja imposible o, por el contrario, con una caligrafía demasiado elaborada, terminó por ver borroso. A su lado, Pirra revisaba tomos a toda velocidad. De vez en cuando la miraba por el rabillo del ojo, fascinado por el pliegue de su ceño fruncido, como una explosión de determinación congelada en su rostro cansado. Casi rozaba su rodilla con la suya. Se sorprendió al imaginar montañas de significados detrás del diminuto espacio que separaba sus respectivas rótulas, hasta que Pirra cambió distraídamente de posición. Mortificado, Lastyanax cerró el Zoomancia en la era precúpula: *Historia de las conquistas animales(vol. 1)* y cogió el siguiente volumen pensando que sería más productivo concentrarse en la investigación.

Cuatro horas más tarde había leído en diagonal los trece volúmenes del bestiario y descubierto miles de animales extraños, pero sin cruzarse ni una sola vez con la palabra «lémur». Se frotó la nuca y suspiró ruidosamente. Pese a todo, las criaturas misteriosas eran una pista verdadera, ya que el asesinato de Mézence había ocurrido en el zoológico.

—¿Algún resultado? —le preguntó a Pirra, que ahora estaba leyendo un grueso manual sobre armas mágicas.

—¿Me has visto ponerme de pie de un brinco y lanzar exclamaciones de alegría? —gruñó sin levantar la cara de la página.

—Eh… No.

—Pues es que nada de resultados.

Pirra encajó un cálamo entre dos páginas y dejó su libro en la pila inestable que se levantaba ante ella.

—Voy a respirar un poco de aire fresco.

—Tráete algo de papear —exclamó Pétrocle mientras Pirra desaparecía por el pasillo.

—Aquí no se puede comer —recordó Lastyanax.

—Espero que traiga suficientes provisiones —dijo Pétrocle con preocupación—. Las chicas comen como pajaritos.

—Eso es que nunca has tenido que dar de comer a Arka —gimió Lastyanax—. Hablando de chicas, ¿por qué Pirra siempre me habla mal? —añadió irritado frotándose los ojos, secos de la lectura—. Hice todo lo posible para consolarla desde lo del Jubileo. Y ahora vuelve a odiarme, por lo que se ve. Con ella todo es siempre un tiovivo —sentenció, pasando la página con una rabia infrecuente en él.

Pétrocle se balanceó en su silla, mirando absorto el movimiento elíptico de las esferas de luz gigantes que flotaban en el centro de la biblioteca.

—Ay, Last, serás muy listo, pero te falta mucha sagacidad emocional.

Lastyanax levantó la cabeza, atónito.

—¿A qué te refieres con eso?

—Quiero decir que Pirra tiene motivos para estar molesta —le explicó Pétrocle—. Desde la defensa de su invento, lo está pasando mal. Lo creas o no, la ociosidad forzosa puede ser terrible para algunas personas. Tú eres ministro, pero a ella ni siquiera se le permite convertirse en una funcionaria de alto rango o en ingeniera. Mézence había iniciado los trámites para que le concediesen una exención… Nada más lejos de mi intención que hundirte en el sentimiento de culpa, pero realmente contaba con tu ayuda para que convencieses a esas viejas morsas del Consejo sobre el tema de la emancipación femenina.

Lastyanax metió la nariz en su manuscrito para ocultar su vergüenza. Debía admitir que, entre su investigación y sus funciones como ministro de Nivelación, la promesa que le había hecho a Pirra había pasado a un segundo plano.

—Es muy difícil hacer que las cosas cambien en el Consejo —dijo.

—Y además, en mi opinión, no se ha tomado nada bien que tú, que eres su amigo, también termines viéndola como un par de piernas bonitas —agregó Pétrocle en un tono meditativo.

Lastyanax se frotó la nuca, terriblemente avergonzado. Era la primera vez que Pétrocle hablaba de su complicada relación con Pirra,

revelando al mismo tiempo lo bien que había captado el intríngulis. En el último año de su disciplinato, Lastyanax había dejado de verla como una amiga. Sus defectos, sus salidas de tono, todo había sido borrado por el filtro de su enamoramiento. La verdadera Pirra, imperfecta y humana, se había transformado poco a poco en una criatura sublime y despiadada que existía solo en el limbo de su mente angustiada.

No entendía por qué había aceptado su propuesta de salir, un año antes. Probablemente porque en aquel entonces le tenía suficiente cariño para intentarlo. Pero su fugaz romance solo había empeorado las cosas. En su compañía él se ponía aún más nervioso y se volvía más torpe. Y así seguía siendo.

—Todo se arreglará, Lasty —concluyó Pétrocle, dándole una palmadita de compasión en el hombro.

Lastyanax asintió con la cabeza con expresión hosca y volvió a su manuscrito.

El sol acababa de apagarse en los estantes de la biblioteca, cuando Pirra regresó con una bolsa llena de bocadillos, acompañada de Arka, que la seguía arrastrando los pies. Dejó las provisiones en uno de los pocos huecos de la mesa que no estaba cubierto de manuscritos.

—Me la encontré en la calle —dijo, retomando su lectura.

—¿El qué, la comida? —preguntó Pétrocle con la boca llena, medio ahogado con un pastelito.

—No, la chica se refiere a mí —respondió Arka, mirando mal a Pirra.

—«La chica» es una maga, así que córtate un pelo, discípula —respondió Pirra, señalando con un cálamo amenazante a Arka.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos cinco días? —preguntó Lastyanax, que no había visto a su estudiante desde que comenzaron su investigación.

—Pues he ido a clase.

—¿Y el resto del tiempo?

—Lo he pasado preguntándome dónde andaría usted —respondió Arka ingeniosamente.

—¿Y no se te ocurrió venir a echar un vistazo a la biblioteca?

—Es verdad, maestro, no sé cómo no se me ocurrió.

Pétrocle tapó la boca para aguantarse la risa y Lastyanax negó con la cabeza. Arka se había tomado con mucho entusiasmo la investigación, hasta que tocó hincar los codos. Lastyanax acercó una silla.

—Siéntate aquí —ordenó.

Arka obedeció refunfuñando. Lastyanax empujó una pila de libros hacia ella.

—Lee esto y dinos si encuentras la palabra «lémur».

—¿Lémur?

—Sí: *ele, e, eme, u, erre*. Eso es lo último que escribió el Eparca antes de morir.

Una corriente ininterrumpida de reproches sonó en el silencio de la biblioteca durante las siguientes dos horas. Lastyanax se acostumbró a aquel murmullo de fondo. Y las recriminaciones no cesaron hasta muy entrada la noche.

—El aburrimiento ha podido con tu discípula, Last —dijo Pétrocle, señalando con el mentón a Arka, que roncaba encima de un libro abierto.

Lastyanax chasqueó dos dedos y el manuscrito se cerró golpeando las mejillas de Arka, que se despertó con un respingo.

—¡Eeeeh! ¡Peroporquéhahechoeso? —soltó ella, agarrándose los pómulos con las manos.

—Vete a dormir.

—Pero ¡si justamente eso es lo que estaba haciendo! —repuso Arka indignada.

Y se marchó, rezongando sobre la vergonzosa explotación de los discípulos.

—¿Esta es la nueva generación de mujeres? —comentó Pirra con desdén—. ¿Quedarse dormida después de leer cincuenta páginas? Mézence tenía razón, el nivel ha bajado mucho —dijo, recogiéndose la mata de pelo rizado en un moño por encima de la nuca—. ¿Cómo es posible que pasara la Asignación?

—Por un malentendido —masculló Lastyanax.

Pirra se sujetó el moño atravesándolo con un cálamo y se volvió hacia los dos chicos.

—No estamos avanzando —observó—. Nos llevaría diez años leer una décima parte de esta biblioteca. Y mientras tanto, el asesino de mi mentor sigue pululando por ahí.

Pétrocle apartó su libro y se balanceó con su silla.

—¿Estáis seguros de que escribió «lémur» en el sentido de espectro? ¿No sería otra cosa? ¿No sería un lémur en el sentido de lemúrido? ¿O algo totalmente distinto, como «el muro» o «limón»?

—A menos que un mamífero colilargo atacara de forma salvaje a Mézence, creo que quería decir un espectro maléfico —respondió Pirra con humor seco.

Lastyanax se frotó frenéticamente la nuca.

—No estamos planteando bien el problema —dijo, enojado—. Hay que preguntarse a quién benefician estos asesinatos.

—¿A la funeraria? —ironizó Pétrocle.

Lastyanax abrió los ojos como platos.

—¡Exacto! —exclamó, enderezándose tan de golpe que su libro cayó de sus rodillas.

Pétrocle y Pirra se miraron sin entender nada.

—Era broma, Last —dijo Pétrocle—. ¿Duermes suficiente estos días?

—No, no me refería a eso, bueno, sí… Recuerdo que vi la palabra «lémur»: ¡en el taller del embalsamador, escrita en un frasco! Me voy al primer nivel —dijo.

—Es la una de la mañana —objetó Pétrocle.

—¿Y qué?

—Dada la tasa actual de mortalidad de los ministros, ir por los bajos fondos en mitad de la noche no es la idea más sensata que has podido tener, Last —desarrolló Pétrocle.

—Ya es hora de poner fin a estos asesinatos —respondió Lastyanax.

Pirra y Pétrocle se cruzaron otra mirada.

—Vamos contigo —dijo Pirra en un tono que no admitía objeción.

Una ola de calor invadió el pecho de Lastyanax, no de ese calor ardiente que lo inundaba cada vez que veía a Pirra, sino por el calor sereno de la amistad, que creía haber perdido para siempre, pero que por fin volvía a asomar. Luego se dio cuenta de cuánto había echado de menos ese calor y se preguntó cómo había sido capaz de prescindir de él durante casi un año.

—Muy bien —respondió. Y no quiso decir más, por miedo a parecer un tonto si pronunciaba una frase más larga que seguramente habría hecho que se le quebrase la voz.

Arka

Por la noche, con sus frágiles canales colgando entre torres como telarañas, Hiperbórea parecía un enorme y fantasmagórico patio de recreo. Arka regresó al torreón escuchando el silencio de la ciudad, los ojos fijos en la silueta negra del palacio. No estaba tan tranquila como le había dejado ver a Lastyanax. Desde la muerte del Eparca, todo se mezclaba en su cabeza: la tragedia de los trece herederos, la maldición, el sarcófago vacío, el azur vivo, las amazonas, como las piezas de un mecanismo imposible de montar a menos que entendiera su función. Ella estaba llevando a cabo una investigación introspectiva para encontrar en esa red de misterios las respuestas a sus preguntas.

Por encima de ella, la cúpula deformaba, estirándola, la imagen de la luna creciente que pintaba de gris los relieves de la ciudad. Un gran murciélago pasó, silencioso como una sombra, y continuó su vuelo hacia el norte de la ciudad. Arka lo siguió con la mirada y vio una

figura solitaria, encaramada en el parapeto de un canal. Incluso por la noche, habría reconocido entre miles el mechón con forma de onda del flequillo del discípulo más arrogante de primero.

Desde la muerte de su padre dos semanas antes, Fretón no había puesto un pie en clase. Ponèria había explicado con voz temblorosa que se había recluido en su villa y que no quería compañía; difícil saber si la suya tampoco.

Fretón estaba en el canal que tenía que tomar ella para volver al torreón. Normalmente, Arka habría dado un rodeo para evitar cruzarse con él, pero la presencia del discípulo al borde del vacío, en plena noche, cuando acababa de perder a su padre, no le dijo nada bueno. Subió al canal en su dirección.

Fretón estaba jugando con un pequeño objeto brillante, que lanzó y levitó de nuevo en la mano. Con cada nuevo impulso, lo enviaba un poco más lejos, probando los límites de su aura. Al son de sus pasos, alcanzó el objeto y se volvió, entrecerrando los ojos.

—Ah, eres tú, Cuarenta y Tres.

No parecía sorprendido de encontrarla en medio de la noche en un canal, o la incongruencia de este encuentro lo dejaba indiferente. Comenzó su juego de lanzamiento de nuevo.

—¿Todo bien? —preguntó Arka.

No se le ocurrió ninguna fórmula de condolencia más elaborada. De todos modos, Fretón era demasiado orgulloso para aceptar su compasión.

—No te preocupes, Cuarenta y Tres, no voy a saltar —dijo, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Es el anillo de tu padre? —preguntó ella.

—Sí.

Lo lanzó de nuevo al aire. Arka se sentía terriblemente incómoda. ¿Debería dejarlo allí, o quedarse y seguir haciendo preguntas a las que él respondería solo con monosílabos?

Después de un momento de vacilación, se aupó para sentarse en el murete, dejando colgar las piernas en el vacío negro que se abría debajo de ella.

—¿Lo echas de menos? —preguntó.

—No lo sé —dijo Fretón después de un tiempo—. Lo último que me dijo fue: «Como vuelvas a responderme así, te desheredo». Reconocerás que hay mejores despedidas. Pero no te sientas obligada a quedarte, Cuarenta y Tres, puedo manejar yo solito mi dolor, o mi falta de dolor, no lo sé.

Arka miró el paisaje, dando una larga bocanada de aire.

—Yo también perdí a alguien.

—¿Tu madre? —preguntó Fretón, lanzando el anillo de nuevo.

—No, bueno, sí, pero ella murió cuando yo nací, así que no es realmente como si la extrañara —respondió Arka—. No, estaba hablando de mi tutora, Chirone, que murió cuando todavía vivía en… —Hizo una pausa cuando estaba a punto de decir «en el bosque de las amazonas»— en mi casa de Napoca —terminó.

—¿La echas de menos?

—Sí, mucho.

—Entonces tienes suerte —dijo Fretón—. Te dejó gratos recuerdos. Mi padre solo me dejó su mal genio.

Arka se rio. Pero al instante se calló, pues no era muy caritativo burlarse de Fretón en un momento así, y también porque él la miró con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, tartamudeando.

Por toda respuesta, Fretón se inclinó y la besó.

El beso duró solo un segundo, pero Arka se quedó sin palabras. De todas las cosas que le habían enseñado las amazonas de pequeña, nada la había preparado para un beso a la luz de la luna. Sintió que caía al vacío que se abría frente a ella y que volvía de nuevo al canal. Sus mejillas ardían tanto que no se habría sorprendido al ver que su luz

iluminaba la noche a su alrededor. A su lado, Fretón también parecía perplejo por su gesto. Un momento más tarde, pasó las piernas por encima del murete para bajar al suelo, miró a Arka con asombro y se alejó por la orilla del canal sin añadir una palabra. Arka lo vio desaparecer en la noche con la extraña sensación de haber imaginado la escena.

En el murete, dejado junto a su mano, el anillo sigilar de Mézence brillaba bajo la luz de la luna, como para confirmarle la naturaleza real de los acontecimientos. Arka tomó el gran anillo en forma de grifo y se lo puso en el dedo pulgar, preguntándose si alguna vez se atrevería a devolvérselo a Fretón.

Fue entonces cuando una frase escuchada meses antes emergió de las profundidades de su memoria, como si hubiera esperado ese momento para presentarse a su conciencia, como una serpiente esperando en un agujero para atacar a su presa en el momento exacto en que ya no podía escapar de ella.

«La risa por la que serás amada… Un grifo envuelto en tu dedo… El decimotercer heredero te está esperando en el panteón.»

Las palabras sibilinas de Pitón de repente cobraron sentido. Sin poder explicarlo, Arka tenía la certeza absoluta de que podría desentrañar la maraña de misterios siguiendo las instrucciones de la serpiente. Tenía que ir al panteón del palacio y encontrar al decimotercer heredero.

Se puso de pie encima del parapeto y presionó el sello de su pulsera. Un plumaje metálico se extendió sobre su cuerpo, formando dos enormes alas escarlatas en su espalda. Con los ojos fijos en el palacio, Arka se lanzó a la noche.

Alcandre

En la estancia flotaba el olor a sebo utilizado para engrasar las piezas del mecanismo. Sentado en un sillón autoportante, Alcandre observaba con cara de fastidio a Géorgon, que se entretenía en ajustar el funcionamiento de un autómata. El taller estaba repleto de herramientas, prototipos y trozos de metal. Una cama sin hacer ocupaba una esquina de esa vivienda situada en la parte superior de la

Torre de los Inventos, que había sido atribuida al mago por caridad. Géorgon había vendido su villa hacía mucho tiempo para financiar su consumo de pasta de loto azul.

Una gruesa capa de polvo cubría el suelo. Solo las huellas de Alcandre estaban impresas en él. El mecamante no había vuelto a poner un pie en el suelo desde que, siendo joven, un autómata defectuoso le partió la espalda. Después del accidente, había desarrollado un gusto inmoderado por el chicle prohibido, lo único que le permitía soportar el calvario de su silla flotante.

Fue gracias a esta sustancia que Alcandre lo había convencido para trabajar para él quince años antes.

—¿Estás seguro de que la chica volverá al palacio?

—Si tu serpiente adivinadora no miente, volverá —masculló Géorgon, concentrado en arreglar su autómata—. Ya la viste en el panteón. Se quedó fascinada con los sarcófagos.

—Pues más le vale darse prisa —dijo Alcandre, levantándose—. La investigación del Consejo está haciendo progresos.

Empezó a caminar por la habitación, entre máquinas y mecanismos, mientras le rondaba una duda, siempre la misma… ¿Y si las predicciones de Pitón resultan equivocadas?

Después de la captura de Napoca, mientras cruzaba las montañas en compañía de los refugiados, Alcandre se había enterado de la existencia de la serpiente. Inmediatamente comprendió cómo la casi omnisciencia de la bestia podía ayudar a sus planes de conquista. Los caravaneros ripeos le tenían tanto pavor que preferían alargar su viaje varias décadas con tal de no pasar por el glaciar en el que la criatura había instalado su morada. Por superstición, ni siquiera hablaban de ella. Alcandre tuvo que usar sus habilidades persuasivas para obtener información sobre la criatura.

Los caravaneros lo habían visto irse, sacudiendo la cabeza. Pero Alcandre supo que lo que decía la serpiente era cierto. Sus predicciones habían resultado acertadas hasta ese momento: Arka nació, había ido a Hiperbórea, había logrado abrir el panteón una

primera vez.

Sin embargo, las últimas piezas de su plan tardaban en encajar.

—¿Te queda goma? —preguntó Géorgon con una rotación repentina de su silla.

Un tic movió su mandíbula, tensa de tanto esperar a mascar la pasta de loto. Alcandre lo miró por un momento con desprecio, y luego sacó de su bolsillo una masa suave y marrón, que envió levitando hacia su interlocutor. El mecamante soltó de inmediato sus herramientas para atrapar la pasta y se la metió en la boca.

—Me prometiste que volaría —protestó, con la mejilla deformada por la goma—. He hecho todo lo que me pediste que hiciera, pero aquí sigo aún, atrapado en este trasto —dijo, señalando su silla.

—Pronto volarás —dijo Alcandre—. No puedo traer mis pájaros rocho a Hiperbórea así como así.

De pronto, una ráfaga le acarició el rostro. Syrame había acudido con su amo. Su mejilla derecha empezaba a erosionarse, dejando ver el pómulo bajo la piel demacrada. El lémur se estaba deteriorando cada vez más rápido, dejando a su paso volutas de polvo. En cuestión de unas desmaterializaciones, el sello que llevaba en la sien se desintegraría, y con él la apariencia de vida que Alcandre le había concedido. Por fortuna, pronto habría terminado su servicio.

—¿Se dirige al panteón?

—Sí, maestro.

Un gran alivio invadió a Alcandre.

—Te lo dije —comentó Géorgon.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Syrame —dijo Alcandre mirando por la ventana, en la que se recortaba la silueta de las cúpulas chapadas de plata del palacio.

—Maestro…

Alcandre se dio la vuelta. El rostro demacrado de Syrame nunca le había parecido tan humano. Notó que su dominio sobre él se

debilitaba a medida que los últimos retazos de su ánima dejaban a la criatura.

Él sabía cuál había sido su error: los lémures no estaban destinados a vivir tanto tiempo. Cuando lo creó, Syrame era una página en blanco. Sin recuerdos vividos, sin sentimientos, sin remordimientos. Un siervo de lealtad inquebrantable. Pero quince años de existencia habían permitido a Syrame acumular recuerdos, y esos recuerdos habían creado sentimientos; y esos sentimientos, remordimientos. Ahora el lémur luchaba contra las órdenes de su amo con todas las fuerzas de su pobre y nueva conciencia.

—Yo…

Alcandre no lo dejó continuar. Sintió que estaba espachurrando un polluelo con el puño. Las facciones de la criatura se desdibujaron, su piel se deshizo un poco más. No estaba a su altura y lo sabía.

Al momento siguiente, la impasibilidad había vuelto a dominar su rostro.

—Buen viento, Syrame —dijo Alcandre, dando un soplido.

—Adiós, maestro.

El lémur desapareció, dejando atrás unas motas de polvo. Alcandre se quedó mirando un buen rato el espacio que había ocupado.

—¿No te importa perderlo? —preguntó la voz de Géorgon, que le pareció lejana.

—Siempre supe cómo terminaría —eludió Alcandre.

Se acercó a la ventana para observar el palacio, apacible como solo un palacio hiperbóreo podría ser. No iba a durar mucho así. En el alféizar de la ventana, un busto mecánico del Basileus, que el monarca había encargado hacer, lo miraba con gesto severo. Alcandre dio unas palmaditas en la cabeza metálica.

—Vamos, vamos —dijo—. No me mires así, te acabo de mandar a tu hijo.

El Basileus

Desde hacía ciento sesenta y dos años, el Basileus tenía un sueño ligero. La inmortalidad que se había asegurado al echar aquella maldición sobre las amazonas lo había condenado a un duermevela permanente. Nunca del todo despierto, nunca del todo dormido, había vivido tres veces la vida de un hombre en un estado de semiinconsciencia.

Así que, cuando un soplo de viento levantó las cortinas de su cama con dosel, el soberano despertó inmediatamente. Los velos cayeron lentamente, encerrando de nuevo al monarca en un capullo bordado de seda, donde ya no había sueño.

El Basileus se sentó en el borde de su colchón y descorrió las cortinas. Frente a él, la gran ventana de su dormitorio daba a la bóveda monocroma que formaba el bosque del patio. La ventana estaba desprovista de vidrios, pero eso no explicaba el movimiento de las cortinas. En Hiperbórea no había viento.

El Basileus se levantó y se acercó al espejo de pie que ocupaba una esquina del dormitorio. Todos los días, se preguntaba si los viejos sentían el mismo tipo de cansancio pesado que le hacía tan costoso el despertar. Los años le pesaban no tanto en el cuerpo como en su mente. En el espejo adornado con corales de remotos mares cálidos, apareció su reflejo, revelando nuevos pliegues en su frente. En los últimos meses, la aspiración del ánima de los condenados ya no podía detener el envejecimiento de su cuerpo. Sin una auténtica cura de rejuvenecimiento, pronto se parecería a un esqueleto arrugado, inmortal ciertamente, pero impotente.

Una ráfaga de aire agitó su gorro de noche y la imagen de un hombre de unos veinte años apareció de súbito en el espejo.

Atenazado de espanto, el Basileus se dio la vuelta y se encontró con la calma habitual de su dormitorio, salvo por unas cuantas motas de polvo suspendidas aquí y allá. Se quedó mirando la alcoba con mucha atención un buen rato, observando uno tras otro todos los rincones, tratando sin éxito de entender lo que acababa de suceder. Por un segundo, había pensado que… Pero no, eso era imposible… ¿Cómo habría podido…?

Ahí tenía la prueba de que estaba empezando a perder la cabeza. De tanto pensar en la muerte de sus hijos, estaba teniendo alucinaciones. Por un momento pensó que había visto a su hijo mayor, Syrame, en el espejo. Tal vez había visto mal… Se volvió hacia el espejo con la esperanza de hallar en él una imagen compuesta por una sombra, una esquina de un mueble y una tela, formando una figura que habría asustado por igual a niños y a mayores. Pero no había nada.

El Basileus se recolocó el gorro de noche y regresó a la cama, haciendo todo lo posible para olvidar la aparición y especialmente la esperanza absurda que esta había suscitado. Llevaba quince años luchando contra la fantasía de una resurrección milagrosa de su hijo. Aunque nada más pudiera explicar la repentina desaparición de sus restos.

De nuevo otra ráfaga de aire, esta vez a su derecha. El Basileus volvió la cabeza hacia la puerta de su habitación y retrocedió, perplejo. Allí estaba Syrame. En su rostro medio oculto por la oscuridad, vio el mismo gesto reflexivo que adoptaba durante sus discusiones, siglo y medio antes. El mismo cabello rubio, los mismos iris de luna, la misma complexión esbelta. El heredero perfecto que le había sido arrebatado.

—Syrame…

El Basileus se acercó con la mano extendida hacia su hijo; el mentón le temblaba al tiempo que trataba de articular palabra. Syrame extendió la mano y tocó los dedos de su padre con su dedo índice.

—Te estoy esperando en el panteón, padre —murmuró.

Y desapareció en un torbellino de polvo. El Basileus se quedó con el brazo levantado, la visión borrosa, una fugaz sonrisa de felicidad en sus labios. Un frenesí se apoderó de él. El panteón, encontraría a Syrame en el panteón. Con ambas manos empujó las hojas de la puerta de su habitación, sobresaltando a los centinelas, que se habían quedado adormilados apoyados en sus lanzas-relámpago.

—Voy a ver a mis hijos —anunció—. Dejadme a solas.

El jefe de su guardia personal lo saludó haciendo entrechocar los talones.

—Majestad, los ataques…

—Qué más da —lo interrumpió el Basileus.

Se alejó, con su largo camisón ondeando con cada paso. Cruzó por una galería iluminada por la luna, distorsionando la serie de sombras rectas proyectadas por los arcos en el suelo de mosaico. Sus pies descalzos descendieron los escalones de mármol de una gran escalera de caracol.

Rugidos, gruñidos, sueños de bestias dormidas. El Basileus cruzó el zoo perturbando el sueño de sus residentes. Un orbe luminoso invocado en el hueco de su palma difundió un resplandor blanco a su alrededor. Al sumergirse en la selva en miniatura del patio, surgían y volvían a desvanecerse en la penumbra nocturna las exuberantes plantas. Cada hoja que se doblaba a su paso reforzaba en su interior tres convicciones: una, que no estaba soñando; dos, que realmente había visto a su hijo; y tres, que lo estaba esperando en el panteón.

El Basileus finalmente llegó a la puerta mecamántica cuyo sello de apertura solo podía activar un miembro de su familia. Esa era precisamente la razón por la que nunca había dejado de creer en la resurrección de Syrame: ¿cómo explicar la desaparición del cuerpo de su hijo cuando él mismo había cerrado el panteón después de que se fuera el escultor?

El Basileus cerró la palma de la mano en la que flotaba el orbe luminoso, que se apagó al instante. Cruzó la puerta y la selló con un gesto. Avanzó por la oscuridad con los ojos fijos en el círculo fosforescente formado por los trece sarcófagos, al fondo de la sala mortuoria. Su corazón latía más que en ciento sesenta y dos años. No vio a Syrame, pero este último debía de hallarse en algún lugar, entre las tinieblas, tan cerca…

Bajó las escaleras, susurrando el nombre de su hijo con un poco más de fuerza con cada paso. Cuando llegó al centro de los trece sarcófagos donde sus amados hijos habían estado durmiendo tanto tiempo, casi lo estaba llamando a gritos. Giró sobre sí mismo, mirando cada rincón de la habitación para encontrar el que se empeñaba en ocultarle a su

hijo. Los trece sarcófagos fosforescentes giraban a su alrededor, doce ocupados, uno vacío, doce ocupados, uno vacío. De repente, el Basileus ya no pudo más. Levantó los dos brazos en el aire y una explosión de luz estalló de sus palmas abiertas, revelando cada moldura de la sala mortuoria.

Estaba solo.

El soberano bajó lentamente los brazos. La luz retrocedió hasta que solo se formó un nimbo evanescente en la superficie de sus manos. Su mente le acababa de jugar una mala pasada de una crueldad indecible. Se acurrucó en el suelo, roto en cada fibra de su ser. A su alrededor, sus doce hijos seguían yacentes cada uno en su sarcófago. Sus rostros serenos se reflejaban en las tapas de cristal. Nunca como entonces había deseado tanto ir con ellos.

Sin embargo, desde que maldijo a las amazonas que los habían matado, la muerte ya no era una opción.

Lastyanax

—¿Cómo puede oler tan mal? Estas calles son inmundas, de verdad…

—Deja de hacerte la finolis, Pirra: ¿cuántas veces hemos bajado al primer nivel con Last?

—Bueno, sí, es que se me había olvidado lo repugnante que era esto.

Lastyanax oía discutir a Pétrocle y a Pirra sin prestarles atención, mientras maniobraba con su tortuga demasiado grande a través de los angostos canales del primer nivel. Le habían vendido un modelo bien equipado: los proyectores mágicos estaban pegados a la parte delantera de la concha, iluminando el agua estancada y las calles hundidas en la mugre. La luz despertaba a los vagabundos que dormían en la calle.

A diferencia de los niveles más altos, el primero estaba lleno de actividad en medio de la noche. Aquí las ratas escapaban chillando de los montones de basura; había grupos de criminales apostados en la entrada de las torres, masticando pasta de loto azul; más lejos las chicas de vida alegre pateaban el pavimento a orilla de los muelles.

—Deberíamos haber esperado a mañana —dijo Pirra.

—Nadie se atreverá a atacar a tres magos —respondió Lastyanax, metiéndose por un canal estrecho y sombrío.

—Dos magos y medio —rectificó Pirra.

—Mi dignidad medio herida te saluda —respondió Pétrocle.

—Tranquilizaos, ya hemos llegado —dijo Lastyanax, tirando bruscamente de las riendas.

En la oscuridad, casi se le pasa la pequeña puerta tallada en la pared de una torre que daba al canal. Por encima de ellos, el cráneo colgado al final de una cadena, que hacía las veces de letrero, les dio la bienvenida con su sonrisa más hermosa. Su estructura nacarada brilló, iluminada por los focos.

—Adorable —comentó Pétrocle.

Lastyanax saltó sobre el tramo de escalones resbaladizos que subían hasta la puerta. Levantó el fémur humano que había clavado en ella. Palatès seguramente habría soñado con añadir aquella aldaba a su colección. Trascurrieron unos segundos eternos.

—Lo ves, debimos esperar hasta mañana, nadie abrirá a estas horas —se quejó Pirra, al parecer muy aliviada por ese fracaso.

—Viene alguien —intervino Lastyanax.

Un momento más tarde, la puerta se abrió y vieron la figura demacrada del embalsamador, que parecía aún más pálido a la tenue luz de los reflectores.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó—. Maestro Lastyanax y dos de sus amigos. Aaah, por poco no ha coincidido con el Eparca, anteayer se fue al Columbarium —añadió en tono de disculpa, como si nada les hubiera gustado más que saludar a un fiambre—. ¿Me trae trabajo?

—Preguntas —respondió Lastyanax—. Siento molestarle a estas horas, ¿podemos entrar?

El embalsamador levantó una ceja intrigada y se apartó para dejarlos pasar a través del oscuro portal que daba a la morgue. Lastyanax se

había estado preparando para el hedor de la habitación y había estado respirando a través de su boca durante más de unos minutos. Pirra y Pétrocle no tenían el mismo entrenamiento: su tez se volvió verde cuando el olor de los fluidos corporales alcanzó sus fosas nasales.

Cuatro ataúdes de magníficas hechuras estaban apoyados contra la pared trasera, listos para recibir a sus futuros ocupantes. El embalsamador se acercó a ellos de un brinco y acarició amorosamente con sus dedos demacrados la madera barnizada del ataúd más fino.

—Dada la tendencia actual, pensé que era necesario adelantarse a la petición de cajas para ministros… ¡Aquí está su ataúd, maestro Lastyanax! Ya le dije que sería muy elegante, ¿no?

Lastyanax carraspeó.

—Gracias por… ejem… por la deferencia, pero no he venido a encargarle uno.

Decepcionado, el embalsamador fue detrás de la mesa de operaciones, donde media docena de urnas funerarias llenas de salmuera se preparaban para recibir otros tantos órganos vitales dispuestos en una gran palangana. Cogió una masa amorfa, un lóbulo pulmonar, y lo sumergió en el primer recipiente.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ay, me voy a poner mala —gimió Pirra en voz baja mientras se agarraba del brazo de Pétrocle, que tampoco estaba precisamente en su mejor momento.

—Cuando le visité hace unos meses, recordé haber visto la palabra «lémur» en uno de estos frascos —dijo Lastyanax, dirigiéndose a los estantes con tarros llenos de carne amarillenta—. ¿Qué significa?

El embalsamador estaba a punto de sumergir un hígado en una segunda urna y detuvo el movimiento.

—Ah, eso.

De repente todo su entusiasmo se esfumó. Pirra soltó el brazo de Pétrocle y se colocó junto a Lastyanax, taponándose con fuerza la nariz.

—Es muy importante —insistió ella con voz nasal.

El embalsamador dejó que el hígado cayera de nuevo en la palangana y se limpió las manos en un delantal cubierto de manchas cuyo origen prefirió ignorar Lastyanax.

—No eres la primera persona que me hace esa pregunta. Los lémures son una rama oscura de la rama oscura que es la nigromancia —explicó—. Un lémur se crea a partir del cuerpo de un mago fallecido. En teoría, no es obligatorio usar el cuerpo de un mago, pero eso aumenta las probabilidades de que salga bien. El otro criterio para el éxito es seleccionar un cuerpo que esté lo más dañado posible.

Pirra, Pétrocle y Lastyanax intercambiaron una mirada horrorizada.

—Espere… ¿Nos está diciendo que hay una manera de resucitar a los muertos? —soltó Pétrocle.

—¡Por todos los astros, no! —exclamó el embalsamador—. Si se hubiera inventado tal procedimiento, la sociedad tal como la conocemos hoy ya no existiría. No, los lémures son realizaciones mágicas a la vez mucho más modestas y mucho más poderosas. Son la reánimación de un cuerpo, no de un espíritu.

—No le sigo —dijo Pirra.

—Cuando un nigromante crea un lémur, devuelve un cuerpo a la vida, pero solo el cuerpo —explicó el embalsamador al reanudar su envasado de órganos—. El espíritu de la persona que habitó ese cuerpo se pierde. Un lémur no tiene capacidad para pensar por sí mismo, está al servicio del mago que lo creó al otorgarle una parte de su aura.

—¿Por qué alguien querría resucitar solo el cuerpo? —preguntó Lastyanax—. Si el espíritu de la persona ya no está allí…

—¡Imagine qué beneficios puede obtener de una criatura que se pone a su servicio y que, además, anima el cuerpo de una persona que una vez fue real! Cometerá la peor infamia, robará, matará, defraudará a sus seres queridos sin pensárselo dos veces.

Llevado por la emoción, sus ojos saltones parecían a punto de salirse

de sus órbitas. Una fiebre exaltada se había apoderado de él.

—Y eso no es todo… Los lémures pueden utilizar a su antojo los recuerdos de la persona que fueron, sin verse afectados por estos recuerdos… Pueden moverse instantáneamente de un lugar a otro, siempre que ya hayan visto el lugar de llegada…

Pirra levantó la cabeza al mismo tiempo que Lastyanax. Esta última información hacía posible al fin entender el curso de los asesinatos. Un lémur había esperado a que Mézence y sus guardaespaldas se hubieran alejado de la multitud para atacarlos. Ese mismo lémur había cortado la garganta de Triérios mientras estaba solo en el baño. El propio Lastyanax había sido atacado por la criatura en el torreón. En cuanto a Palatès… Sin duda, simplemente había aceptado el vaso de agua que le entregó un sirviente sin saber que estaba bebiendo veneno servido por un lémur.

—¿Puede un mago controlar varios lémures al mismo tiempo? —preguntó.

El embalsamador rio con escepticismo.

—La posesión de un lémur requiere poderes considerables; me resulta difícil concebir que la misma persona pueda dominar a varios de ellos.

—¿Cuánto duran los lémures? —preguntó Pirra sin darle tregua.

—Puede variar de unas pocas horas a varios años —respondió el embalsamador, moviendo con vigor su cuello huesudo—. Un lémur nunca envejece y está provisto de hechizos tan poderosos que es capaz de soportar golpes que serían fatales para una persona real. Solo teme dos cosas: la muerte de su creador y el desgaste del ánima que se le ha concedido.

Lastyanax miró a Pirra y a Pétrocle. En sus ojos vio el mismo horror que lo invadía a él. Les esperaba una tarea de proporciones gigantescas: debían encontrar al amo del lémur y matarlo antes de que cometiera más asesinatos. Y hacerlo sin ser asesinados por una criatura que podría aparecer en cualquier momento. Lastyanax de repente se dio cuenta del espacio vacío que había a su espalda, lo suficientemente grande como para permitir que un lémur se

materializara allí para cortarle la garganta…

Tragó saliva.

—¿Alguna vez ha intentado crear un lémur?

Su pregunta interrumpió los tics nerviosos que agitaban la cara del embalsamador. Se llevó una mano temblorosa a la frente.

—¿Me arrestará si le digo que sí? Bueno, en fin, no tengo nada que ocultar. Vivo más cerca de la muerte que la mayoría de la gente, es normal que sienta más curiosidad al respecto. Sí, lo he intentado alguna vez. Y siempre he fallado. Crear un lémur requiere mucho más talento del que jamás tendré.

—Última pregunta —dijo Pirra—. ¿Ha hablado con alguien más sobre lémures?

—Una vez —respondió el embalsamador—. A un hombre que había venido a preguntarme si podía comprar la aldaba de mi puerta. Me negué y la discusión derivó hacia los lémures. Un mago encantador, tanto que casi me arrepiento de que se hiciera cliente mío después.

Una sombra cruzó el semblante de Lastyanax. El embalsamador se volvió hacia él.

—Si la memoria no me falla, era su mentor. El maestro Palatès.

Arka

Con unas cuantas batidas de alas, Arka alcanzó una altitud suficiente para llegar al palacio del Basileus. Por fin empezaba a dominar el vuelo de ascenso. El aire fresco de la noche se le metía por el cuello y agitaba su túnica desde dentro. Flotaba muy por encima de las torres, disfrutando por primera vez en su vida de la alegría de volar. Hasta entonces, solo había utilizado sus alas en situaciones de emergencia. En ese momento, una calma estimulante la invadió, un sentimiento de libertad que nunca había experimentado, excepto tal vez galopando a lomos de Tapón. Ahora podría ir a cualquier nivel, aterrizar en cualquier balcón. La ciudad era suya.

Pero tenía un enigma que resolver. El decimotercer heredero la esperaba en el panteón. Arka viró apenas un poco y dejó que las alas

la llevaran hacia las cúpulas del palacio. Pasó como una sombra sobre las murallas y voló sobre la masa negra de la selva exótica por donde había caminado con Lastyanax. En las galerías que rodeaban el patio, vio el fuego azulado de las lanzas-relámpago. Los guardias del Basileus montaban guardia. Esperaba que los centinelas no tuvieran la idea de mirar el cielo durante los treinta segundos que necesitaría para alcanzar el suelo. Al fin y al cabo, no deberían contar con que llegase por el aire un intruso. Que ella supiera, tenía la única pulsera de alas del mundo.

Descendió en amplios círculos hacia el patio, sigilosa como una lechuza. La bóveda vegetal era más tupida como para que pudiera pasar a través de ella. Iba a tener que aterrizar en los tejados en terraza que daban al bosque.

El halo de lanzas-relámpago seguía inmóvil. Arka vio una cubierta adecuada para el aterrizaje, alargada y con pocos adornos. Se acercó en vuelo rasante, levantó el pecho para reducir la velocidad y tocó el suelo de puntillas. Después de una carrerilla para ralentizar, plegó las alas y se agachó detrás del remate en forma de grifo de una arista del tejado. Se arriesgó a echar un vistazo a un lado y descubrió que los guardias no se habían movido. Ninguna alarma mágica se había disparado cuando aterrizó. Los sellos de detección debían de estar colocados en las ventanas. Estaba empezando a entender por dónde había podido aparecer el asesino de Mézence.

Arka fue a gachas hasta el borde del patio y colgó las piernas hacia el vacío hasta que dio con los pies en una rama. Después de comprobar su resistencia presionándola varias veces con el talón, se deslizó hacia el árbol y bajó a cuatro patas por la rama hasta el tronco. Luego completó su descenso gracias a las demás ramas y rugosidades de la corteza.

Las hojas tapaban la tenue luz de las estrellas y no era cuestión de invocar una luz que no habría dejado de atraer la atención de los guardias. Por suerte, las calles del jardín abrían huecos en la bóveda de vegetación, dejando suficiente visibilidad para que Arka pudiera avanzar. Caminó de puntillas para no despertar a las bestias que

dormitaban en sus jaulas. La invadió una oleada de nostalgia. Aquella expedición le recordó las innumerables veces que había vagado por el bosque de las amazonas de noche antes del incendio. Arka continuó su camino, maldiciendo el azar que la había llevado tan lejos de su hogar. Pero tal vez finalmente entendería las razones de su exilio. «El decimotercer heredero te está esperando en el panteón.»

La puerta mecamántica estaba cerrada cuando llegó allí. Al igual que el profesor de mecamancia, Arka se izó de puntillas y activó el sello de apertura. Los engranajes se retiraron con un discreto traqueteo. La oscuridad se abrió ante ella, con el círculo luminoso de los sarcófagos al fondo. Arka entrecerró los ojos, tenía el corazón a mil. A solas en el centro de los ataúdes, un hombre arrodillado parecía estar esperándola. ¿El decimotercer heredero? De lejos, solo podía ver su cabeza inclinada con un gorro de dormir puesto, un detalle absurdo en medio de la solemnidad de aquel lugar. Arka comenzó a bajar las escaleras preguntándose en todo momento si… desde que había empezado a buscarle… podría ser que…

Llegó al pie de los escalones, presa de una angustia repentina. ¿La serpiente la había llevado hasta su padre? ¿Hasta el mago hiperbóreo que abandonó a su madre?

El hombre al fin oyó el sonido de sus pasos y levantó una cara surcada de lágrimas. Arka lo reconoció entonces. Era el Basileus.

Durante largos segundos se miraron fijamente: ella, la discípula con su túnica manchada; él, el soberano en camisón.

—¿Quién eres tú? —bramó él—. ¿Cómo has entrado aquí?

Petrificada, Arka vio al Basileus levantarse con una expresión de furia y desesperación.

—No puedes entrar aquí —continuó—. Nadie puede entrar aquí excepto mis hijos y yo.

Corrió hacia ella y la agarró del brazo. Con un nudo en la garganta, Arka fue incapaz de articular palabra. Él la escudriñó de arriba abajo con las pupilas encendidas por la locura.

—Eres una amazona, eso es, eres una amazona. Y no es la primera vez que estás aquí, ¿verdad, tramposa?

La zarandeó por los hombros.

—¡Te llevaste a mi hijo hace quince años y ahora vienes a matar al padre! —gritó.

La empujó con tal violencia que Arka cayó hacia atrás, golpeándose el cráneo contra el suelo.

—¡Vamos, termina tu trabajo! ¡Trata de degollarme, como hiciste con todos ellos! —exclamó, señalando con un ademán a sus doce herederos.

Arka retrocedió arrastrándose por el suelo. El Basileus había perdido la cabeza; la confundió con una de las amazonas responsables de la muerte de sus hijos, viendo a una guerrera adulta donde solo había una discípula de trece años. Su espalda golpeó la base de un sarcófago. Tenía que escapar.

—¡Ah, crees que te voy a dejar escapar otra vez! —bramó el Basileus golpeándose el pecho—. Pues no, esta noche se acabó tu maldición. ¡Esta noche morirás!

Arka no tuvo tiempo de ponerse de pie, el Basileus se abalanzó sobre ella y le apretó la garganta con las dos manos. La cabeza de Arka golpeó el sarcófago. Su visión se desdibujó. Podía sentir los dedos del Basileus hundiéndose en su piel. Sus pupilas negras bailaban frente a ella, el gorro de noche resbaló y cayó al suelo. Arka quiso meterle los pulgares en sus ojos dementes. Él la sostuvo estirando los brazos para que su rostro quedara lejos de su alcance. Ella le clavó las uñas en los brazos a su agresor, arrancándole fragmentos de piel sin que la tenaza de acero se debilitase alrededor de su cuello. Hinchó el pecho tratando desesperadamente de tragar aire. Se había quedado sin magia, no era más que un animal acorralado que se aferraba a la vida. Su visión se estrechó alrededor de la cara contraída del Basileus. Una convulsión le recorrió el cuerpo. Sus uñas arañaron las manos que la estrangulaban.

Se oyó un chasquido. Al punto de perder el conocimiento, Arka se dio cuenta de que todavía llevaba el anillo de Mézence en el dedo.

Mientras peleaban, había activado el mecanismo. Levantó el brazo hasta la axila del Basileus.

Una explosión roja le roció la cara y la propulsó hacia atrás junto con el sarcófago, que se hizo añicos contra la pared de la habitación. Mil trocitos de cristal le cortaron la piel. El cuerpo de un adolescente con una túnica luminiscente cayó del ataúd y le golpeó la espalda. Arka profirió un grito que le abrasó la garganta dolorida. Se arrastró, con las palmas llenas de esquirlas de cristal.

Se levantó y se obligó a recuperar el aliento. En el centro de la habitación, un halo de sangre se estaba ensanchando alrededor del Basileus. Su brazo y su hombro habían sido arrancados por la explosión. El soberano todavía respiraba. Con la cabeza girada hacia su lado, miró aturdido su cuerpo mutilado. Sus ojos vidriosos se deslizaron hacia Arka.

—¿Por qué tú? —murmuró—. Nadie puede matarme…

Una ráfaga de aire se llevó el resto de la frase.

Arka dio media vuelta para mirar el centro de la sala. En Hiperbórea no soplaba el viento.

En un torbellino de polvo y fragmentos de cristal, un hombre acababa de aparecer. El desconocido volvió hacia él su mirada de ojos grises y le respondió:

—Porque es mi hija.

El Basileus levantó débilmente la cabeza del suelo. Su cabello estaba empapado en su propia sangre.

—Syrame —balbució—. Hijo mío.

Extendió su mano ilesa a la aparición y la agarró del tobillo con una sonrisa de fascinación. El hombre miró lentamente hacia abajo y vio los dedos ensangrentados aferrados a su pierna. Soltó el pie y los aplastó con un pisotón.

Un estertor de bestia moribunda escapó del Basileus. La incomprensión se congeló en su rostro. Un momento después, su cabeza cayó pesadamente al suelo, de lado. Arka vio su pecho bajar

por última vez. Se acabó.

Sin una sola mirada al soberano, el desconocido avanzó hacia ella. Una extraña cicatriz le marcaba la piel de la frente, justo al lado del sello tatuado en su sien. Una larga línea roja se extendía por su cuello. Una neblina de polvo flotaba en el aire. Arka se detuvo en estos detalles para no pensar en lo que el hombre acababa de decir. «Porque es mi hija.» Habría querido huir, pero sus piernas se negaron a obedecerla. Permaneció petrificada mientras él le cogía una mano y la giraba entre las suyas para examinarla. Un contacto suave y cálido. Y sin embargo, Arka se sentía llena de un terror helado.

—Cuerpo, mente, ánima… Estás completa —susurró él con voz ronca.

—¿Quién eres? —preguntó ella con fuerza mientras retiraba la mano.

El hombre le dirigió una mirada indescifrable, desprovista de toda emoción.

—Un lémur creado hace quince años a partir del cuerpo que se encontraba allí —dijo, señalando el decimotercer sarcófago.

Era el ataúd que había estado ocupado por el primogénito del Basileus. El heredero con la cara desconocida. Ahora Arka conocía su rostro. Su nariz recta, sus ojos grises, sus hombros anchos. «Porque es mi hija.» El lémur se acercó al sarcófago y abrió la tapa de cristal. Puso una mano en el satén acolchado y cerró los párpados un instante. Luego, volvió a hablar con una voz lenta, entrecortada, como si cada una de sus palabras saliera del silencio a costa de una intensa lucha con un enemigo interior:

—Aparte del cuerpo, no tengo nada que ver con la persona que fue colocada aquí hace ciento sesenta y dos años. Pero el cuerpo era todo lo que le interesaba a mi amo. Quería deshacerse del Basileus y la única manera de hacerlo era conseguirle descendencia.

Un espasmo corrió a través de su columna vertebral. Los hombros del lémur se curvaron, sus mejillas se hundieron.

—Una descendiente viva y entera —articuló, con la cabeza gacha —. Una descendiente condenada a matarlo tarde o temprano. Y esa eres

tú.

Arka miró al Basileus, que yacía como una muñeca desmembrada en su charco de sangre. Ella lo había matado. Se frotó la cara empapada de sudor. Sus antebrazos reaparecieron, escarlata. No era sudor, era la sangre del Basileus. Había matado al monarca de Hiperbórea, ella, una hija de amazona. Si la encontraban allí… Debía huir, de inmediato.

Pero antes debía entenderlo.

—¿Por qué condenada?

—Por la misma razón que llevó a la familia de tu madre a refugiarse tras el azur vivo —respondió el lémur con una voz un poco más entera.

Poco a poco enderezó la cabeza. Aquello contra lo que estaba luchando en su interior un momento antes parecía haber perdido terreno. Comenzó a deambular de sarcófago en sarcófago, como un recién nacido que descubriera su entorno. Se detuvo frente al ataúd de la más pequeña, de repente parecía nostálgico, parpadeó y continuó:

—Al maldecir a las amazonas responsables de la matanza de sus hijos, el Basileus se ha infligido la misma maldición. Era el sacrificio que exigía un acto mágico tan terriblemente poderoso. La maldición del espejo.

—¿Y en qué consiste esa maldición? —preguntó Arka con inocencia.

El lémur levantó la cabeza. La piel de su frente se deshacía como ceniza. Su carne despellejada parecía a punto de derramarse sobre su sien, donde estaba tatuado el sello.

—¿Aún no lo has entendido? —dijo en voz baja—. ¿Por qué murió tu madre en el parto? ¿Por qué la reina Antíope trató de mantener a su hija alejada de ella después del robo del azur vivo? ¿Por qué el Basileus ha muerto de tu mano después de tanto tiempo?

Hizo una pausa, llevó dos dedos a su sien como para ralentizar el deterioro de su piel, y agregó:

—Porque la maldición condena a todo aquel que es víctima de ella a morir de la mano de su propia descendencia.

El lémur reanudó su exploración del panteón mientras Arka trataba de asimilar el alcance de esta información. La maldición condena a todo aquel que es víctima de ella a morir de la mano de su propia descendencia…

—Gracias a la maldición, el Basileus era inmortal —continuó, ahora examinando las paredes en el otro extremo de la habitación—. No tenía herederos y ya no podía tener ninguno. Por eso mi amo me concedió la vida. Quería que conociera a una amazona y que ella tuviera un hijo mío. Por eso me acerqué a tu madre en Napoca.

El lémur regresó al sarcófago vacío y se apoyó contra la tapa de cristal, con sus anchos hombros arqueados por un cansancio repentino.

—Para seducir a Mélanippè, mi amo me pidió que yo fuera exactamente lo que ella desearía amar. Nuestro falso romance duró unos meses. Cuando tu madre quedó embarazada, mi amo me mandó llamar. Mélanippè volvió a Arcadia, tú naciste, ella murió. Esa es nuestra historia.

Las manos de Arka temblaban. Lo que el lémur le decía no tenía sentido y, sin embargo, algo en el fondo de su alma sabía que era verdad. Era hija de un títere, de un aparecido. El padre que había estado buscando en los últimos meses no era humano. Su existencia era un cálculo cínico, hecho quince años antes por alguien que quería deshacerse del Basileus. Alzó la vista para mirar al lémur a los ojos. Tenían la misma forma que los suyos.

—¿Quién es tu amo?

El lémur abrió la boca para responder, pero un nuevo espasmo lo atravesó y se puso una mano en el pecho a la altura del corazón. Su rostro desgarrado estaba cubierto de sudor mientras miraba al vacío, con los ojos muy abiertos. Entonces la crisis cesó tan rápido como se había producido y apartó la mano de su corazón. Sus rasgos habían vuelto a perder toda expresividad.

—No tengo derecho a decírtelo —dijo sin más.

Arka empezó a andar. Los añicos de cristal crujían bajo sus pies.

—¡Ya que eres hijo suyo, podrías haber matado tú al Basileus! —ladró mientras recorría la sala de un lado a otro.

—Yo solo soy el cuerpo de su hijo —respondió el lémur en un tono neutro—. No estoy sujeto a la maldición y nunca podría haberlo hecho. Tú sí naciste, te hiciste mayor, eres de carne y hueso. Tú eres su auténtica descendiente.

Arka se detuvo.

—¿Y por qué mi madre? ¿Por qué una amazona? ¡Podríais haber elegido a otra!

Unos ruidos de pasos a la carrera resonaron en la distancia. El lémur levantó la cabeza hacia la puerta y bajó del sarcófago.

—Matar al rey es una cosa. Pero luego hay que poder gobernar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Arka, mirando la salida.

El lémur no respondió. Unas luces danzantes ahora aparecieron en el pequeño rectángulo negro que dibujaba la puerta al fondo del panteón. Fragmentos de voz llegaron a ellos.

—¿Qué significa eso? —Arka repitió más fuerte, volviéndose hacia el lémur, que seguía sin responder.

—Lo sabrás muy pronto —dijo al fin, sin más.

Se inclinó hacia el suelo y recogió un pedazo de cristal. Miró su reflejo en el fragmento triangular, apretado en la palma de su mano. Sus facciones se relajaron y una extraña sonrisa apareció en su rostro. Luego apoyó el cristal sobre el sello tatuado en su sien y se volvió para mirar a Arka.

—Adiós, hija mía. Me ha hecho feliz conocerte.

—¿Qué…?

Con un movimiento seco, el lémur se desgarró el sello. Inmediatamente, su cuerpo se desintegró en un torbellino de polvo. Las partículas aún no habían caído del todo al suelo cuando los centinelas llegaron al panteón y corrieron hacia Arka, gritando al asesino. Notó que la arrastraban hacia la salida, pero sus ojos

permanecían fijos en el pequeño y penoso montón de polvo que los guardias pisotearon con indiferencia mientras rodeaban el cuerpo de su soberano, pidiendo ayuda en vano.

12

El juicio

Lastyanax

Un taconeo de pasitos resonó en el pasillo antes de perderse a lo lejos. Lastyanax abrió los ojos. Métanire estaba haciendo su cuarta patrulla del día frente a la puerta cerrada de su habitación. Hacía tres días que no veía a Arka ni hablaba con su amo. La primera había sido encarcelada a la espera de juicio por el asesinato del Basileus. Y el segundo no había salido de su habitación desde el anuncio de la detención. Un olor rancio de chiquillo sin asear flotaba en el dormitorio.

Acostado en su cama con dosel, Lastyanax escuchaba los lamentos ininterrumpidos de las procesiones de plañideras, a quienes tres días de luto no habían debilitado. Las ventanas de su alcoba daban a la cúpula, que seguía tan azul y serena como siempre. Pero Lastyanax sabía que, si se levantaba para ver la ciudad, vería las miles de coronas funerarias blancas que los hiperbóreos habían desplegado para el funeral del Basileus.

Lastyanax cerró los ojos y se volvió hacia un lado, tapando su oreja libre con un dedo para no escuchar la ruidosa desesperación de las plañideras. Por centésima vez, se preguntó si era responsable del asesinato del Basileus. Había acogido a una amazona. Él le había enseñado magia. La había llevado al palacio. Todo esto a sabiendas. Si hubiera tenido una pizca de nobleza de espíritu, debería haberse entregado tan pronto como se anunció la detención de Arka, cuando la policía se presentó buscando en el torreón en medio de la noche, después de su segunda incursión al taller del embalsamador. Pero no había tenido el valor.

Incluso si todo indicaba que Arka había matado al Basileus (la habían encontrado sola en el panteón, manchada con la sangre de su víctima, con el anillo que había utilizado para arrancarle el brazo), Lastyanax

no lograba sofocar la absurda esperanza de su inocencia. A fuerza de convivir con Arka, había llegado a desarrollar sentimientos casi fraternales hacia ella, o como poco el cariño que se le podía tomar a un animal de compañía. Ese cariño alteraba su capacidad para pensar, obviamente. De lo contrario, habría notado mucho antes los comentarios halagadores, las sugerencias falsamente inocentes, las ocultaciones inteligentes. Pero cuando analizaba la actitud de Arka hacia él, solo veía un cúmulo de desastres, mentiras torpes y descaro rayano en la insolencia. No lo suficiente para manipular a un mago, ni mucho menos para matar a un gobernante. Entonces, ¿cómo había logrado entrar en el panteón? ¿Por qué el Basileus había salido de sus aposentos a una hora tan intempestiva, insistiendo en estar solo? ¿Dónde encontró el anillo de Mézence?

¿Por qué había arriesgado su vida para salvar la suya, en el torreón?

El juicio de Arka comenzaría esa tarde. Lastyanax se levantó de pronto. Solo tenía dos horas para hacerle esas preguntas. Se puso una toga vieja y sumergió su cabeza en un aguamanil que le había dejado Métanire con la esperanza de que finalmente se lavara. Por encima de la palangana, un espejo le devolvió la imagen de su rostro moreno, sombreado en el mentón por una pelusa desigual que un observador indulgente habría descrito como una barba de tres días. Su cabello grasiento y empapado casi le tapaba los ojos. Lastyanax los frunció y salió corriendo.

Afuera, la luz del sol lo cegó. Cruzó los canales sorprendiendo a algunos magos conocidos por su aspecto desaliñado. El estadio apareció ante él, decorado con cortinas blancas colgando por el muro exterior. Allí era donde iba a tener lugar el juicio. En poco tiempo, el anfiteatro sería asaltado por los curiosos. Los personajes distinguidos de los niveles inferiores ya estaban haciendo cola, ansiosos por participar en un evento del que seguirían hablando las diez generaciones siguientes de hiperbóreos. Lastyanax caminó por el oscuro pasillo de la entrada principal y se encontró frente a una docena de guardias armados con lanzas-relámpago, plantados delante de la puerta de las mazmorras.

—No se puede pasar —dijo su cabecilla dando un paso al frente.

—Soy ministro.

Sin darle tiempo para determinar si se trataba de un salvoconducto válido, Lastyanax abrió la puerta e irrumpió en las mazmorras.

Un frío helado lo saludó, apenas suavizado por la tenue luz de algunos candiles vetustos que colgaban del techo de un pasillo largo, flanqueado a ambos lados por una serie de celdas. Lastyanax tenía el recuerdo de un lugar vibrante de emoción, ya que en ese mismo pasillo los aspirantes discípulos esperaban en cada Asignación. Ahora el ambiente era muy diferente.

Sentada con la espalda apoyada en la reja de la última celda, vestida con la túnica roja de los cautivos, Arka lo vio acercarse, ojerosa. Lastyanax, que había aprendido a ver a su discípula como una fuerza de la naturaleza, si es que podía decirse algo así de una cría de trece años, se quedó impactado al ver su aspecto enfermizo. Un olor a heces emanaba de un cubo en un rincón de la celda. La temperatura del corredor se había reducido mediante la magia, para disminuir sus poderes. Pero incluso si hubiese estado en plena posesión de sus capacidades, Arka no habría logrado cruzar la reja. Lastyanax apoyó un dedo pulgar en el sofisticado sello que la aseguraba y luego se sentó en el suelo al lado de su discípula.

—Ya era hora, maestro —dijo, con la voz entrecortada por el frío.

—Me gustaría conocer tu versión de los hechos.

Arka se abrazó las rodillas para que dejaran de temblarle y miró hacia otro lado.

—No creo que sea muy convincente, maestro.

—Habla, igualmente.

Y en verdad que no lo convenció mucho. Lastyanax escuchó con escepticismo el relato inverosímil de la cadena de acontecimientos que había llevado a Arka a la puerta del panteón la noche del asesinato del Basileus.

—¿Así que conociste a una serpiente de hielo que adivinaba el futuro,

y una de sus predicciones te llevó, meses después, a ir al panteón del palacio con la esperanza de saber más cosas sobre tus orígenes? —recapituló.

Encogiéndose de hombros, Arka se encajó en el ángulo formado por la pared y los barrotes, con los brazos pegados al cuerpo en todo momento para retener el calor.

—Sabía que no me creería.

Lastyanax cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. Le vino a la mente un pasaje de Zoomancia en la era precúpula: *Historia de las conquistas animales (vol. 9)*. Había leído algo sobre una serpiente legendaria que moraba en el glaciar.

—Suponiendo que esa bestia exista —dijo, levantando la cabeza —, no entiendo por qué decidiste correr el riesgo de seguir sus instrucciones irrumpiendo en el palacio.

—Después de todo lo que he tenido que vivir, mi noción del riesgo no es la misma que la suya, maestro —replicó Arka en tono orgulloso.

Pero sus aires de bravuconería nunca habían sido tan poco convincentes.

—¿Qué pasó después?

—Entré en el panteón, pensé que no habría nadie… Pero allí estaba el Basileus. Cuando me vio, se volvió muy raro… como loco. Como si pensara que yo era una de las amazonas que asesinó a sus hijos hace mucho tiempo. Me lo dijo. Me atacó y trató de estrangularme —dijo, señalando sus marcas violáceas en el cuello, que Lastyanax no había visto—. Me habría matado si no me hubiera defendido. No lo hice a propósito. No quería matarlo.

Lastyanax se había esperado cualquier justificación, pero no que Arka admitiera haber matado al Basileus… por accidente. Su discípula ahora tenía en el semblante una expresión ceñuda, como si quisiera reforzar su caparazón en lugar de romper a llorar como habría hecho cualquier niño de su edad en sus circunstancias.

—El abogado me aconsejó que no hablara de nada de esto, que me

tomarían por loca —agregó Arka, bajando los ojos a sus uñas roídas.

—¿El abogado?

—Es un juicio, maestro, hay un abogado. En cualquier caso, al parecer las chicas no tenemos derecho a defendernos nosotras mismas.

La puerta de las mazmorras se abrió de repente y en el umbral apareció la silueta enorme del jefe de los guardias. Lastyanax se levantó inmediatamente.

—Tengo que pedirle que abandone las instalaciones, por favor, maestro —dijo el carcelero con voz rotunda—. Me han confirmado que la acusada no tiene derecho a recibir visitas.

—¿Quién le da órdenes?

—El mistógrafo, maestro. Como el Basileus está muerto, él es el juez supremo. Por favor, abandone el lugar inmediatamente.

La actitud del guardia dejó claro que lo iba a sacar de la celda, quisiera o no. Lastyanax miró hacia abajo a su discípula, acurrucada en el rincón de la celda. Ella lo miró entre los barrotes haciendo amago de querer decirle algo. El carcelero se adentró en la mazmorra y plantó su mano ancha en el hombro de Lastyanax, que dio un respingo.

—Maestro, si no me sigue, tendré que…

—Ya me voy —lo interrumpió Lastyanax, dejándose llevar por la zarpa de su interlocutor.

Al salir de la mazmorra, le llegó la palabra «lémur». Se dio la vuelta, la puerta de la celda se cerró tras él con un golpe seco. El guardia se plantó delante y lo miró con cara de pocos amigos y las manos cruzadas a la espalda. Lastyanax no insistió y se alejó, preguntándose si había oído bien. ¿Acaso su discípula sabía algo más sobre los lémures que él?

Pasó las siguientes dos horas sentado en las gradas, viendo a los alguaciles que montaban el estrado de los jueces y la tribuna para las alegaciones orales. Por lo general, los juicios se celebraban en los niveles inferiores de la torre en la que se encontraba el estadio, razón

por la cual era conocida como la Torre de la Justicia. Los delitos comunes se juzgaban en los dos primeros niveles, los delitos de oro en el tercer y cuarto nivel, y los crímenes de sangre en el quinto y sexto nivel. Solo los crímenes de Estado justificaban la instalación del tribunal en la propia arena, simbolizando así la importancia suprema del juicio.

Una riada cada vez más abundante de jurados fue llenando las gradas a medida que se acercaba la hora de la audiencia. Por lo general, los magos incumplían esa función que, sin embargo, les imponía la ley hiperbórea. So pretexto de estar demasiado ocupados para asistir a juicios, pagaban a plebeyos para que acudiesen en su lugar. Este sistema ilegal se había institucionalizado y cada día miles de habitantes de los niveles inferiores abarrotaban las puertas de la Torre de la Justicia con la esperanza de ganarse el puñado de borions que les reportaba su participación en un jurado. El propio Lastyanax pagaba una suma sustancial para delegar sus responsabilidades en extraños. Como resultado, una justicia desordenada y poco rigurosa era dictada por ciudadanos que roncaban durante las audiencias y solo se despertaban para anunciar un veredicto mal informado.

Pero ese día el improvisado tribunal estaba dominado por una emoción febril. Una discípula de trece años había sido acusada del asesinato de un gobernante a quien tres días antes muchos consideraban eterno. Como resultado, las togas habían invadido las gradas. Solo las filas superiores estaban ocupadas por espectadores que habían acudido a la audiencia por mera curiosidad.

Una sucesión de quejas llamó la atención de Lastyanax, a su derecha. Una figura morada, alta y desgarbada se abría paso entre dos filas, pisoteando los pies de los magos ya sentados. Lastyanax tardó un tiempo en darse cuenta de que era Pétrocle. Este último se aposentó en un sitio que solo estaba libre a medias, delante de Lastyanax, apisonando a sus vecinos con las rodillas bien separadas. Sacó un bocadillo rebosante de salsa de su bolsillo y le hincó el diente con voracidad.

—Hola, Last —dijo con la boca llena, dándole una palmadita amistosa

en la pantorrilla.

—¿Has aprobado la defensa? —preguntó Lastyanax, sorprendido.

—¿Por? —preguntó Pétrocle, rociando a sus vecinos con migajas —. Ah, ¿la toga? —Tragó, haciendo que una gran bola de bocadillo sin masticar del todo bajase hasta el fondo de su esófago—. No, no, se la birlé a Triérios pensando que algún día podría venirme bien. Nunca pensé que sería en tales circunstancias, por supuesto… ¡Cielo santo, Last! ¡Tu propia discípula!

—Sí… Llevo tres días tratando de averiguar por qué lo hizo.

A Lastyanax le hubiera gustado hablar con Pétrocle sobre la historia increíble de Arka, pero su conversación ya estaba atrayendo las miradas curiosas de sus vecinos de asiento.

—A lo mejor Pirra y yo habríamos podido ayudarte a entender, si no te hubieras tirado todo este tiempo metido en el torreón —replicó Pétrocle en un tono severo—. Tu cocinera es peor que un cerbero, no nos dejaba acercarnos a tu dormitorio.

—¿Y Pirra? —lo interrumpió Lastyanax, escudriñando el estadio —. ¿No viene?

—¿Ves alguna mujer en esta asamblea? Se ve que has estado trabajando duro en la nivelación de género, Lasty. Las mujeres no tienen derecho a ser jurados ni a asistir a los juicios, porque, cito, «no se puede confiar en el juicio femenino, basado en la emoción y no en la razón; y los hechos discutidos en las audiencias podrían perturbar su naturaleza sensible y gentil». *Basílica CXXXII, artículo III*. Pero verás que eso no impide que sean llevadas ante la justicia por asesinato.

Lastyanax olvidó el juicio por un momento.

—¿Pirra, sensible y gentil? ¿Arka, sensible y gentil?

En su fuero interno, se comprometió a estudiar los procedimientos legales en detalle.

Un rumor corrió a través de la multitud. Sileno acababa de entrar en la arena, vestido para la ocasión con una toga dorada ceñida con una cola de grifo alrededor de su panza prominente. Se sentó en el estrado

y al poco llegaron también dos jueces de la Torre de la Justicia. Un escribano tomó asiento en un escritorio. El mistógrafo tocó una campanita para llamar la atención del público.

—Estimados maestros, estimados miembros del jurado, estamos reunidos aquí en este día para arrojar luz sobre el asesinato de Su Majestad el Basileus, Primer Hiperbóreo, Gran Constructor, Mago Supremo, Vencedor de las Amazonas, Amigo del Pueblo, Juez entre los Jueces —atacó con voz solemne, lejos del jovial balbuceo que lo caracterizaba habitualmente—. Sin embargo, las circunstancias obligan a la Torre de la Justicia a solicitar el examen no de uno, sino de tres crímenes, ya que los tres sucesos parecen guardar una estrecha relación. Por lo tanto, espero que, al final de esta audiencia, se haga justicia sobre los asesinatos de Su Majestad el Basileus, el maestro Triérios y el maestro Mézence. Alguaciles, traigan a la acusada.

Una oleada de susurros asombrados se extendió por toda la asamblea. Lastyanax sacudió la cabeza cuando Pétrocle se volvió hacia él con gesto atónito. No, no sabía que Arka también había sido acusada del asesinato de los dos ministros. Su discípula entró entonces en la arena, escoltada por dos guardias, con las manos metidas en unos guanteletes metálicos para evitar que trazara algún sello. Pero Arka no parecía dispuesta a intentar una fuga. Cegada por la luz, miró a los jurados y los jueces como si fuera una espectadora de su propio juicio. Los guardias la hicieron sentarse en una silla con respaldo recto, frente al estrado, y fijaron los guanteletes en cada reposabrazos, obligándola a adoptar una postura erguida, sin duda muy alejada de lo que estaba sintiendo en ese momento. En la parte superior de las gradas, reservada a los espectadores, se oyeron silbidos.

—Ordeno a los asistentes que guarden silencio durante la audiencia —clamó el mistógrafo—. Alguaciles, traigan al abogado defensor y a los testigos.

Lastyanax se preguntó si Arka tenía alguna responsabilidad en la cuestionable elección de su representante. Con sus trenzas adornadas con cuentas y su toga formada por cientos de tiras de colores desgarradas, su abogado parecía salido directamente de las colonias.

Entró en la arena haciendo aspavientos hacia las gradas, donde su familia había movilizado a una fila entera para venir a verlo actuar. Lastyanax se aplastó la frente contra las palmas de las manos.

Un carraspeo hizo que levantara la cabeza. Al final de la fila, un viejo alguacil trataba de llamar su atención. Sus mofletes desaparecían bajo unos bigotes largos. Y llevaba un gran llavero lleno de llaves colgado del cinturón de su toga escarlata.

—Maestro Lastyanax, ha sido citado a comparecer. Venga conmigo, por favor.

Cogido desprevenido, intercambió una mirada con Pétrocle antes de levantarse para ir hacia la escalera con el alguacil. Este comenzó a bajar las gradas con mucho cuidado, con el llavero sonando como unas sonajas a cada paso. Lastyanax aprovechó su lentitud para reflexionar. ¿Quién lo había citado? ¿La fiscalía o la defensa? ¿Y qué querían saber de él? Si los miembros del jurado se enteraban de los orígenes de Arka, sería el fin para ambos. Hiperbórea nunca lo perdonaría por haber protegido a una amazona…

El alguacil llegó al pie de las gradas, donde se levantaba la enorme jaula de oricalco que separaba la arena de los espectadores. Desenganchó su llavero con una mano temblorosa e insertó una llave grande en la cerradura de una puerta. Un sello protector idéntico al de las mazmorras estaba grabado en los barrotes. El alguacil abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Lastyanax. Al contacto con la arena de Abraxan, sus sandalias levantaron pequeñas nubes de polvo que titilaron en la luz deslumbrante.

La sombra del entoldado que cubría parte de las gradas no llegaba hasta el centro de la arena. Arka estaba sentada al sol, de espaldas a él. Enfrente quedaba el estrado de los jueces. Lastyanax saludó a Sileno con un leve movimiento de la cabeza y se sorprendió por la mirada fría que le dedicó, a mil leguas de distancia de su afabilidad habitual. El alguacil cerró la puerta con la llave y fue con Lastyanax.

—Por favor, siéntese aquí —dijo, señalando un banco cerca del estrado.

Lastyanax caminó hasta el banquillo, donde había ya tres individuos de proporciones gigantescas. No necesitaba ver el loto tatuado en sus gruesos cuellos para reconocer a los otros testigos citados por el juez: eran Ari, Alci y Axi. Había estado varios meses tratando de conseguir echarles el guante a los tres matones, para sonsacarles información sobre el destino del azur vivo, sin éxito. Los trillizos se movían con discreción, aprovechando las redes clandestinas del primer nivel para evadir a la policía. ¿Por qué asomaban de pronto el hocico?

La presencia de los bandidos, la fría actitud de Sileno y su papel como juez supremo estaban empezando a preocupar a Lastyanax. Se sentó al lado de Alci e ignoró la mirada asesina que le dirigió. Unos pasos a su derecha, Arka giró su cuello en su dirección. También la ignoró, consciente del desconcierto que causaría a su discípula. Los miembros del jurado desconfiarían de su testimonio si detectaban la más mínima connivencia entre él y Arka.

Un quinto testigo se unió al banquillo del juez. Su acné se había intensificado y el joven se había engominado el flequillo para parecer más mayor. El único hijo de Mézence comparecía en el juicio por el asesinato de su padre.

Sileno carraspeó.

—Muy bien, ahora que todos los testigos han tomado asiento…

Lastyanax miró al banquillo de la defensa. Estaba vacío.

—… podemos empezar. En aras de la claridad, la Torre de la Justicia ha decidido abordar los hechos por orden cronológico. Por lo tanto, es el asesinato del maestro Triérios, ministro para las Colonias, el que será objeto de nuestra atención en primer lugar. Estos son los hechos: hace dos meses y medio, el cuerpo del maestro Triérios fue encontrado sin vida alrededor de la medianoche en un cuarto de baño de mi casa, mientras yo ofrecía una recepción. Al parecer, el maestro Triérios fue degollado por un contrincante aguerrido. Los sellos de detección habían sido desactivados esa noche, a petición mía, para permitir que los invitados se movieran con libertad por mi casa. Por lo tanto, es difícil determinar quién pudo acercarse al maestro Triérios en el

cuarto de baño, donde probablemente había ido a refrescarse. En el contexto actual, sin embargo, su asesinato lleva a la Torre de la Justicia a hacer a los acusados la siguiente pregunta: ¿qué estaban haciendo la noche de esa recepción, alrededor de la medianoche?

Arka se rebulló en su asiento, con las manos aún remachadas a los reposabrazos. Abrió la boca, pero su abogado la interrumpió con un gesto.

—Antes de que mi cliente responda a su pregunta —dijo este, levantándose pomposamente, con una sección de su toga doblada sobre su antebrazo—, me gustaría enfatizar la insólita forma de proceder con este caso. En lugar de tratar por separado los asesinatos de Su Majestad el Basileus y sus dos ministros, la Torre de la Justicia inmediatamente abruma a mi cliente acusándola de esos tres crímenes atroces, cuando solo las circunstancias de este último pueden justificar su acusación. La Torre de la Justicia tampoco informó previamente a la defensa…

—La Torre de la Justicia no tiene que dar cuenta del procedimiento que considere oportuno adoptar —lo interrumpió el juez, a la derecha del mistógrafo—. Respete el decoro, que esto no son las colonias.

El público se rio. El abogado defensor apretó las mandíbulas y se sentó, echando hacia atrás sus trenzas de colores con aire digno. Sileno esbozó un ademán de apaciguamiento hacia su vecino y con la misma mano invitó a Arka a hablar.

—Por favor, responda a la pregunta.

—Yo… estaba en el primer nivel.

—¿Y qué hacía allí?

—Los miembros del clan del Loto Azul me tenían… ejem… retenida en su guarida —narró Arka—. Con mi mentor.

Consciente de la mirada de Arka clavada en él, Lastyanax tuvo cuidado de no mirarla a su vez. Sileno se volvió hacia él.

—Maestro Lastyanax, ¿estaba usted en compañía de su discípula en el momento en que sucedieron los hechos?

—Sabe muy bien que no —replicó, levantándose con calma—, ya que yo estaba en su recepción y usted y yo fuimos los primeros en encontrar el cuerpo de Triérios. A la media hora de este descubrimiento, sin embargo, me enteré por un amigo de Arka de que esta se encontraba en el primer nivel, retenida en una guarida del clan del Loto Azul, como ha contado ella misma, por los tres matones que están sentados a mi lado. Ahí es donde la encontré poco después. Así que debía de encontrarse en el primer nivel alrededor de la medianoche.

—¿Así que su discípula no estaba en compañía de usted cuando se cometió el asesinato?

—No —Lastyanax repitió—, pero no pudo haber asesinado a Triérios en el séptimo nivel y estar en una guarida de los bajos fondos del primer nivel justo después. Es físicamente imposible.

Se sentó. Sileno asintió con la cabeza y abrió una carpeta que tenía delante.

—Los testigos que están sentados a su lado podrán confirmar su versión. Señores Anaxímenes, Alcibíades y Aristóbulo —leyó del expediente—, ustedes son los miembros del clan del Loto Azul al que se refiere la acusada. ¿Estaban en su compañía en el momento de los hechos?

—En su compañía, sí, pero no en el momento de los hechos —respondió Alci, levantándose con un aire sumiso que contrastaba con su personalidad—. Estuvimos con ella en el primer nivel alrededor de la medianoche, como dice usted.

—¿Así que corrobora las palabras del maestro Lastyanax, que afirma que la acusada no habría tenido tiempo de cometer un asesinato en el séptimo nivel y estar con ustedes justo después?

—Ah, no, no corroboro sus palabras, como dice usted. La chica podría haber pasado del séptimo nivel al primero en un abrir y cerrar de ojos usando la magia.

El abogado de Arka soltó una carcajada.

— ¿Y por qué no mover también montañas en un abrir y cerrar de ojos, ya que estamos? El testigo ignora los límites de la magia: nadie ha logrado aún dominar la teletransportación, hasta donde yo sé. ¡Y la acusada es una discípula de trece años, no precisamente la más capacitada para algo así!

Este comentario desencadenó algunas risas en las gradas y una verdadera carcajada general en la parte superior de las mismas, donde se sentaba la familia del abogado. Alci parecía estar luchando contra los instintos primarios que le ordenaban continuar el debate a puñetazos.

—¡La tepelortación no sé, pero la chica tiene alas mágicas, lo juro!

—Me pregunto si la Torre de la Justicia hace bien en escuchar el testimonio de un delincuente —dijo el abogado—. Además, ¿por qué no están ustedes entre rejas? ¿Han hecho un pacto para testificar contra mi cliente?

Los susurros se extendieron inmediatamente en las gradas. Lastyanax empezaba a considerar válidos los argumentos del abogado. Sileno agitó su campana.

—No estamos aquí para discutir las responsabilidades de los testigos, sino su testimonio —respondió con frialdad—. Alcibíades, ¿qué quiere decir con eso de «alas mágicas»?

—Pues eso, alas mágicas, sabe usted, de esas con las que se puede volar —explicó, agitando sus brazos para ilustrar la idea—. Vi a la chica usarlas igual que le estoy viendo a usted. Y son del mismo color que esta jaula.

En ese momento, uno de sus hermanos se inclinó hacia él para susurrarle algo al oído.

—Eso, o-ri-cal-co —precisó Alci en tono de conocedor—. La noche del asesinato del ministro, la vi volando con sus alas de o-ri-cal-co desde el séptimo nivel. Aterrizó en un canal del segundo, luego no sé cómo hizo desaparecer las alas y fue entonces cuando la pillamos.

Lastyanax se volvió hacia Arka, sorprendido por un pensamiento. Su

discípula tenía la mirada fija en sus rodillas. Lastyanax le miró las muñecas. Esa pulsera gruesa de cobre que siempre llevaba ya no estaba. Nunca le había prestado atención a esa joya. Para él, solo era una baratija de chica. Ahora que lo pensaba, Arka no era el tipo de jovencita que usara abalorios…

—Resulta que puedo corroborar este testimonio —dijo Sileno—. El día del asesinato de Triérios, durante una clase, confisqué a la acusada una pulsera gruesa de color anaranjado, después de que el joven Fretón, aquí testigo, intentara sin éxito destruirlo con el anillo de su difunto padre. La joya había resistido el sello de destrucción e inmediatamente comprendí que era un objeto extraordinario. Esa, lo admito, fue la verdadera razón por la que lo confisqué. Cuando empecé a mirarlo en mi estudio, ya sabía que estaba tratando con un objeto excepcional… ¡Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que en realidad tenía en mis manos uno de los raros pares de alas hechas por el maestro Ctesibio, el fundador de la mecamancia!

Un murmullo de asombro se extendió entre el público. Lastyanax no podía creerlo. Las alas de Ctesibio eran una leyenda. Hacía diez años, un pirado afirmó haber encontrado un par de alas y hubo gran conmoción entre la aristocracia, pero luego se supo que era una engañifa. Magos de poca monta impresionaron a la burguesía de los niveles inferiores mostrándole en sus correspondientes estuches unos minúsculos engranajes anaranjados que supuestamente formaban parte del mecanismo. Todo coleccionista digno de tal nombre soñaba con hacerse con un ejemplar. El mismísimo Palatès había declarado en repetidas ocasiones que habría dado de buena gana todas sus posesiones a cambio de un par de alas de Ctesibio. ¿Dónde las habría encontrado Arka?

—Por desgracia, no pude examinar las alas durante mucho tiempo. Al día siguiente del asesinato, cuando los inspectores me permitieron volver a mi estudio, me llevé la sorpresa de que alguien había cambiado la pulsera por una copia falsa.

Dejó que el silencio se estirara para mantener la tensión.

—En otras palabras, la misma noche, alguien se coló en mi casa,

asesinó al maestro Triérios y robó la pulsera. Y ese alguien probablemente huyó con las alas. Sin embargo, la acusada fue encontrada en el primer nivel con estos sujetos poco después de la medianoche, en un barrio donde un discípulo no tiene nada que hacer a una hora tan tardía.

El abogado de Arka saltó.

—No hay pruebas de que mi cliente estuviera en su fiesta esa noche. ¡La única información que tenemos es el testimonio de un matón, más conocido por sus encuentros con la justicia que por su respeto por la ley!

—Tenemos otros dos testimonios que respaldan nuestra versión —replicó el mistógrafo—. En primer lugar, la de un invitado a mi fiesta, que la noche del asesinato afirmó haber visto a un enorme pájaro brillante salir volando de mi casa. Ese testimonio, registrado en los informes —levantó con una mano un grueso fajo de papeles—, no fue considerado creíble por los investigadores en ese momento. La declaración no parecía tener ni pies ni cabeza y la embriaguez de mi invitado no ayudó mucho. Pero también tenemos el testimonio del joven Fretón, un discípulo de primer año, compañero de la acusada e hijo del maestro Mézence. Discípulo Fretón, ¿qué estaba haciendo la noche del asesinato?

Fretón se levantó con un movimiento nervioso. La gomina que se había puesto en el pelo se estaba derritiendo y le dejaba una marca brillante en la frente llena de granos. A pesar de su aparente tensión, su voz llegó hasta la arena:

—Había quedado con Arka delante de su villa. Queríamos recuperar los objetos que nos había confiscado durante la clase. Yo, el anillo de mi padre; Arka, su pulsera.

—¿Está diciendo que planearon entrar en mi casa? —Sileno preguntó.

Otro murmullo recorrió las gradas. Fretón procuró no mirar a Arka, quien a su vez lo miraba con ojos brillantes. Él se toqueteó los granos hinchados de la barbilla.

—Sí. Queríamos recuperar esos objetos porque yo tenía miedo de que

mi padre se enterara de que le había cogido prestado su anillo y que me lo habían confiscado, y Arka porque le importaba mucho su pulsera. Obviamente, yo no sabía que se trataba de las alas de Ctesibio.

—¿Y qué pasó?

La mirada de Fretón se posó en Arka unos segundos e inmediatamente volvió la cabeza.

—Cuando llegué al punto de encuentro, Arka ya me estaba esperando. Siguiendo sus indicaciones, modelé sendas copias de los objetos con un lingote de oricalco, luego subimos por el muro de su villa y llegamos a sus aposentos. Empezamos a rebuscar en las habitaciones para encontrar el anillo y la pulsera. Abrimos la puerta del baño, pero no vimos el cuerpo de Triérios, que estaba oculto junto al murete de una de las bañeras. Me quedé abajo y Arka subió a buscar en su estudio. Fue entonces cuando llegó la criada, la que descubrió el cuerpo. Tenía miedo de ser acusado de asesinato, así que me escapé escalando por el muro de su alcoba.

Cuando bajé, la vi volando.

—¿A quién vio volar?

—A Arka. Había extendido las alas y estaba volando hacia el primer nivel.

Con las sienes mojadas, Fretón se sentó, ignorando la mirada ahora en llamas de Arka, quien se dirigió a su abogado para susurrarle algo.

—Es posible que mi cliente tenga las alas de Ctesibio, pero no hay nada en este testimonio que indique que podría haber matado a Triérios —dijo el abogado—. Y me gustaría señalar, señores del jurado, que la Torre de la Justicia parece querer ignorar el destino de esa criada, asesinada unas horas después que el ministro. Fue encontrada en un canal el día después del asesinato y…

—De hecho, es necesario aclarar la cronología de la noche —lo interrumpió Sileno—. Fretón, dijo que la acusada ya estaba allí cuando usted llegó…

Fretón levantó los ojos hacia el mistógrafo, más nervioso que nunca. Pasó su mano varias veces por su cabello engominado.

—Sí, eso es lo que dije.

—¿Podría haber matado a Triérios antes de que llegara?

La pregunta fue recibida con un profundo silencio. La cara de Fretón seguía siendo impasible. Obviamente esperaba esa pregunta.

—Sí.

El asiento de la acusada crujió.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Arka, levantándose todo lo que le permitía su silla—. ¡Yo no maté a Triérios, eso no es verdad! —repitió.

—Pero ¿estaba en el lugar de los hechos esa noche? —preguntó el mistógrafo.

—Sí, pero…

—¿Y voló al primer nivel con las alas de Ctesibio?

—Sí, pero…

—¿Puede demostrar que no pudo haber matado a Triérios?

Arka se quedó callada, con la boca entreabierta. Entretanto, Lastyanax pensaba a toda velocidad. Recordó haberse cruzado con Triérios en la fiesta poco antes de encontrarlo muerto en el baño. ¿Podría Arka haber subido a los aposentos de Sileno, matar a Triérios, bajar, subir otra vez con Fretón, recuperar la pulsera de alas, dar el cambiazo y huir en tan breve espacio de tiempo? ¿Y cómo sabía que Triérios estaba en el cuarto de baño en ese momento? ¿Y por qué el mistógrafo pareció querer sofocar la discusión sobre lo que le había pasado a la criada?

—¿Por qué mi cliente habría asesinado al mago Triérios, a quien ni siquiera conocía? —intervino el abogado—. ¡Solo es una discípula de primero!

—Esa es una pregunta muy pertinente, a la que volveremos mañana por la mañana —respondió Sileno—. ¡Se levanta la sesión! —dijo, agitando su campana.

Aturdido, Lastyanax permaneció sentado mientras los magos del público comenzaban a descender de las gradas. A pocos pasos de él, Arka observó, muda, cómo los jueces y el mistógrafo abandonaban el estrado. Se volvió hacia su abogado para susurrarle algo. Mientras tanto, Fretón se apresuró a salir corriendo de la arena en compañía de un alguacil. Lastyanax se frotó el puente de la nariz y contrajo el rostro. Su confianza en la imparcialidad de Sileno estaba empezando a flaquear seriamente. Sin embargo, todo parecía indicar que Arka era culpable. La pulsera, el allanamiento de la morada del mistógrafo, los meses de secretismo sobre su identidad amazónica… ¿Qué más le había ocultado?

Lastyanax se levantó a su vez. Puede que su discípula fuera culpable, pero tenía la desagradable sensación de que el juicio estaba escrito de antemano. Al llegar a la altura de Arka, que seguía encadenada a su asiento, murmuró en napociano:

—El anillo y la pulsera, ¿dónde están?

—Los tiré a un canal cerca del palacio del Basileus —respondió Arka.

Lastyanax asintió brevemente con la cabeza y se fue sin esperar más. Tenía una noche para encontrar dos joyas perdidas entre el lodo de los canales.

Arka

Arka se volvió para tratar de encontrar una posición más cómoda en el suelo duro. En cuatro días, apenas había dormido. Tenía el cuerpo agarrotado de tanto tiritar en la celda helada. Se sentía exhausta, física y moralmente. Su abogado era tan poco optimista como ella sobre sus posibilidades de supervivencia al final del juicio. Sileno había decidido convertirla en chivo expiatorio y a ello se dedicaba con denuedo. Incluso dejando a un lado los asesinatos de Triérios y Mézence, todavía estaba el del Basileus. Podría alegar defensa propia, pero ninguna explicación racional justificaría su presencia en el panteón esa noche. Tenía todas las de perder.

En las mazmorras, la luz constante de la lámpara le hizo perder la noción del tiempo. ¿Era de noche o había amanecido ya? No tenía ni

idea. A la angustia por el juicio se sumaba la angustia que le habían generado las revelaciones del lémur. El padre que había estado buscando no existía. Era hija de un monstruo, una criatura sin alma creada a partir del cuerpo de un hombre que había muerto hacía un siglo y medio. Todo esto con el único propósito de matar al Basileus.

¿Quién ordenó su nacimiento para lograr ese resultado? ¿El mistógrafo? Esto habría explicado su insistencia en presentar a Arka como autora de la serie de crímenes que habían golpeado al Magisterium. Gracias al lémur (no podía llamar a la criatura «su padre»), Sileno habría sido capaz de deshacerse de Palatès, Trièrios y Mézence. Pero ¿cuál era su objetivo último? ¿Esperaba que la gente lo viera como un hombre providencial al final del juicio y así ocupar el mando de un gobierno diezmado?

Arka escuchó ruidos en el pasillo que llevaba a las mazmorras y salió de su sopor. Estaba deseando volver a la arena, aun cuando eso la acercara un poco más a su condena. Al menos allí hacía calor y había gente. Después de seis meses en Hiperbórea, había perdido el hábito del frío y la soledad. Incluso perdida en los montes Ripeos, al menos Tapón había estado ahí para hacerle compañía. Aparte de las visitas de su abogado y de Lastyanax, no había visto a nadie.

Su mentor no le había dirigido ni una mirada durante el juicio. Arka quería creer que había fingido ignorarla por su propio bien, pero le preocupaba que Lastyanax ya la hubiera encontrado culpable. O peor aún, que estuviera tratando de salvar su propio pellejo. Mostrar apoyo a un criminal no le iba a ayudar a avanzar en su carrera. Cuando él se había parado a su lado, al término de la sesión, Arka pensó que se acercaba para darle consejos o aliento. Pero se había limitado a preguntarle dónde se encontraban el anillo y la pulsera de alas. Por supuesto, habría sido una tontería por su parte no tratar de recuperarlos. Se podía confiar en Lastyanax para aprovechar al máximo la situación. No en vano se había convertido en ministro a la edad de diecinueve años.

Fue la reacción de Fretón, sin embargo, la que más horrorizada tenía a Arka. No sabía qué esperar, pero ciertamente no que la acusara, y

menos después de lo que había pasado entre ellos. Sin duda pensó que había matado a su padre. Si la segunda parte del juicio continuaba como la primera mitad, pronto no le quedarían dudas.

En cuanto a Stérix, sus padres le habían prohibido testificar; al menos, eso era lo que su abogado había alegado. Arka estaba empezando a creer que todos la habían abandonado.

La puerta de la mazmorra se abrió de repente y dejó pasar a cinco guardias, equipados con lanzas-relámpago y protegidos de la cabeza a los pies por unas armaduras tan cuidadosamente engrasadas que no hacían ni el más mínimo ruido. Arka se levantó, asombrándose ante lo débil que se encontraba. Un guardia abrió el candado de su celda.

—Las manos —dijo en tono lapidario.

Arka levantó los brazos hacia delante y dejó que el carcelero se las apresara en los guanteletes metálicos. Eran un poco grandes y dejaban mucho espacio alrededor de sus muñecas. Como el día anterior, el hombre la agarró del codo y la sacó de la celda. Dos guardias se pusieron detrás de ella y otros dos delante. Juntos abandonaron la mazmorra y salieron al pasillo que comunicaba con la arena. Al otro lado del pasillo, un semicírculo de luz dorada dejaba ver los canales que rodeaban el anfiteatro y, más allá, las torres del séptimo nivel. Una mañana hiperbórea como cualquier otra.

Arka parpadeó. Sus piernas flaquearon y cayó al suelo.

Inmediatamente, la escolta entró en acción. Uno de los guardias que iba detrás de ella dio un paso adelante para levantarla a la fuerza. Arka aprovechó ese fugaz instante para lanzar una patada barriendo el aire hasta atizar a su compañero, que se había quedado atrás. El hombre se fue al suelo y soltó su lanza-relámpagos. Arka dio otro puntapié hacia delante y desarmó así al guardia de su derecha. Se levantó de un brinco y golpeó con su mano enguantada el casco de un tercer carcelero. El cacharro se deformó por el golpazo y su dueño se desplomó en el suelo. Arka saltó por encima de sus oponentes derribados y se fue dando tumbos hacia la salida. A su espalda, los integrantes de su escolta que aún estaban de pie dieron la voz de

alarma. Todo su cuerpo estaba estirado hacia delante, no pensaba más que en huir de allí. Unos pocos pasos más y…

De repente, una silueta se recortó a contraluz. Del impulso que llevaba, Arka chocó de lleno. Medio inconsciente, oyó que los guardias corrían hasta ella. Un instante después, un impacto le atravesó cada fibra de los músculos. Y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, sintió que dos carceleros la arrastraban a la arena agarrándola por debajo de las axilas, dejando que sus pies arañasen el suelo polvoriento. Un fuerte olor a pimienta le provocaba un intenso picor en la nariz.

—Tienes suerte de que tengamos polvo de efedra cerca —dijo uno de los guardias.

Arka olisqueó el aire y entendió que le habían administrado por las narinas una sustancia estimulante para reanimarla. Levantó dolorosamente la cabeza y miró hacia atrás. El guardia que la había electrificado le daba las gracias a un joven mago que le daba unas palmaditas en el hombro con gesto afable. Le reconoció por sus hermosos rasgos: era Rhodope, el mejor enemigo de Lastyanax.

—Diablos —murmuró.

Esta interjección no reflejaba la decepción que la invadía. Su única oportunidad de escapar acababa de esfumarse. Llegaron a la puerta de oricalco que permitía el acceso a la arena. Arka, todavía medio tiesa después de la descarga eléctrica, tenía que hacer esfuerzos para recuperar el movimiento de las piernas. Un alguacil abrió la puerta y los guardias la empujaron adentro sin contemplaciones. Parecían dispuestos a hacerla picadillo a la mínima provocación. No podía recriminárselo.

Al igual que el día anterior, el sol que irradiaba sin piedad sobre el centro de la arena la cegó. A la sombra del entoldado, al otro lado de la jaula de oricalco, los miembros del jurado la rodearon como si de unas fauces moradas a punto de engullirla se tratara. Sileno y sus dos colegas se encontraban ya en el estrado de los jueces y habían mandado llamar a varios sirvientes para que los abanicaran con unas

enormes palmas. Arka no podía esperar el mismo trato, pero al menos aquí no pasaba frío.

Los guardias la hicieron sentarse y fijaron sus guanteletes a los reposabrazos del asiento.

—Te estamos vigilando —gruñó uno de los carceleros.

—Entendido, jefe —respondió Arka.

La bravuconería era lo único que le quedaba para lidiar con la situación. El guardia se puso de pie con una mirada desconfiada. Al igual que el día anterior, un alguacil acompañó a la arena a su abogado, seguido de los testigos. Esta vez no estaba Fretón, pero sí Lastyanax, que seguía mostrando el mismo semblante impenetrable. Llegó acompañado de un retumbo que le resultó conocido: era la silla flotante de Géorgon, el profesor de mecamancia, que fue a detenerse en el lado de la defensa. Con la nuca doblada, movía mecánicamente la mandíbula mientras miraba a su alrededor con aire sombrío. El abogado se inclinó hacia Arka:

—Me ha costado convencerlo, pero ha accedido a testificar. Buena noticia.

Arka asintió con la cabeza. Al menos tenía una coartada sólida para el asesinato de Mézence. El crimen había sido cometido mientras ella estaba en el panteón con el profesor. El mistógrafo no podría culparla. Este último levantó la mano para pedir silencio.

—Ahora que están aquí los testigos, podremos empezar —dijo—. Recordemos lo que conocimos ayer: que la acusada se encontraba en el lugar del crimen en el momento en que asesinaron al maestro Triérios y que se hallaba en posesión de las alas de Ctesibio. Ahora nos centraremos en el asesinato del maestro Mézence. Este crimen se cometió durante el Jubileo del Basileus en el palacio de este, entre las veinte y las veintiuna horas. El Eparca fue apuñalado seis veces y sus dos guardaespaldas fueron ahogados en un estanque.

La mirada de Arka se perdió en las gradas. Junto a la siempre entusiasta familia de su abogado, Fretón seguía el juicio con los codos apoyados en las rodillas. Cuando se dio cuenta de que Arka lo había

visto, desvió la mirada.

—Repito: ¿dónde se encontraba la noche del asesinato de Mézence?

Arka se estremeció y se dirigió al estrado de los jueces. Sileno le estaba haciendo una pregunta. Toda la simpatía con que la había tratado durante el curso había desaparecido. Parecía que había cambiado de personalidad.

—Estaba con mi mentor en la fiesta del Basileus, porque él me lo pidió —respondió ella.

El mistógrafo se volvió hacia Lastyanax.

—Maestro Lastyanax, llegó al lugar de los hechos momentos después del asesinato. ¿Confirma lo que acaba de declarar su discípula?

Lastyanax permaneció en silencio un segundo.

—Le pedí a Arka que me acompañara al palacio. No se mostró muy entusiasmada con la idea de ir a esta fiesta. En la recepción, nos perdimos de vista durante media hora. Ella no trató de darme esquinazo, fui yo quien se distanció. La encontré poco después de que hallaran el cuerpo. Parecía tan conmocionada como yo por el asesinato y me dijo que había pasado media hora hablando con el maestro Géorgon —concluyó, girando la cabeza hacia el maestro, que había seguido el diálogo sin renunciar a su expresión irascible.

Arka sintió que su pulso se aceleraba. Sileno iba a preguntarle a Géorgon sobre su visita al panteón. Era una coartada sólida, que probablemente sembraría dudas en la mente de todos esos jurados hiperbóreos que se habían sentado en las gradas esa mañana y que ya estaban convencidos de su culpabilidad.

—Maestro Géorgon, estimado colega, ¿puede confirmar que estaba con la acusada cuando el maestro Mézence y sus dos guardaespaldas fueron asesinados?

—No, yo no estaba con la acusada en ese momento, y ustedes saben bien que nunca se me habría ocurrido obligar a un discípulo a hacer nada fuera del horario escolar —se quejó Géorgon—. No entiendo por qué me llamó su abogado. En el momento de los asesinatos, había ido

a dar un paseo por el zoo, a solas.

Arka sintió que le caía en el estómago una bola de plomo.

—¡Está mintiendo! —exclamó—. ¡Estaba conmigo!

En las gradas, los miembros del jurado menearon la cabeza con aire reprobatorio. A su izquierda, Géorgon la miró como si fuera solo una loca a la que no le quedara más remedio que aguantar. A la mente de Arka asomó entonces una duda. ¿Y si había soñado el episodio del panteón? ¿Y si realmente ella había asesinado a Mézence? ¿Y si todas esas historias de príncipes y lémures resucitados fueran alucinaciones?

—Yo no maté a Mézence —balbució como queriendo convencerse a sí misma.

A su derecha, su abogado se puso de pie.

—¡Mi cliente no era la única persona presente en el palacio esa noche! Pasa lo mismo que en su recepción. Su tratamiento de este caso deja muchas áreas de sombra, como lo que le pasó a la plebeya que descubrió el cuerpo de Triérios y a la que se encontró al día siguiente en el canal. Ya lo dije ayer: ¿por qué habría querido mi cliente matar a dos magos? ¡Es una discípula de primer año! Por lo tanto, la defensa considera que este juicio está lleno de lagunas y que…

Sileno levantó la mano, interrumpiendo al abogado.

—Precisamente, ahora vamos a llenar esas lagunas. Mire, estos últimos cuatro días la Torre de la Justicia se ha fijado en el pasado de su cliente. Y lo que hemos descubierto es alarmante.

Arka se hundió en su asiento. Desde su arresto, se había dicho a sí misma una y otra vez que estaba condenada, sin lograr apagar del todo un rayito de esperanza de salvación. No se hacía ilusiones. Ella sabía lo que se avecinaba ahora.

Con los codos apoyados en la mesa, Sileno tomó un folio y lo mostró al público.

—Para empezar, aquí hay una copia hidrografiada del documento administrativo más antiguo que menciona a la acusada. Esto es un registro aduanero. Se informó que la acusada llegó a finales del

invierno pasado a Hiperbórea a través de la puerta oeste. Ella dijo que venía de Napoca y que había llegado sola después de un viaje a través de los montes Ripeos, en condiciones climáticas extremadamente duras. Ahora, miembros del jurado, les pregunto: ¿sería capaz una chica normal, napociana o hiperbórea, de hacer un viaje así?

Los murmullos se propagaron de boca en boca por todas las gradas. Arka no se atrevió a levantar la mirada.

—Otras pistas hacen posible entender de dónde viene la acusada —continuó el mistógrafo—. Como profesor suyo que he sido, he visto a Arka pelear con chicos varias veces, una actitud tan indigna como infrecuente para una niña. Justo antes de entrar en la arena hoy, me hablaron de un intento de fuga en el que la acusada derribó a tres guardias en cuestión de segundos sin la ayuda de la magia. Además, montó el caballo ganador en el Premio del Basileus.

La conmoción de la multitud fue a más.

—Pero la pista más convincente sigue siendo el descubrimiento de este objeto durante el registro de su lugar de residencia, en la casa de su mentor.

De pronto, pareció que el aire era aspirado por las bocas abiertas de los jurados, anonadados. Arka levantó la vista.

El mistógrafo sostenía en alto un cinturón de amazona.

Ella fácilmente reconoció uno de los viejos cinturones que coleccionaba Palatès. Cualquiera habría entendido, viendo de cerca las grietas y la rigidez del cuero, que no se había utilizado en décadas. Pero los miembros del jurado, desde las gradas, no podían distinguirlo.

—Sí, ya saben lo que es. Así que tenemos ante nosotros a una joven capaz de montar a caballo, luchar y viajar sola por regiones hostiles. Esta joven se encontraba en el lugar de los tres crímenes más terribles cometidos en Hiperbórea desde el asesinato de los trece herederos. Caballeros del jurado, esta chica es una amazona.

Las gradas entonces parecieron estallar de indignación. Un aluvión de

abucheos voló por la arena. Alguien dijo: «¡Muerte a la amazona!» y el grito rebotó en varios lugares del anfiteatro. Arka no era capaz de asimilar que aquella horrible invectiva estaba dirigida a ella, una discípula anónima cuatro días antes.

—¡Eso es absurdo! —gritó el abogado con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del clamor—. Mi cliente es una discípula. Vino a la ciudad por su propia voluntad para formarse como maga. ¿Desde cuándo las amazonas practican la magia? ¡La odian!

—Desde que se dieron cuenta de que podían golpear en el corazón de Hiperbórea gracias a ella —tronó el mistógrafo—. Además, las amazonas no tenían la intención de contentarse con eso.

Se volvió hacia Lastyanax, la única persona que no se movía ni decía nada en todo el estadio.

—Maestro Lastyanax, la noche del asesinato de Triérios, usted y su discípula habían descubierto que el clan del Loto Azul estaba introduciendo azur vivo de contrabando, ¿verdad? El Basileus inmediatamente sospechó que este azur vivo estaba destinado a las amazonas. ¿No se le ocurrió que su estudiante estaba en el primer nivel precisamente para recuperar ese azur vivo?

Lastyanax se levantó con una expresión indescifrable.

—Sí, lo pensé.

Sileno agitó una mano para poner orden en el auditorio.

—¿Así que sospechó que su discípula era una amazona?

La multitud de repente se calmó, pendiente de los labios de Lastyanax.

—No sospeché de ella, lo sabía.

Los ojos de Arka se abrieron de asombro. Con una frase, Lastyanax acababa de sentenciarla a muerte. Luego volvió la cabeza hacia ella para dedicarle una fina sonrisa. Era la primera mirada que cruzaban desde el comienzo del juicio. De repente sintió como si lo estuviera viendo de nuevo, flotando en el pozo, cuando él había tomado su mano bajo el agua con el mismo coraje tranquilo que estaba demostrando en ese momento.

—¿Lo sabía? —repitió Sileno.

—Desde hacía meses —confirmó Lastyanax, volviéndose para mirarlo —. No la denuncié porque supuse que nos apresuraríamos a condenarla a muerte después de un juicio tan amañado como este — agregó en voz bien alta, barriendo a la multitud con la mirada.

Un estallido de improperios reaccionó a sus palabras. Arka, perpleja, vio a respetables magos levantar los puños hacia ellos. Frases como «Muerte a la amazona», «¡Muerte a la traidora!» se oían por todas partes. Lastyanax se sentó.

El juicio terminó rápidamente. Los miembros del jurado pusieron todos a una los pulgares hacia abajo y condenaron a Arka por los asesinatos de Triérios, Mézence y el Basileus. De paso, Lastyanax fue hallado culpable de complicidad con una amazona. El mistógrafo decretó que la ejecución tendría lugar esa misma noche. Los guardias salieron a recoger a Arka y a Lastyanax y, entre los abucheos de los miembros del jurado, se los llevaron a las mazmorras.

13

Las amazonas

Lastyanax

—¡Imbécil!

Al otro lado de los barrotes, Pirra se estremeció de rabia, apenas retenida por la mano amable que Pétrocle había posado en su hombro.

Cada convicto tenía derecho a una última visita, y cuando le comunicaron que habían ido dos personas a verle, Lastyanax esperaba ver a sus padres. La aparición de Pirra y Pétrocle lo había aliviado profundamente. Prefería la ira de su antigua compañera a la desesperación de sus padres.

—¿Cómo se te ocurrió decir que sabías que tu discípula era una amazona? —clamó Pirra.

—Porque era la verdad. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Pero no merece morir más que yo.

Aturdida, Pirra se dio la vuelta y vio a Arka sentada al fondo de la celda del otro lado del pasillo. Arka agachó la cabeza y guardó silencio.

—Pero ¿por qué estás tan seguro de su inocencia? —preguntó Pirra.

—No estoy seguro, pero la creo —respondió Lastyanax, cruzando los brazos.

Una exclamación furiosa escapó de la boca de Pirra.

—¿Cómo puedes creerla? —bramó, dándose la vuelta de repente —. El gran Lastyanax, tan racional siempre, decide sacrificarse de una manera estúpida por una cría amazona a la que no le debe nada, ¿y todo porque la cree? Cuando todo indica que es culpable.

La furia de Pirra era tal que Lastyanax podía percibir cómo chisporroteaba su ánima en la celda.

—Me alegro de no poder entrar en esta arena para presenciar tu muerte, no vale la pena —dijo, con los ojos arrugados para contener unas lágrimas que por nada del mundo habría dejado rodar.

Quitó la mano de Pétrocle con un golpe seco del hombro y se fue. Lastyanax pegó la cabeza a los barrotes con la esperanza de que se diera la vuelta una última vez. Pero la puerta se cerró. Solo quedaba el guardia, que había presenciado su discusión, y Pétrocle. El grandullón de su amigo nunca había tenido un semblante tan triste.

—No entiendo lo que acabas de hacer, Lasty —dijo, secándose las ojeras húmedas con una esquina de su toga—. Tus padres ni siquiera están al tanto del juicio y la próxima vez que sepan de ti será para enterarse de la muerte ignominiosa de su hijo.

—Si alguien tiene que decírselo, has de ser tú —dijo Lastyanax, con la mirada fija en la puerta del pasillo—. Dile a mi madre que siento no haberla visitado más a menudo. Y a mi padre, que lo perdono.

—El tiempo de visita ha terminado, deben salir —anunció el guardia que estaba vigilando la escena.

Lastyanax se volvió hacia Pétrocle.

—Cuídate.

Pétrocle abrió la boca, pero las palabras que nunca le habían fallado quedaron pegadas en el fondo de su garganta. Se sobresaltó cuando el carcelero le agarró por el brazo, pero dejó que tirara de él para sacarlo de allí. Un adiós sin palabras pronunciadas en alto le movía los labios. La puerta se cerró de nuevo. Se hizo el silencio, pesado como la angustia que atenazó a Lastyanax ante la idea de dejar el recuerdo de una existencia demasiado breve a sus amigos, que seguirían viviendo, y a sus padres, que nunca se recuperarían.

—Maestro… —empezó a decir Arka en tono vacilante.

—A estas alturas, puedes llamarme Lastyanax.

Le habían quitado el anillo sigilar y la toga morada. Ya no era ministro, ni siquiera mago, y Arka ya no era su discípula. Vestido con su túnica roja de recluso, comenzó a darse cuenta de la magnitud de

su sacrificio.

—¿Por qué me cree? —preguntó Arka.

Lastyanax se sentó al fondo de su celda y pegó las rodillas contra su pecho. Su túnica era demasiado fina para protegerlo del frío. En la celda del otro lado del pasillo, Arka se sentó en la misma posición, mirándole.

—Si fueras culpable, te estarían torturando en estos momentos en la Extractora para sonsacarte dónde está el azur vivo. Sileno no pidió que se te extrajera esta información porque sabe que no la tienes. —Dejó que su cabeza se apoyara en la pared de la celda y miró el techo —. Tenías razón —confesó a regañadientes—. Él estaba detrás de todo lo que ha pasado. En lugar de llevar a cabo el juicio de acuerdo con las reglas, se apresuró a condenarnos para evitar una investigación más minuciosa. Es el hombre de paja de Licurgo.

Las palabras garabateadas por Palatès, que habían estado dando vueltas en su cabeza durante meses, finalmente encontraron su significado: «Contrabando… Temiscira… ¿Para qué quemar el bosque de las amazonas…? Paranoia alimentada a propósito, pero ¿por quién?». Licurgo, el gobernante de Temiscira, había prendido fuego al bosque para apoderarse de las pepitas de azur vivo, más tarde introducidas de contrabando en Hiperbórea. En cuanto a la paranoia, Sileno ciertamente la había alimentado él mismo, así como por el resto de las maniobras obsequiosas de los ministros del Consejo, puesto que todos sabían que el Basileus le prestaba oídos, sin sospechar nada… Había puesto a Lastyanax sobre la pista falsa del misterioso emisario temisciario para conspirar con total libertad por su lado.

Sin embargo, todavía había algunos puntos sin resolver: ¿por qué había favorecido la elección de Lastyanax? ¿Cómo tenía la intención de tomar el poder? ¿Y qué haría Licurgo una vez que su títere se sentara a la cabeza de Hiperbórea?

Lastyanax cerró los ojos un momento. Llegados a este punto, era absurdo hacerse preguntas sobre el después.

—Probablemente fue Sileno quien ordenó a nuestro salvador sacarnos del pozo —continuó en voz alta—. Necesitaba mantenerte con vida para utilizarte como chivo expiatorio. Debía de saber desde hace mucho tiempo que eres una amazona… Probablemente ya desde la Asignación, cuando corrigió tu cuestionario. Aun así, me cuesta entender cómo ha podido averiguar tantas cosas de tus andanzas y movimientos.

Con la mirada perdida, Arka murmuró:

—Su lémur me seguía a todas partes. Él fue quien mató a los ministros y lo preparó todo para que yo siempre anduviera cerca. —Y agregó—: Un lémur creado a partir del cuerpo del hijo mayor del Basileus, el decimotercer heredero. Creo que atrajo al Basileus al panteón justo antes de que yo llegara, y le hizo perder la cabeza. El lémur se suicidó ante mis ojos. Se convirtió en polvo.

Arka levantó la barbilla y su mirada cruzó la de Lastyanax por entre los huecos de sus respectivas rejas. Aturdido, él se puso de rodillas y gateó hasta alcanzar los barrotes con las manos.

—Espera… Un lémur… ¿Cómo sabes que era un lémur? Hace cuatro días no sabías lo que significaba esa palabra.

Arka se encogió de hombros y rascó con la punta de una uña una inscripción grabada en la pared por un antiguo recluso.

—Lo sé porque me lo dijo antes de desaparecer. Su amo lo creó para matar al Basileus.

—No entiendo lo que dices, Arka —insistió Lastyanax, que estaba cada vez más angustiado—. ¿Por qué iba a despertar a un muerto para matar al Basileus? ¿Qué tiene que ver eso contigo?

Con los ojos fijos en la pintura del muro, Arka no respondió. Lastyanax nunca había visto una expresión tan impenetrable en su rostro. Pensó que seguía sumida en su silencio cuando de repente ella respiró hondo y se volvió de nuevo hacia él.

—¿Sabía que la maldición de las amazonas era real, maestro? El Basileus realmente maldijo a las amazonas que mataron a sus hijos

hace ciento sesenta y dos años. Las condenó a morir a manos de su propia descendencia. Maldijo todo su linaje. Por eso ellas fueron a la Arcadia a buscar la protección del azur vivo. Mientras tanto, el Basileus seguía vivo, porque, para echar la maldición, también tenía que maldecirse a sí mismo. Como no tenía hijos, ya no podía morir. Esto es lo que se llama…

—La maldición del espejo —completó Lastyanax.

Se echó hacia atrás y se sentó contra la pared.

Así que ese era el secreto de su longevidad… Una maldición que le impedía morir al condenar a sus enemigas…

Pensó en los reclusos a los que había matado el Basileus, engañándolos y haciéndoles creer que los iba a perdonar. Sus ánimas habían permitido al soberano no envejecer; la maldición lo había mantenido vivo. ¿Cuántas amazonas y cuántos presos habían pagado por esa venganza?

—Sigo sin entender a qué fuiste allí —dijo.

Arka, febril, se cogió un mechón de pelo y comenzó a morderlo.

—Fui porque este lémur me dijo que yo era su hija.

—¿Su hija?

Su gesto de espanto no pasó desapercibido para Arka. Bajó la mirada hacia el suelo y rodeó las rodillas con los brazos, con la espalda curvada como un caparazón.

—La única manera de matar al Basileus era darle descendencia —murmuró—. Por eso resucitó al decimotercer heredero. Su amo le ordenó seducir a una amazona y fue mi madre a quien encontró. Nací con el objetivo de matar al Basileus. Todo lo que he hecho desde el incendio del bosque ha servido para acercarme un poco más a él. Pensé que era libre, pero estaba equivocada. Solo obedecía la maldición…

La puerta del pasillo se abrió abruptamente. Ocho guardias armados se apiñaron uno tras otro en el corredor. Lastyanax vio a Arka levantarse. Mil preguntas se apelotonaban en su garganta, y ya no

tendría tiempo de hacérselas. Se puso de pie a su vez cuando dos carceleros entraron en sus respectivas celdas para ponerles los guantes metálicos. Le temblaban las manos mientras el guardia le sujetaba las muñecas para inmovilizarlas. Luego agarró a Lastyanax por el hombro y lo sacó de la celda. Se encontró al lado de su antigua discípula. Arka miró la puerta del pasillo con aire resignado, como si hubiera abandonado toda voluntad de luchar contra esa maldición de la que finalmente era consciente. De repente, tragó saliva y se volvió hacia él con los ojos agrandados por el miedo.

—¿Cómo será la ejecución?

—Como un espectáculo —Lastyanax respondió, haciendo todo lo posible por contener la angustia que devoraba su estómago—. Los magos siempre quieren divertirse.

Los guardias los empujaron por la espalda y se pusieron en camino hacia la arena.

Arka

Durante un instante, Arka tuvo la curiosa sensación de que sus seis meses en Hiperbórea habían sido solo un sueño. De nuevo se encontraba en la pista de arena, rodeada de cientos de magos con sus togas moradas que la miraban a través de la jaula de oricalco. Sus anillos sigilares brillaban en la sombra del entoldado. Bajo sus pies, la arena de Abraxan destellaba, tal vez con más intensidad que el día de la Asignación.

Después de quitarles los guantes metálicos, los guardias los dejaron solos en medio de la arena. Espalda contra espalda, Arka y Lastyanax miraron las diferentes puertas de la jaula, con todos los sentidos alerta. El corazón de Arka latía tan fuerte que le costaba oír lo que pasaba a su alrededor, las voces de los magos comentando impresiones, el piar de los pájaros que picoteaban las migajas del suelo, la fricción de la tela de las togas moradas. Las gradas más altas estaban vacías: probablemente solo los miembros del jurado tenían el privilegio de presenciar la ejecución.

—Sileno no está —susurró.

—El juez nunca está presente durante una ejecución —respondió Lastyanax—. «La justicia no debe regodearse en la sentencia que ella misma ha dictado.» Basílica XCVIII. Baila conmigo —añadió, agarrándola de la mano.

—¿Qué?

Sin más explicaciones, giró sobre su eje y comenzó a bailar un vals con ella. A su alrededor, se levantó un remolino de arena, tapando el resto de la pista con sus lenguas brillantes. Lastyanax extendió un brazo hacia delante y una bola de tela emergió del suelo, a sus pies, y subió hasta alojarse en su palma. Mientras los granos suspendidos en el aire continuaban ocultándolos de los magos, abrió la tela y descubrió envuelto en él un monóculo con montura dorada, un anillo historiado y una pulsera de cobre.

La cara de Arka se iluminó. De repente sintió que recobraba aquella pequeña esperanza de salvación.

—¿No pensarías que era tan estúpido como para dejarme prender sin tener planeado un plan de fuga? —dijo Lastyanax, encajándose el monóculo en el ojo.

—¿Cómo encontró el anillo y la pulsera? —preguntó Arka, pasando las alas de Ctesibio alrededor de su muñeca.

—Me ayudé con eso —dijo Lastyanax, dándose unos toquecitos en el cristal del monóculo—. Los escondí durante la última sesión del juicio. Ahora tratemos de salir de aquí, y rápido.

Le entregó el anillo y, con un movimiento, hizo que la nube de arena cayera a plomo en el suelo. El anfiteatro reapareció, lleno de magos lanzando exclamaciones de asombro. Arka achacó su tribulación al truco de Lastyanax, pero en realidad miraban algo que había detrás de ella. Se dio la vuelta.

Un enorme grifo pasó a través de la puerta más grande, empujado a la arena por las lanzas-relámpago que los guardias sostenían detrás de él. Hermosa y furiosa, la criatura sacudió su melena de plumas rojas y perforó el aire con un fuerte silbido. Sus garras negras, tan largas como un brazo de Arka, arañaban el suelo y levantaban espesas

polvaredas de arena brillante. Azuzado por los guardias, el animal entró en la jaula y extendió sus enormes alas doradas, sorprendido de encontrarse en un espacio que se lo permitía. La puerta se cerró detrás de él.

—El grifo del Basileus —susurró Lastyanax, incrédulo.

—Y está hambriento —dijo Arka, observando los costados huesudos del verdugo elegido por la justicia hiperbórea.

Retrocedieron muy despacio para que el grifo no se fijara en ellos, que ahora estaba examinando su nuevo entorno. Recorrió a grandes zancadas de fiera el perímetro de la jaula que separaba la arena de las gradas. La luz de la noche envolvía su cabeza en un velo dorado. Tras las rejas, los magos se echaban hacia atrás, asustados por el tamaño de la criatura.

—¿Cuál era exactamente su plan para salir de aquí? —le susurró Arka a Lastyanax, que escrutaba el anfiteatro a través de su monóculo.

—Estoy tratando de encontrar el lugar en el que la protección de la jaula es más débil —respondió Lastyanax susurrando como ella—. En ese punto, el sello de destrucción del anillo puede abrir un boquete…

—Dese prisa —le presionó Arka—, pronto se interesará en nosotros.

De hecho, el grifo poco a poco se dio cuenta de que no había salida. Su larga cola acabada en un abanico de plumas rojas azotaba nerviosamente el aire.

—¡Allí! —exclamó Lastyanax, llamando al mismo tiempo la atención de la bestia—. ¡En lo alto de la jaula!

—¡Cuidado! —exclamó Arka.

Saltó a un lado, arrastrando a Lastyanax, y sintió el pico afilado del grifo rascándole las zapatillas. El animal se dio la vuelta mientras la arena temblaba bajo su peso. Sus alas medio desplegadas levantaban remolinos de arena de Abraxan. Estaba atrapado, tenía hambre, y esos dos montículos de carne con dos patas podían confundirse con los corderos que le echaban de comer. El grifo se lanzó de nuevo a por Lastyanax, que estaba levantándose del suelo demasiado despacio.

Arka saltó hacia él y golpeó el suelo con los pies, con todas sus fuerzas. Una nube de arena de Abraxan explotó cuando la criatura estaba a punto de clavarle el pico al joven mago. Cegado, el grifo se tambaleó y lanzó un silbido de dolor tan potente que Arka se quedó sorda unos segundos.

A cuatro patas a su lado, Lastyanax tanteaba en la arena con gestos febriles.

—He perdido el monóculo —tartamudeó.

—Es igual —exclamó ella, tirando de él por el cuello de su túnica —. ¡Ya no lo necesitamos, sabemos dónde hay que dar!

Lastyanax se levantó con cara de angustia y la siguió por la reja de la jaula. En medio de la arena, el grifo se frotaba la cabeza contra el hombro para sacudirse los granos de arena que le quemaban los ojos.

—Vamos a tener que subir hasta allí arriba —dijo Arka—. Yo volaré y usted…

Pero Lastyanax no la escuchaba. Miraba las gradas, fascinado. El grifo había dejado de frotarse los ojos para clavar la mirada en el exterior de la arena. Arka siguió su mirada y sintió que la inundaba una alegría indescriptible.

En las gradas, los magos gritaron y se empujaron para apelotonarse lo más lejos posible de los pasillos de acceso. Algunos se resistieron al movimiento de la muchedumbre y trataron de usar la magia, en vano. Porque en cada entrada acababan de aparecer unas mujeres armadas. Las escamas que cubrían sus cotas sonaban al entrechocar mientras avanzaban por las escaleras de las gradas con las lanzas en ristre, empujando a los espectadores aterrorizados contra la jaula. Las plumas rojas de sus cascos cónicos ondeaban a sus espaldas. Cada una llevaba un cinturón en cuyo centro se veía un brillo azulado.

—¡Azur vivo! —exclamó Lastyanax, volviéndose hacia Arka.

La alegría que había sentido cuando vio a las guerreras había desaparecido.

—No, no son amazonas —dijo, con expresión sombría—. Nosotras no

usamos cascos plumados, ya se lo dije.

—Pero ¿entonces qué…?

—¡No lo sé, yo tampoco entiendo nada! —Arka exclamó—. Todo lo que sé es que, si no intentamos escapar ahora mismo, pronto volverá a interesarse por nosotros —agregó, señalando el grifo que seguía observando el avance de las intrusas.

Al mismo tiempo, un mago se separó de la masa morada de espectadores apiñados y corrió en dirección a una amazona falsa con un cuchillo. La guerrera inmediatamente lo ensartó con su lanza, rociando de sangre a todos los que estaban abajo. Luego, extrajo la vara del cuerpo del mago haciendo palanca con el pie en el cadáver. Los guardias trataron de neutralizar a las atacantes con sus armas, inactivas, y sufrieron la misma suerte. Una cabeza separada de su dueño rodó por las gradas, pasó entre los barrotes de la jaula y detuvo su carrera en la arena. Los ojos seguían moviéndose en sus órbitas mientras escapaban los últimos fragmentos de conciencia. El grifo se acercó a la cabeza cortada, le dio un picotazo con cautela y la engulló estirando el cuello hacia el cielo.

Petrificado de horror, Lastyanax miró el rastro de sangre que quedó en la arena. Arka lo sacudió por el hombro.

—¡No es momento de dejarse invadir por el pánico! —dijo entre los dientes—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Lastyanax se llevó la mano al hombro, la miró y pareció recobrar el sentido.

—Voy a volar hasta allí para abrir un hueco en la jaula —susurró Arka —. Mientras tanto, va a tener que tratar de desviar la atención del grifo.

Lastyanax asintió con la cabeza. Parecía abrumado por los acontecimientos.

—Desviar la atención del grifo… De acuerdo —dijo en un tono que no daba muchas garantías—. Pero el anillo y la pulsera no funcionan aquí, hay azur vivo por todas partes.

—Pero estamos rodeados de oricalco —replicó Arka, señalando la jaula—. El oricalco neutraliza el azur vivo. He aprendido sus lecciones, maestro.

Parpadeó y apretó el sello de su pulsera. Una llamarada de plumas metálicas cubrió su cuerpo. El iris ambarino del grifo se clavó en ella al pronto.

—Allá vamos —murmuró Arka.

Extendió sus alas y despegó mientras la criatura se abalanzaba hacia ella. Ganó altura, rozando los barrotes curvos. Fuera de la jaula, vio a las supuestas amazonas empujando a los magos y obligándolos a tumbarse en el suelo amenazándolos con sus lanzas. El grifo estiró el cuello para seguir a Arka, con las alas medio desplegadas, y de repente se lanzó a por ella.

Con un golpe de alas, Arka esquivó el ataque, rozando el lomo de la enorme criatura. Vio a Lastyanax echando a correr hacia el bicho y agarrando el abanico de plumas rojas que remataban la cola del grifo.

El peso del joven mago inmediatamente enloqueció de dolor a la bestia. Esta comenzó a dar vueltas en círculos para deshacerse de ese pasajero indeseado, golpeando sus grandes alas contra los barrotes. La pista se cubrió de nubes de arena de Abraxan. Pero Lastyanax, con los ojos cerrados, zarandeado en todas direcciones, no se soltó.

Arka se lanzó derecha hacia la parte superior de la jaula. Justo antes de golpear contra la reja, plegó las alas y se aferró a los barrotes dando la espalda al vacío. Con un chasquido, activó el sello de destrucción del anillo y lo dirigió a la corona de oricalco situada encima de la jaula.

Se oyó una explosión. La parte superior de la reja saltó en mil pedazos que cayeron como una lluvia sobre la arena. Arka también cayó, golpeó contra el espinazo del grifo y resbaló por el suelo en medio de los fragmentos de oricalco. Aturdida por su caída, se levantó dando tumbos. En las gradas, las falsas amazonas se levantaron también y golpearon a los pocos magos que aprovecharon la explosión para tratar de huir.

De repente, Lastyanax cruzó su campo de visión y chocó de pleno contra las paredes de la jaula. Cayó al suelo, inerte. Su mano apretada sostenía una larga pluma roja. Al momento siguiente, las garras del grifo cayeron sobre él.

Arka cogió un trozo de barrote y lo lanzó con toda la fuerza de su magia hacia la cabeza de la bestia. Pero la jaula medio destruida ya no la protegía del azur vivo. El pedazo de barrote golpeó débilmente el hombro de la criatura y rebotó en el suelo.

Indiferente, el grifo se colocó encima de su presa, listo para despellejarla. Arka se impulsó hacia delante, se subió de un salto en las alas de su enorme oponente y corrió hacia su columna vertebral. Allí agarró la melena de plumas rojas con las manos y tiró de ella. El animal levantó la cabeza, silbando, buscando el origen de este nuevo dolor. Entonces se dio cuenta de que tenía vía libre si ascendía en línea recta por encima de su cabeza.

—No, no, no —Arka tartamudeó, notando que la enorme criatura se arqueaba debajo de ella.

Con un salto prodigioso, el grifo alzó el vuelo y atravesó el boquete. Como resultado de la sacudida, Arka se soltó y se aferró por poco a la articulación del ala.

El animal había aterrizado en la parte superior de los muros exteriores de la arena, por encima del entoldado. Parecía dudar sobre qué rumbo seguir, bajando y levantando el cuello hacia el horizonte crepuscular, como un polluelo listo para abandonar el nido. Nunca en su vida había volado.

Luchando por mantenerse agarrada, Arka volvió la cabeza a la arena. Los magos estaban ahora tumbados boca abajo en el suelo con las manos cruzadas en la nuca. De pie junto a ellos, las falsas amazonas intercambiaron palabras señalando al grifo. Arka vio a una de ellas tensando los músculos y arrojando la lanza hacia la criatura. El arma atravesó el aire y se estrelló a pocos centímetros de Arka en la espalda del animal. Este último silbó de dolor y se lanzó hacia delante.

Con el primer batir de alas, Arka salió disparada. Su cuerpo fue

subiendo por el aire, cada vez más despacio. Luego, se detuvo una fracción de segundo y entonces comenzó a caer como una piedra en dirección al fondo de Hiperbórea, ya sumida en la noche.

Arka apretó el sello de su pulsera. No tuvo ningún efecto. Su caída se aceleraba… Las torres, los canales, la cúpula, todo se mezclaba a su alrededor. Aterrorizada, golpeó varias veces la pulsera con el otro antebrazo y volvió a pulsar el sello.

Finalmente, las alas aparecieron. Empezó a girar en barrena y, pasado un buen rato, logró estabilizarse. Con unos cuantos aleteos, recuperó altura. Segundo, tercero, cuarto, quinto nivel. Vio la enorme sombra del grifo sobrevolando la ciudad. En sus garras, la silueta de Lastyanax. La criatura se acercó al Magisterium y aterrizó en la parte superior de una cúpula bañada en las luces de la noche. Arka aceleró. El grifo miró a su alrededor, satisfecho de haber encontrado al fin una percha tranquila. El espinazo de la bestia se curvó hacia Lastyanax, que estaba tratando desesperadamente de liberarse de sus garras. Arka replegó las alas y se lanzó en picado. Cuando el grifo abrió el pico para arrebatarle un brazo a su presa, su cabeza se fue hacia atrás por el efecto de un proyectil rubio de trece años. La criatura, aturdida, soltó al joven mago y resbaló por la cúpula, llevándose parte del revestimiento. Arka aterrizó al lado de Lastyanax y gritó, con los brazos en jarras:

—¡Nadie martiriza a mi mentor salvo yo!

Semienterrado bajo trozos de mármol y yeso, entre dos cúpulas del Magisterium, el grifo se enderezó, luchó por sacar las alas de debajo de los cascotes y se lanzó al vacío. Su siseo lastimero resonó en la cúpula.

Pétrocle

La huida del grifo, un hecho que habría sido la comidilla de Hiperbórea durante meses, pasó casi desapercibida para los magos que seguían en el anfiteatro. A merced de las amazonas y su azur vivo, se habían visto obligados a tumbarse unos encima de otros, amontonados como bestias, empapados del sudor de sus semejantes. Atrapado entre

Rhodope y un funcionario de alto rango con palpitaciones, Pétrocle observaba las espinilleras de las guerreras que deambulaban a su alrededor. La sangre se coagulaba en la punta de sus armas. Estaba tratando de contarlas para combatir el pánico. ¿Cuántas amazonas había? ¿Cincuenta, un centenar? ¿Cómo habían entrado en el anfiteatro? ¿Habían ido por Arka? ¿Dónde estaba Lastyanax? La breve calma que había permitido que estas preguntas nacieran en su cabeza pronto llegó a su fin.

—¡En pie! —ordenó una guerrera con un casco cubierto con un penacho blanco.

Para acelerar la maniobra, las amazonas propinaron un aluvión de golpes con las lanzas en la espalda de los rehenes. Los magos angustiados se levantaron del suelo. Pétrocle obedeció pero encorvó el cuerpo, pues tenía la sensación de que su cabeza se prestaría bien a la decapitación si dejaba que su figura descollara entre la multitud.

Uno de los magos se enfrentaba a una dificultad mayor. Su mandíbula se movía en todas direcciones mientras trataba de subir las gradas con los brazos, arrastrando el peso de sus piernas inertes. Su silla flotante estaba varada a su lado, inútil en esas circunstancias. Una serie de insultos escapó de su boca de dientes amarillos. Géorgon se encontraba en una posición muy apurada y no estaba haciendo nada para no llamar la atención.

Alertado por su invectiva, la amazona del penacho blanco levantó la cabeza y miró a la multitud. Los magos inmediatamente bajaron la testuz. La guerrera avanzó con andares resueltos entre los rehenes, que de pronto parecían muy agobiados ante la aterradora certeza de que tenían que intentar algo a toda costa y la conciencia de que no reunirían el valor suficiente. Pétrocle, por otro lado, estaba lejos de cualquier deseo heroico. Embutido en la toga morada de Triérios, miró sus largos dedos nudosos pensando en su mala suerte. En un día, había visto a su mejor amigo condenado por un crimen que no había cometido y él mismo había sido tomado como rehén por culpa de un estatus que no poseía.

La amazona se detuvo detrás del antiguo profesor de Pétrocle.

Géorgon volvió la cabeza y se puso pálido cuando vio a la guerrera, imponente a su lado. Ella lo miró por un momento, luego señaló a Pétrocle y a Rhodope.

—Vosotros dos, llevadlo —ordenó.

Pétrocle se sobresaltó. Con el miedo en el estómago, siguió a Rhodope. Géorgon respiró aliviado mientras levantaban su huesuda espalda del suelo.

En las gradas, las amazonas habían reunido a sus rehenes en grupos, como perros que custodiasen un rebaño asustado. La guerrera del penacho blanco los instó a seguir andando. Pétrocle sincronizó su paso con el de Rhodope. Sintió que el peso de Géorgon le estaba dando de sí los brazos. Lentamente, en una prieta fila, los magos fueron subiendo las escaleras y saliendo del anfiteatro, dejando atrás varios cuerpos ensangrentados.

Pétrocle esperaba encontrarse una Hiperbórea devastada, con los canales llenos de cadáveres y tomada por regimientos de amazonas. En realidad, la ciudad era ajena al drama que acababa de tener lugar dentro del anfiteatro. En las torres, los criados quitaban la mesa, sacudían alfombras, recogían por las ventanas cajas de alimentos que les entregaban los empleados de los comercios. Y todos detenían sus movimientos al ver la columna de magos.

Las amazonas llevaron a sus rehenes al canal que comunicaba con la Extractora. En la retaguardia de la procesión, Pétrocle y Rhodope caminaban como patos para seguir el ritmo sin que se les cayera la carga. Géorgon no dejaba de quejarse:

—Me hacéis daño en los brazos… ¡Ay!… Estoy seguro de que mi trasero toca el suelo…

—Creo que tenemos problemas de una magnitud diferente a la de su trasero —replicó Pétrocle.

En medio de un canal aéreo, la cabecilla de las guerreras los veía avanzar con una media sonrisa.

—Deteneos —ordenó cuando llegaron a su altura.

Hicieron lo que les dijo. Pétrocle, encorvado, sudaba profusamente. Además del esfuerzo que tenía que hacer para llevar en volandas a Géorgon, ahora se sumaba el miedo. ¿Qué les iba a hacer esa mujer?

La amazona se acodó en el parapeto del acueducto y señaló el vacío con un ademán de la cabeza.

—¡A la de una! —dijo.

La orden fue recibida con un silencio. Con el torso inclinado hacia delante por el peso de la carga, Pétrocle miró a Rhodope, que de repente se había puesto blanco. Suspendido entre sus porteadores, Géorgon parecía muerto de espanto.

—No, no —tartamudeó—. No lo hagáis… Es un error… Yo ayudé a…

Pétrocle comenzó a temblar con todas sus extremidades, abrió y cerró los ojos, miró alternativamente al vacío, a la amazona, a su antiguo profesor, a Rhodope. La situación de repente parecía demasiado absurda para ser real. La guerrera rodó su lanza entre los dedos con un gesto impaciente mientras él trataba de pensar en la manera de escapar. Ella bajó de pronto el arma en su dirección y le pinchó el vientre con la hoja.

—He dicho: a la una —repitió entre dientes.

—¡No! —continuó rogando Géorgon mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas—. No lo entiende, yo he ayudado, pregunte a…

Pétrocle eludió su mirada. Al otro lado, Rhodope agitó las cejas nerviosamente para llamar su atención, como diciendo: «Vamos, hombre, ya sé que es horrible, pero no tenemos elección. O él o nosotros». Con la cara crispada, comenzó a balancear su fardo con ímpetu hacia el parapeto. Géorgon empezó a insultarle a gritos, arañándole las manos. Pétrocle dejó que sus brazos acompañaran el movimiento, tan pasivo como las piernas inertes del lisiado.

—¡A la de dos! —exclamó la amazona, lanzando un guiño triunfal a las otras mujeres.

Géorgon gritó y luchó en vano. Retorció el busto y los brazos en todas

direcciones, sin poder escapar de las garras de Rhodope. Con los dedos apretados alrededor de las pantorrillas de su antiguo profesor, Pétrocle contempló la escena con horror, incapaz de admitir que estaba participando en ella.

—¡Y a la de tres!

Rhodope soltó al lisiado en el momento en que el cuerpo de este pasó por encima del parapeto. Las manos de Pétrocle siguieron aferradas a las piernas de Géorgon. Al momento siguiente, arrastrado por el peso del profesor, acabó tumbado de bruces en el murete de piedra, con la cornisa clavada en las axilas. En el extremo de los brazos, el mecamante se balanceaba en el vacío, boca abajo, chocando con el muro exterior del canal aéreo. El «¡No!» que seguía repitiendo se había convertido en un mugido aterrorizado.

Asfixiado por la presión del parapeto contra su pecho, Pétrocle notaba que las pantorrillas de Géorgon resbalaban lentamente entre sus palmas húmedas. Cada fibra de su cuerpo estirado al máximo ardía de dolor. Abajo, el maestro dibujaba en el aire grandes molinetes para tratar de llegar a las plantas trepadoras que cubrían el acueducto. Pétrocle vio que se agarraba a un grueso zarcillo.

Era la excusa que sus manos necesitaban para aflojarse… una pizca de nada.

Las piernas del mecamante se escurrieron entre sus dedos. El tallo al que este se estaba agarrando cedió. Pétrocle tuvo tiempo de escuchar un grito de estupor. Luego, Géorgon fue empequeñeciéndose hasta quedar reducido a un punto, que se rodeó de rojo al topar con un canal del tercer nivel.

Después, notó que algo tiraba de él y lo llevaba de vuelta a las filas de los rehenes. La líder de las amazonas, exultante, levantó su lanza. La columna de los prisioneros se estremeció de nuevo. Pétrocle miró al vacío, inmóvil, con el gaznate lleno de una bilis amarga. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Alguien tropezó con él y echó a caminar como un autómata. El grito del tullido aún resonaba en sus oídos cuando enfiló junto a sus compañeros de fatigas el canal que llevaba a

la Extractora.

A la entrada de la prisión, cuatro guardias con armadura habían visto a lo lejos a las amazonas y a sus rehenes. Corrieron hacia la campana para tocar a rebato. De inmediato, las flechas se clavaron entre las ranuras de sus cascos, y los soldados se tambalearon mientras la sangre salía a chorros entre los intersticios de las armaduras.

Un guardia todavía estaba en pie cuando Pétrocle entró en la Extractora con los magos, a través de la puerta mecamántica que el azur vivo de las guerreras había bloqueado en posición de abierta. Una amazona le cortó el cuello.

Las guerreras cruzaron con toda facilidad los dispositivos de seguridad, que la zona azul había desactivado. Una hora más tarde, habían colocado a sus rehenes en las celdas colectivas y expulsado a sus antiguos ocupantes de la prisión. Por la aspillera de la celda que le había tocado, Pétrocle vio huir a los presidiarios hacia Hiperbórea. Una cúpula del Magisterium tapaba parte del horizonte. Arriba, en lo alto, distinguió dos siluetas, una alta y otra baja.

—Espero que seas tú, Last, porque realmente voy a necesitar tu ayuda —murmuró.

14

El último mago

Lastyanax

Vista desde el Magisterium, la larga hilera de magos que avanzaba por la orilla de los canales parecía una serpiente morada. La noche cayó y la ciudad comenzó sus actividades nocturnas, ajena aún al ataque acaecido en el anfiteatro. Deslumbrados por el sol del atardecer que iluminaba la cúpula dorada en la que se encontraban, Arka y Lastyanax contemplaron horrorizados el descenso en caída libre del mago al que habían balanceado por encima del parapeto.

—¿Sabe quién era? —preguntó Arka, susurrando.

—No, estamos demasiado lejos —respondió Lastyanax.

Pensó en Pétrocle, que había ido a presenciar su ejecución, y cruzó los dedos por que hubiera conseguido pasar desapercibido.

El grifo se había alejado del Magisterium y sobrevolaba la Torre de los Inventos en círculos. Lastyanax no podía creer que siguiera con vida. Miró a Arka de soslayo. A pesar de que la aparición de las amazonas le hizo dudar aún más de su inocencia, lo que no podía negar era el vínculo inquebrantable que lo unía a ella.

Los magos desaparecieron en la Extractora y solo quedaron tres guerreras en la plataforma. La más baja, armada con un arco, dio unos pasos y de repente volvió la cabeza, protegida con su casco, en su dirección. Lastyanax se echó hacia atrás.

—No hay nada que temer —le aseguró Arka—. A esa distancia solo puede hacer un lanzamiento parabólico, nadie es capaz de alcanzar un objetivo en estas condiciones.

Como si hubiera decidido asumir el reto, la amazona avanzó hacia el parapeto, sacó una flecha del gorytos que llevaba colgado del su cinturón, tensó el arco y soltó la cuerda. El proyectil partió el aire

describiendo una curva. Anonadado, Lastyanax se quedó paralizado mientras la flecha volaba directa a él.

La mano de Arka se alzó y atrapó la flecha en pleno vuelo, a pocos centímetros de su rostro. Sin darle tiempo a recuperarse del susto, ella tiró de su manga para ponerlo a cubierto. Corrieron por la cúpula y se precipitaron en dirección a la escalera de mantenimiento.

—¿Nadie es capaz de alcanzar un objetivo en estas condiciones? —repitió él, picado, mientras bajaban por las escaleras, agazapados.

Junto a él, Arka miró la flecha. La expresión de su rostro era extraña.

—Nadie que siga en este mundo —murmuró, con los ojos fijos en la cola de la flecha. Sacudió la cabeza como para ahuyentar una idea desagradable, se metió el proyectil entre el cinturón de tela y su túnica y agregó—: No debemos quedarnos aquí, podrían venir a buscarnos. Usted es el único mago al que no han apresado.

—Yo ya no soy mago —la corrigió Lastyanax.

Se frotó la nuca y se pasó las manos por la cara en un vano intento de ordenar las ideas. Las cosas habían sucedido tan rápido desde su condena, unas horas antes. Estaba atrapado entre la sensación de urgencia y la necesidad de refugiarse en un lugar seguro en el que poder reflexionar. Pensó en el torreón, pero Sileno podría haber enviado a las amazonas a buscarlo allí.

—Vayamos a la sala del Consejo.

Arka inmediatamente blandió su pulsera de alas.

—Bajando por las escaleras —gruñó él—. Ya he cubierto mi cupo diario de peligros mortales.

Descendieron por el angosto tramo de escalones que rodeaba el exterior de la cúpula, entraron por una puerta disimulada en la pared y se encontraron dentro del Magisterium. Las galerías estaban desiertas, excepto por unas criadas que se asustaron al ver sus túnicas rojas de reclusos. Mientras se dirigían a la rotonda, a la carrera, Lastyanax fue dándose cuenta poco a poco de la magnitud de los acontecimientos. Todos los magos de la ciudad estaban en la

Extractora. Toda la aristocracia hiperbórea acababa de ser encarcelada.

—Fue buena idea coger la cola de la bestia.

Desorientado, Lastyanax se volvió hacia Arka y vio que sus dedos, tensos por el miedo, tenían cogida aún una larga pluma escarlata.

—Las plumas remeras de los grifos son muy sensibles, lo leí en Zoomancia en la era precúpula: Historia de las conquistas animales —le explicó él.

Una calma inusual reinaba en la rotonda, multiplicando el ruido de sus pisadas sobre las losas del suelo. Pasaron delante de la fuente con la escultura del Basileus y sus trece hijos. Lastyanax oyó que Arka reducía la velocidad detrás de él. Se dio la vuelta y vio que estaba mirando las figuras de piedra. Lastyanax entonces recordó lo que le había contado justo antes de salir de las mazmorras, y se dio cuenta de que estaba contemplando a su familia. Pasados unos instantes, volvió con él sin decir nada y lo siguió hasta la larga galería que comunicaba con la sala del Consejo.

Momentos después, llegaron a la puerta mecamántica del patio. Lastyanax colocó su mano en el sello de protección formado por los engranajes. El mecanismo de oricalco se activó y la puerta retrocedió sobre sí misma para dejarlos pasar.

—Sileno dictó tan rápido nuestra condena que los mecamantes no tuvieron tiempo de reconfigurar el sello —comentó, mientras la puerta se cerraba automáticamente detrás de ellos—. Si lo hubiera hecho respetando las pautas normales, yo ya no debería tener acceso a esta sala. Aquí estaremos a salvo, los cinturones de azur vivo no tendrán ningún efecto en el oricalco.

Arka asintió con la cabeza mientras miraba la cristalera de adamante, las exuberantes plantas y los escaños de piedra en los que Lastyanax había pasado tan largas horas reconcomiéndose de frustración. Se acercó al trono de ébano y se sentó cruzando las piernas en la piel de grifo albino, con la túnica roja estirada entre las rodillas. Lastyanax la miró, ahí subida en el asiento del Basileus, y su incertidumbre sobre

su inocencia se redobló. Arka inmediatamente entendió lo que lo atribulaba.

—Es un poco tarde para que dude de mí, maestro.

Lastyanax se dio cuenta de que la chica mantenía la costumbre de llamarlo por su título. La idea de que siguiera considerándolo su mentor lo conmovió más de lo que podría haber imaginado. Aun así, continuó mirándola fijamente.

—Sabes cómo se ve desde afuera este atentado —dijo.

Arka asintió.

—Sí, todos pensarán que esas impostoras han venido para salvarme.

Lastyanax la observó unos instantes más, luego cuadró los hombros y comenzó a caminar por el patio, entre los bancos.

—Vas a tener que explicarme de dónde vienen —dijo—. Parecían saber manejar sus armas muy bien, para ser amazonas falsas.

—No sé más que usted, ya se lo dije —respondió Arka a la defensiva —. Pero he estado pensando en todo esto —agregó, retorciéndose un mechón de pelo—. ¿Recuerda aquella troupe de amazonas de mentira que vimos el día del Jubileo? Apuesto a que eran las mismas mujeres. Introdujeron sus armas en la ciudad diciendo que eran para el espectáculo.

—Eso no explica cómo aprendieron a luchar —objetó Lastyanax sin dejar de andar de un lado para otro.

Desde lo alto de su trono, Arka le dirigió una sonrisa burlona.

—Igual que todo el mundo, maestro. Entrenando.

—¿En Temiscira?

—Lo más seguro. Licurgo tiene mujeres soldados entre sus filas, las he visto. —Arka se quedó en silencio mientras Lastyanax seguía caminando por la sala, con la mente a mil—. ¿Qué cree que va a pasar ahora? —dijo finalmente, moviendo las rodillas con nerviosismo.

Lastyanax se detuvo en el centro del patio y se pellizcó el puente de la nariz.

—Si Licurgo pretende hacernos creer que Sileno ha ido a por refuerzos a Temiscira, tendrá que dejar pasar algo de tiempo para que el rescate sea creíble… Unas cuantas semanas, por lo menos. Las falsas amazonas probablemente mantendrán a los magos encerrados en la Extractora mientras tanto. —Bajó la mano y añadió en un tono cínico —: Haciéndoles sufrir todo tipo de atrocidades, para que le den las gracias como locos cuando los soldados de Licurgo vengan a liberarlos. —Con los ojos medio cerrados, se dejó caer en un banco de piedra—. El resto del Consejo no saldrá vivo de la Extractora, eso es seguro. En unas semanas, Sileno será el mago superviviente más veterano y salvador de la ciudad. Nadie se opondrá a que suba al trono. E Hiperbórea habrá caído en manos de Licurgo sin que nadie se dé cuenta.

—Matar al rey es una cosa, pero luego hay que poder gobernar — concluyó Arka, con la mirada perdida. Obvió la expresión interrogativa de su mentor y preguntó—: ¿Qué vamos a hacer ahora?

Con las palmas descansando en el banco, Lastyanax inspiró hondo. Dada la situación, solo les quedaba la opción de recurrir a la audacia.

—La mejor manera de frustrar los planes de Licurgo es deteniendo a Sileno. Sin él, Licurgo no tendrá un títere para reemplazar al Basileus.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Con suerte, tu profesor estará aún en su casa. Vamos a por él.

Arka

Pese a que su sentencia de muerte le había quitado las ganas de salvar a magos, Arka no pudo evitar seguir a Lastyanax en su heroica empresa. Pero, si bien llevaba meses viendo a su mentor corrigiéndole informes llenos de faltas, seguía teniendo sus dudas sobre su capacidad para llevar a buen puerto el plan de acción que diseñaron.

La primera parte del plan, sin embargo, se desarrolló sin contratiempos. Una vez fuera de la sala del Consejo, primero habían cambiado las túnicas de presidiarios por ropa de sirvientes que birlaron de las dependencias del Magisterium. Arka estaba hambrienta después de cuatro días metida en la celda, así que aprovechó para

vaciar una alacena. A bordo de una tortuga de reparto que encontraron en el exterior de la torre, cruzaron a toda aleta el séptimo nivel, sumergido ya en un caos crepuscular. Se cruzaron con patrullas que se dirigían a toda prisa a la Extractora. La policía no prestó atención a Arka y a Lastyanax que, con la caja de reparto atada encima de la tortuga y la ropa de sirvientes, parecían dos jóvenes repartidores inofensivos. De esta guisa llegaron a la villa de Pirra sin encontrar obstáculos.

La segunda parte del plan comenzó más lentamente. Desde la tortuga estacionada frente a la opulenta y a la vez sosa residencia a más no poder de los padres de Pirra, Arka vio a Lastyanax discutir con la joven en su puerta. El umbral de la puerta abierta formaba un rectángulo que se tornaba cada vez más brillante a medida que anochecía en el séptimo nivel.

En el trayecto, había escuchado hasta la saciedad que su mentor esperaba ser recibido con los brazos abiertos. Ahora el hombre se enfrentaba a un chasco monumental. Arka pensó que habría reaccionado igual que Pirra si tuviera que contentarse con el secretismo de Lastyanax, que le contó muy por encima lo que había sucedido en la arena y no quiso revelarle lo que iban a hacer. Incrédula y furiosa, Pirra seguía haciéndole preguntas, a lo que Lastyanax respondía con frases como «Cuanto menos sepas, mejor para ti» o «Prefiero no decirte nada, para protegerte», en un tono noble y misterioso que no hacía sino exasperar aún más a su interlocutora. Finalmente, Pirra entró como una hidra en la casa y apareció de nuevo con un disco de oro que lanzó a las manos de Lastyanax antes de cerrarle la puerta en las narices.

El joven mago regresó a la tortuga en un estado de agitación que Arka nunca había visto en él.

—Como ejemplo de retorno del héroe, la cosa ha ido mal —bromeó mientras él cogía las riendas con un movimiento brusco.

—Y yo que pensaba que los hijos únicos no teníamos que aguantar a las hermanitas entrometidas —gruñó Lastyanax.

Arka tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para que no se le notara la felicidad que aquella frase le infundió.

Lastyanax zarpó hacia la villa de Sileno, conduciendo todo lo rápido que le permitía la visibilidad. Mientras maniobraba con la tortuga por los canales cada vez más a oscuras, le entregó el disco de oro.

—Ten, coge el atrapa-ánimas y úsalo solo cuando yo te diga. Pirra me matará si le estropeamos el invento. Y recuérdame lo que tenemos planeado hacer cuando lleguemos.

—Pues entramos —respondió Arka con seguridad, colgándose el disco del cinturón—, inmovilizamos a Sileno con el atrapa-ánimas, lo metemos en la caja de la tortuga y lo llevamos al primer nivel.

A Lastyanax parecía costarle bastante admitir que una estrategia tan simple podría funcionar. En opinión de Arka, su reticencia estaba sesgada por el hecho de que no la había propuesto él.

—¿Cómo vamos a llegar al primer nivel? —objetó—. Ya no tengo mi anillo sigilar y sería una muy mala idea ir al Banco Internivel a sacar oro.

—Tenemos el anillo de Mézence —recordó Arka, señalando la joya de su dedo.

—¿Y si Sileno no está solo?

—No tendremos más oportunidades para detenerlo. Usted mismo lo dijo —le recordó.

—Espero que tu sentido de la improvisación esté más desarrollado que tus habilidades tácticas —concluyó Lastyanax, metiéndose por un canal que apareció en una bifurcación.

Unas cuantas estrechuras después, la villa del mistógrafo apareció como un palacio en miniatura encaramado en lo alto de un enorme pico. Las últimas luces del anochecer iluminaron la fachada que daba a los montes Ripeos. Lastyanax tiró de las riendas y la tortuga se detuvo frente al pantalán construido como una extensión del porche. Saltaron al suelo y llegaron a la puerta. No había ningún sirviente apostado en ella. Lastyanax asintió con la cabeza hacia Arka. Ella

empujó la hoja, que dejó ver el refinado vestíbulo de la villa, totalmente a oscuras. Entraron de puntillas, con todos los sentidos en alerta. Con la mano en el atrapa-ánimas, el sello de destrucción en su dedo, Arka se preparó para entrar en acción.

El vestíbulo se abría al atrio, en silencio excepto por el chapaleo de la fuente que alimentaba el órgano hidráulico. El instrumento seguía en el centro de la pieza. Sus tubos de cristal difractaban la luz suave de las esferas suspendidas en el aire. La mirada de Arka barrió el suelo de mosaico y fue subiendo por las colgaduras blancas, puestas con motivo del funeral del Basileus, que caían desde la galería superior.

—Su despacho está allí arriba —susurró.

—Cómo lo sabes… —Lastyanax comenzó, susurrando también—. Ah, sí… Ya habías estado aquí antes. Mediante allanamiento de morada.

—Para investigar el asesinato de su mentor —le corrigió Arka.

—Dejaré que vayas tú delante, entonces —gruñó Lastyanax, señalando con la cabeza la escalera principal.

Recorrieron el atrio pegados a sus muros mientras una brisa levantaba las cortinas blancas. Cuando Arka puso un pie en el primer escalón, unas notas musicales resonaron en toda la sala. Se estremeció y se dio la vuelta. Detrás de las tuberías del órgano había una silueta indistinta, que extraía del instrumento una melodía palpitante. No se habían dado cuenta cuando entraron. La melodía se adentró en acordes de gran intensidad, luego en arabescos retorcidos y finalmente terminó en un acorde siniestro.

—Habría sido mejor huir, Lastyanax.

La silueta se levantó y rodeó el órgano. Sileno sonrió, con las manos apoyadas en su enorme abdomen. Una aversión fría invadió a Arka. El hombre que la había condenado a muerte unas horas antes se detuvo frente a ella, sin el menor rastro de remordimiento por sus dobleces. Agregó:

—Arka todavía tiene un papel que desempeñar, pero tú… has vivido en libertad condicional más de la cuenta. Además, si tu investigación

hubiera sido más efectiva, ya no estarías aquí.

Los labios de Lastyanax formaban una línea encima de su mentón. Puso una mano en el hombro de Arka, como para indicarle que no sacara el atrapa-ánimas de inmediato. Ella asintió con un levísimo ademán y se quedó mirando al mistógrafo que tamborileaba en su panza.

—Y tú, mi querida Arkita —continuó, dirigiéndose a ella—, no contaba con que cumplieras con tanta diligencia tu función. Desde luego, esta maldición estaba impaciente por hacerse realidad, después de ciento sesenta y dos años de espera.

—Supe desde el principio que usted era el culpable —respondió ella con voz ronca.

—¡El culpable! No exageremos, solo he seguido el curso de la historia —respondió Sileno, encogiéndose de hombros con modestia—. La ciudad lleva años vegetando, a fuerza de ser gobernada por un fantasma obsesionado con su pasado y por unos magos que se complacen con sus rencillas. Era hora de que todo eso cambiase, ¿no creéis?

—¿Matando a sus colegas y echándole la culpa a las amazonas?

El mistógrafo se dirigió a Lastyanax con una expresión alegre.

—Querido, te equivocabas al quejarte de tu discípula, es verdaderamente sagaz.

Entrelazó los dedos encima de su vientre y se inclinó hacia sus oponentes.

—Aaah, qué triste es terminar con esta hermosa colaboración. Verás, Lastyanax, me temo que ya no me sirves para nada. Una pena. Ojalá no tuviera que despedirme de ti. Un estudiante tan brillante… Pero tu sentido de la lealtad puede causarme problemas.

Lastyanax señaló a Arka con un movimiento de la cabeza.

—Su sentido de la lealtad es el que podría causarle problemas.

El mistógrafo resopló y giró la muñeca con gesto indolente. De

inmediato, seis esferas luminosas que flotaban en el atrio se abalanzaron sobre Lastyanax. Él miró los globos cegadores, antes de trazar con el brazo un movimiento circular. Varios fragmentos de mosaico saltaron del suelo a su alrededor y un aluvión de teselas bombardeó las esferas, que explotaron en mil pedazos. La iluminación cesó en el acto.

En lugar de retroceder, los añicos de vidrio permanecieron en el aire. Pivotaron hacia Lastyanax. Arka miró al mistógrafo: él era quien los controlaba. Bajó la mano y los fragmentos corrieron hacia su mentor.

—¡Cuidado! —exclamó.

Pero Lastyanax no se movió. Al llegar sobre su cabeza, las esquirlas se desviaron por efecto de una fuerza invisible y cayeron a un lado. Arka miró abajo: cuando había arrancado las teselas, su mentor había dibujado en el suelo un sello de protección. Sileno dio un pisotón y una ola recorrió el suelo, despegando el mosaico a los pies de Lastyanax. El sello desapareció.

—¿Un sello de cerco sencillo? ¿Eso es todo lo que sabes hacer después de asistir a mis clases durante cinco años?

—Tenga la seguridad de que las seguía muy atento —respondió Lastyanax—. No como usted —agregó, y estiró el mentón hacia arriba.

Sileno levantó la vista. Una enorme masa de agua, extraída de la fuente, flotaba sobre su cabeza.

El líquido cayó sobre él. Su grito de asombro se convirtió en gorgoteo. El agua se congeló inmediatamente y atrapó su cuerpo hasta las mejillas en un bloque de hielo. Ya ni siquiera podía articular un sonido. Solo se le movían las pupilas, lo que le acentuaba su expresión de perplejidad.

—El frío limita drásticamente los poderes mágicos, Sileno —dijo Lastyanax—. Primera clase de primero.

Arka se contuvo para no aplaudir. Observó con satisfacción cómo su mentor avanzaba hacia su oponente. Su estrategia marchaba a las mil maravillas. Incluso se sintió algo decepcionada al no haber podido

desempeñar un papel en la captura de Sileno.

—Le dije que mi plan era sólido, maestro —presumió—. Ahora solo hay que montarlo en la tortuga y…

No terminó la frase. De repente un sentimiento de angustia la invadió mientras miraba la cara regordeta del mudo Sileno. Algo andaba mal; se le había pasado por alto un detalle. Miró el atrio, pero todo estaba tranquilo y quieto, desde las cortinas hasta la fuente, ahora vacía.

Finalmente, ató cabos: justo antes de que el mistógrafo apareciera detrás del órgano, una brisa había agitado las cortinas.

En Hiperbórea no había viento.

—¡Es un lémur! —gritó.

Al mismo tiempo, el bloque de hielo se derritió y Sileno se desintegró para reaparecer detrás de su mentor. Lo agarró por el hombro y lo lanzó contra el órgano hidráulico. Las tuberías de cristal se partieron y Lastyanax se desplomó en el suelo encharcado, con un gemido de dolor. Arka desató el atrapa-ánimas de su cinturón y lo proyectó en dirección al lémur. El disco atravesó un remolino de polvo y rebotó en el otro extremo de la habitación.

Arka notó que se elevaba del suelo hacia un lado y luego dio vueltas en el aire. Su espalda golpeó el suelo. Medio aturdida, se puso de pie y vio a Sileno avanzando hacia Lastyanax con una larga tubería cónica de cristal en la mano. Su mentor patinaba en el charco al tratar de levantarse. Ella cogió un jarrón colocado en una hornacina de la pared y lo arrojó con todo el poder de su magia hacia el lémur. El recipiente estalló en su cabeza. La sangre comenzó a fluir con abundancia sobre su rostro, pero el lémur ni se inmutó. Hizo un gesto en su dirección. Al momento siguiente, Arka se encontró embutida en una de las cortinas blancas de la galería superior. Mientras luchaba por salir, Sileno levantó la tubería de cristal sobre su mentor y apoyó el extremo sobre su torso. Su nariz rota se levantó como por un resorte. La punta del tubo comenzó a hundirse en la túnica de Lastyanax, que trató de apartarla con una mano. Mientras Arka se contorsionaba como una fiera atrapada para liberarse de la tela, el lémur detuvo en el aire su

gesto.

—Mi amo está dispuesto a darte la oportunidad de unirte a él, Lastyanax.

Su voz ya no contenía las florituras amaneradas del profesor. Despojado ahora de su sonrisa perenne, su rostro flácido ya no se parecía al del personaje encantador que le había enseñado mistografía a Arka. La sangre goteó desde su cara a la cara pálida de su oponente.

—¿Quién es tu amo? —preguntó Lastyanax, con la mano apretada alrededor de la tubería.

—Piensa en tu situación, en tu futuro —contestó simplemente el lémur —. Dentro de poco volverán a repartirse las nuevas cartas del poder. No quedan magos libres en la ciudad.

—Falso —exclamó una voz detrás de él—. ¡Yo aún estoy!

Arka giró la cabeza. Una figura delgada acababa de aparecer en la tenue luz del vestíbulo. Pirra entró en el atrio, sin resuello. El atrapa-ánimas despegó del suelo a pocos pasos de ella y cruzó la sala como un fuego fatuo.

Al pronto, Sileno se volatilizó y reapareció junto a la joven. El tubo que sostenía un momento antes se clavó en él, pues Lastyanax había anticipado su movimiento. Pirra chilló, el lémur se desmaterializó y el tubo de cristal explotó contra una pared.

Arka finalmente se zafó de la cortina, bajó al suelo de un salto y giró en todas direcciones. Sileno no estaba por ninguna parte. Lastyanax trató de levantarse agarrándose un hombro dislocado. Pirra recogió su invento y se puso a dar vueltas sobre sí misma para vigilar que no viniera nadie por la espalda.

De repente, una ráfaga de aire pegó la túnica de Arka a sus omóplatos. Sintió que el lémur la apresaba de nuevo, pero esta vez estaba preparada: agarró su brazo y lo hizo bascular por encima de su cadera. El lémur rodó por el suelo. Pirra le lanzó el atrapa-ánimas antes de que se levantara.

En lugar de golpear a la criatura, el disco comenzó a girar a toda

velocidad sobre su cabeza. Una espiral de luz descendió y envolvió al lémur con un velo resplandeciente. De repente, sus gestos se volvieron más lentos, como los de un autómata estropeado. Al momento siguiente, se paralizó por completo.

Con el corazón en un puño, Arka lo miró fijamente, lista para reaccionar si se desmaterializaba de nuevo…

Pero no pasó nada. Sileno permaneció congelado en un movimiento inacabado.

Oyó unos pasos y levantó la cara. Era Pirra, que se acercaba al profesor con una actitud nerviosa. La joven maga se detuvo junto al lémur y observó cuidadosamente el velo de luz generado por su invento.

—Mi atrapador funciona con cualquier ánima que haya sido generada por un ser vivo. Por eso deduzco que este bicho está vivo, de una manera u otra.

Esta frase encontró un eco extraño en Arka, quien pensó en su padre.

—Pirra…

Esta se volvió hacia Lastyanax. Postrado en el suelo, con el hombro dislocado, su amigo lucía una expresión a medio camino entre la agonía y la alegría. Incluso en tales circunstancias, se las estaba ingeniando para parecer tonto en presencia de Pirra. La joven maga se irguió, con sus ojos verdes emitiendo destellos de furia.

—Y tú… —masculló, andando hacia él.

Lastyanax gimió de dolor mientras ella se agachaba a su lado para agarrar su brazo.

—Parece que en el fondo sí que te importo un poco —murmuró, con una sonrisa beatífica—. ¡AYYYYYY!

Con un movimiento de tracción, Pirra acababa de poner su hombro de nuevo en su sitio. Luego, lo agarró por la axilla y lo enderezó sin contemplaciones hasta dejarlo apoyado en el borde de la fuente.

—¡Para que aprendas a hacerte el héroe!

15

El amo de los lémures

Alcandre

El apartamento de Géorgon era una leonera, pero tenía unas vistas impresionantes al séptimo nivel. Aferrado a la ventana, Alcandre había sido capaz de presenciar con satisfacción la caída de su propietario. Sus guerreras hacían bien las cosas. Les había pedido que aprovecharan la toma de rehenes para deshacerse de ese problemático cómplice, pero no contaba con que lo obedecieran tan a pies juntillas. Al menos el desdichado había cumplido su promesa de hacerle volar.

Alcandre no había tenido reparos en librarse del profesor, pues Géorgon nunca le había dado muestras de lealtad hacia su persona. Su adicción a la goma de loto era la única razón por la que se había puesto a su servicio. Tarde o temprano, lo habría traicionado, igual que había traicionado a su soberano.

Quince años antes, a cambio de una cantidad considerable de loto azul, Géorgon le había permitido acceder en secreto al panteón, cuya puerta estaba él fabricando en aquel entonces. Alcandre había creado el lémur de Syrame, y luego se había ido, dejando a la criatura esperando en el sarcófago. El Basileus había cerrado la cámara mortuoria sin darse cuenta de que uno de sus hijos había retornado a la vida. Durante la noche, Syrame había desaparecido y se había ido con Alcandre.

Cuando este último regresó a Hiperbórea unos meses antes, Géorgon no se había alegrado de verlo de nuevo, precisamente. Al principio se negó a hacer lo que le pidió, pero la pasta de loto pudo una vez más con sus reticencias. Siguiendo las órdenes de Alcandre, facilitó la selección de Arka en la Asignación amañando el reparto de los cuestionarios y posteriormente la llevó al panteón. En cada ocasión, su falta de agallas casi había dado al traste con el plan. Alcandre no se apenaba en absoluto de haber acabado con él.

Sin embargo, estaba menos satisfecho con los altibajos de su última operación. La toma de rehenes había ido según lo previsto, salvo porque Arka no debería haber escapado con vida de la arena. Como siempre, había vuelto a sorprenderlo. La serpiente no le había dicho nada de este giro en los acontecimientos. Iba a tener que ocuparse de ella, si es que lograba encontrarla. Y ahora que Syrame ya no estaba para poder seguirla, todo se complicaba aún más.

De repente, una sensación desagradable lo atravesó como un espasmo. Con la cara crispada, apoyó con fuerza los dedos en el pecho. Sileno lo alertaba. Había algún problema. Alcandre inmediatamente pensó que tendría que ver con Arka. Agarró la lanza telescópica del alféizar de la ventana y salió corriendo de la pieza.

Un cuarto de hora más tarde llegó a la villa donde el lémur todavía estaba haciendo de mistógrafo. Desplegó la lanza, cruzó el vestíbulo y entró en el atrio.

Le esperaba una escena sorprendente: vadeando en el agua que había invadido dos tercios de la sala, Lastyanax y Pirra discutían mientras gesticulaban señalando a Sileno, inmóvil dentro de un velo luminoso producido por un disco giratorio. Alcandre reconoció el invento de la joven, del que le había hablado Sileno: el atrapa-ánimas. Arka estaba al lado de este y presenciaba el tira y afloja de los otros dos. Todos volvieron la cabeza a la llegada de Alcandre, que avanzó hacia el gran charco y balanceó la lanza por encima del agua con actitud amenazadora.

—Arka, te aconsejo que liberes a Sileno —dijo.

Los arcos del arma eléctrica se reflejaron en el charco y en los tubos rotos del órgano, y el fulgor dejó ver la expresión de perplejidad de Arka. Era la primera vez que hablaban desde que se conocieron dos años atrás. Casi se sintió decepcionado al ver que ella no lo reconocía. Arka dejó de mirar atónita su rostro para observar primero la punta crepitante que por poco no rozaba el agua y luego los pies mojados de Lastyanax.

—¿Es el amo del lémur? —preguntó este último con voz tensa.

Alcandre lo ignoró. Esa pregunta, saltaba a la vista, solo pretendía hacerles ganar tiempo.

—¿Cuándo lémurizó a Sileno?

La pregunta venía de Arka. A lo largo de los años, Alcandre había puesto tantas esperanzas en ella que no pudo resistirse al deseo de hablarle por fin.

—Justo antes de tu juicio. Me hubiera gustado haberlo hecho antes, pero Sileno fue tremendamente prudente. Sabía que yo iba a por los magos de alto rango. —Dio unos pasos por el borde del charco—. Palatès podría haberse convertido en un lémur, pero no me dio tiempo a transportar su cuerpo —continuó, sin dejar de balancear el arma cada vez más cerca del agua—. En cualquier caso, no tenía demasiada influencia. Sobre todo, había que evitar que contara sus hallazgos al Consejo.

Lastyanax se había envarado. Con los ojos fijos en la lanza, Pirra le tiró del brazo para apartarlo del agua, pero parecía haber olvidado el peligro.

—Usted también intentó transformarme. Por eso el lémur del heredero me atacó al día siguiente de la Asignación. Le reconozco —agregó, ignorando los signos de alerta de Pirra—. Es el que nos sacó del pozo en la guarida de los matones. ¿Quién es? ¿Un hombre de Licurgo? ¿Su emisario?

Alcandre decidió que les había dado suficiente respiro.

—Un conquistador —respondió.

Y plantó su lanza en el agua. Unos destellos azules se deslizaron por la superficie. Inmediatamente, Lastyanax y Pirra se desplomaron en el charco. Unos arcos eléctricos recorrieron sus cuerpos, convulsionados con espasmos. Alcandre observó el fenómeno con cara de fascinación.

—¡Deje que se marchen!

Alzo la cabeza. Al otro lado del charco, Arka había acercado el dedo del anillo al lémur con pánico y determinación a partes iguales. Alcandre reconoció el sello de destrucción y evaluó el daño que podía

infligir a Sileno. Retiró la lanza. Al instante, los espasmos cesaron.

Abotagado, Lastyanax trató de levantarse. A su lado, tendida en el agua, Pirra seguía aferrada a su brazo; los músculos se le habían quedado agarrotados. Alcandre sintió curiosidad por saber si la descarga habría acabado con su vida. La angustia tiñó el rostro de Lastyanax cuando se dio cuenta de que la joven no se movía. Con la cara chorreando agua, se arrodilló y comenzó a acariciar sus mejillas, emitiendo sonidos inarticulados, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Alcandre se sintió casi ofendido.

—¡Maestro, coja a Pirra y salga de aquí! —gritó Arka.

Lastyanax volvió hacia ella sus ojos embargados de dolor, antes de dirigir la mirada a Alcandre. Luego, metió un brazo por debajo de las axilas de Pirra y otro por debajo de sus rodillas para levantarla contra él. Miró de nuevo a su discípula.

—No quie…

—¡Haga lo que te digo! —bramó.

Lastyanax parpadeó y se tambaleó bajo el peso de Pirra. Su túnica empapada chorreaba agua y el mago tropezó y cayó en el charco salpicando aparatosamente. Miró a su discípula una última vez y luego salió corriendo del atrio. En su brazo, la cabeza de la joven, inconsciente, rebotaba inerte. Alcandre se quedó a solas con Arka, que no había dejado de apuntar a Sileno.

—Bueno, parece que estamos en un punto muerto.

Arka no respondió. Tenía la mano suspendida a poca distancia del velo luminoso. Alcandre casi podía ver su cerebro trabajando a toda velocidad para encontrar una solución.

—Te propongo un trato —dijo, andando con parsimonia para ir a sentarse en el poyete de la fuente—. Si liberas a Sileno y me sigues sin armar alboroto, te prometo que no tocaré a los otros dos.

—Claro —le espetó Arka—. Y en cuanto lo libere, me matará. No soy tan tonta. Sus promesas se las lleva el viento.

Alcandre soltó una carcajada. La serpiente nunca le había dicho en

qué tipo de persona se convertiría la hija de Syrame. Le maravillaba su carácter combativo. Aún no tenía ni catorce años y ya superaba en inteligencia e ingenio a la mayoría de los adultos que él conocía. Disfrutó anticipadamente del placer que le produciría convencerla para que se uniera a él. La manipulación siempre había sido su arma favorita, y no había nada como un hermoso pulso con un espíritu rebelde.

—¿Nunca has pensado que yo fui el artífice de tu ánima, Arka? —atacó—. Tu padre compartía mi ánima. Eso casi te convierte en mi única hija.

El afecto con el que dijo esas palabras pareció cogerla desprevenida. Sin embargo, eso no restó un ápice a su actitud desafiante.

—Lo creas o no, me reconozco mucho en ti —continuó—. Tenemos más en común de lo que te imaginas.

—Sí, claro —dijo Arka—. Me extrañaría que alguien hubiese decidido su existencia en su lugar. Usted no es ni un medioaparecido.

—Puedes enojarte conmigo todo lo que quieras, que eso no cambiará el hecho de que existes gracias a mí —replicó Alcandre—. Y el lémur que fue tu padre te protegió más que muchos padres.

En su fuero interno, se dijo que Syrame seguramente había sentido un afecto mucho mayor hacia su hija de lo que había dejado traslucir. Vio a Arka abrir la boca para contradecirlo y la interrumpió antes de que pudiera decir nada:

—Nunca he querido hacerte daño. Piensas que mi forma de actuar es egoísta, pero es justo lo contrario —agregó con una voz cada vez más dulce—. Sin ti, sin este plan, ¿sabes lo que habría pasado? Una guerra más, simple y llanamente. Temiscira habría terminado asediando Hiperbórea, como hizo con Napoca.

El disco seguía girando sobre Sileno, proyectando ondas de luz en el órgano roto y en el mosaico inundado. Alcandre sintonizó su voz con el compás de ese movimiento hipnótico y fue mostrando sus cartas una por una. La mano de Arka se había alejado del lémur unos milímetros casi imperceptibles.

—Gracias a tu existencia, estoy a punto de conquistar esta ciudad causando menos muertes que una escaramuza de las amazonas. Pero mi objetivo no es interferir en la política interna de Hiperbórea. Todo seguirá igual para la gente de a pie. Seguirán teniendo un gobierno, seguirán sintiéndose orgullosos de su ciudad. Solo que yo me aseguraré de pacificar las relaciones entre todas las ciudades. Pondré fin a la guerra con las amazonas. Pero para eso necesito tu ayuda.

Había captado la atención de Arka, que había dejado de vigilar su mano. Alcandre solo tenía que distraerla un poco más, antes de pasar a la acción.

—Así que, hazte un favor y no corras a ayudar a unos magos que hace solo una hora estaban dispuestos a ejecutarte y que se apresurarán a terminar el trabajo si los liberas.

—Fue su títere quien los llevó a condenarme —espetó Arka, señalando al lémur todavía inmóvil (su mano se acercó a él)—. ¡Era usted el que estaba a punto de ejecutarme en la arena!

—Sabía que dentro de la jaula de oricalco no correrías peligro —replicó Alcandre, vigilando su mano—. Fue mejor para ti estar dentro de la jaula, en vez de afuera, con mis guerreras.

—¡No corrí ningún peligro, salvo el de que me comiera un grifo!

Alcandre tasó a la baja la inteligencia de Arka. Aún no había entendido del todo el inmenso poder que poseía. Se levantó y se alejó unos pasos, preguntándose si debía explicárselo.

—¿Nunca te ha extrañado tener tan buenos reflejos? —le preguntó finalmente—. ¿Haber sobrevivido a situaciones en las que hasta las amazonas más entrenadas y los magos más hábiles habrían perecido?

Sus preguntas parecieron tomar a Arka por sorpresa. Ella lo miró con los ojos brillando de incomprensión. De repente, encorvó los hombros y sus cejas desaparecieron detrás de su cabello enredado. El sello de destrucción ya casi no amenazaba al lémur.

—La maldición, ¿verdad? —susurró.

—Exacto —confirmó Alcandre.

Este sonrió.

—Estás condenada a morir a manos de tus propios descendientes. Dicho con otras palabras, eres inmortal, siempre y cuando te mantengas alejada del azur vivo y no tengas hijos.

—Pero ¡el Basileus está muerto! —Arka exclamó—. Su maldición se ha deteni…

—La maldición del espejo sobrevive a través de ti —la interrumpió Alcandre—. No quiero ni puedo matarte. No corrías peligro en la jaula de oricalco. Si un incendio no pudo con la maldición, un grifo tampoco podrá.

Inmediatamente se dio cuenta de que acababa de cometer un grave error: nunca debió haber mencionado el incendio. Los ojos de Arka se abrieron como platos. Lo reconoció. Alcandre hubiera preferido que ese recuerdo le viniera a la mente en otro momento, no justo cuando acababa de hablarle de sus proyectos de pacificación y de sus sentimientos paternales.

—¡Es usted! —exclamó, con una voz que rezumaba rabia—. ¡Usted es el que prendió fuego al bosque y mató a mi tutora hace dos años!

La vieja amazona que lo hirió en el incendio… Si Alcandre hubiera sabido cuánto complicaría su plan su asesinato. Acababa de perder todas las posibilidades de convencer a Arka. El odio le erizaba el cabello como se le erizaría el lomo a un animalillo a punto de lanzarse a morderlo.

—¡Lleva todo este rato tratando de confundirme! Me necesita porque soy la única descendiente del Basileus. ¡Sin mí, se acabó la maldición del espejo, se acabó la maldición de las amazonas! Era eso, ¿no?

Alcandre no respondió. La mirada de Arka empezó a ir de un lado a otro de la pieza. Estaba buscando la manera de destruirlo. Esperaba que no tuviera la idea de lanzarle el atrapa-ánimas. Era la única manera de bloquearlos a ambos, a él y a Sileno.

Como si le hubiera leído el pensamiento, su mirada recayó bruscamente en el disco. Sin dudar ni un instante, lo tomó y se lo

lanzó. El atrapa-ánimas hendió el aire y Alcandre se hizo a un lado para esquivarlo. Al mismo tiempo, se oyó una explosión. Se sintió como si la onda expansiva lo hubiese aturdido. Cuando se levantó, sordo del impacto, vio que a Sileno le había explotado el abdomen a medias. Unos pedazos de carne sanguinolenta manchaban la pared y el mosaico. Arka había utilizado el sello de destrucción contra su lémur.

La buscó con la mirada. Ahí estaba, corriendo hacia la puerta.

Alcandre concentró en una mano su ánima debilitada y lanzó una bola de fuego hacia la salida. La puerta se encendió con un rugido. Arka derrapó antes de llegar a la puerta en llamas y dio media vuelta con intención de ir a las escaleras. Otra esfera incandescente le bloqueó el paso, prendiendo fuego a una de las telas funerarias. Su mirada se elevó hacia el agujero circular del atrio, la única abertura que quedaba.

—Arka —advirtió Alcandre en voz alta para hacerse oír por encima del crujido de las llamas que engullían las pinturas murales—, puede que seas inmortal, pero no eres invulnerable. No me obligues a…

No tuvo tiempo de terminar su frase, Arka había desplegado ya sus alas. Después de dudar unos segundos, Alcandre lanzó una ola de fuego sobre ella.

El ataque alcanzó a Arka en el aire. Por fortuna, el sello de protección de las alas había absorbido la mayoría de las llamas. La vio estrellarse contra el suelo, con el cabello humeando. Arka se acurrucó debajo de las plumas de oricalco.

Alcandre se dio cuenta entonces de que la situación empezaba a escapársele de las manos. Las cortinas funerarias estaban ardiendo. Unas llamas enormes se elevaban hacia la abertura del atrio. El olor acre del humo se extendía por toda la villa.

Destrozado al lado del órgano hecho pedazos como un montículo de carroña, Sileno iba recomponiéndose poco a poco, succionándole toda la energía. Las piezas más grandes de su torso se arrastraban hacia él, dejando regueros de sangre sobre el mosaico. Con los ojos llorándole

por el humo, Alcandre recogió algunos trozos informes de carne que seguían arrastrándose y se los arrojó al lémur. La visibilidad disminuía segundo a segundo. Hizo levitar a su criatura tirando de sus últimas reservas de ánima y miró a Arka, cuyo cuerpo era apenas discernible en medio de la humareda. Se movía débilmente bajo las alas. Alcandre se subió el cuello de la túnica para taparse la nariz y protegerse así del humo y se dio la vuelta. Arka sí podría sobrevivir a aquel horno, pero Silene no.

De una patada, derribó una sección de la pared y pasó por la abertura para salir a la plataforma del exterior de la villa. El aire fresco de la noche se precipitó en la brecha y avivó el brasero. En el atrio, el fuego creció. Alcandre pensó en dar media vuelta para rescatar a Arka, que había desaparecido detrás de las columnas de humo. Al mismo tiempo, la pared se derrumbó, provocando un diluvio de polvo y mortero. Con Sileno a su lado, ingrávido, huyó por la orilla del canal para esquivar los muros que el incendio derribaba.

Se detuvo a cierta distancia para contemplar la quema de la villa, hundida en su mayor parte. El fuego estaba cebándose ya con las parras y enredaderas del muro exterior. No había previsto todo eso.

Se preguntó si realmente Arka podría sobrevivir a su error.

Lastyanax

Al caer la noche, una tortuga de reparto llegó a toda velocidad a un canal insalubre del primer nivel y se detuvo bruscamente delante de un tramo de escaleras, lo que provocó que se formara una sucesión de olas que agitaron las embarcaciones de su alrededor. Lastyanax se bajó de la tortuga con el cuerpo doblado hacia delante por el peso de Pirra. Le había tomado el pulso nada más salir del atrio. El corazón de la joven todavía latía, pero de manera desordenada, y su respiración se estaba debilitando por momentos. Dado que los magos-curanderos habían sido encarcelados junto con todos los demás, solo había un lugar al que podía acudir en busca de ayuda.

Subió las escaleras de la vivienda de sus padres y dio un golpe con el hombro en la puerta. Esta se abrió y vio a Cariclo sentada a la mesa,

pelando raíces de nenúfar a la luz tenue de una esfera luminosa. La sorpresa le hizo soltar el cuchillo.

—¡Last! ¿Qué…? ¿Quién es…?

Lastyanax se dio cuenta de que se presentaba por segunda vez de improviso con una chica inconsciente en brazos. Sin perder ni un segundo en explicaciones, cruzó la habitación, depositó a Pirra sobre la pila de mantas de caballo y corrió a los estantes donde su padre guardaba los remedios de las cuadras.

—Pero ¿qué pasa, Last? —exclamó Cariclo, corriendo detrás de él.

—Es Pirra, ha recibido una descarga eléctrica —le explicó, rebuscando a toda prisa entre las etiquetas de los tarros—. Sé que papá tiene polvo de efedra escondido en algún lugar, se lo echa en la avena a los caballos antes de las carreras, es su viejo truco…

Oyó un ruido a su espalda y se dio la vuelta. Cariclo había extraído un ladrillo enorme de la pared opuesta. El nicho oculto contenía un saquito. Ella le entregó el objeto.

—Una pizca y punto, que tu Pirra no es un caballo. Y vas a tener que explicarme lo que está pasando, Lasty.

Lastyanax cogió el saco, hizo levitar el cuchillo que su madre había dejado sobre la mesa y de una zancada se acercó al lecho donde yacía Pirra. Con gestos febriles, abrió la bolsa y cogió con la punta del cuchillo un poco de polvo amarillo. Con un cuidado exquisito, colocó la efedra en la fosa nasal de la joven y luego le cerró la nariz haciendo pinza con los dedos.

Cuando apartó la mano, Pirra empezó a respirar a bocadas más amplias y los latidos de su corazón adquirieron un ritmo constante. Lastyanax se permitió un segundo de felicidad y acto seguido se puso de pie.

—Me marcho a rescatar a Arka. ¡Cuida de Pirra!

Plantó un beso en la frente de su asombrada madre y salió corriendo de la pieza. Una vez en la calle, miró el cielo oscurecido que se divisaba entre las torres aledañas, en busca del mejor lugar desde el

que poder ver bien la villa del mistógrafo. Con la tranquilidad de saber que Pirra estaba viva y que se hallaba en buenas manos, era Arka la que pasó a ocupar el centro de sus preocupaciones. ¿Cómo pudo haber dejado que su discípula se enfrentara sola al amo de los lémures?

A la carrera, llegó a los establos instalados en el baldío que se extendía a lo largo de las murallas. En el complejo, desierto, reinaba la calma, excepto por el sonido de los caballos que comían forraje en sus cuadras. Saltó por encima de una valla de madera y se detuvo jadeando en el centro de la pista sembrada de huellas de pezuñas. La cúpula se perfilaba por encima de su cabeza, teñida con los últimos jirones púrpuras y ocres del crepúsculo. Al final de la pista se alzaba la torre del mistógrafo. En la parte superior, la villa estaba envuelta en una niebla extraña, amarillenta por efecto de la luz del anochecer. Con las manos apoyadas en los muslos para recuperar el aliento, Lastyanax observó el edificio, arrugando la frente. Después de unos momentos, se dio cuenta de que aquello no era niebla, sino humo. Unas densas volutas escapaban de cada abertura y ascendían para ir a acumularse debajo de la cúpula. Un incendio se había declarado en la villa del mistógrafo, veinte minutos después de haber dejado a Arka con el amo de los lémures.

Lastyanax se convenció de que Arka habría huido de allí. Recorrió angustiado la villa, creyendo ver aquí o allá a su discípula, antes de darse cuenta de que no se trataba de ella, sino de un pedazo de cúpula dorada, una estatua de bronce o un pájaro-vela. Al este, vio la enorme silueta del grifo, encaramado en una torre y con las garras ocupadas despellejando a una presa. Lastyanax se estremeció.

—Vamos —murmuró—, Arka, déjate ver…

De repente, el techo de la casa se derrumbó y desapareció formando un chorro de cenizas y llamas. Estaba aturdido, Lastyanax se quedó mirando las lenguas de fuego bailando alrededor de las piedras, sin poder admitir que acababa de presenciar la muerte de su discípula.

En la ciudad, los hiperbóreos se percataron del incendio y señalaron desde sus ventanas la torre en llamas.

Lastyanax apoyó las manos en las sienes, presa de la angustia y tratando en vano de pensar en algo. ¿Qué podía hacer? ¿Había algo más que hacer?

En los niveles inferiores del edificio, la gente comenzaba a huir de sus viviendas y se afanaba en subir a toda prisa a las tortugas sus enseres y a su prole de criaturas. En la oscuridad de la noche, la torre parecía una enorme antorcha con su penacho de chispas. De repente, una chispa más brillante que las demás escapó del incendio y rasgó como un meteorito la noche humeante. Lastyanax parpadeó y sintió que estallaba de alegría.

—¡ARKA! —gritó con todas sus fuerzas, sin pensar que no tenía ninguna posibilidad de que lo oyese a tanta distancia.

Las alas de oricalco se desviaron de su trayectoria para describir un círculo por debajo del humo, cada vez más denso. Lastyanax las vio desaparecer y volver a aparecer por detrás del fuego. El resplandor rojo de las llamas se reflejaba en sus plumas metálicas. Las alas ampliaron el círculo cuando un nuevo derrumbe redujo en un piso la altura de la torre. El canal del séptimo nivel, unido al edificio, se derrumbó también y provocó una cascada de agua y piedras que cayeron al vacío.

La parte superior de la torre se había convertido en una columna de fuego, con las alas de Ctesibio volando elípticamente como un satélite a su alrededor. Horrorizado, Lastyanax vio siluetas acorraladas por las llamas lanzarse al vacío. Se sintió impotente. Varias veces tuvo la sensación de que Arka seguía cerca de la torre precisamente con la intención de intentar salvarlos, pero los pobres diablos caían demasiado lejos de ella, y demasiado rápido.

El sexto nivel terminó por derrumbarse y con él su canal adyacente, enviando al fondo negro de la ciudad a las familias que se encontraban en él. Las alas de oricalco se alejaron entonces de la torre para evitar ser arrastradas por un derrumbe y comenzaron a dar vueltas junto a la cúpula.

Lastyanax miró a su alrededor, buscando una manera de indicar su

posición a Arka. Finalmente, hizo una serie de movimientos rápidos y el nombre de su discípula se dibujó en el suelo con montículos de arena fundida, formado con letras enormes y brillantes.

Cuando terminó de hacerlo, levantó la cabeza y vio que el desastre estaba adquiriendo una nueva dimensión. Sacudida por el fuego y desprovista de los canales que la sujetaban en los niveles superiores, la torre comenzó a inclinarse hacia la cúpula, cada vez más rápido. Un diluvio de piedras ametralló la pradera de hierba. Con un estruendo rotundo, la torre se derrumbó de lado, destrozando parte de las murallas y toda una sección de adamante. Lastyanax sintió que el suelo vibraba bajo sus pies mientras una onda expansiva hecha con la arena de la pista le golpeaba de lleno en el rostro.

Se enderezó, frotándose los ojos. Una enorme polvareda tapaba los restos de la torre. La ventisca de la llanura se coló por el gran agujero abierto en la cúpula, empujando hacia el interior de Hiperbórea los remolinos de humo.

Un viento cargado de un polvo de ceniza y hielo le taladró la piel.

Esta sensación, que él nunca había experimentado, lo sacó del aturdimiento. Vio siluetas pertrechadas con esferas luminosas adentrarse corriendo en la nube opaca tras la que estaba oculta la torre. Otros salían de ella, demacrados, gritando los nombres de sus seres queridos.

Lastyanax miró a la cúpula y se dio cuenta de que las alas de oricalco se dirigían al centro de la ciudad. Miró la arena, a sus pies: su ARKA destacaba claramente en la noche, apenas distorsionada por la onda expansiva. No tuvo la menor duda de que las letras eran visibles desde el séptimo nivel. ¿Por qué no venía a buscarlo?

Por su mente pasaron en sucesión una serie de pensamientos difíciles de soportar:

¿Y si no se tratara de Arka?

¿Y si el maestro de los lémures se hubiera apoderado de las alas de oricalco?

¿Y si su discípula hubiera quedado atrapada en el incendio?

Echó a andar, tropezando hasta con la rugosidad más pequeña de la pista, y poco a poco, a medida que iba acercándose a la torre, empezó a correr. Al llegar a la pradera, ya iba corriendo al límite de sus fuerzas en dirección a las ruinas, con los ojos nublados por el viento. La nube de polvo se lo tragó.

16

El viento en la ciudad

Lastyanax

El frío había ralentizado la descomposición de los cadáveres que iba encontrando a su paso, medio carbonizados entre los escombros. Esa era la única ventaja que Lastyanax le encontró al viento gélido del norte que se colaba, silbando, por la brecha del adamante.

En tres días, la temperatura de la ciudad había bajado, obligando a sus habitantes a buscar en sus baúles las viejas pellizas que usaban sus antepasados caravaneros o cazadores de lobos. Una cacofonía de toses y estornudos se extendió por las calles. Las tortugas navegaban cada vez con más dificultad por los canales, en cuyas aguas flotaban trozos de hielo. Las plantas trepadoras agonizaban, los nenúfares se marchitaban y una tonalidad negruzca cubría el musgo que colgaba de los muros. Los pájaros se colaban sin miedo en las viviendas, atravesando las ventanas sin cristales que sus ocupantes trataban de tapar con toallas y papel engrasado.

Por todas partes se podían ver los conos grises y humeantes de las fogatas improvisadas con muebles de madera saqueados de los niveles superiores. La gente, al darse cuenta de que el frío ahuyentaba las moscas y los mosquitos, que las pequeñas viviendas encajonadas en la mugre conservaban bien el calor y que era más fácil escapar de los pisos bajos si la situación se deterioraba de nuevo, comenzó a desplazarse al fondo de la ciudad. Cada vez se oía más una frase, dicha para presumir y hasta entonces desterrada de las bocas hiperbóreas: «Sí, yo tengo familia en el primer nivel».

Lastyanax, envuelto en una manta de caballo, observaba este éxodo

vertical desde el portal de sus padres. Pensamientos sombríos le rondaban la cabeza como la bruma gris que se había instalado en la ciudad. Había pasado los últimos tres días buscando entre los escombros de la torre.

El viento había deshilachado la nube de polvo, dejando expuesta la enorme carcasa del edificio destrozado. Los desaparecidos se contaban por centenares. Lastyanax concentró la mirada en el extremo de la ruina, donde la casa del mistógrafo había astillado la cúpula.

Irónicamente, la torre nunca debió ser tan alta como para chocar con el adamante. Se suponía que el páramo de las afueras de la ciudad estaba ahí para evitar este tipo de desastres. Pero Sileno había hecho ampliar su villa no reglamentaria añadiéndole dos pisos de altura. Lastyanax se había enterado de este detalle en una conversación con los obreros, al pie de las murallas medio derruidas. En ausencia de magos-constructores, nadie tenía las competencias requeridas para dirigir la reparación del adamante. Los trabajadores estaban tratando de tapar la brecha con mortero, movidos por la urgencia de crear una barrera que detuviese el viento implacable que estaba helando la ciudad.

Mientras ellos levantaban el muro, Lastyanax se había acercado a la obra, con las manos envueltas en tiras de tela para evitar la congelación y el cuerpo protegido del frío por un amasijo de colchas viejas y mantas de hípica. Las esperanzas de encontrar a Arka con vida se habían desvanecido en cuestión de horas. De la villa solo quedaba un gigantesco montón de rocas preciosas, sepultado por los sillares de las murallas y coronado con planchas de adamante más grandes que él. Nadie habría sobrevivido a semejante trituradora. De hecho, los cuerpos encontrados en los niveles inferiores no eran más que puñados congelados de órganos. Así pues, si Lastyanax había continuado buscando no era porque deseara rescatar a su discípula. Quería saber. Porque, si Arka no había muerto en la torre, necesitaba averiguar dónde estaba. ¿Por qué no se había reunido con él en casa de sus padres, el punto de encuentro obvio? ¿Por qué el mensajero que envió al torreón había regresado con las manos vacías?

El chirrido de una puerta resonó a su espalda. Pirra salió al porche con él, con los hombros envueltos en una manta. Su cabello rizado formaba una masa negra alrededor de su rostro cansado. Desde que se despertó al día siguiente de la explosión, había estado sufriendo terribles dolores de cabeza. En lugar de quejarse, como lo habría hecho media década antes en su cómoda vida de heredera, llevó en silencio el dolor. Lastyanax estaba sorprendido por su actitud, igual que se había sorprendido al verla observar el piso astroso de sus padres con una expresión de indulgencia en los ojos cuando se despertó.

La saludó cuando se agachó para sentarse con cuidado en los escalones, a su lado. Su proximidad lo removió, pero trató de no pensar en ello. Sus falsas esperanzas ya le habían causado demasiado sufrimiento en el pasado. Curiosamente, la pérdida de Arka lo ayudaba a mantenerse flemático con Pirra, como si su mente se negara a soportar más tormento del que ya estaba sufriendo.

—Voy a intentar ir a ver a mi madre y a mis hermanas hoy —le anunció—. Tuvieron que refugiarse en casa de mi tía abuela, en el cuarto nivel. No me va a pasar nada —agregó en un tono firme para interrumpir a Lastyanax, que estaba a punto de preguntarle si era prudente—. Me encuentro mucho mejor. Y no soporto estar aquí sin poder hacer nada.

Se quedaron callados mientras pasaba por delante de ellos un grupo de jóvenes hiperbóreos tirando de unas carretas de mano llenas de muebles. Todos llevaban dos o tres togas de ceremonia, más pesadas que las de diario, anudadas a la altura de las rodillas para no pisárselas y tropezar. Lastyanax habría sido incapaz de decir si se trataba de ladronzuelos de los niveles inferiores o de discípulos de primer curso.

—¿Aún no se sabe nada de Arka? —preguntó Pirra.

Lastyanax percibió cierto tono de reproche en su pregunta. Negó con la cabeza y miró hacia el cielo frío de Hiperbórea, en busca de un resplandor naranja. No sabía qué le daba más miedo, si enterarse de que los restos de Arka habían sido encontrados entre los escombros o

que estuviera viva pero presa en la Extractora, junto con las falsas amazonas. En cualquier caso, la mezcla de fracaso y culpa que lo reconcomía amenazaba con acabar con su cordura, avasallada una y otra vez con mensajes contradictorios. Por las noches, el rostro distorsionado de Arka gritándole «¡Haz lo que te digo!» lo despertaba con un sobresalto. A fuerza de tratar de reconstruir los hechos, acabó viendo al maestro de los lémures robándole a su discípula las alas de Ctesibio y escapando de la torre en llamas. Al momento siguiente, la pesadilla en estado de vigilia cambiaba e imaginaba a Arka prendiendo fuego a la villa en compañía del criminal y luego uniéndose a las amazonas. Había llegado a tal grado de incertidumbre que habría estado dispuesto a llamar a la puerta de la prisión y preguntar a las guerreras si habían visto a Arka. Solo la perspectiva de terminar decapitado lo retenía.

La noticia de la toma de rehenes le llegó a través de rumores. La situación parecía no haber cambiado: los magos seguían presos en la Extractora y las guerreras cosían a flechas a cualquier osado que se atreviera a acercarse. La elección del lugar se había hecho a conciencia, pues la prisión había sido diseñada para poder ser controlada por un puñado de personas.

Algunos oficiales, espoleados por esposas de magos que les exigieron la liberación de sus maridos, habían intentado una intrusión. Habían salido de allí bastante mermados. Desde entonces, nadie había vuelto a moverse y todo el mundo esperaba con prudencia las órdenes de una jerarquía reducida al silencio. En cuanto a lo que estaba pasando en la Extractora, seguía siendo un misterio. La gente no paraba de hacer conjeturas: corría el rumor de que las amazonas estaban mutilando a los magos, que les succionaban los poderes, que estaban esperando a su ejército que llegaría para apoderarse de la ciudad.

Lastyanax evitaba pensar en Pétrocle y esa cobardía mental añadía un grado más a su malestar. Todo a su alrededor se iba a pique: Hiperbórea, los magos, su futuro, su condición de ministro, sus deberes como mentor. Al igual que la ciudad, había perdido su identidad.

Incluso Pirra estaba preocupada de verlo tan apático.

—Mi tío abuelo fue subarchivero, le voy a preguntar si sabe cómo acceder a los planos de la Extractora. Zénodote debe de tenerlos guardados en algún lugar de la biblioteca. Si podemos echarles el guante a esos planos, a lo mejor se nos ocurre una manera de liberarlos a todos.

—Buena idea —aprobó Lastyanax, haciendo todo lo posible para parecer entusiasta.

Pirra siguió hablando sobre todas las cosas que podían y que debían hacer para revertir la situación. Estaba convencida de que el amo del lémur había sobrevivido al fuego, con o sin Arka. Al igual que Lastyanax, esperaba verlo reaparecer pronto con Sileno para liberar a los magos y echarlos del poder. Pero a diferencia de él, ella no se había rendido.

Ante su falta de reacción, dejó el tema y le propuso ir a dar un paseo para airearse un poco. Lastyanax acabó cediendo, por darle gusto nada más.

Como su cuenta en el Banco Internivel había sido cancelada y Pirra necesitaba su anillo sigilar para llegar al cuarto nivel, Lastyanax le pidió oro a su padre. Este último accedió de inmediato. Luego, Lastyanax paró a uno de los pocos tortugueros que aún circulaban y se subió a su tortuga, debilitada por el frío.

En un rincón de su mente se preguntó si lo reconocerían al llegar al punto de peaje y lo detendrían. Su sentencia de muerte por complicidad con una amazona lo convertía en un objetivo principal de la policía, que, al haber quedado anulada, aprovechaba la más mínima oportunidad para mejorar su imagen. Pero la mayoría de las personas que sabían quién era y que conocían el resultado del juicio estaban encerradas en la Extractora. Además, con su manta de caballo, su tez gris y las mejillas sin afeitar, parecía cualquier cosa menos un antiguo ministro.

El tortuguero lo llevó sin problemas por el laberinto de canales y lo dejó frente a una puerta que quedaba oculta tras la gran cantidad de

aldabas que tenía colgadas. Lastyanax se apeó y se quedó mirando el torreón unos segundos, preguntándose por qué había sentido aquel repentino impulso de hacer semejante peregrinación hasta allí. En la parte superior de la villa, la vegetación tupida amarilleaba y la multitud de letreros que colgaban de los muros chirriaban por el viento. Dio un paso adelante y abrió la puerta.

Después de todos los cambios que habían sufrido tanto él como la ciudad misma, creyó que encontraría su hogar totalmente distinto. Pero el torreón estaba tal como lo había dejado. Lastyanax fue recorriendo las habitaciones frías y de pronto tuvo la sensación de que aquella villa nunca había sido realmente suya. Al deshacerse de parte de las colecciones de trastos de Palatès, solo la había despojado de su sustancia, pero no se había molestado en insuflarle una personalidad nueva.

Se sentó en un sillón en mitad del atrio, abrigándose bien con la manta de las caballerizas. El mundo parecía haberse paralizado a su alrededor. Lastyanax no era un místico, pero de repente tuvo la sensación de que el espíritu de Palatès estaba muy cerca de él.

—He resuelto el misterio, maestro —susurró—. He encontrado al que lo asesinó.

Después de decir esto, guardó silencio con actitud de recogimiento.

De repente, algo pesado le golpeó la coronilla con un sonoro «¡CRAC!». Medio aturdido, Lastyanax se levantó con la sensación de que acababan de partirle la crisma. Unos trozos rotos de cerámica cayeron por el suelo. Miró con dolor hacia la galería del atrio, pero no había nadie. En el suelo, la cabeza de una gallina de terracota lo miraba. Lastyanax se inclinó para recogerla y se preguntó si era el medio que había elegido su antiguo mentor para responderle.

Al mismo tiempo, una figura menuda bajó a toda velocidad por las escaleras y apareció en el atrio, blandiendo otra pieza de la última colección de Palatès. Era Métanire. La vieja cocinera se quedó atónita al verlo y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡El joven maestro! —gritó, entusiasmada—. ¡Está vivo! ¡No me lo

puedo creer!

—No me extraña —murmuró Lastyanax, frotándose el cráneo.

—¡Pensé que era un ladrón! Pero ¡vamos, entre! —croó Métanire, agitando los brazos como molinos para señalar el interior de la vivienda—. ¡Venga a calentarse! ¡Tengo algo que darle!

Lastyanax no tuvo tiempo de discutir, pues ella ya lo había cogido por la manga y se lo llevaba a rastras por todo el torreón, triturándole los tímpanos.[5] En las cocinas, Aous roncaba en un sillón. A juzgar por los efluvios que emanaban de él, el viejo estaba atravesando una crisis con ayuda de hipocrás barato. Un calor fuera de lo normal reinaba en la pieza. Lastyanax descubrió la causa: los sirvientes habían encendido la colección de estufas napocianas de barro de Palatès. Se preguntó qué combustible estaban usando para alimentarlas, antes de darse cuenta con horror de que sus informes estaban apilados en una esquina de la habitación. Entretanto, Métanire se había abalanzado sobre Aous para zarandearlo. Se despertó con un sobresalto y miró bizqueando la cara de la cocinera, que echaba chispas.

—¡El amo está aquí! ¡Espabila y dale el paquete que entregaron ayer, perezoso!

Aous emitió unos gruñidos, desconcertado, y se levantó, alcanzó un paquete de tela que había en lo alto de un estante y se lo dio a Lastyanax. Este último arrancó la tela y vio que eran sus viejas zapatillas sucias. No entendía nada. Dentro de una de ellas, en la plantilla de esparto, había un pergamino enrollado y sujeto con un anillo con forma de grifo. Retiró la hoja con un gesto febril y la desenrolló.

El maestro de los lémures sascapao con Silén y yo sigo con la mardición. Me boi ande las amazonas para paral la (la mardizión). Va ser peligroso para usté asique no venga.

Aquí le dejol aniyo para proteger se de lemur del lemur.

Muchas gracias otra bez por to lo que a echo por mi.

Lo boi ha echar de menos.

No estaba firmado. Ni falta que hacía.

—¡Será burra…! —exclamó Lastyanax.

Una oleada de alegría lo inundó. Fue como si recuperase de pronto toda su energía perdida. Seis frases con una ortografía espantosa acababan de poner fin al desmoronamiento de su mundo. Cogió el anillo sigilar y salió corriendo del torreón, dejando pasmados a Métanire y a Aous. El tortuguero todavía lo estaba esperando en la puerta. Lastyanax saltó sobre la tortuga exclamando:

—¡Al primer nivel, rápido!

El descenso lo llevó a través de una serie de emociones que nunca había experimentado. Mientras recorrían los niveles sexto y quinto, leyó y releyó la nota de Arka, soltando a veces unas risas que le granjearon miradas de preocupación de parte del cochero. Luego se quedó callado viendo pasar los canales, con las piernas temblando de impaciencia. Al llegar al cuarto nivel, su euforia comenzó a convertirse en incomprensión. No se explicaba por qué Arka se había ido de forma tan repentina. ¿Qué había pasado entre ella y el amo de los lémures? ¿Qué le había dicho para que decidiera huir así, sin intentar siquiera volver a verlo?

Cuando llegaron al último peaje, la incomprensión había dado paso a la ira. Releyó de nuevo aquel puñado de frases de Arka, cada vez más molesto por que ella se hubiese marchado de un modo tan desagradecido después de todo lo que habían pasado juntos. Él había arriesgado su vida por ella y ella lo había abandonado, dejándolo sumido en la ignorancia más absoluta.

La tortuga lo llevó hasta el final de un canal. Al bajarse, echó a correr, patinando con el barro congelado de las calles. El viento del norte traía copos de nieve que se depositaban en los prados helados. Lastyanax pasó por callejas donde vio caballos con la grupa hacia el viento y se metió a todo correr en los establos. Casi golpea a su padre, que corría en la dirección opuesta.

—Tapón ha dezaparecido —balbució este.

—¡Ha sido Arka! ¡Se lo ha llevado ella!

Lastyanax levantó la manta para taparse hasta la nariz y salió corriendo. Fue por la vera de las murallas, donde ya se estaban formando montículos de nieve. La paja, endurecida por el frío, crujía bajo sus pisadas. Le ardía la garganta. Las piernas le parecían más y más pesadas cada vez. Por fin, divisó la monumental puerta oeste bajo el adamante. Unas cuantas personas esperaban delante de la caseta de aduanas, instalada a toda prisa dentro de la muralla para gestionar la afluencia de migrantes. Lastyanax escudriñó la fila, buscando una cabeza rubia. Su ira había retrocedido, y le había dejado con la absurda esperanza de encontrar a Arka. Pero solo era un grupo de caravaneros que salían apresuradamente de Hiperbórea con sus bueyes almizcleros. Llegó hasta ellos y se puso a la cola. De tanto en tanto, se alzaba de puntillas para mirar el pedazo de paisaje que se entreveía por el vano de la puerta. Unos puntitos negros salpicaban el largo camino a los montes Ripeos. Habría dado lo que fuera por saber si uno de ellos era su discípula.

Finalmente, los caravaneros reunieron su ganado y salieron de la ciudad. Lastyanax, embargado por la aprehensión, llegó ante la aduanera corpulenta y hosca que controlaba las salidas.

—¿Usted también quiere irse? —preguntó ella con una mueca.

—No, ando buscando a… —comenzó a decir, antes de darse cuenta de que no podía dar la identidad de Arka—. Estoy buscando a mi hermana. Tiene trece años, el pelo rubio, rara vez limpio, y ha tenido que pasar por aquí hace poco con un poni blanco. ¿Le suena?

La aduanera se puso de pie. Un extraño resplandor brilló en sus ojos.

—Sí, pasó por aquí ayer por la tarde… Tal vez debería haberla detenido, pero no, es mejor así, así aprenderá… Él solo tenía que venir a verme. No le pedí nada más, ¿sabe usted? —agregó, dirigiéndose a Lastyanax con aire cómplice.

Como se la veía muy afectada por algo, él asintió con prudencia y dejó su sitio al siguiente caravanero.

Un día y medio de delantera, estando como estaba Arka acostumbrada a cruzar esas montañas, era un lapso enorme. Lastyanax miró

largamente la llanura nevada. El frío le mordía la cara. Nunca había puesto un pie fuera de la ciudad. Se preguntó dónde podría haber encontrado su discípula el valor para cruzar ella sola los montes Ripeos… Y si él tendría el suficiente para ir tras ella.

Miró el pergamino.

«Lo boi ha echar de menos.»

A la mañana siguiente, al amanecer, se presentó de nuevo delante del puesto de aduanas. Esta vez, iba con él un caravanero seguido de sus tres bueyes almizcleros y un perro grande de las montañas cosido a cicatrices. Lastyanax había tenido que pedirle a su padre una suma considerable para pagar unas pieles nuevas, los víveres que ahora estaban apilados en los rumiantes y los servicios de su guía. Este último hablaba un hiperbóreo titubeante, intercalado con el dialecto ripeano y ruidosas expectoraciones. Además, seguía escrutando a su cliente con expresión dubitativa, como si se preguntara cómo alguien con una complexión como la suya podría sobrevivir fuera de la cúpula.

Su escepticismo no tranquilizaba a Lastyanax. El día anterior, ya había tenido que lidiar con las inquietudes de sus padres y la ira de Pirra. Al igual que durante el juicio, ella lo había acusado de haber perdido la cabeza, sin escatimar en recriminaciones: «Pero ¡si ella misma te ha dicho por escrito que no la sigas! Además, con todo lo que ha pasado, quedarse aquí no habría mejorado mucho las cosas para Arka… ¡Me dejas plantada, cuando mi padre y Pétrocle siguen encerrados en la Extractora y yo necesito tu ayuda para sacarlos de allí!». A Lastyanax nunca le había costado tanto esfuerzo tomar una decisión. Sin duda, tenía que ver con el hecho de que nunca había tomado una decisión tan irracional.

Sin embargo, albergaba razones para creer que Arka estaría más a salvo con él en Hiperbórea que sola con las amazonas, en Arcadia. De tanto darle vueltas, había terminado por entender lo que implicaba la maldición de la que decía seguir siendo víctima: que nada podía matarla estando fuera de una zona azul. Sin embargo, se dirigía directamente a uno de los mayores depósitos conocidos de azur vivo,

donde su pasado como discípula hiperbórea podría costarle la vida. Él no iba a abandonarla una segunda vez. Pero la verdadera razón por la que decidió ir a buscar a Arka no tenía nada que ver con estas consideraciones. No podía imaginarse a sí mismo haciendo frente al amo de los lémures sin su discípula a su lado. En su mente, alcanzar a Arka se había convertido en una necesidad, una condición previa para cualquier intento de rescatar a los magos. Por eso había rechazado los argumentos despiadadamente lógicos de Pirra y luego había cogido en la palma de la mano el anillo de Mézence y había apretado los dedos alrededor. Era el único medio del que disponía para protegerla durante las dos décadas que calculaba que necesitaría para traer de vuelta a Arka. Había salido de casa de sus padres con la esperanza de que el lémur estuviera furioso, preferiblemente, con él, el antiguo ministro.

Ahora, plantado delante de la aduana, al lado del parco caravanero, Lastyanax tuvo que hacer grandes esfuerzos para no contravenir su decisión. La oficial no le dio mucho tiempo para pensárselo, pues validó su salida sin siquiera preguntarles quiénes eran.

Con la capucha puesta por encima de las orejas, Lastyanax siguió a su guía hasta la puerta oeste. Al llegar al arco, se detuvo. En la cara interior de este, los altorrelieves representaban los momentos más importantes de la vida de Hiperbórea: la fundación de la ciudad, las batallas ganadas, la coronación del Basileus, la marcha de las amazonas. Estaban empezando a formarse estalactitas.

En el suelo, una línea dorada indicaba el límite de la ciudad. Lastyanax estaba como petrificado, incapaz de dar un paso más. Al lado de la puerta, dos guardias apoyados en sus lanzas observaban su vacilación sacudiendo la cabeza.

—¿A este no lo vimos ayer? —dijo el primero.

—No se le ve muy decidido a irse —replicó el otro, asintiendo con la cabeza.

Lastyanax respiró hondo y cruzó la línea. Eso era todo, por primera vez en su vida había salido de Hiperbórea. Como el caravanero lo

miró con expresión de impaciencia, Lastyanax caminó hasta él por la pista excavada en la nieve. El sendero se extendía hasta el infinito, desapareciendo en medio de la niebla blanca que rodeaba las estribaciones de los montes Ripeos. Se echó en las manoplas el aliento caliente y se puso en marcha, andando detrás de los bueyes almizcleros, con la barbilla hundida para enfrentarse al viento gélido. Sus botas se hundían en las huellas hondas que los otros viajeros habían dejado antes que él. El esfuerzo que le exigía ese lento avance entumecía el remordimiento que sentía por dejar atrás a sus padres, a Pirra, a Pétrocle y a los magos encarcelados.

Llevaban recorridas unas docenas de acres, cuando de repente chocó con la grupa del buey almizclero que iba delante de él. Lastyanax levantó la cabeza y vio que su guía se había detenido, con el rostro vuelto hacia Hiperbórea.

—Allí —dijo sin más.

Lastyanax se dio la vuelta. El caravanero señalaba la brecha de la cúpula, ocupada por una gran forma escarlata similar a una llama. De repente, la llama extendió sus alas y alzó el vuelo al tiempo que lanzaba un graznido agudo que llegó hasta sus oídos. El grifo emigraba de la ciudad rumbo a latitudes más cálidas. Mientras su silueta se perdía en el cielo gris, Lastyanax pensó que Hiperbórea perdía a su criatura emblemática y, con ella, su espíritu.

EPÍLOGO

Una década después

Una figura blanca de forma estilizada se deslizó por la brecha abierta en la cúpula y fue bajando, resbalando, por las piedras ennegrecidas de la torre que se había venido abajo. Cuando llegó a la pradera, la serpiente Pitón dejó unas marcas sinuosas en el manto de nieve depositado por el viento. Aparte de los crujidos que provocaba al reptar, en la ciudad no se oía ni un sonido más: el frío había acabado con el ajetreo nocturno de los hiperbóreos. Recluidos en sus camas, no se enteraron de que la criatura estaba pasando cerca de ellos, rampando tranquilamente por la superficie congelada de los canales.

Aquí y allá, sombras oblongas indicaban la presencia de alguna barca o de alguna tortuga que había quedado atrapada en el hielo. Al pie de las torres, el viento había esculpido los ventisqueros dándoles forma de olas blancas. Sus crestas afiladas brillaban en la noche. Segura de su destino, la serpiente siguió avanzando hasta el ascensor más cercano. La cascada se había congelado. Se levantó, oscilando, apoyándose en la pared translúcida y sus escamas aceradas se clavaron en el hielo. Poco a poco, fue subiendo por la cascada, casi en vertical.

Horas después, la serpiente Pitón llegó al séptimo nivel. El día despuntaba en el horizonte. Reunió el resto de sus anillos en el canal congelado y se levantó, sacando su lengua bífida hacia los jardines colgantes del palacio. Su búsqueda estaba llegando a su fin. Reptó por una sucesión de acueductos, rascando el hielo bajo sus escamas. Llegó a la residencia real, extendió su cuerpo interminable contra las murallas y las pasó por encima.

Cubierto por una corteza de escarcha, el palacio desierto parecía una enorme escultura de cristal. La serpiente atravesó los pasillos silenciosos y llegó al zoo, donde algunas bestias aún vivas gemían en sus jaulas. En la selva exótica, los tallos de los helechos se habían encogido, encorvándose sobre sí mismos, y las palmeras se habían marchitado. El follaje se partía bajo su cuerpo. Zigzagueó hasta el corazón del patio y finalmente llegó a su destino: un grupo de enormes huevos blancos, robados décadas atrás por el dueño del lugar.

La serpiente se enroscó alrededor de sus huevos. Al almacenarlos en el lugar más inaccesible de Hiperbórea, en medio de un calor mortal para cualquier cuerpo hecho de hielo, el Basileus había firmado su condena y la de su ciudad. La serpiente apoyó su cabeza triangular sobre los anillos de su cuerpo, sacó su lengua bífida y comenzó la incubación de la que la habían privado.

Notas

1. Lémur, del latín *lemur, uris*: espectro, alma de un muerto que los etruscos y romanos tenían por maléfico. No debe confundirse con la palabra homófona «lémur», que hace referencia a un animal de cola muy larga, frugívoro y propio de Madagascar. *(N. de la T.)*

2. «¡Querida niña, ¡qué feliz estoy con tu llegada, siento que vas a llenar la casa de buen humor! No es que el querido maestro Lastyanax sea un poco… ¿cómo te diría yo?… cerrado, no, no… Siempre ha escuchado atentamente las pocas observaciones que he podido hacerle, pero, aun así, estoy encantada de tener a al- guien más con quien charlar. Para una anciana como yo, la compañía es un gran placer. ¡Nunca me canso de la gente!» *(N. de la A.)*

3. «¡Ah, ese perezoso de Aous! ¡Siempre medio frito con la escoba el mano, el muy sinvergüenza! ¡Y sordo como una tapia, además!» *(N. de la A.)*

4. «¡He hecho comida para el maestro Lastyanax, pero, como de costumbre, no va a venir a comer! Ya puede ser ministro, que para mí seguirá siendo un joven en pleno crecimiento, y esta falta de apetito no es buena señal, si queréis que os diga lo que pienso. No, no, no, no es una buena señal… ¡Menos mal que tú tienes apetito por dos, hija de mi vida! ¡Nadie diría que eras una flacucha hace tres meses!» *(N. de la A.)*

5. «Mi querido maestro Palatès, que en paz descanse, me hizo prometer que lo cuidaría a usted y ¡no tengo la intención de decepcionarlo! ¡Oh, si lo viera! Está flaco como una anguila y tan pálido que podría leer una receta para cocinar a través de usted. ¡Por eso lo confundí con uno de esos saqueadores miserables que codician las inestimables colecciones del maestro Palatès!» *(N. de la A.)*

Tabla de Contenido

Sinopsis

Acerca de la Autora

Acerca de la Obra

Glosario

El Magisterium

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Notas